BRUCE ALEXANDER

LA MATANZA DE GRUB STREET

UN CASO DEL JUEZ FIELDING

Bruce Alexander de la mano de Jeremy Proctor, el joven asesor del juez ciego John Fielding, nos introduce en esta ocasión en el mundo de la cicatería, las envidias, los resquemores y las rivalidades que a finales del siglo XVIII dominaban el mundo editorial londinense. Ahí parece residir el origen de un macabro y brutal asesinato múltiple cometido en la calle de las imprentas por excelencia, y el perspicaz magistrado tendrá que hacer gala de todo su talento para demostrar que el joven al que arrestaron con un hacha ensangrentada en la mano nada tuvo que ver en ello.

Lectulandia

Bruce Alexander

La matanza de Grub Street

Juez Fielding - 2

ePub r1.0
Ablewhite 14.10.15

Título original: *Murder in Grub Street*
Bruce Alexander, 1995
Traducción: Daniel Aguirre Oteiza

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

Para Allen Maller.

I

En el que me libro por poco de morir asesinado

En mi búsqueda de material referente a los asesinatos de Grub Street, cuya investigación fue sin duda una de las más espantosas que llevó a cabo *sir* John Fielding, fui a dar con el anterior documento, el cual he guardado durante casi treinta años para recordar cómo comenzó exactamente este horripilante asunto. Aunque solo se trata de una crónica escrita e impresa apresuradamente al día siguiente para su rápida venta por todo Londres, relata de manera objetiva y precisa la impresión que el atroz crimen causó a las primeras personas que entraron en la casa. El escritor, a quien después tuve ocasión de conocer, no se hallaba entre los presentes, pero pudo hablar con bastante tranquilidad con tres de estos e incluso con el joven alguacil Cowley, quien sufría cierto descrédito por aquel entonces. Esta información, pese a estar coloreada y condimentada al gusto de los compradores de la calle, resultó muy útil para la investigación de *sir* John Fielding, juez del tribunal de Bow Street, quien, no obstante, se sintió molesto por el hecho de que se hubiera publicado cuando había pasado tan poco tiempo desde el suceso.

De todos modos, yo no sabía nada de esto cuando me enteré del asunto de Grub Street. Estaba totalmente entregado al sueño que, según creía, iba a ser el último que tendría en la casa de *sir* John Fielding, cuando la señora Gredge, su ama de llaves, me dio una sacudida y me sacó de él, aunque sin llegar a despertarme del todo.

—Jeremy —me dijo—. Tienes que levantarte y vestirte rápidamente. *Sir* John desea que le acompañes en una visita muy urgente.

—Oh, ahora voy… —respondí, todavía amodorrado.

—Nada de eso —dijo ella—. Antes de irme he de asegurarme de que te has levantado de la cama y vestido. Cuando están dormidos, los muchachos de tu edad hacen promesas que no suelen cumplir. —Aproximó la vela a mi cara y dejó que su luz me atormentara los ojos y me obligara a abrirlos—. ¡Despierta de una vez! —me ordenó—. ¡Sal de la cama!

—Pero si no estoy vestido —objeté pudorosamente.

—Pues claro que no lo estás, y mi intención es asegurarme de que eso cambie.

Así pues, viendo que no tenía otra alternativa, aparté las sábanas e hice lo que se me ordenaba. A decir verdad, llevaba puesta mi segunda camisa para abrigarme del frío de la noche, de modo que no estaba tan desnudo como había dado a entender. La señora Gredge me arrojó las medias y los calzones, y yo me los puse como buenamente pude pese a que todavía estaba adormilado. Sosteniendo la vela en alto, me señaló la casaca, que colgaba del respaldo de la única silla que había en mi buhardilla, y los zapatos, que se encontraban debajo de esta. En silencio y de mal

humor, me los puse. Ya estaba preparado.

La señora Gredge asintió con la cabeza.

—Vamos —dijo—, y no olvides tu sombrero.

Bajé entonces por las escaleras, a tientas, porque ella avanzaba delante de mí a toda prisa, llevándose la escasa luz que arrojaba la vela. Cuando llegamos a la cocina, en cambio, me encontré con una luz abundante, como la que encendían al atardecer. *Sir* John Fielding estaba allí, absorto en una conversación con Benjamin Bailey, jefe de alguaciles y capitán de la guardia de Bow Street. Hablaban de una forma tan apremiante que no repararon en mí. *Sir* John estaba situado de manera que podía haber advertido mi llegada, pero debido a su ceguera no me vio.

Me situé en un lugar cercano y aguardé en silencio. De repente estaba totalmente despierto. Mi resentimiento hacia la señora Gredge por su brusca manera de despertarme había desaparecido, dando lugar a una sensación de curiosidad y expectación acerca de lo que estaba ocurriendo. Si había de abandonar la casa de *sir* John y comenzar una vida en el gremio de la imprenta, prefería que fuera en un momento de agitación como el que quizá fuera aquel.

Consideré los extraordinarios acontecimientos que me habían llevado hasta aquel lugar. Había llegado a Londres hacía casi dos meses, poco después de quedar huérfano en circunstancias lamentables, ya que mi padre había muerto en la picota. Había huido del despreciable pueblo que había tratado de manera tan cruel a mi padre, impresor de oficio, y había llegado a la gran ciudad con solo unos chelines entre mi persona y la indigencia. En mi primer día había sido engañado por un cazaladrones, quien me había arrastrado hasta el juez de primera instancia más cercano para acusarme falsamente de robo. Sin embargo, había tenido la suerte de que el juez encargado de mi causa fuera *sir* John Fielding. Pese a su ceguera, había entrevisto el engaño y me había puesto bajo la protección del tribunal. Sin embargo, antes de encontrarme un puesto de aprendiz de impresor, cual era su propósito, había tenido que ocuparse de la investigación de la muerte de lord Goodhope, en la que mi presencia le había servido de cierta ayuda. Yo había albergado la esperanza de que el servicio que le había prestado en aquel asunto le llevara a darme algún empleo a sus órdenes, pero no parecía que las cosas fueran a ser así. El juez, abatido por la muerte de su mujer tras una prolongada enfermedad, no podía encontrarme un puesto permanente en su casa. Con la ayuda del doctor Samuel Johnson, me había colocado en el negocio de la imprenta.

Mientras esperaba, percibí en el ambiente algo de gran importancia. Quizá no fuera a seguir aquella investigación hasta el final, pero al menos estaría presente en su comienzo. Recordando la reciente tarde en que habíamos visitado la residencia de lord Goodhope y el misterio de su muerte había empezado a aclararse, tuve la confianza de que esta noche podría depararnos una situación semejante. Apenas podía imaginarme la espantosa revelación y el consiguiente horror que me aguardaba.

Así pues, manteniéndome a una respetuosa distancia, me puse disimuladamente a

escuchar, y logré oír palabras, nombres y frases de la conversación que seguía desarrollándose entre *sir* John y el señor Bailey. A este le oí decir claramente el nombre de John Clayton y seguidamente, tras un par de frases más, «encerrado bajo llave».

Al oír esto último, *sir* John asintió y dijo:

—Hablaré con él, por supuesto.

El señor Bailey soltó una carcajada y afirmó:

—No va a sacarle mucho a ese pájaro.

—Puede que así sea, pero he de intentarlo. Pero no se entretenga, señor Bailey. Después de todo el mal que se ha hecho, usted debe hacer lo que pueda por remediarlo.

—A sus órdenes, *sir* John.

—¿Quién está de servicio abajo?

—El señor Baker.

—Bien. Váyase entonces.

Así, tocándose el sombrero de tres picos con la mano, el señor Bailey se marchó y bajó con estrépito por las escaleras.

—Señora Gredge —exclamó *sir* John—. ¿Ha despertado a Jeremy?

La señora Gredge ya no se encontraba allí. Quizá se había vuelto a acostar.

—Estoy aquí, *sir* John —dije.

—Ah, no me había dado cuenta. Te has vestido, ¿verdad? ¿Estás preparado para salir?

—Lo estoy.

—Entonces en primer lugar debemos hacer una visita al calabozo para hablar con una persona que se encuentra en una situación realmente desgraciada, y luego ir a ver el lugar donde ha sido arrestado.

Todo aquello parecía sumamente razonable dicho de tal manera, y sin embargo qué inmensidad de dolor ocultaba. Seguramente el juez quería evitar asustarme.

—¿Apago las velas, señor?

—Sí —respondió él—, apágalas, pero deja la más larga encendida para cuando volvamos.

Lo hice y juntos descendimos por las escaleras, yo precediéndole y él con una mano sobre mi hombro. De este modo llegamos a la planta baja; el calabozo se encontraba a solo unos pasos. Allí estaba el señor Baker. Desde el ángulo por el que nos acercábamos resultaba imposible vislumbrar el interior del calabozo, pese a lo cual ya en aquel momento, ignorándolo todo sobre el prisionero y el motivo de su encarcelamiento, sentí una profunda curiosidad y no sabía qué esperar.

Confieso que cuando posé la mirada sobre el hombre al que todos conoceríamos luego como John Clayton, experimenté cierta decepción. Debido a lo tarde que era, la solemne conducta de *sir* John y el gran interés del señor Baker, esperaba encontrar entre las rejas a un individuo más impresionante. Lo que encontré, en cambio, fue a

un hombre grande en camisón y con la expresión más profunda de desamparo que hubiera visto jamás. Estaba sentado en un taburete, con las rodillas separadas y las manos entrelazadas entre ellas con tal fuerza que juntas parecían formar un solo puño. Era imposible ver la expresión de sus ojos, pues los tenía totalmente cerrados. No parecía tener nada de extraordinario, excepto el aire de desesperación que transmitía su postura y el hecho de que estuviera vestido para irse a la cama. Pero entonces advertí que el dobladillo de su camisón estaba salpicado de sangre.

Miré a *sir* John, preguntándome si debía indicarle aquel detalle. Estos, decía siempre, tenían a menudo una importancia capital. Pero el juez se había hecho a un lado y estaba escuchando lo que el señor Baker le musitaba al oído.

No sé lo que le dijo, pero no fue mucho, ya que *sir* John se apartó de él haciendo un rápido gesto de asentimiento y dijo al prisionero:

—Usted, el que está ahí dentro, identifíquese. ¿Cómo se llama?

La única respuesta fue un sonoro y triste gemido.

—¿Es usted John Clayton? ¿Es ese su nombre?

La persona a la que se había dirigido el juez negó vigorosamente con la cabeza y habló por vez primera con voz profunda y grave.

—Me llamo Pedro —dijo. Y al hacerlo pareció cobrar ánimo, ya que abrió los ojos y, tras mirar a su interrogador por primera vez, se levantó del taburete y avanzó a grandes zancadas y con aparente confianza hasta las rejas que les separaban.

—Creo que no —dijo *sir* John—. Da igual quién piense o diga usted que es. Yo creo que usted es John Clayton.

—¿Y usted quién es?

—Soy John Fielding, el juez ante el cual usted debe comparecer mañana. Le aconsejo, señor, que se organice. Prepárese para responder preguntas, porque tengo muchas que hacer. ¿Me oye?

—Le oigo.

—¿Me entiende? —*Sir* John formuló la pregunta con gran severidad.

Tenía la cara a solo unos centímetros de la del prisionero; les separaban solo las rejas del calabozo. Si hubiera podido ver, uno habría dicho que estaba observando al hombre fijamente a los ojos, los cuales tenían al mismo tiempo expresión de desvarío y estupidez y producían verdadero miedo al mirarlos. Permanecieron de aquel modo durante cierto tiempo. Finalmente, sin obtener respuesta, *sir* John se volvió hacia mí.

—Vámonos, Jeremy —dijo—. No vamos a encontrar ningún carruaje a esta hora, así que seguramente tendremos que hacer nuestro viaje a pie.

Cuando me disponía a seguirlo por el pasillo que conducía a la puerta de Bow Street, el señor Baker me apartó a un lado y, poniendo un dedo sobre mis labios para imponer silencio, me metió una pequeña pistola en el bolsillo de la casaca. Luego, dirigiéndome un guiño y dándome una palmada en la espalda, dejó que siguiera mi camino.

—¿Jeremy?

—Voy, *sir* John.

En efecto, tal como había previsto, no había ningún carruaje aguardándonos en la calle, pese a que el señor Bailey había prometido mandarnos uno en caso de encontrar alguno por el camino. Tampoco logramos ver ninguno mientras recorríamos lentamente las calles medio desiertas, aunque no del todo silenciosas, de la ciudad.

La razón por la que el juez deseaba que le acompañara quedó clara de inmediato.

—Muchacho —me dijo—, has ido a Grub Street en muchas ocasiones durante las últimas dos semanas. ¿Puedes guiarme hasta allí? No conozco el camino.

—Claro que puedo, *sir* John.

—¿En la oscuridad de la noche?

Miré a la calle, débilmente iluminada por las farolas. Había empezado a soplar viento, llevándose la niebla que con tanta frecuencia, tanto entonces como ahora, cubría Londres. La noche estaba despejada.

—Por aquí, *sir* John —dije, dándole un suave golpe en el codo para que echara a andar en la dirección correcta.

Y así fuimos: al llegar a un cruce de calles yo le conducía hacia la derecha o hacia la izquierda y le daba un aviso cuando la acera descendía o desaparecía por completo. Por lo demás, *sir* John recorrió el camino por sí solo y con la ayuda de su bastón. Avanzamos con rapidez, pese a que el trayecto no careció de incidentes.

Recuerdo que, al doblar una esquina, nos topamos con un grupo de hombres acompañados por unas furcias delante de un modesta casa de juegos y licores conocida por el nombre de Cock of the Walk. Se oían murmullos entre ellos. Metí la mano en el bolsillo de la casaca en que el señor Baker había puesto la pistola. Una vez, en un momento de ocio, me había mostrado cómo funcionaba el arma: había que tirar del percutor y apretar el gatillo. Yo no tenía la misma afición a las armas de fuego que él; me sentía intranquilo con ellas. Sin embargo, en aquella situación parecía conveniente tener una a mano. Agarré la culata de la pistola con fuerza. Una bala no supondría gran cosa ante tal multitud, pero la amenaza de una pistola podría mantenerlos a raya. Quizá debía sacar la pistola y hacerles ver que estaba armado.

Cuando aún estaba meditando esto y me disponía a pasar entre ellos, me sorprendí de ver que se abría un camino ante nosotros. Incluso los hombres más brutos del grupo dirigían saludos a *sir* John. Unos le conocían por el apodo de «pico ciego», otros se dirigían a él con mayor educación, pero todos parecían saber quién era y le hablaban con cierto respeto. Así pues, pasamos entre ellos pacíficamente mientras *sir* John devolvía los saludos a quienes reconocía y decía hola al resto de una manera más general. Yo caminaba a su lado, y al pasar examiné aquellos rostros duros que se habían vuelto hacia él con expresión aprobatoria y, al tiempo que me preguntaba qué habría hecho para ganársela, sentí una cierta admiración.

No era indulgente, razoné, pero sí justo. Cuando presidía el tribunal, exigía pruebas y de los testigos quería tan solo saber lo que habían visto con sus propios ojos y no lo que habían averiguado por otros medios. En resumen, si unos rufianes

reunidos delante del Cock of the Walk eran llevados a su presencia, sabían que disponían de la oportunidad de probar su inocencia o al menos de arrojar sombras sobre su culpabilidad. Esto era todo lo que esperaban, y él era el hombre que podía dárselo.

Al pasar a su lado, me di cuenta de que *sir* John no aceleraba el paso, pese a que yo estaba impaciente por que nos alejáramos. Cuando ya nos encontramos a cierta distancia, me aventuré a volverme y echar un vistazo, y vi con cierto alivio que no nos seguían.

—Ninguno se atrevería —comentó *sir* John.

—¿Perdón? —dije, sospechando por un instante que me había leído los pensamientos.

—Te has retrasado un momento. Imagino que como cualquier soldado prudente te estabas asegurando de que nuestra retaguardia estaba a salvo. Es una acción digna de alabanza, pese a que no era necesaria. Tengo la protección de mi eminencia, la cual, si no me equivoco, es suficiente para guardarte a ti también. Además, incluso en el caso de que esta nos fallara, siempre podríamos disponer de la pistola que llevas en el bolsillo. Creo que te la ha prestado el señor Baker, ¿no es así?

—Sí, señor, pero… —Estupefacto, titubeé un momento—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Oh, el señor Baker tiene sus pequeñas manías. Al parecer cree que me hace falta un guardia armado cada vez que salgo después del anochecer. Pero no es así. En absoluto. Si no me equivoco, te ha dado la pistola, una pequeña probablemente, cuando salíamos del juzgado. ¿No es cierto?

—Sí, señor, es cierto —contesté—. Pero no ha dicho nada. Y yo tampoco.

—Ha sido tu bolsillo quien me lo ha dicho. Sueles llevar unas cuantas monedas en él, probablemente unos chelines. A propósito, recuérdame que te pague algo por los servicios prestados. De vez en cuando las monedas tintinean en tu bolsillo. Sin embargo, desde que hemos echado a andar han estado chocando con un objeto metálico más grande, de acero seguramente. Conociendo las preocupaciones del señor Baker con respecto a mi persona y su afición a las armas de fuego, he supuesto que te habría regalado una pistola. Aunque por lo general no desapruebo sus precauciones, sí pongo en duda el juicio que demuestra tener al dar una pistola cargada a un muchacho de trece años. Esa es la edad que tienes, ¿no, Jeremy?

—Sí, *sir* John.

—Ten cuidado de no dispararte un tiro en el pie.

Tras darme aquel consejo *sir* John dejó el tema. Para entonces ya estábamos cerca de Grub Street o, en todo caso, a un cruce de distancia. Yo tenía la calle a la vista. A decir verdad ya conocía bien el camino, pues durante la última semana había hecho el trayecto de ida y vuelta desde Bow Street hasta allí en tres o cuatro ocasiones. Aunque hoy día lo es algo menos, Grub Street era por aquel entonces un lugar habitado fundamentalmente por libreros, editores y los escritores faltos de dinero a quienes estos empleaban. A petición de *sir* John Fielding, el mismísimo Samuel

Johnson había mencionado mi nombre entre los editores e impresores de la calle, diciendo que era un muchacho prometedor que podía trabajar como aprendiz para cualquiera de ellos. Varios habían expresado interés, y el doctor Johnson había elegido al que él consideraba más respetable.

Fui enviado allí con una carta de recomendación formal, y mi futuro patrón invirtió parte del tiempo de su jornada de trabajo para hablar largamente conmigo. Suponía que era uno de los jóvenes protegidos del doctor Johnson y, cuando se enteró de que era natural de Lichfield (famoso por ser el lugar de nacimiento del lexicógrafo), pensó que esta era la conexión que existía entre nosotros. Yo no le saqué de su error. Mostró verdadero interés cuando le dije que mi padre había sido impresor y dueño de una pequeña librería y dio por supuesto que la habría tenido en Lichfield. Tampoco esta vez le saqué de su error.

—¿Y cómo es que has venido a Londres? —preguntó mi futuro patrón, preguntándose sin duda por qué no había trabajado formalmente de aprendiz con mi padre.

—Mi madre murió hace tres años. Mi padre ha fallecido recientemente —respondí yo, sin hacer referencia a las humillantes circunstancias de su muerte—. Soy huérfano.

—Ya —dijo él—, claro. Le acompaño en el sentimiento, joven.

—Puedo componer tipos —le informé, ansioso por dar prueba de mi valor.

—¿A tu edad?

—Oh, sí señor. Llevo haciéndolo desde que tenía nueve años, y sinceramente creo que le serví de ayuda a mi padre durante los últimos años.

Me miró fijamente; una expresión de duda y curiosidad encendió sus ojos.

—¿Podrías demostrarme tu técnica? —me preguntó.

—Será un placer.

Entonces me llevó a la trasera de la tienda, donde se trabajaba a buen ritmo. Era bastante amplia y tenía varios chibaletes, una imprenta y un pequeño taller de encuadernación. Un oficial de imprenta estaba trabajando en un chibalete y un aprendiz de más edad que yo en otro. En la imprenta había otro oficial, y un encuadernador se ocupaba de su labor con la ayuda de otro aprendiz que tendría aproximadamente mi edad. Nunca había estado en un establecimiento dedicado a la impresión de libros y me sentí realmente impresionado ante toda la actividad que se desarrollaba en su interior.

El patrón ordenó al oficial de mayor edad que se hiciera a un lado, me encontraron una caja para componer, y les dejé realmente asombrados con mi habilidad. El oficial me aplaudió. El patrón dijo que era un «prodigio». Incluso el aprendiz se quedó impresionado, si bien no hizo ningún esfuerzo por mostrarlo. No me faltaba ni velocidad ni precisión.

Gracias a todo ello, me dijeron que mi trabajo con ellos estaba asegurado. Me llenó de alegría oír aquello, pero luego, recordando que mi aceptación comportaría un

cierto alejamiento de la casa de *sir* John, me pregunté si no habría servido mejor a mi propia causa mostrándome menos capaz. La verdad del caso era que, capaz o incompetente, la separación parecía inevitable, por lo que al final me permití el lujo de disfrutar del momento y les di las gracias de buena gana.

Mi contrato de aprendizaje fue redactado en mi ausencia. Fui a recogerlo el día acordado y se lo llevé a *sir* John, tal como me había pedido, para que lo examinara. Le leí los papeles y se sintió satisfecho. Me produjo cierta sorpresa cuando me pidió una pluma y tinta para firmar el documento. Entonces me explicó que aquello era totalmente correcto, ya que en ausencia de mis difuntos padres, él era mi tutor legal durante el tiempo que estuviera bajo la protección del tribunal. Así pues, hice lo que me había indicado, coloqué la pluma en su mano y luego esta en el lugar correspondiente sobre el papel. A continuación él estampó una firma sumamente elegante e incluso añadió una rúbrica que seguramente nadie más que él podría duplicar. Le había visto hacer aquello en anteriores ocasiones, al firmar documentos o cartas que le había redactado el señor Marsden, el secretario del juzgado, y desde entonces no había dejado de maravillarme ante las extraordinarias habilidades que tenía aquel hombre ciego.

No se hizo ningún comentario a continuación: una vez hube añadido mi firma a la suya, *sir* John se limitó a mandarme de vuelta a la imprenta. Mi nuevo patrón aceptó el contrato de aprendizaje y también lo firmó. Entonces acordamos que me trasladaría a su casa al cabo de una semana. Se disculpó por el retraso diciendo que había que encontrar espacio para mí. Esto habría supuesto el fin de mis caminatas a Grub Street si dos o tres días más tarde no me hubiera pedido que le hiciera una nueva visita. Al parecer mi nuevo patrón había estado alardeando por toda la calle de su nuevo aprendiz, esto es, de mí, y deseaba dar una demostración de mis habilidades a sus compañeros del gremio. Envió a su aprendiz de mayor edad para que me avisara y, con el permiso de la señora Gredge, fui con él a pie hasta la imprenta. El aprendiz se llamaba Clarence, si no recuerdo mal, y resultó ser un joven de lo más desagradable. Era cuatro o cinco años mayor que yo, y a lo largo del camino se dedicó a dirigirme insinuaciones y amenazas veladas. Lo único que me dijo con claridad fue que por mucho «prodigio» que yo fuera, él seguiría estando por encima de mí mientras fuera aprendiz. Este no fue un acuerdo que me satisficiera mucho, pero decidí dejarlo pasar durante el tiempo que fuera necesario. Por lo que se refiere a la demostración, fue bastante bien. Volví a ser alabado por mi patrón y aclamado por mis competidores. Me fui, conociendo ya el camino sin problemas, aunque bastante inseguro acerca de lo que me aguardaría en cuanto me instalara en Grub Street.

Grub Street fue también el lugar al que llegamos *sir* John y yo a altas horas (casi las tres de la madrugada) la noche que iba a cambiar el curso de mi vida definitivamente.

Cuando enfilamos la calle, vislumbré una pequeña multitud a la débil luz de las farolas. Se habían reunido delante de un edificio de cierto tamaño situado a media

altura de la calle. Me di cuenta de que el lugar me resultaba bastante familiar. Había sido el destino de todas mis visitas anteriores a Grub Street. El edificio albergaba la vivienda y la imprenta de Ezequiel Crabb, librero, editor y patrón para el que yo iba a trabajar de aprendiz, e iba a ser mi casa y lugar de trabajo a partir de las ocho de la mañana de aquel mismo día. ¿Había tomado *sir* John la decisión de llevarme temprano? Aquello no tenía ningún sentido. ¿Y qué hacía allí aquel grupo de mirones?

—¿Es este nuestro destino, señor? —pregunté. Tenía que saberlo.

—Sí —respondió *sir* John—. Es la casa y lugar de trabajo de Ezequiel Crabb. Se ha cometido en ella un crimen espantoso.

El juez no dijo ni en qué consistía el crimen ni por qué no me lo había contado antes. De pronto tenía una multitud de preguntas que hacer, pero guardé silencio, pensando que sería lo mejor. Mientras nos acercábamos, me limité a llamar su atención sobre la multitud que se agolpaba ante la puerta.

—Soy consciente de su presencia, Jeremy. Sígueme.

Dicho aquello (y gritando un «¡Dejen paso!» de advertencia), se adentró con resolución en el grupo sacudiendo su bastón por delante. Tal como me había mandado, fui detrás de él. No había más que doce personas, aunque algunas tenían un aspecto bastante deshonroso. Se apartaron obedientemente a su paso con expresión de malhumor y llegamos a la puerta. Allí, montando guardia, se encontraba el joven alguacil William Cowley.

En realidad se trataba del alguacil más joven de los guardias de Bow Street, pues probablemente no tendría más de dieciocho años, y el menos experto, ya que se había incorporado al cuerpo bajo los auspicios del señor Baker apenas un mes antes de mi llegada al juzgado. Pese a todo era un joven desinhibido y servicial y había demostrado su valentía en más de una ocasión desde su llegada.

Cowley se puso firmes.

—*Sir* John —dijo—. El señor Bailey está dentro, investigando la situación. Me ha apostado aquí para que mantenga lejos a los curiosos.

—Ojalá los hubiera mantenido lejos cuando vino la primera vez, alguacil Cowley.

—Lo sé, señor. El señor Bailey me ha reprendido severamente por la forma en que he manejado el asunto. Lo lamento, señor. Ha habido un error de juicio por mi parte quizá, aunque las circunstancias tampoco han sido favorables.

—¿Y qué circunstancias han sido esas? ¿Por qué no ha encargado a algunos de los hombres que han entrado con usted que llevaran al prisionero a Bow Street para que usted pudiera quedarse aquí y resguardar las inmediaciones del lugar del crimen?

—Porque temía que lo mataran en cuanto les perdiera de vista. Han llegado a comentarlo entre ellos. Uno de ellos había ido por una soga.

—¿Entonces por qué no ha cerrado la casa con llave?

—Hemos forzado la puerta para entrar, señor. Hicimos saltar la mitad de las bisagras.

Sir John caviló un momento.

—De modo que estaba cerrada por dentro. ¿Tiene la casa una puerta de servicio? ¿Estaba también cerrada con llave?

—Hay una puerta sólida en el sótano, *sir* John, y estaba bien cerrada.

—Bueno, parece que nuestro prisionero no tiene las cosas fáciles, ¿no cree?

—Oh, nada fáciles —respondió el alguacil Cowley—. Nada fáciles. Le he sorprendido con el arma en la mano.

—Sí, bueno… Hablaremos de eso dentro, alguacil. —Dicho aquello, se volvió hacia el grupo de gente, el cual se había alejado unos pasos de la puerta, y dijo en voz alta y solemne—: Aquellas personas que hayan entrado en la casa con el alguacil Cowley han de esperar aquí fuera. Tenemos que hacerles unas preguntas. A los demás les ordeno que se dispersen. Soy John Fielding, juez de primera instancia del juzgado de Bow Street. Aquellas personas que no obedezcan la orden que acabo de dar serán condenadas a arresto, multa y un mínimo de treinta días de cárcel. No intenten irse para luego regresar, y que no se les ocurra volver a entrar a las personas que se queden. Ya han hecho bastante perjuicio, según tengo entendido. Voy a dejar un vigilante en la puerta. Este joven tiene un genio de mil demonios y está armado.

De pronto me di cuenta de que *sir* John se refería a mí. ¿Que yo tenía un genio de mil demonios? En absoluto. Aun así puse una cara que se adecuase a su descripción, esperando asustarlos a todos con ella.

—Muéstrales tu pistola, Jeremy —dijo *sir* John en voz baja.

Saqué el arma y la exhibí audazmente.

—La tiene cargada y cebada —prosiguió—, y le he dado orden de disparar a cualquiera que trate de quitarle de en medio. ¿Entendido?

La respuesta que dieron los hombres reunidos ante la puerta fue un gruñido de malhumor.

—Ya han oído mis órdenes. Aquellas personas que hayan entrado en la casa tienen que quedarse. Las demás ya lo saben… —Guardó silencio por un momento y luego gritó con una voz de gran autoridad—: ¡Váyanse!

Y, en efecto, se fueron, retrocediendo, mirando por encima del hombro, retirándose de pronto desordenadamente como una compañía de soldados al desbandarse. Solo se quedaron cuatro.

—Mire a estos hombres —le dijo *sir* John al alguacil Cowley—. ¿Son los que han entrado con usted?

Cowley fue de uno en uno mirándoles las caras e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, *sir* John, son todos lo que se han quedado. Pero falta uno. Eran cinco al principio.

—¿Le pidió su nombre?

—Mmm… No les pedí los nombres, *sir* John.

—Bueno, cuando el señor Bailey los interrogue quizá consiga que le den la identidad del desaparecido.

—Sí, *sir* John.

—A propósito, Jeremy —musitó—, el permiso para disparar te lo he dado para impresionarles, pero no para que lo tomes literalmente. Una simple llamada de socorro obra milagros. Seguro que uno de nosotros te oirá.

Dicho aquello, me dejó en la puerta y se fue seguido de cerca por el alguacil Cowley. Mantuve la cara de ferocidad durante todo el tiempo que me fue posible, y luego dejé lentamente que se relajara y adoptase una expresión de fría indiferencia. Miré primero a un lado y luego a otro por encima de las cabezas de los cuatro hombres, y de vez en cuando directamente a ellos. La pistola descansaba sobre mis brazos cruzados. Cuando lo pienso ahora, tengo la certeza de que el arma les atemorizaba más que mi persona, y de que el aire de autoridad de *sir* John les impresionaba bastante más que la pistola o el muchacho que la empuñaba.

Los cuatro testigos formaron una piña y empezaron a hablar en voz tan baja que yo no podía oírles. Estuvieron así durante un buen rato. En un momento dado los cuatro estallaron en carcajadas, lo cual, considerando lo que sabían y habían visto, era de todo punto incorrecto.

Claro que en aquel momento yo ignoraba lo que ellos sabían, si bien tenía cierta idea de lo que habían visto, qué duda cabe. Cuando *sir* John había hablado de un «crimen espantoso», solo podía haberse referido a un asesinato. Pero ¿qué miembro de la casa de Ezequiel Crabb había sido asesinado? ¿El mismo maestro? En tal caso, medité, ¿qué iba a ocurrir con mi contrato de aprendizaje? El señor Crabb era una persona que me agradaba. Y ciertamente yo parecía agradarle a él. Hice votos por que la víctima no hubiera sido él. ¿Lo habría sido aquel joven, Clarence, el aprendiz de más edad? Que Dios me perdone, pero considerando la experiencia que había tenido con él y la triste vida que me esperaba en su compañía siendo él mi segundo maestro, decidí que si debía haber una víctima, prefería que fuera él y no otro. Aparte de aquello, no se me ocurría nada más. Sabía que había otras personas alojadas en el domicilio Crabb: otro aprendiz, sus hijos y una esposa a la que me habían mencionado pero que yo no había visto. Los oficiales seguramente vivirían en otra parte, como había sido el caso de mi padre en Lichfield, de forma que la pregunta era: ¿quién era la víctima?

No había pasado mucho tiempo cuando los hombres que se habían quedado empezaron a mofarse de mí.

Uno les dijo a los demás:

—No sabía que *sir* John estuviera contratando aprendices para su guardia. ¿Tú lo sabías, Harry?

—En absoluto. ¿Qué edad os parece que tiene este?

—Unos diez, diría yo. ¿No diríais vosotros lo mismo?

—No, no es tan mayor. Posiblemente tenga siete u ocho.

—Ten cuidado de no enfadarle diciendo que es demasiado joven. Los muchachos de esa edad no tardan nada en ofenderse a causa de tales asuntos. Acuérdate de la

advertencia de *sir* John, Bert: tiene un genio de mil demonios.

—¡Y una pistola en la mano!

—Qué juguetes más extraños les dan a los niños hoy en día.

—Extrañísimos.

Y así continuaron, y no se cansaron de sus chanzas hasta mucho después de que yo me hubiera cansado de ellas. ¿O fue la prevista aparición del señor Bailey lo que les acalló? No logro acordarme exactamente. En cualquier caso, cuando hubo pasado aproximadamente media hora, noté un golpe sobre mi hombro y di un respingo. Me giré y vi detrás de mí a Benjamin Bailey, que andaba siempre con pasos quedos.

—¿Cómo va eso, joven Jeremy?

—Bastante bien —contesté.

—¿Han estado importunándote estos gandules? —Alzó la vista por encima de mí y miró severamente a los cuatro testigos.

—No me han dado ningún motivo de preocupación.

—Bueno, tal vez les dé yo motivos de preocupación a un par de ellos.

En un par de zancadas se puso entre ellos, cogió a uno con violencia y lo llevó a empellones hasta la farola más cercana, que estaba a unos metros de distancia. Entonces, en un tono quedo, persistente y de confianza, empezó a interrogar al hombre que respondía al nombre de Harry. Estaban demasiado lejos como para que yo o los otros tres hombres pudiéramos oírlos, lo cual pareció molestar a estos, ya que tras un intercambio de susurros, comenzaron a acercarse cautelosamente en grupo hacia el señor Bailey y su compañero. El jefe de los alguaciles se dio cuenta de lo que se traían entre manos y les ordenó enfáticamente que volvieran adonde habían estado hasta aquel momento. Con aire mohíno, los tres hombres regresaron y reanudaron sus susurros.

El señor Bailey pasó apenas diez minutos con Harry. Cuando hubo acabado con él, le dijo que se fuera a casa.

—Pero no es justo. Quiero esperar a mis compañeros.

—En tal caso hazlo fuera de mi vista —respondió el señor Bailey—. Ahora vete de aquí o te planto una bota en el trasero.

Harry se alejó, haciendo señas a los demás para indicarles que iba a esperarles a la vuelta de la esquina.

—¡No debería tratarnos de esta manera! —le gritó uno de ellos, todo indignado, al señor Bailey.

—Por supuesto que no —dijo otro.

—¿Acaso no fuimos nosotros quienes dimos la voz de alarma? —preguntó Bert —. ¿No entramos con su joven alguacil, sin saber los peligros que nos aguardaban? ¿No ayudamos a detener al prisionero?

—¿Y no fuisteis vosotros —preguntó el señor Bailey al tiempo que avanzaba a grandes zancadas hacia ellos— quienes registrasteis la casa y la dejasteis patas arriba en cuanto se marchó el alguacil? —Se detuvo, poniendo las manos en la cintura y los

brazos en jarras e intimidándoles con la mirada—. ¿Qué buscabais? ¿La caja del dinero?

—Sí —respondió Bert—, la encontramos y se la entregamos al alguacil cuando volvió.

—Os han sorprendido con las manos en la masa, eso es lo que ha ocurrido. Y uno de vosotros desapareció con el arma homicida. El alguacil os dio orden de que no entrarais de nuevo en la casa, ¿no es así?

—Solo tratábamos de servir de ayuda.

—Ven aquí —dijo el señor Bailey—. Te voy a enseñar lo que es servir de ayuda.

Lo agarró y lo llevó violentamente hasta el lugar que había elegido bajo la farola. Allí empezó a hacerle preguntas en la misma voz baja que había empleado con anterioridad, la cual resultaba más amedrentadora debido a la tranquilidad con que pronunciaba.

Como estaba prestando atención a la confrontación que acabo de relatar, tardé en oír el cercano ruido de cascos de caballo que sonaba sobre el empedrado de la calle. De hecho sonaba tan cerca que tuve la impresión de que solo habían pasado unos segundos cuando apareció ante mi vista un carro de carga tirado por dos caballos que avanzaba lentamente por Grub Street hacia nosotros.

Entonces sucedió algo extraño. No era yo el único que se había girado para mirar; los demás también lo habían hecho. Los dos testigos que estaban esperando dejaron su conversación, y el señor Bailey interrumpió asimismo su insistente interrogatorio. Todos se pararon para dirigir su atención al carro de carga que aparecía y desaparecía fantasmalmente según pasaba de la luz de una farola a la oscuridad de la calle para avanzar a continuación hacia el perímetro que describía la débil iluminación de la siguiente farola. Se quedaron sencillamente mirando, de tal suerte que, en lugar de los mordaces gritos que habían reinado hasta aquel momento en la calle, había ahora únicamente silencio, salvo por el ruido de cascos de caballo y el crujido de las ruedas del carro.

En el momento en que el carro se detenía ante la casa de Ezequiel Crabb, los dos hombres que tenía yo delante retrocedieron acobardados hasta el otro lado de la calle. Fue entonces cuando conseguí ver con claridad el misterioso y extraordinario vehículo que acababa de aparecer. Fuera cual fuese el color del que hubiera estado pintado, se había desteñido hasta adquirir un tono gris oscuro veteado de suciedad. La única excepción era un panel situado en el centro que habían dejado limpio a fuerza de frotar y en el que habían pintado en blanco una calavera y un par de tibias cruzadas que hacían un claro contraste con el resto del vehículo. Los caballos también eran grises. Esqueléticos y aquejados de esparaván, uno habría dicho que estaban medio muertos ante las evidentes señales de agotamiento que dieron al bajar la cabeza. Así se quedaron, quietos como estatuas, durante el resto del tiempo que estuvieron allí.

Indiferente a los animales, el cochero dejó caer las riendas y descendió del carro.

Se movía con seguridad y cautela; no era un hombre alto, aunque tenía los hombros anchos y la cintura gruesa. Cuando se volvió hacia mí y echó a andar hacia la puerta, noté que tenía aspecto de mono: los brazos parecían bambolear, y a cada paso sus cortas piernas se apoyaban pesadamente. Era un hombre feo de cara ovalada que debería haberse afeitado hacía ya una semana.

Al acercarse a mí, arrimó repentinamente su cara a la mía, me dirigió una sonrisa cariada y me guiñó un ojo, el más pequeño de los dos.

—Sé buen chico —dijo con voz baja y ronca— y ve a decirles que ha venido el Recolector.

Aunque me había quedado estupefacto por lo mal que olía, retrocedí un paso tratando de mantener mi actitud de severidad.

En aquel momento el señor Bailey me dijo:

—Déjale pasar, Jeremy. Dile que suba al piso de arriba.

Me hice a un lado.

—¿Ha oído eso? —dije—. Arriba.

—Lo he oído —respondió él al tiempo que pasaba pesadamente por mi lado.

No sabía qué pensar de él a la vista de la calavera y las tibias cruzadas que tenía pintadas en su carro y el evidente miedo que había inspirado en hombres adultos como aquellos. ¿Sería un pirata? Por supuesto que no. No había piratas en Londres, salvo Bilbo el Pirata quizá, que ya se había retirado de la profesión. ¿Quién era entonces? ¿Qué era? ¿Qué pretendía llamándose a sí mismo el Recolector? No tardaría en enterarme.

El señor Bailey prosiguió rápidamente con sus preguntas y acabó enseguida con el locuaz y chistoso Bert, quien también recibió la orden de irse a casa y se marchó sin protestar. Los dos testigos que quedaban parecían igualmente ansiosos por irse. El siguiente cruzó la calle al trote desde donde estaba y se presentó ante el señor Bailey sin necesidad de que este se lo pidiera.

Entonces oí unos roces y el ruido de alguien al hacer un gran esfuerzo. Me aparté de la puerta y, tras aguardar un momento, vi aparecer al alguacil Cowley y al Recolector acarreando un pesado bulto. Era un cadáver envuelto en una sábana ensangrentada y, a juzgar por el tamaño y la forma, probablemente el del señor Crabb. Con cierta dificultad, los dos porteadores lograron abrirse camino hasta el carro.

—¿Listo? —preguntó el Recolector—. Una… dos… y… ¡tres!

Arrojaron el bulto por uno de los lados del carro de forma que cayera en su interior con sábana incluida. Sin embargo, mientras volaba por los aires, la envoltura se desprendió y reveló una parte de lo que cubría que me permitió confirmar mi identificación.

Entonces era cierto. Ezequiel Crabb era la víctima. Lamenté su muerte para mis adentros, pues realmente me había parecido un buen hombre. Su buena disposición hacia mi persona le habría convertido en un patrón bueno y generoso. Y como suelen

hacer los niños, que piensan principalmente en sí mismos, lamenté asimismo mis propias circunstancias. ¿Encontraría un maestro igual de bueno? ¿Para quién trabajaría ahora como aprendiz?

El alguacil y el Recolector volvieron a entrar en la casa y mis pensamientos se centraron en el asunto del culpable. ¿Quién había asesinado al señor Crabb? ¿Habría sido el amenazador Clarence? Quizá iban a darme a mí su puesto ante el chibalete. Quizá había empezado a obsesionarse y había matado a su maestro mientras dormía. No. Parecía más probable que lo hubiera hecho el loco que había visto en el calabozo de Bow Street. Al fin y al cabo le habían detenido. ¿Qué le habría enojado hasta el punto de hacerle matar al señor Crabb? Claro que a la locura no le eran necesarios los motivos…

Entonces oí más gruñidos y avisos recíprocos de «Atento ahora» y «Ten cuidado» en la habitación que tenía a mi espalda. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que el alguacil y el Recolector aparecían con otro cadáver. Este también estaba envuelto en una sábana ensangrentada, aunque no lo bastante bien como para que yo no pudiera ver la melena de pelo canoso que colgaba de uno de sus extremos. ¿Sería la señora Crabb, a la que solo conocía de oídas? Su sexo no fue merecedor de respeto, ya que fue objeto del mismo trato («una, dos y tres, y al carro») que había recibido su marido. Luego, cuando el Recolector volvió a emprender el camino de vuelta a la casa, le oí decir con aquella voz gargajosa y ronca que tenía: «Vaya con la vieja gorda. Juraría que pesa más que su marido». A continuación soltó una risotada como si hubiera contado un gran chiste.

Así fue como comenzó el desfile de los muertos. Envueltos en sábanas y mantas los dos hombres fueron bajándolos y depositándolos en el carro de la misma rudimentaria manera. A causa del esfuerzo o de la naturaleza de la tarea, el alguacil Cowley sudaba copiosamente pese a que la noche era fresca; ahora que lo pienso, quizá aquellos arroyuelos que caían por sus mejillas fueran lágrimas, ya que el guardia tenía un carácter sensible y todavía no estaba habituado a ver semejantes carnicerías.

El Recolector, por su parte, trabajaba con entusiasmo y mejoraba de ánimo cada vez que bajaba un nuevo fardo, soltando pequeñas ocurrencias de carácter macabro para regocijo de nadie excepto de sí mismo. Lo más macabro de todo fue su reacción a un accidente que ocurrió en el portal. El alguacil Cowley dio un traspié en la puerta con tal suerte que un brazo humano cortado por encima del codo en cuyo extremo podían verse el hueso, la carne y el cartílago ensangrentados salió despedido de la pesada sábana. ¿Y adónde fue a parar el brazo? A mis pies, por supuesto. Me aparté dando un respingo de horror. Sin embargo, el Recolector se acercó rápido como un rayo y lo recogió por la mano. Luego, sosteniendo sin dificultad su parte del bulto con la otra mano gracias a la descomunal fuerza que tenía, regresó al carro conversando con el difunto dueño del brazo.

—Bueno, me alegro de conocerlo, señor mío, de veras —dijo, estrechando la

mano que sostenía como si fuera la primera vez que se veían—. ¿Cómo se encuentra usted esta noche? Le ha ocurrido de repente, ¿no es así? Bueno, es así como suele suceder: según dicen, nos pasa cuando menos lo esperamos.

Cuando llegó al carro, arrojó el brazo sobre el creciente montón y, diciendo nuevamente «una, dos y tres», lanzó el resto del cuerpo detrás de él con ayuda del alguacil.

—Por amor de Dios —le dijo Cowley, a quien casi se le saltaban lágrimas de la indignación—, ¿cómo puede hacer cosas así?

El Recolector se quedó quieto y le miró con expresión de divertida perplejidad.

—A los muertos no les importa —respondió finalmente.

Cowley pasó bruscamente por su lado y entró en la casa. El Recolector lo siguió y soltó una risilla.

Entonces noté que alguien me agarraba suavemente por el hombro y me encontré con el señor Bailey a mi lado.

—Lamento que hayas tenido que ver eso, Jeremy —me dijo.

—Preferiría no haberlo visto.

—He hablado con el último testigo que me quedaba de la pandilla que ha entrado en la casa. Ya no es necesario que sigas en la puerta. Entra, si quieres.

—¿Hay…? —Titubeé—. ¿Hay más muertos dentro de la casa?

—Sí —respondió—, aunque no hay ninguno en la planta baja.

—Muy bien.

Entonces descubrí que todavía tenía la pistola en la mano. Cuando me di cuenta de ello, me pareció de repente una gran carga, por lo que me la metí en el bolsillo de la casaca y entré en la casa detrás del señor Bailey.

Gracias a las anteriores visitas que había hecho al establecimiento del señor Crabb, sabía que me encontraba en la parte en que vendía los libros. Aunque no era grande, estaba bien surtida tanto de los que publicaba él mismo como de otros. En aquel momento estaba iluminada con la luz de una única vela, la cual me permito ver a *sir* John en una esquina sentado en una silla, con las manos cerradas sobre su bastón y el sombrero de tres picos ceñido firmemente a la cabeza. Su cara estaba cubierta por la misma máscara inexpresiva que llevaba siempre que le veía sumido en sus pensamientos. Al cabo de un rato, sin embargo, salió de su ensimismamiento y se volvió hacia nosotros.

—¿Es usted, señor Bailey?

—Sí, señor, somos Jeremy y yo.

—Ah sí, Jeremy. Ojalá le hubiera dejado en la cama y no me hubiese entretenido en Bow Street hablando con ese pobre desgraciado. Para lo que ha servido… —Entonces se levantó de la silla—. Señor Bailey, desearía que me llevara al sótano. Si no me equivoco, se va por la imprenta, que está en la parte trasera. ¿Es ese el camino, Jeremy?

—Creo que sí —respondí.

—¿Por qué no te quedas aquí? No tardaremos.

Y así me dejaron en la oscuridad, ya que el señor Bailey se había llevado la vela que iluminaba la habitación. De todos modos no me quedé totalmente a oscuras, dado que en el piso de arriba había encendidas unas velas que arrojaban algo de luz a donde yo me encontraba y por el escaparate que daba a la calle entraba un resplandor procedente de la farola y quizá un atisbo del cercano amanecer.

Mientras esperaba, dos cadáveres más fueron bajados y depositados en el carro. Cuando hubo amontonado la carga completa, el Recolector se puso a prepararla para el viaje que iba a realizar: tiró de los muertos de aquí para allá y los arrojó a uno y otro lado como si fueran sacos de grano, sin preocuparse más de mantenerlos tapados. En cuanto los hubo colocado a su gusto, lanzó un alquitranado sobre todos ellos y lo sujetó a las cuatro esquinas del carro. Mientras trabajaba cantaba para sí una especie de cancioncilla o balada. No logré entender la letra, pero al parecer le resultaba divertida.

Sir John regresó con el señor Bailey y, levantando la voz, llamó al alguacil Cowley a su presencia. A continuación ordenó a los dos guardias que precintaran la casa lo mejor que pudieran y les propuso que utilizasen una cuerda para sujetar la puerta.

—Fijen también —añadió— un cartel con un aviso para que todo el mundo se mantenga alejado so pena de multa y encarcelamiento. Pongan mi nombre al final, pero no traten de imitar mi firma de ninguna manera.

—Como usted desee, *sir* John.

—¿Que como yo desee? En efecto, señor Bailey. Ojalá todas las cosas fueran como yo deseo, o como deseo que no lo sean. Bueno, no importa. ¿Jeremy? ¿Estás preparado para llevarme por el camino por el que hemos venido?

—Lo estoy, *sir* John.

—¿No preferiría esperar, *sir* John? —preguntó el señor Bailey—. Tanto yo como el alguacil Cowley podríamos acompañarle a Bow Street.

—No —respondió él tajantemente—. He de llevar a la cama a este muchacho. Espero que consiga conciliar el sueño después de todos los horrores que ha presenciado esta noche. —Ladeó la cabeza más o menos en mi dirección—. ¿Jeremy?

—Sí, *sir* John.

—Pongámonos en camino.

Le cogí por el codo y, tras conducirle a la salida de la casa en que había tenido lugar la infame «masacre de Grub Street», salimos juntos a la calle. Allí vi al Recolector, que se había montado en el pescante del coche y se disponía a marcharse.

—Toda una cosecha, *sir* John —exclamó—. No me llevaba una carga semejante desde hacía meses, o quizá un año.

—Se le pagará por su trabajo, por supuesto —dijo *sir* John.

—Claro —exclamó él—, es parte del trabajo.

¿Quieren usted y el muchacho acompañarme? Voy en su dirección.

—No; iremos andando. Gracias.

Al oír aquello, rio a carcajadas.

—Son pocos los que desean ir conmigo —comentó el Recolector—. Muy pocos.

A continuación reanimó a sus cadavéricos caballos con ayuda de un látigo y estos iniciaron la marcha. Les miré irse. *Sir* John echó a andar a buen paso, y yo tuve que correr para no rezagarme.

—¿Quién es ese hombre? —le pregunté—. ¿Qué pretende llamándose el Recolector?

—No sé quién es en realidad. Solo responde a ese nombre: el Recolector. Es un apelativo que ha heredado del siglo pasado, de los años de la peste, cuando un antepasado suyo recorría Londres recogiendo a las víctimas de la peste. Era un trabajo peligroso, ya que ponía en peligro de infección a todos los que lo realizaban. Por alguna razón, sus descendientes sobrevivieron, y él ha acabado heredando esta desagradable ocupación. Trabaja para la ciudad de Londres recogiendo los cadáveres y guardándolos hasta que se los reclaman. Si no se los reclaman, se ocupa de enterrarlos en un cementerio para pobres.

—Parece que todo el mundo le tiene cierto temor —me aventuré a comentar.

Sir John suspiró.

—Disfruta demasiado con su trabajo. Ese hombre tiene algo de impío. Se rumorean cosas sobre él de las que es mejor no hablar.

—Entiendo. —Aunque la verdad era que no lo entendía.

Seguimos andando en silencio hasta que llegamos al cruce por el que anteriormente habíamos salido a Grub Street. Al doblar la esquina no tuve más que tocarle el codo a *sir* John para guiarle. De aquel modo continuamos en dirección este, apretando nuevamente el paso.

—Eh… ¿*sir* John?

—¿Sí, Jeremy?

—Voy a tener que buscar un nuevo patrón.

—De eso no cabe duda. —Como no dijera nada más, pensé que quizá ese sería su único comentario al respecto. Sin embargo, al cabo de un rato añadió—: He de pensar en ello. Tal vez vuelva a hablar con Samuel Johnson.

—Como usted desee, *sir* John.

—Como yo desee, como yo desee… Realmente parece que todos estáis ansiosos por que se cumplan todos mis deseos. Lo que yo deseo es que esta calamidad no hubiera ocurrido y que lo que parece tan sencillo no fuera tan complicado. Piensa en esto, Jeremy: tenemos un prisionero que ha sido apresado con el arma homicida, o al menos una de ellas, en las manos. ¿Cómo se ha dado con él? Siguiendo el rastro de unas botas manchadas de sangre que llevaba a los pisos superiores de la casa. ¿Llevaba botas el hombre que tenemos en Bow Street? En absoluto. Cuando lo han capturado estaba descalzo y así es como lo ha llevado el alguacil Cowley hasta el calabozo, probablemente por el mismo camino que estamos tomando nosotros. ¿Es

posible que un solo hombre haya matado a tantas personas? Lo dudo. Los gritos de unas habrían despertado a las otras. Todas las víctimas han sido asesinadas mientras dormían. Me parece poco verosímil que un hombre haya podido ir de un dormitorio a otro con tanta rapidez y sin que nadie haya advertido su presencia. Sin embargo ahí estaba, con el hacha en la mano y una mancha de vómito en el suelo, igual que un asesino que ha contemplado su propia obra y se ha sentido asqueado. Todos los que lo han visto coinciden en esto. La mancha de vómito sigue allí, pero el hacha ha desaparecido. Nuestro alguacil se ha olvidado de ella; espero que haya aprendido la lección. Seguramente se la habrá llevado como un macabro recuerdo de este espantoso suceso alguno de esa pandilla que luego ha alborotado toda la casa del señor Crabb. Han dejado sus malditas huellas por todas y cada una de las partes del edificio. Voy a procesar al menos a uno de ellos por poner trabas a la investigación, te lo prometo. ¡Este asunto se ha llevado de mala manera desde un principio!

Nunca había oído hablar a *sir* John tan airadamente. Estaba resoplando debido al esfuerzo, pese a lo cual seguía andando a buen paso. Yo hacía todo lo que podía por no rezagarme, y quizá estaba prestando demasiada atención a esto y muy poca a lo que tenía delante de mí. Recuerdo que habíamos pasado el Cock of the Walk y, con gran alivio por mi parte, no habíamos visto ningún grupo de hombres en la puerta. Estábamos enfilando un sombrío tramo de calle cuando de repente dos hombres se interpusieron de un salto en nuestro camino. Uno de ellos blandía un alfanje de aspecto poco tranquilizador. Agarré a *sir* John del brazo y le obligué a detenerse.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz alta, volviendo la cabeza de un lado a otro.

—Ladrones —le musité.

—Sí, ladrones —dijo uno de ellos, que estaba escuchándonos atentamente. Sonrió y animó a su compañero a acercarse a nosotros—. Eso es lo que somos. Ven, Tom. Mira qué peces hemos atrapado con nuestra red. No te lo vas a creer, pero son un ciego y un niño. Ven te digo.

Aunque Tom era más tímido que su compañero, era él quien empuñaba el alfanje. Avanzó cautelosamente, dirigiendo la punta del alfanje primero a uno y luego a otro.

—Es evidente —dijo *sir* John mostrando una total indiferencia a su amenaza— que no saben quién soy yo.

—¡Ni queremos saberlo! Dadnos lo que tenéis.

Al oír esto, metí automáticamente la mano en el bolsillo de la casaca, pero en lugar de encontrar mis chelines me topé con la culata de la pistola. De manera igualmente automática la saqué del bolsillo y encañoné con ella a los dos hombres. Tuve que emplear los dos pulgares para tirar del percutor hasta el fondo, pero al final lo conseguí. Entonces traté de hacer algo que, dadas las circunstancias, era aún más difícil: mostrarles la cara de ferocidad que había puesto en la puerta de la casa del señor Crabb.

Los dos ladrones retrocedieron silenciosamente un paso en señal de respeto a la pequeña pistola. No creo que mi cara les asustase mucho.

—Escucha, muchacho —dijo el más atrevido de los dos—, ten cuidado con eso. Podrías hacerle daño a alguien.

—Soy *sir* John…

—¡Tengo muy mal genio! —les grité con la voz más grave que pude impostar.

—Pero solo tienes una pistola —razonó el más hablador de los dos—. Solo puedes disparar a uno de nosotros —añadió al tiempo que avanzaba un poco hacia nosotros.

—¡No puedo fallar a esta distancia! —Estábamos a unos dos metros—. ¿Quieres ser tú quien reciba el disparo? —Moví la pistola de manera que apuntara directamente al que empuñaba el alfanje.

—¡He dicho que me llamo John Fielding! ¡Soy…!

—¡No! —gritó Tom, retrocediendo tres pasos nada menos—. ¿O tú?

Y moví la pistola en dirección al más atrevido de los dos. La verdad, lector, es que no habría podido fallar a aquella distancia, ya que, por alguna razón, mis manos sostenían la pistola con firmeza y mi dedo no temblaba sobre el gatillo. ¿Lo habría apretado? No lo sé. Quizá sí.

El ladrón no respondió, pero retrocedió junto con Tom, su compañero.

—Entonces si no voy a matar a ninguno de los dos, solo tengo una cosa que decir… ¡Marchaos de aquí!

Y se marcharon; andando apresuradamente, discutiendo entre ellos, acusándose el uno al otro de cobardía. Los observé hasta que desaparecieron y entonces informé a *sir* John que podíamos reanudar el camino sin miedo. Seguimos andando con mayor lentitud y prudencia que antes, y yo mantuve la pistola en la mano como medida de precaución ante el posible retorno de los ladrones.

Durante bastante rato guardamos silencio. Al final *sir* John dijo:

—¿Eran dos?

—Sí, dos, *sir* John.

—Deben de haber llegado a la ciudad hace poco, ¿no te parece? Porque mira que no reconocerme… Es algo insólito, realmente insólito.

II

En el que *sir* John pide consejo al doctor Johnson y amonesta a Eusebio

Si a menudo me resultaba difícil mantener el paso de *sir* John en las frecuentes ocasiones en que le acompañé en sus paseos por las calles y callejuelas de Londres, me fue prácticamente imposible caminar a la par de Samuel Johnson cuando le llevé, tal como me habían mandado, a ver al juez, quien nos aguardaba en un café de Haymarket. El doctor Johnson se abría paso por las calles, y yo le seguía a la carrera. Como bien se sabe, era un hombre voluminoso que medía como mínimo un metro ochenta y pesaba cien kilos o más; no obstante, su gran tamaño no le suponía ningún impedimento. Sus robustas piernas no eran más largas de lo que uno esperaría en una persona de tales proporciones, y sin embargo se movía con una energía y rapidez extraordinarias para un hombre de sesenta años, que era la edad que tenía por entonces.

Sir John me había enviado a la casa del doctor Johnson con una carta en la mano cuando apenas había pasado una hora desde nuestra llegada a Bow Street. Para entonces el sol ya había hecho una tímida aparición y emitía su luz irregularmente entre las veloces masas de nubes. Armado con las explícitas indicaciones que me había facilitado el señor Baker, crucé la ciudad por unas calles que ya empezaban a llenarse de mendigos, jornaleros y trabajadores que se dirigían a sus empleos habituales. Londres era, como ahora, una ciudad trabajadora, y su pulso comenzaba a latir con verdadera rapidez. Es extraño ver despertar a nuestra gran capital. Aún hoy día sigue siendo esta mi hora favorita en la ciudad.

Al llegar a la puerta fui recibido por una *sir*vienta del doctor Johnson. Cuando le entregué la carta, me pidió que entrara y me invitó a que me sentase en un banco del vestíbulo mientras ella le llevaba la carta a su señor. Allí estuve esperando y esperando hasta que por fin oí unos gangueos y unas toses procedentes de un lugar recóndito de la casa. Entonces la *sir*vienta vino por mí y me condujo a un salón comedor en el que el gran crítico estaba a solas, desayunándose con pan y tocino. Me invitó a que me sentara a la mesa con él y me hizo todo tipo de preguntas acerca de los sucesos ocurridos la pasada noche o, quizá sería más correcto decir, a primera hora de aquella mañana.

Sabía perfectamente qué le había permitido saber al doctor Johnson la carta que le había entregado, ya que la había escrito yo mismo. En ausencia del señor Marsden, *sir* John me la había dictado a mí. En ella le explicaba que en Grub Street, en la casa del señor Crabb, se había cometido un crimen terrible: un asesinato. Un individuo había sido detenido por un alguacil en la misma casa y ahora estaba encarcelado

como sospechoso. El doctor Johnson lo conocería, tal vez por su fama o quizá incluso personalmente: su nombre era John Clayton y era poeta. *Sir* John requería la presencia del doctor Johnson en el café Preston de Haymarket para que pudieran hablar sobre él, dado que se había mostrado muy parco al responder cuando se le había planteado alguna pregunta.

Se trataba simplemente de esto; nada más. A un hombre con una curiosidad tan insaciable como Samuel Johnson una misiva como la que yo acababa de entregarle solo podía despertarle el deseo de saber más acerca del asunto. *Sir* John había previsto esta circunstancia y me había dicho que le contara todo lo que había visto, menos su intento de interrogar a Clayton. No debía contarle nada sobre el estado del prisionero en el calabozo, ni nada de lo que pudiera haber oído decir a otras personas (el alguacil Cowley o sus testigos) en relación al arresto de Clayton. Y, por supuesto, no debía contarle nada sobre las conjeturas de *sir* John acerca de estos asuntos.

El doctor Johnson me observó con expresión severa desde el otro lado de la mesa. Por un ojo apenas podía ver, observé. El otro, aunque distaba de estar sano, lo tenía clavado en mí con un gesto de solemnidad, de ahí que yo me temiera lo peor hasta el mismo momento en que habló.

—¿Has comido, muchacho? ¿Te apetece algo?

—Una taza de té, señor. —La señora Gredge me había dado bien de comer.

—Eso es fácil de resolver.

Entonces, como si la hubiera llamado con el poder de su mente, la *sir*vienta apareció en el salón con una taza y un platillo de gran tamaño, los cuales colocó delante de mí. Llenó la taza con la tetera que había sobre la mesa y se retiró sin decir ni una palabra (aunque no muy lejos, sin duda, ya que debía de estar escuchando detrás de la puerta).

—Ahora —dijo el doctor Johnson— debes contarme más sobre este extraordinario suceso.

—¿Qué desea saber, señor?

—Pues todo; todo lo que tengas que contarme. *Sir* John se refiere en esta carta a un crimen terrible…

—Sí, señor.

—A un asesinato.

—Sí, señor.

—Y bien, muchacho. ¿En qué medida ha sido terrible? ¿Quién ha sido asesinado?

—Tan terrible como uno pueda imaginarse —respondí llevándome la taza a los labios y luego bebiendo un sorbo de té, que estaba cargado tras el largo tiempo que había estado en reposo. (He de confesar, lector, que con esta pausa esperaba añadir dramatismo a lo que tenía que decir)—. Han asesinado a todos.

—¿A todos? —El doctor Johnson abrió desmesuradamente su ojo bueno en un gesto de consternación—. ¿Te refieres a Crabb y su esposa?

—Y a sus hijos —agregué—. Y también a sus dos aprendices. Seis en total. He

visto cómo sacaban sus cadáveres de la casa de Grub Street.

El gran crítico guardó silencio por un momento, aturdido por la noticia que yo le acababa de transmitir. Entonces, recuperándose, preguntó:

—¿Has estado presente?

—He acompañado a sin John a la casa. No había coches de alquiler en la calle a la hora a la que hemos salido. Necesitaba mi ayuda a causa de su… —Titubeé—. De su desgracia.

—Claro, claro, por supuesto. De modo que has estado allí. Dime qué has visto y qué has oído.

Se lo dije, eliminando de mi relato aquellos aspectos que *sir* John me había pedido encarecidamente que omitiese. Aun así incluí abundantes detalles para causarle asco y fascinación. No evité referirle la llegada del Recolector, ni sus macabros chistes, ni siquiera la escandalosa broma que había hecho con el miembro cercenado. Él me escuchó atentamente de principio a fin, aunque no sintió tanta fascinación o asco como para dejar de comer durante mi largo relato. De hecho se comió un enorme desayuno consistente en pan, mantequilla y una bandeja casi entera de tocino. Su *sir*vienta iba y venía para volver a llenarle el plato. Masticaba con tal ahínco e intensidad que el sudor le cubría la frente.

Casualmente terminamos los dos más o menos en el mismo momento: yo mi historia y él su desayuno. Entonces se apartó de la mesa y, tras dejar escapar un sonoro eructo, me miró de nuevo de hito en hito, aunque con una expresión en cierto modo menos severa que la vez anterior.

—Bien contado —me dijo—. ¿Qué puedes decirme ahora de John Clayton?

—¿Quién es John Clayton, señor? —pregunté con verdadera inocencia.

—¿Quién va a ser? El prisionero. Es a él a quien han detenido en casa del señor Crabb, ¿no es así? *Sir* John lo menciona de manera expresa en la carta.

—¿De veras, señor? Es posible, pero no han detenido a nadie mientras yo he estado allí. He de admitir, de todos modos, que he oído mencionar su nombre en Bow Street antes de que me enviaran aquí con la carta.

—¿Entonces no puedes contarme nada sobre él y sobre el estado en que se encuentra actualmente?

Era una suerte que hubiera planteado la pregunta de aquella manera, ya que no deseaba mentir a un personaje tan augusto. Gracias a ello pude responderle con toda sinceridad:

—Lamento no poder arrojar ninguna luz sobre este asunto.

(Yo había concluido que las órdenes que me había dado *sir* John me impedían hacerlo, lo cual era algo que en verdad lamentaba, ya que de no haber estado mis labios sellados por una promesa, habría podido darle al doctor Johnson una descripción que le habría dejado realmente asombrado: la del huraño Pedro en su celda ataviado únicamente con un camisón manchado de sangre. Si semejante gusto por las palabras parece especioso y jesuítico, querido lector, hay que tener en cuenta

que responde a una costumbre del pensamiento que resulta natural entre abogados y futuros abogados).

—Bien, entonces… —El doctor Johnson se colocó las manos en torno a la boca como si fueran un fuelle y dejó escapar una bocanada de aire que pareció vaciar sus pulmones casi por completo. A continuación, con una agilidad que me sorprendió, se puso en pie de un salto y dijo—: Vayamos a nuestra reunión. —Parecía bastante impaciente por ir. Le seguí al vestíbulo y luego a la puerta de la calle. Allí cogió su sombrero de tres picos y su bastón y se preparó para salir. Antes, sin embargo, se volvió hacia mí y, esbozando una sonrisa, me preguntó—: ¿Por qué desea *sir* John reunirse conmigo en un oscuro café en lugar de en su despacho?

—Acerca de eso solo podría hacer conjeturas, señor.

—Adelante entonces: haz conjeturas.

Aunque *sir* John no había hecho referencia a esta posibilidad al darme sus instrucciones, yo podía imaginarme perfectamente cuál era la razón: para llegar a su despacho había que pasar por el calabozo en el que estaba encerrado el prisionero, y *sir* John no deseaba que el doctor Johnson viera a Clayton en semejante estado. Sin embargo, yo no podía decir esto, de modo que estaba obligado a improvisar.

—Es posible que desee que la reunión sea de carácter informal —respondí— para que usted se sienta cómodo. A menudo el secretario recoge por escrito lo que se dice en el despacho del juez como si fuera una declaración, lo cual cohíbe a ciertas personas al hablar.

—¿Yo? ¿Cohibido? ¡Mmm…! —exclamó Samuel Johnson—. También es posible que no desee que ninguna persona de Bow Street sepa que me pide consejo.

Dicho aquello, soltó una sonora y vanidosa carcajada, abrió la puerta de golpe y salió resueltamente al patio delantero de su casa. Yo cerré la puerta y eché a correr para alcanzarle.

Seguí corriendo al parecer durante toda nuestra larga caminata. Pero el doctor no era únicamente un andarín veloz y enérgico, sino también un andarín silencioso: solo cuando estábamos a punto de llegar a Haymarket tuvo a bien decirme sus primeras palabras.

—Supongo —gruñó por encima del hombro— que tendré que buscarte un nuevo puesto de aprendiz.

—Eso parece —respondí sin dejar de dar zancadas a su lado y esperando que dijera algo más al respecto. Pero eso fue todo. El doctor se limitó a poner una expresión pensativa y a seguir su camino por entre la creciente multitud de transeúntes. Tras dar unos cuantos pasos juntos, no pude evitar rezagarme.

Sin embargo, antes de llegar a nuestro destino, volvió a hablar:

—¿Cuándo ibas a comenzar a trabajar para el señor Crabb? —dijo levantando la voz.

—Habría comenzado hoy, señor —respondí corriendo una vez más para darle alcance.

—Ha sido una suerte para ti que no tuvieras que comenzar ayer, ¿eh? Entonces habría habido siete víctimas. ¿Habías pensado en eso?

—Me lo han indicado —dije con suma corrección.

—Mmm… Sí… Claro. —De pronto se detuvo y dio media vuelta, mirando de aquí para allá y causando por consiguiente una cierta confusión entre las personas que le rodeaban. Habíamos llegado a Haymarket—. Ahora, dime, muchacho, ¿dónde está ese lugar en el que hemos de reunimos con *sir* John?

Lo sabía, puesto que ya había ido a beber café allí. Hacía apenas unas semanas me habían iniciado en la costumbre en Lloyd's.

—Por aquí —respondí, y por vez primera fui yo quien mostré el camino: crucé la calle empedrada y el doctor Johnson me siguió pisándome los talones. Entramos en el establecimiento e inmediatamente nos rodeó el maravilloso aroma de la infusión, algo de agradecer tras nuestra larga inmersión en los insoportables olores de la calle.

Mirando en torno, encontré a *sir* John sentado a solas en una esquina. El café distaba mucho de estar concurrido y la mesa que ocupamos era la adecuada para el tipo de conversación privada y tranquila que deseaba mantener el juez. Sin embargo, el doctor no estaba acostumbrado a la tranquilidad, y si el ruido se echaba de menos, él se encargaba de que lo hubiera en abundancia. Así pues, saludó al juez con un grito lo bastante alto como para asustar a un asaltador de caminos.

Las cabezas se volvieron y la *sir*vienta que estaba más cerca de nosotros se detuvo tan repentinamente como un caballo asustado. Como llevaba una cafetera en la mano, derramó café a un suelo sobre el cual ya se había derramado café a menudo en el pasado.

—Doctor Johnson, estaré ciego, pero no sordo —dijo *sir* John con una sonrisa destinada a suavizar la brusquedad de sus palabras—. Pero siéntese, por favor, y hablemos del asunto que le menciono en mi carta.

—Le tiene perplejo, ¿verdad? ¿Desea que le dé mi consejo al respecto?

—Su consejo es siempre de agradecer. Pero lo que más me hace falta son sus conocimientos. —*Sir* John levantó entonces una mano con la esperanza de que le viera la *sir*vienta—. Bebamos café antes para aguzar nuestras mentes.

La *sir*vienta acudió en un santiamén, puso dos tazas sobre la mesa y *sir*vió café en las tres. Cogí la mía de inmediato y, a pesar de lo caliente que estaba, bebí un trago, pues tenía verdadera necesidad del estímulo que me iba a producir. El día había comenzado demasiado temprano para mí.

—¿Mis conocimientos ha dicho, *sir* John?

—Sí, sus conocimientos sobre ese hombre, John Clayton. Le he hecho llamar porque al parecer usted conoce a todos los hombres de letras de Londres o ha oído hablar de ellos.

—Es posible, *sir* John, pero el hombre al que se refiere, Clayton simplemente

estaba por casualidad en Londres. No es de Londres, si me permite la distinción.

—Por supuesto —dijo *sir* John—. ¿Pero lo conoce usted?

—En cierto modo —respondió Johnson—. Nos conocimos hace apenas doce meses con motivo de la publicación de su primer libro. Era una colección de poemas. El señor Crabb me invitó junto a otras personas a que acudiera a su librería para conocer a un extraordinario descubrimiento suyo.

—¿Extraordinario dice usted? ¿En qué sentido? Lo dice como si tuviera algo único.

—Eso parecía, en efecto —explicó Johnson—. Crabb lo presentó como un «poeta campesino». —Hizo una pausa, frunciendo sus vigorosas facciones para mostrar un gran ceño—. Pero ahora el desdichado Crabb está muerto. Asesinado, ¿no es así?

—No hay duda al respecto.

—El muchacho me ha dado una descripción sumamente gráfica de lo ocurrido: seis víctimas, por Dios —exclamó recalcando la cifra y haciendo un gesto de negación con la cabeza—. Ezequiel podía ser un hombre conflictivo, pero tenía criterio. Publicaba solo lo que consideraba de valor. Desde luego John Clayton se ha ganado su fama, aunque no su fortuna, gracias a él. Como ya he dicho, lo presentó como un «poeta campesino», y es cierto que Clayton tiene una marcada formación rural, pues fue agricultor en un inculto distrito de Somersetshire. Imagínese, *sir* John… Ha recibido una escasa educación formal, pero no cabe duda de que tiene cierto genio poético.

—¿Cierto genio?

—Pues sí. Su poesía no es completamente de mi agrado. Clayton celebra la naturaleza, pero la celebra por mor de la naturaleza misma. Yo diría que no hay hoy en día en Inglaterra un autor de poesía descriptiva mejor que él, si cabe juzgarle por su primer libro. Sin embargo, su poesía no deja de ser meramente descriptiva. No va más allá para acceder a la filosofía, y menos aún a la sabiduría. El deber del poeta es extraer lecciones de la naturaleza, no solo retratarla. Esto, sin embargo, tal vez sea mucho pedir de un poeta campesino o, en concreto, de la primera colección de poemas de un poeta campesino.

—Comprendo —dijo *sir* John—. De todos modos, ¿le parece a usted que posee verdadero talento poético?

—Oh, sin lugar a dudas. He traído un ejemplar de su primer libro, que se titula El calendario de un hombre de campo y otros poemas. —Mientras decía esto, Johnson hundió la mano en el amplio bolsillo de su casaca y sacó de él un librillo que cabía fácilmente en su gran mano—. Se puede abrir el libro por cualquier página y encontrar versos de un particular encanto, y algunos realmente brillantes. Pero permítame que se lo demuestre. —El doctor Johnson acercó el libro a unos centímetros de sus débiles ojos, pasó un par de hojas y se detuvo—. Este servirá —dijo—. Es parte del largo poema que da título al resto. Se llama «Febrero».

Y a continuación leyó, llenando la sala con su sonora voz mientras todos le

atendían:

—«Cuando el invierno exhala un suspiro y ya para irse está preparado / Y en los prados y tierras del campo la nieve del todo ha madurado…».

Bajó entonces el libro y miró primero a *sir* John y luego a mí. Las conversaciones se reanudaron alrededor de nuestra mesa.

—Es posible que frases como «tierras del campo la nieve del todo ha madurado» —comentó— no posean un sentido literal (la nieve no crece de la tierra; no es algo que se pueda cultivar). Sin embargo forman en la mente una imagen clara y definida. La poesía de Clayton está llena de figuras tan cautivadoras como esta. Se trata, sin lugar a dudas, de un poeta. Quizá evolucione de manera que este tipo de frases cobren un mayor significado.

Sir John bajó la cabeza y se apoyó sobre la mesa para acercarse a su compañero de conversación.

—Mis investigaciones acerca de este hombre —dijo— me han sugerido que quizá se trate también de un poeta loco. ¿Sabe usted algo al respecto?

La actitud del doctor Johnson cambió bruscamente, y pude observar que se ponía derecho y rígido en su silla. Por un momento no dijo nada, y cuando finalmente habló, fue en un tono quedo y sigiloso.

—¿Por qué me hace esta pregunta, *sir* John?

(Su susceptibilidad acerca de este tema quizá pueda explicarse atendiendo a los rumores que se difundieron tras su muerte según los cuales en aquella época estaba sufriendo ataques de profunda melancolía y temía por su cordura).

—Porque, tal como le he dicho —respondió *sir* John—, usted tiene unos conocimiento especiales sobre estos hombres y sobre el temperamento que tienen. No se ofenda, doctor Johnson, ¿pero no fue Platón quien dijo que todos los poetas estaban locos y que en consecuencia deberían ser desterrados?

—Al decir esto, *sir* John, Platón hablaba en un sentido metafórico: debían ser desterrados, en efecto, pero de una república ideal. Además, Platón era medio poeta y cometía el error de exagerar de forma caprichosa.

—Es posible, pero ¿qué me dice de este hombre, Clayton?

De repente ambos hombres se mostraban un tanto irritados.

—¿Qué quiere que le diga? —exclamó Johnson—. Ese hombre es un patán, *sir* John. Habla como un patán, pronuncia mal algunas palabras y se comporta como tal. Es tímido, bienintencionado, respetuoso, tan alto como yo y muy fuerte gracias a los años que ha pasado trabajando en el campo. Es, en definitiva, un campesino, normal en todos los sentidos excepto en uno: que también es poeta, lo cual le convierte en una especie de rareza. Como una rareza nos los presentó Crabb, de ahí que su libro se vendiera y se vendiera extraordinariamente bien. Según tengo entendido está preparando otro. Es muy difícil imaginar que semejante persona, una persona, a todo esto, con la que solo he estado unos breves momentos, haya sido detenida como sospechosa de un crimen como el que me ha sido descrito. Y por lo que se refiere a la

locura, pues… Bueno, yo…

En ese momento, la ruidosa respuesta de Johnson perdió fuerza y quedó reducida a una serie de balbuceos. *Sir* John, en lugar de ayudarle a acabar la frase o hacerle una nueva pregunta, se limitó a esperar a que el gran maestro de las palabras encontrara las apropiadas para continuar. Y así fue como ocurrió finalmente.

—Bien, hará unos meses, durante una cena, oí decir algo al respecto a un caballero de Somerset. Al no tener nada en común con él, hice un comentario acerca del repentino éxito de John Clayton y de sus descripciones de la belleza de su lugar natal. La respuesta del caballero fue bastante indigna, pues me dijo que, por lo que él sabía, Clayton era una persona poco respetada por allí y tenía fama de borrachín, tras lo cual añadió otras calumnias que no hacen al caso. Luego, para rematar su descripción, me contó que, según había oído, unos años atrás, mucho antes de que el «poeta campesino» hubiera comenzado siquiera a disfrutar de un cierto renombre, había sido encerrado durante varias semanas en la casa de locos del condado. Francamente, no di crédito a su relato. Lo consideré una habladuría maliciosa y falsa, inspirada por la envidia de la alta burguesía ante la repentina fama de una persona perteneciente a una posición social más baja. Esta es la primera vez que lo cuento, y le doy tanto crédito en este momento como la primera vez que lo oí. Sin embargo, como me lo ha preguntado, he considerado mi obligación contárselo.

Durante su respuesta Johnson había ido bajando su estentórea voz hasta reducirla a un mero murmullo. El honor de aquel hombre, por el que era justamente famoso, se me hizo más patente que nunca gracias a los escrúpulos que había manifestado.

—Gracias —dijo *sir* John—, y tenga la seguridad de que, cuando la estudie, tendré muy presentes sus reservas acerca de la fuente de la información que me ha facilitado. Solo tengo una pregunta más que hacerle, y es la siguiente: usted ha afirmado que John Clayton se ha ganado su fama, aunque no su fortuna, gracias a Ezequiel Crabb. ¿Qué ha querido decir con esto?

—No es mi intención hablar mal de los muertos, *sir* John, pero todo el mundo sabe que Ezequiel Crabb demostraba cierta avaricia en las relaciones que mantenía con sus autores y era considerado entre sus competidores y colegas una de las personas más tacañas del gremio del libro. Para justificarlo ante los demás, se jactaba de que publicaba libros de calidad que otros no se arriesgaban a editar. En términos generales, esto era verdad, sin lugar a dudas, pero Crabb tenía un talento especial para el comercio y en ocasiones pagaba poco por costumbre, sabiendo perfectamente bien que tenía posibilidades de obtener un beneficio considerable. El Calendario de un hombre de campo es un ejemplo de lo que digo. Sé de buena tinta que compró todos los derechos del libro por veinticinco guineas. Crabb debió de ganar esa suma multiplicada por cien en beneficios netos, ya que se vendieron miles de ejemplares del libro.

—¿Se sintió Clayton agraviado por este motivo?

—En mi opinión debería, *sir* John, pero no fue así. Cuando nos conocimos, y

también más tarde, según he podido saber, parecía estar humildemente agradecido por el hecho de que Crabb le hubiera dado a conocer al público. Quizá había estipulado un contrato más beneficioso para su segundo libro. Espero de veras que así sea.

—Bien, gracias, doctor Johnson, me ha servido usted de gran ayuda —dijo *sir* John con placidez.

—¿Entonces la conversación ha concluido? —preguntó el gran crítico un tanto desconcertado—. ¿Y qué me dice del *quid pro quo*? ¿No me va a pagar con la misma moneda? He venido a este humilde lugar respondiendo a su llamada con la esperanza, mejor dicho, con la confianza de que iba a enterarme de algo más acerca de este lamentable asunto. He contado todo lo que tenía que contar y no he obtenido nada a cambio. Deseo conocer las circunstancias del crimen y las pruebas que se esgrimen contra el desdichado Clayton. ¡Considero esto injusto!

—Bueno, injusto o no, lo cierto es que el caso está en los tribunales y no puede hablarse de él —respondió el juez—. Le invito de todos modos a que pase por Bow Street dentro de tres horas. Allí creo que sus preguntas hallarán respuesta y su curiosidad satisfacción.

Poniéndose en pie, *sir* John me pidió que le indicara la salida. Cuando yo ya me había levantado y puesto a su lado, se quedó quieto de repente y, con una sonrisa taimada en los labios, le hizo una petición a Samuel Johnson.

—Me pregunto, doctor Johnson, si consentiría en prestarme el libro de Clayton del que ha leído esos versos. Su contenido podría ser pertinente para el caso. Le prometo que se le devolverá cuando el asunto concluya.

El doctor Johnson balbuceó y dio muestras de irritación, pero al final se dio por vencido. Jamás fue prestado un libro con mayor disgusto, o así me lo pareció a mí.

Aunque *sir* John Fielding llevaba los procesos del juzgado de Bow Street con dignidad y respeto por la letra y el espíritu de la ley, no dejaba de ser más que un juez instructor. Como tal, su poder directo estaba limitado a enjuiciar ofensas menores y resolver modestos pleitos y litigios de carácter civil. Su mayor poder era indirecto: sobre él recaía el deber de ponderar pruebas y testimonios de crímenes punibles con la pena capital (los cuales se contaban en aquel entonces aún en mayor número que ahora), y si se demostraba que había indicios racionales de criminalidad, de poner al prisionero a disposición del Tribunal Central de lo Criminal de Londres en Old Bailey. Sin embargo, el mayor poder de todos, aunque fuera por lo general el menos comprendido y valorado, era el que tenía para dirigir investigaciones que podían resultar en un procesamiento.

La causa más importante que se iba a instruir en el juzgado de Bow Street aquel día era, naturalmente, la de la terrible masacre de Grub Street. Antes incluso de que se hubiera informado debidamente al respecto, el caso ya estaba siendo objeto de

muchas conversaciones en la calle. Recuerdo bien que mientras volvíamos del café Preston, *sir* John fue detenido por unos cuantos miembros de la alta burguesía que deseaban saber detalles sobre el asunto. Por muy extravagantes o pertinentes que fueran las preguntas, el juez evitaba cualquier discusión con un par de apacibles frases: «Todo en su debido momento», decía. O: «Mi juzgado está siempre abierto al público», etcétera. A aquellas personas que al pasar le gritaban simplemente: «¿Y lo de Grub Street?», «¿Cuántos han muerto?», en lugar de darles una contestación de verdad, les respondía moviendo la cabeza secamente o haciendo un gesto de desaprobación con la mano. Por lo que pude ver, aquellas maleducadas intromisiones le molestaban bastante. Ese era el precio que tenía que pagar por la «eminencia» de la que él mismo se jactaba.

Tras entrar en el juzgado, pasamos por delante del prisionero: John Clayton, o Pedro, como él prefería que le llamasen. Estaba poniéndose unos calzones, unas medias y otras prendas, ropa más adecuada para presentarse ante un tribunal que una camisa manchada de sangre. *Sir* John no mostró ningún interés. Había tratado de persuadir al prisionero de que hablase al menos en una ocasión desde nuestro regreso de Grub Street, pero todo había sido infructuoso. Evidentemente, consideraba que volver a hacer un esfuerzo de aquella naturaleza sería inútil, al menos por el momento.

Cuando se hubo sentado en su despacho, el juez me pidió que fuera a buscar al señor Bailey, lo cual me permitió ver algo que no me sorprendió: el prisionero había terminado de vestirse y ahora estaba sentado con aspecto taciturno ataviado con unas prendas desgastadas que no hacían juego las unas con las otras. *Sir* John me puso a trabajar en el ejemplar del Calendario del hombre de campo que le había prestado Samuel Johnson. Sus órdenes me parecieron curiosas: «Busca opiniones, Jeremy; opiniones de toda clase. Hemos de intentar hacernos una idea de cómo funciona la mente de este hombre en sus fases de mayor cordura». Así pues, sentado en el banco que había fuera del despacho de *sir* John, me puse a leer el libro sin saber muy bien qué tenía que buscar. Había, en cierto sentido, una sobreabundancia de opiniones: opiniones sobre el azul de un insólito cielo despejado de verano, la anidación de unos pájaros bajo una lluvia de otoño y las conversaciones que mantienen los ruiseñores a medianoche. En resumen, los poemas de Clayton eran en gran medida tal como había dicho el doctor Johnson: descriptivos más que filosóficos, pero llenos de ocurrencias verbales de lo más cautivadoras. Leí, busqué y rebusqué; el señor Marsden vino y se fue y el joven alguacil Cowley apareció en una ocasión. Sin embargo, cuando *sir* John me llamó a su despacho y me preguntó qué había descubierto, no fui capaz de decirle prácticamente nada.

—Al parecer no le gustan los médicos —dijo—. Y detesta estar encerrado.

—Bueno, en eso es igual que el resto de la gente —comentó *sir* John—. Pero supongo que esto respalda en cierto modo lo que le dijo el caballero de Somerset al doctor Johnson. —Y, haciendo una mueca, añadió—: ¡Bah! Este es un asunto

realmente desdichado. Ese hombre no puede ser llevado a juicio.

Este era el estado de ánimo en que se encontraba el juez cuando abrió la sesión de aquel día. El público que se había reunido en la sala era sin duda el más numeroso que yo había visto hasta aquel momento en el juzgado de Bow Street. Como el asunto había despertado un gran interés, se trataba de una multitud ruidosa y un tanto descontrolada. Entre la habitual concurrencia de gandules y granujas de Covent Garden había otras personas: caballeros distinguidos acompañados por sus esposas y gente relacionada con el mundo de la imprenta y la publicación de libros, como el señor Boyer y su joven socio el señor Nicholson, el señor Davies y el señor Evans; y, finalmente, en el centro y en primera fila, el doctor Samuel Johnson.

Pronto se hizo evidente que *sir* John no tenía intención de llevar el asunto de la manera habitual. La sesión iba a ser una parte más de la investigación del caso, una especie de vista pública. El prisionero, en lugar de ser citado para hacer frente a sus acusadores, fue conducido a la sala y se sentó entre el señor Bailey y el alguacil Cowley. Clayton se comportó con bastante cordura, ya que mostró interés en la vista y prestó gran atención a lo que se decía. Por fin parecía preparado para responder.

Sir John llamó en primer lugar al alguacil Cowley para que relatara los sucesos ocurridos la pasada noche. Como a estas alturas, lector, ya estás enterado de ellos, no será necesario repetir aquí lo que dijo. De todos modos, el alguacil explicó que «un individuo» había sido descubierto en la buhardilla que ocupaban los dos difuntos aprendices, y que «dicho individuo sostenía en la mano un hacha que fue considerada el arma homicida».

En aquel momento, *sir* John le interrumpió para formularle una pregunta:

—¿Se encuentra esa arma ahora en su poder?

—No, señoría. Se desconoce su paradero. Antes de conducir al individuo a Bow Street para que fuera interrogado, di orden al grupo de cinco hombres que habían entrado en la casa conmigo que permanecieran en el exterior y la vigilaran. Cuando regresé, todos estaban dentro excepto uno que había desaparecido.

—Al igual que el hacha.

—Sí, señoría.

—¿Sabe usted cómo se llama el hombre que desapareció?

—No, señoría. No lo sé.

—Una cosa más —dijo *sir* John—. Usted ha explicado que fue necesario forzar la puerta de Grub Street a fin de ganar entrada en la casa. ¿Tiene el edificio otra puerta de entrada?

—La tiene, señoría: la puerta trasera, la del sótano.

—¿Estaba cerrada o abierta?

—Estaba cerrada, señoría. Con llave. No tenía cerrojo.

—Muy bien, alguacil Cowley. ¿Podría, para acabar, señalarnos al individuo que condujo a Bow Street para que fuera interrogado y puesto bajo custodia?

El joven alguacil señaló a John Clayton, alias Pedro.

—Señor Marsden, ¿podría hacer constar esto en acta? —dijo el juez.

A continuación *sir* John le dijo a Cowley que se podía retirar y este regresó a su asiento, al lado del hombre que había señalado. Entonces fue llamado a declarar un tal Albert Burnley, un nombre que yo no conocía. Sin embargo, cuando se presentó ante el juez, lo reconocí: se trataba del Bert que, junto con su compañero Harry, se había mofado de mí la noche anterior.

Todo lo que Burnley añadió al relato del alguacil fue una especie de prefacio en el que describió los gritos que él y otros habían oído en la casa del señor Crabb y la prisa que se habían dado para buscar a un alguacil con el que pudieran entrar en la casa.

Pero antes de que hubiera avanzado en su declaración, cuando estaba contando este episodio, Burnley fue interrumpido por *sir* John:

—¿Podría describir los gritos?

—¿Que si puedo describirlos? —repitió el testigo—. Eran espantosos… El fragor de gritos que produciría un grupo de personas al ser asesinadas.

—¿Cuánto tiempo cree usted que duraron?

Burnley frunció el entrecejo en un gesto de concentración y luego respondió:

—No mucho.

—Deme una estimación —dijo *sir* John—. ¿Cree que los gritos duraron el tiempo que le cuesta a un hombre contar lentamente hasta cien? ¿Hasta doscientos? ¿Hasta trescientos?

—No lo sé con seguridad —contestó Burnley—. Nunca he tenido que contar hasta una cifra tan elevada. —La sala, que hasta aquel momento se había mantenido en silencio, se echó de pronto a reír al oír aquello. Burnley miró en torno a sí, profundamente enojado con su público. Entonces, una vez que *sir* John hubo pedido orden y golpeado su mazo en señal de silencio, Burnley, dando muestras de orgullo, añadió—: No creo que durasen tanto, señor juez. Habría que contar hasta cincuenta, o quizá menos.

—Muy bien. Ahora me gustaría que me dijera cuánto tiempo pasó entre el momento en que usted oyó los gritos y el momento en que usted, los otros hombres y el alguacil Cowley lograron forzar la puerta y entrar en la casa.

—¿Quiere decir contando?

—Sí, señor Burnley, contando.

El testigo reflexionó durante unos segundos.

—Oh, habría que contar hasta una cifra muy elevada. Tuvimos que buscar al alguacil y todo lo demás, así que habría que contar hasta trescientos o quizá más. No estábamos dispuestos a entrar si no nos acompañaba un hombre convenientemente armado.

—De acuerdo; continúe su relato.

Y eso fue lo que hizo. Señaló unos cuantos detalles espeluznantes que no habían sido mencionados hasta aquel momento y consiguió que las personas que le estaban

escuchando suspiraran y sintiesen escalofríos. Animado por esto, confirió un gran dramatismo al relato de su encuentro con Clayton en la buhardilla de los difuntos aprendices y, al hacerlo, cometió el error de identificarlo como «el asesino».

Sir John dio un sonoro golpe sobre la mesa con la palma de la mano.

—Ya basta, señor Burnley.

—¿Disculpe?

—Deje que eso lo juzguen los jueces. El hombre en cuestión no ha sido procesado, ni siquiera ha sido debidamente acusado. Todavía no se ha establecido su culpabilidad en este caso.

—¡Pero si estaba allí mismo con un hacha en la mano!

—¡Ya basta!

Esta disputa dio lugar a un gran alboroto. Diríase que la chusma estaba de parte de Burnley, por la única razón de que parecía ser uno de los suyos. Conseguir que se callara costó mucho más tiempo que la vez anterior, pero finalmente el señor Bailey lo logró al agarrar a un ruidoso individuo que estaba sentado cerca de él, conducirlo a la puerta y expulsarlo de la sala. La facilidad con que llevó a cabo todo esto acalló a todos.

Sir John reanudó por fin la sesión impidiendo a Burnley que siguiera hablando sobre lo que hubiera podido ver en aquella buhardilla y mandándole que explicara por qué se habían desobedecido la orden del alguacil Cowley.

—¿Orden, señoría?

—En efecto. La orden de que usted y los hombres que le acompañaban no entraran en la casa.

—Bueno, señoría, la verdad es que nos pusimos a hablar y llegamos a la conclusión de que les prestaríamos un servicio a usted y los alguaciles si entrábamos y registrábamos el edificio en busca de pruebas, por así decirlo.

—¿Y de quién fue esta idea?

—No sabría decírselo con exactitud, señoría.

—¿Fue suya?

—Oh no, señoría. Estoy seguro de que no fue mía.

—Usted no hizo más que seguirlos, ¿no es así? Se dejó llevar por sus compañeros.

—Así es, señoría.

—Señor Burnley, ¿no estaban usted y sus compañeros buscando la caja del dinero? ¿Pensaban que sería una prueba importante?

—Oh… Sí, señoría, así fue. Pensamos que un crimen tan espantoso solo podía haber sido cometido a causa de una gran suma de dinero y que si lográbamos averiguar en qué lugar… eh… la «susodicha persona» la había escondido, le ayudaríamos a usted a determinar el motivo del crimen. ¿Responde esto a su pregunta, señoría?

—Continúe.

—Entonces nos pusimos a buscarla con gran detenimiento, señor.

—Y la encontraron. Díganos dónde.

—Bueno, estaba en la oficina del desdichado señor Crabb, en su escritorio.

—¿Bajo llave?

—Bueno, fue necesario forzar el cajón para abrirlo.

Se oyeron risillas entre el público. Burnley se volvió y miró con gesto de indignación a derecha e izquierda en busca de las personas que se habían reído, pero el juez no tardó en recordarle cuál era su deber.

—¿Y qué instrumento utilizaron para forzar el cajón? —preguntó *sir* John.

—Pues… un hacha, señoría.

—¿Era la misma hacha que el alguacil Cowley requisó al individuo que ha identificado?

—Es posible que fuera esa, señoría.

—Si era la misma, uno de ustedes tuvo que subir a la buhardilla para cogerla del lugar en el que la habían dejado.

—En efecto, señoría. Así debió de ser.

—¿Quién subió por ella? ¿Quién desapareció con la supuesta arma homicida en el preciso momento en que el alguacil regresaba a la casa y los sorprendía llevándose la caja del dinero?

—¡No nos estábamos llevando la caja! Se la entregamos al alguacil en cuanto lo vimos. Estábamos prestando un servicio.

—Albert Burnley, permítame que le diga una cosa. Lo único que va evitar que le acuse de obstaculizar la investigación y de intento de robo es oírle decir el nombre de la persona que desapareció con el hacha.

—Pero…

—Y quiero oírlo ahora mismo, sin más palabrería ni respuestas ambiguas.

Burnley se quedó sin palabras durante un largo rato. Su posición no era en absoluto envidiable: soplarse no tenía gran importancia (todos lo habían hecho en alguna ocasión), pero soplarse en un juicio público ante un buen número de personas de su posición era algo muy diferente. Miró en torno a sí con una marcada expresión de inquietud: ¿qué podía decir?

—¿Podría antes hacerle una pregunta, *sir* John? —preguntó finalmente esperanzado.

—Sí puede, pero no puedo garantizarle que vaya a responderle.

—¿Qué va a sucederle al bribón que ha birlado el hacha?

El juez asintió con la cabeza con expresión pensativa.

—Es una pregunta justa —respondió—. Digamos que no le va a suceder nada, pero solo si entrega el arma antes de que acabe el día.

Al oír aquello, Burnley se animó. Miró alrededor, asintiendo con la cabeza en una y otra dirección como si buscara el permiso del público para hablar.

—En tal caso —dijo—, creo recordar que se llamaba Rum Ben Tobin.

—¿Cuál es su lugar de residencia?

—Pues… no lo sé con seguridad, señoría.

—Entonces, puede retirarse, pero no solo del estrado, sino también de la sala. Vaya a buscar a Ben Tobin e infórmele de las condiciones que le ofrezco. Aunque no sepamos su domicilio, sabemos el suyo, señor Burnley. Y aunque tengo intención de cumplir mi acuerdo con usted, si su amigo el señor Tobin no aprovecha las condiciones que le ofrezco, puede que la situación no sea tan favorable para usted cuando comparezca de nuevo ante mí, si es que decide hacerlo. ¿Está claro?

—Oh sí, señoría.

—Bien, entonces vaya a buscarlo.

Sin perder un segundo, Burnley se dirigió directamente a la puerta. Allí se reunió con él un individuo a quien identifiqué como Harry, el hombre que había estado con él la noche anterior. Varias carcajadas acompañaron su apresurada salida.

—Señor Marsden —dijo *sir* John—. Se me ha comunicado la ocupación del siguiente testigo, pero no su nombre. ¿Podría citarle como es debido?

Haciendo un gesto de asentimiento, el secretario se levantó y consultó la primera hoja del mazo que tenía en la mano.

—Isham Henry, suba a la tribuna, por favor.

El hombre que respondió a la citación me era desconocido. Era alto, tenía la tez y el pelo morenos y la expresión de su rostro era sombría y austera. Ocupó su lugar ante *sir* John, pero omitió quitarse el sombrero. A mí me pareció una cierta falta de respeto, pero el juez naturalmente no se dio cuenta de ello y el secretario, aunque frunció el ceño en un gesto de desaprobación, no dijo nada.

—¿Su nombre, señor?

—El mismo que han dicho para citarme —respondió el testigo con una voz profunda que no desentonaba con su aspecto.

—Repítalo, por favor, para el acta de la sesión, y díganos a qué se dedica.

—Me llamo Isham Henry; soy oficial de imprenta y empleado de Ezequiel Crabb. O lo era hasta anoche.

Tenía una manera extraña de hablar, un tanto anticuada, y su acento hacía pensar que era natural del norte. No le recordaba de mis visitas al establecimiento del señor Crabb. En cualquier caso, no se trataba del oficial cuyo puesto yo había ocupado temporalmente.

—¿Su dirección, señor?

—Vivo en una habitación de Half Moon Passage.

—He de suponer entonces que usted no vive en su lugar de trabajo.

Al oír aquello, el testigo soltó una profunda e inquietante carcajada que recordaba extrañamente a un rugido.

—Claro, por supuesto, de lo contrario estaría ahora muerto ante usted.

—No es ese nuestro deseo —comentó *sir* John—. Tengo entendido que ha solicitado voluntariamente prestar declaración en este tribunal, pero que ha regresado

hoy mismo a Londres de una visita a su ciudad natal. ¿De dónde es usted?

—De cerca de Nottingham —contestó él—. He venido porque sé que había mala sangre entre este hombre, John Clayton, y el señor Crabb.

—¿Podría reconocer usted al señor Clayton si lo viera? —Sí.

—Señáleselo al señor Marsden.

Isham Henry hizo lo que le pedía el juez y apuntó claramente al hombre que estaba sentado entre el alguacil Cowley y el jefe de alguaciles Bailey. El señor Marsden lo hizo constar en acta y se lo indicó a *sir* John.

—Bien, ¿qué le hace estar tan seguro de que entre el señor Clayton y el señor Crabb había, como usted dice, «mala sangre»?

—Todo el mundo lo sabía.

—¿Quién es «todo el mundo»?

—Todas las personas que trabajaban para el señor Crabb o tuvieron que ver de alguna manera con la publicación del primer libro de Clayton.

—¿Y usted se encuentra entre ellas?

—¿No es eso lo que acabo de decir? Este sujeto se puso furioso cuando se enteró de que se había vendido un elevado número de ejemplares de su libro y él solo había recibido una miseria por su publicación. Amenazó al señor Crabb.

—¿Le oyó hacerlo?

—Bueno, yo… —Isham Henry titubeó.

—¿Con sus propios oídos?

—Se habló mucho de ello entre nosotros.

—He de suponer entonces que usted no fue testigo presencial de ninguna amenaza ni de conversaciones entre el señor Clayton y el señor Crabb en las que hubiera rencor.

El señor Henry no respondió a aquella pregunta.

—Doy por supuesto que su silencio equivale a una respuesta negativa. —*Sir* John esperó, pero el testigo guardó silencio—. Me han informado que existía una gran diferencia entre los escasos beneficios que el señor Clayton obtuvo por escribir su primer libro y las cuantiosas ganancias que el señor Crabb consiguió por publicarlo y también que, tal como usted sugiere, podría haber mala sangre entre los dos a causa de este asunto. Sin embargo, lo que usted declara, señor Henry, no son más que rumores, y los rumores no son de recibo en este tribunal. Le agradezco que haya identificado a este hombre como John Clayton, lo cual al fin y al cabo es más de lo que yo he conseguido obtener de él. No obstante, me temo que estamos obligados a no tener en cuenta el resto de lo que nos ha dicho sobre su persona.

Sir John hizo una pausa, y en el escaso tiempo que transcurrió, empezó a oírse un murmullo de protesta entre las personas que había reunidas en la sala.

—Señor Henry, puede retirarse.

Isham Henry miró a izquierda y derecha, como si no alcanzara a comprender lo que había sucedido entre ellos. Cuando finalmente dio media vuelta y se dirigió al

lugar que le estaba asignado al fondo de la sala, el murmullo subió de volumen. La situación podría habérsele escapado de las manos a *sir* John si no hubiera subido la voz aún más y pronunciado el nombre que todos esperaban oír:

—Llamo a John Clayton a declarar.

No se produjo una respuesta inmediata a la citación. Todo el mundo se había quedado de repente en silencio a la espera de poder ver detenidamente a la persona que ya en aquel momento era considerada el asesino de todos los miembros de la casa del señor Crabb. Aunque parecía reacio a dejarse ver, al final se puso en pie y compareció ante *sir* John flanqueado por los alguaciles Bailey y Cowley.

—Se ha retrasado, señor —le dijo el juez con tranquilidad—. Le aseguro, de todos modos, que le llamo como testigo, no como acusado. Deseo que me diga lo que recuerda de los sucesos ocurridos anoche.

—Nada más lejos de mi intención que faltarle al respeto —dijo el señor Clayton —. Mi vacilación se ha debido a que no se me ha citado de la manera adecuada.

Su porte había cambiado por completo en relación a la brutalidad de carácter que mostrara apenas unas horas antes. Desde donde estaba sentado yo podía ver su cara de perfil. Estaba alerta, demasiado alerta si es que esto es posible. Es decir, su rostro, que tenía unas facciones bellas y delicadas, mostraba un rubor fuera de lo normal y estaba tenso por los nervios. Observé que su mano, que asomaba por una manga de casaca que le quedaba corta, se contraía de tal manera que el pulgar parecía estar contando continuamente los otros cuatro dedos como para asegurarse de que los tenía todos. Su voz, sin embargo, se mantenía tranquila.

—¿De veras? —dijo *sir* John—. No me diga ¿Prefería que le llamásemos Pedro? Así fue como me dijo anoche que se llamaba, ¿no es así?

—¿Qué importancia tiene un nombre? —respondió él encogiendo de pronto sus anchos hombros aparatosamente—. Una rosa seguiría siendo igual de fragante si tuviera otro nombre.

—Y un bellaco igual de necio —añadió el juez con tono más severo—. Le ordeno que me diga su nombre, señor. ¿Es usted John Clayton?

—No. El nombre al que respondo es Eusebio.

—Anoche se llamaba Pedro y ahora Eusebio. ¿Qué otras sorpresas nos tiene guardadas?

—No tengo ninguna sorpresa guardada. Solo dispongo de mi razón, y pienso utilizarla, con su amable permiso, en defensa de John Clayton, pues aunque usted diga que me llama como testigo, siento en torno a mí una profunda ira y sed de sangre, la sangre de John Clayton. Pero no hablemos de eso. Oh no. Hay un exceso de eso, señoría, un exceso de lo que el corazón bombea a las arterias y las venas. ¡Un exceso de lo que anoche se derramó a borbotones!

Una risilla de inquietud recorrió el público reunido en la sala. Al parecer el tal Clayton les causaba menos diversión que azoramiento.

—Tanto si es usted Eusebio, como si es Clayton o ese grosero de Pedro, debe

hablarme de anoche y debe hacerlo ahora. —Dicho esto, *sir* John endureció el gesto y aguardó. Jamás le había visto adoptar semejante actitud durante un juicio: su rostro era una máscara de fría determinación.

Antes de empezar a hablar, Clayton se puso a andar, yendo de aquí para allá ante la tribuna del juez. Los dos alguaciles, que habían regresado a sus asientos, se miraron el uno al otro, preguntándose a buen seguro si deberían permitir que siguiera produciéndose aquella incorrección. Sin embargo al final el testigo habló, y cuando lo hizo, se puso a menear los brazos con gran apasionamiento.

—Hay cosas que no deben ser recordadas —dijo—. ¿Quiénes somos nosotros, al fin y al cabo, para introducirnos en el pasado? Es un país distinto. ¡Allí hacen las cosas de un modo diferente! Hablan otro idioma. Desearían comunicarse como nosotros lo hacemos, pero solo pueden hablar en sueños. ¿Cómo son sus sueños, señoría? ¿Sueña usted con sangre? ¿Sueña con ahorcados? ¿Le dicen algo, como si…?

—¡Silencio! —*Sir* John hizo callar al testigo dando un golpe con el mazo de madera que siempre tenía a su lado—. Si sigue diciendo tonterías, le acusaré de desacato al tribunal.

—Pues debería hacerlo, señoría, porque no acato a este tribunal. Esto no es un tribunal ni nada que se le parezca. Una tribuna es lo que debería ser, para hablar libremente o ver festejos desde ella. ¿Para qué *sir*ve esta sala?, me pregunto. Todo el mundo debería cometer desacato en esta sala.

—Señor Clayton —dijo *sir* John—, creo que usted está loco.

—Me llamo Eusebio, si me permite recordárselo, señoría, aunque hable por la persona a la que ha mencionado. ¿Loco, dice? Ese es su parecer, y tiene derecho a tenerlo, aunque no sé por qué ha de contar más que el mío. Yo creo que John Clayton está cuerdo, tan cuerdo como cualquier persona que haya conocido yo jamás.

—¡Pruébelo entonces! —exclamó *sir* John bruscamente. En la sala reinaba un silencio sepulcral que solo la voz del juez rompía—. En una casa situada no muy lejos de aquí se cometió anoche un asesinato múltiple. Usted fue el único superviviente. ¿Cómo fue posible que sobreviviera? Según han declarado algunos testigos, usted fue sorprendido con el arma homicida en la mano. ¿Cómo llegó esta a su poder? ¿Asesinó usted a las seis víctimas en sus camas? Si no lo hizo, niéguelo. Cuente su versión de los hechos.

—Señoría, como insiste obstinadamente en dirigirse a mí como si fuera John Clayton, voy a hablar en su nombre, si se me permite. John Clayton es un buen hombre. Tiene sus defectos como cualquier otra persona, pero sé que ha llegado a llorar por los pájaros que asesinan los cazadores en el campo. Un hombre como él sería incapaz de cometer el espantoso crimen que usted describe. Le doy mi palabra.

—¿Y usted, Eusebio, sería capaz de hacer algo semejante?

El testigo soltó entonces una carcajada, una carcajada inspirada sin lugar a dudas por la inquietud, pero pese a ello llena de fuerza y teñida casi de regocijo.

—¿Yo, señoría? —respondió cuando por fin se hubo calmado—. Por supuesto que no. Eusebio habla solo con la voz de la razón pura. Tomar la vida de otro hombre es el acto más irrazonable de todos. Luego queda demostrado: Eusebio es incapaz de hacerlo. Esto, señoría, es un silogismo: ¡una demostración de la razón! Quod erat demonstratum.

—En efecto —dijo *sir* John—. ¿Y qué me dice del individuo que conocí anoche?

Al oír aquello, el hombre que decía llamarse Eusebio se quedó completamente inmóvil, como si se hubiera sumido en sus pensamientos.

—A Pedro no lo conozco tan bien —respondió—. A decir verdad, me inquieta. No obedece a los principios de la razón sino solo a sus pasiones. Aunque carece del dulce carácter de John Clayton, no creo que pudiera comportarse con tal brutalidad, a menos que…

—¿Sí? Continúe. A menos que…

—A menos que le incitaran mucho.

—¿De qué manera?

—No lo sé. Nunca le han incitado de esa manera.

—¿He de creer sin embargo que no sabe cuáles fueron las actividades de su amigo Pedro durante la noche pasada?

—No es amigo mío. —Esta objeción la expresó con suma vehemencia. Luego, de un modo que pareció tímido en comparación con la audaz manera en que había soltado sus idioteces e impertinencias, añadió—: Sí, señoría. Lamento tener que decir que no sé nada sobre Pedro y sus acciones.

Sir John hizo un gesto de asentimiento y pensó detenidamente las palabras que iba a decir a continuación. En aquel momento observé algo en lo que no me había fijado hasta aquel entonces: en su rubicunda cara brillaban unas gotas de sudor. Con el gran número de gente que se había reunido en la sala, el ambiente se había cargado un poco; sin embargo, el juez no había realizado esfuerzo físico, por lo que solo me cupo suponer que su condición se debía a la tensión del momento.

—Señor Clayton, Eusebio o comoquiera que se llame —dijo—. Le he soportado ya bastante tiempo. Como es incapaz de contestar a las preguntas que le formulo y presenta, si no me equivoco, todos los síntomas de la locura, no me queda otro remedio que mandarle de forma preventiva al Hospital de Santa María de Belén hasta que…

Un murmullo surgió de repente entre las personas que me rodeaban: «¡Bedlam! ¡Bedlam!». No era la primera vez que oía hablar de aquel lugar.

Sir John estampó la palma de su mano sobre la mesa y pidió orden.

—Hasta… —repitió— que sea capaz de responder juiciosamente. Y en caso de que esté fingiendo, la estancia en ese desdichado lugar le persuadirá mejor que ninguna otra cosa a que coopere en esta investigación.

A raíz del pronunciamiento de *sir* John, se produjo un terrible alboroto entre los asistentes a la vista. Habían acudido, tanto los miembros de la alta burguesía como

los de los estamentos inferiores, para ver cómo enviaban al «poeta loco» a la horca y habían sufrido una decepción. Para que la sala quedara desalojada fueron necesarios los esfuerzos del alguacil Cowley.

Cuando *sir* John desapareció en su despacho, seguido como de costumbre por el señor Marsden, me crucé casualmente con el doctor Samuel Johnson. El lexicógrafo se dirigía hacia la puerta; como había sido una de las primeras personas en llegar, ahora era una de las últimas en salir.

—Bien, muchacho —me dijo—, ¿qué te ha parecido?

—A decir verdad, señor, no sé qué pensar —respondí.

—Tu señor ha sido muy valiente al llevar el asunto como lo ha llevado. Le censurarán por ello, sin duda; sobre todo por la decisión de no llevar a ese desdichado a juicio, pero ha hecho bien de todos modos. Ha hecho verdaderamente bien. Ese Clayton está loco.

—Jamás había visto a alguien como él —dije.

—Yo tampoco. —Se alejó—. Adiós, y felicita a *sir* John de mi parte.

Dicho esto se fue, y yo me quedé sin saber qué hacer. No me habían llamado para que me presentara en el despacho del juez; era inútil que buscara al señor Marsden para ofrecerle mis servicios, ya que se había reunido con *sir* John y no se encontraría en el escritorio de la habitación contigua al calabozo en el que solía trabajar. Solo podía ir a un sitio: el piso de arriba, para preguntarle a la señora Gredge por mis obligaciones. Quizá hubiera todavía cacharros que limpiar pese a lo tarde que era. Seguramente habría que fregar los suelos, si bien confiaba en que no me asignara las escaleras, pues se trataba de una tarea extraordinariamente ardua incluso para alguien con la energía de un muchacho de trece años.

Así pues, subí al piso de arriba, no sin cierta lentitud a causa del sueño, abrí la puerta de la cocina y llamé a la señora Gredge en voz baja para anunciarle mi presencia. Al no obtener respuesta, supuse que habría salido para hacer la compra de la cena. Me senté en la tosca y vieja mesa de la cocina para esperar a que regresara y no tardé en quedarme dormido en los brazos de Morfeo.

Los sueños que tuve fueron agitados y, como suelen ser los sueños, verdaderamente desconcertantes. Después de todo el tiempo que ha pasado, no puedo dar un resumen fidedigno de ellos; sin embargo recuerdo que sucedía, en su mayor parte, en el taller de impresión en que mi pobre y difunto padre trabajaba duramente para prosperar en la cautelosa aventura que había emprendido en el mundo del comercio. Allí estaba él, por supuesto, examinando el resultado de mis esfuerzos en la composición; sin embargo también estaba *sir* John con el aspecto más extraño que quepa imaginarse (no sé de qué otra manera puedo explicar esto con mayor claridad). Parecía como si hubiera sufrido una metamorfosis. En un momento dado, yo levantaba la vista del chibalete y me encontraba con *sir* John, mirando con un austero gesto de aprobación a mi trabajo. Pero entonces hacía una cosa que nunca le había visto hacer: metía la mano bajo su sombrero de tres picos y se desataba la cinta negra

que cubría sus ciegos ojos. Al caer la máscara, su cara se convertía en la de mi padre. Aunque me pareció curioso, no me dio miedo. Lo que me dio miedo fue lo que sucedió a continuación: el Recolector aparecía acompañado por alguien que no dejaba de darme la espalda, y empezaba a bajar, uno a uno, todo un desfile de cadáveres de las habitaciones del piso de arriba, que eran las que yo había compartido con mi padre. El Recolector hacía exactamente lo mismo que había hecho en la casa del señor Crabb, solo que no gastaba bromas y en sus labios no se dibujaban sonrisas impúdicas. Y los cadáveres que se veían entre las envolturas no eran los mismos. Los primeros en aparecer fueron los de mi madre y mi hermano pequeño, que habían muerto de tifus en Lichfield. A continuación aparecía el deteriorado cadáver de *lady* Fielding, que había muerto de un tumor hacía apenas unas semanas. Cuando pasó delante de mí, yo sabía que *sir* John se encontraba a mi lado. Alzaba la mirada y lo veía con su propia cara y la cinta de seda en su lugar, por debajo de la cual caían copiosas lágrimas. Finalmente, acarreado por el Recolector y su ayudante desconocido, aparecía el cadáver de mi padre. La cara la tenía igual que como se la había visto yo la última vez: medio cubierta por los desperdicios que le habían arrojado en la picota. Pese a ello no había duda de que se trataba de él, como tampoco la había de que estaba muerto. Cuando pasó delante de mí, miré a *sir* John, quien también me miró a mí y luego puso una mano sobre mi hombro. Por extraño que parezca, a continuación comenzó a sacudírmelo con fuerza.

Entonces, de mala gana, me desperté con la mano de la señora Gredge sobre el hombro, en el mismo lugar en que había puesto *sir* John la suya en mi sueño. Sentí un profundo alivio al volver al mundo de los vivos, un alivio tan profundo que no me molestó la estridencia con que la señora Gredge me exhortó a que me levantara y le ayudara a preparar la cena. Tenía que cortar zanahorias y pelar una buena cantidad de patatas porque a *sir* John le gustaban.

Casualmente, la señora Gredge había estado dormida la mayor parte de la tarde. No trató de ocultarlo, ya que se quejó de que últimamente se había sentido fatigada. La verdad era que la señora Gredge, que ya tenía casi setenta años, se había agotado cuidando de *lady* Fielding durante la debilitante y prolongada enfermedad de esta. Cuando pienso en ella me pregunto cómo se las arreglaría, teniendo como tenía además sus obligaciones habituales como ama de llaves y cocinera.

—Lamentaré que te vayas —me dijo (aunque con tal brusquedad que a punto estuve de dudar de sus palabras).

—Me temo que no le he prestado tanta ayuda como podía.

—Más de la que te imaginas —dijo ella—. Mis viejos huesos ya no se mueven como antaño. A veces, cuando me pongo de rodillas para fregar, tengo dudas de que pueda volver a levantarme. Aunque solo sea por eso, te voy a echar de menos, Jeremy. Se te da bien fregar.

Se lo agradecí de corazón y luego le hice saber que mi partida se había retrasado un poco debido a la muerte de Ezequiel Crabb. Sabía perfectamente bien que la buena

mujer no prestaba atención a lo que sucedía en el juzgado de la planta baja y todavía menos a los rumores que circulaban por las calles de la ciudad.

—Sí —dijo ella—. *Sir* John me ha contado que la persona para la que ibas a trabajar de aprendiz ha muerto. Es una lástima, supongo.

La señora Gredge no tenía nada más que decir al respecto.

Continuamos preparando la cena rápidamente. *Sir* John llegó y decidió cenar con nosotros, tal como se había acostumbrado a hacer últimamente. Apenas habló durante la comida, y lo que dijo no guardó relación con los sucesos ocurridos aquella tarde o la noche anterior. Al terminar, felicitó a la señora Gredge por la preparación de la chuleta que se acababa de engullir a toda velocidad, se levantó y, tras anunciar que aquella noche iba a acostarse temprano, se dirigió a las escaleras que conducían a los pisos de arriba. Pero antes de subir se detuvo un momento como si de repente se hubiera acordado de algo.

—Jeremy —dijo—. Tengo que hablar algo contigo.

—Sí, *sir* John —respondí poniéndome en pie de un salto y dispuesto a seguirle.

—Pero no hay prisa. Friégale los platos a la señora Gredge, haz lo que te pida y luego sube a mi estudio.

—Como usted desee, *sir* John.

A continuación nos dejó, y yo me puse a limpiar la mesa, ansioso por acabar mis obligaciones para acudir a mi cita con *sir* John.

—Ten cuidado —dijo la señora Gredge desde su sitio en la mesa—. No tan rápido. No quiero que se rompa ni uno solo de esos platos.

Entre sus advertencias, el agua que había que calentar y las sartenes que había que lavar, ya había pasado casi media hora cuando obtuve permiso para subir por las escaleras hasta la reducida habitación que le servía a *sir* John de estudio. Aunque la puerta estaba abierta, la habitación no estaba iluminada. El juez estaba sentado a oscuras, como siempre que se encontraba solo. ¿Qué podía importarle a un ciego si estaba a oscuras o tenía luz?

Llamé suavemente a la puerta.

—¿Jeremy? Pasa, muchacho, pasa.

Entré, y sin mucha dificultad encontré una silla frente a él. El escritorio era la barrera que nos separaba.

—¿Deseas tener algo de luz? Creo que hay una vela a tu lado.

—No, señor. Así está bien.

—¿Qué impresión te ha causado la grotesca situación que se ha dado hoy en el juzgado?

—Me ha desconcertado —respondí—. Nunca había visto a un hombre en tal estado.

—No debería haberle permitido hablar durante tanto tiempo —dijo él—, pero he pensado que con su nueva actitud quizá fuera a decir algo en su defensa. ¡Cualquier cosa!

—El doctor Johnson ha estado hablando conmigo antes de irse —le comenté—. Me ha dicho que usted ha sido muy valiente al llevar el asunto como lo ha llevado y que lo que ha hecho con Clayton era lo único que podía hacer. Me ha pedido que le felicite.

—¿Eso te ha dicho? ¿De veras? Bueno, me acordaré de él cuando empiecen a lloverme las críticas. Al menos con mis amenazas he conseguido que entreguen el arma con que se cometió el asesinato. Albert Burnley la ha traído hace poco a mi despacho. También me ha expresado las disculpas de Rum Ben Tobin por las molestias que ha causado.

Sir John no dijo nada más durante un rato. Podía adivinar su contorno gracias a la escasa luz que entraba por la ventana. Pero solo era su contorno lo que veía, ya que los rasgos de su cara y su expresión se me ocultaban por completo.

—De todos modos no te he pedido que vengas aquí para hablar de la vista de esta tarde, Jeremy —dijo finalmente—. Es posible que en la reunión de esta mañana esperaras que habláramos de un asunto del que al final no se ha tratado.

—¿Se refiere a la reunión con el doctor Johnson? Bueno…

—Hace menos de dos semanas, cuando hablamos sobre tu futuro, expresaste tu vivo deseo de permanecer en esta casa. ¿Sigue siendo ese tu deseo?

—¡Oh sí, señor, sin duda! —Había puesto todo mi corazón en aquella respuesta.

—Hace dos semanas tenía la impresión de que el camino que te convenía seguir, el único camino, era el que habías emprendido antes de llegar a Londres. Me parecía que tu destino era el gremio de la imprenta, el de la publicación. ¿Qué futuro más halagüeño podía esperar tener un muchacho de tu inteligencia y habilidad? Por favor, créeme, Jeremy: yo solo deseaba lo mejor para ti. Sin embargo quizá fuera una presunción por mi parte encargarme de decidir el futuro de otra persona. De esto me di cuenta durante los sucesos de anoche. En primer lugar, existía la terrible posibilidad de que, de habernos dejado un día antes para comenzar tu aprendizaje, hubieras sido la séptima víctima de la gran matanza que había tenido lugar en la casa del señor Crabb. No soy, ni aun en el sentido más amplio de la palabra, un hombre religioso, pero cuando tengo un presagio soy lo bastante humilde para aceptarlo como tal.

»Una vez lo hube aceptado —prosiguió—, empecé a reconsiderar la situación. Entre los asuntos que reconsideré estuvo la gran ayuda que me prestaste en la investigación de Goodhope: hiciste todo lo que te pedí e incluso más. Aprendiste rápidamente. Mostraste valentía cuando la situación lo requería. Y anoche volviste a mostrar coraje al ahuyentar a esos dos asaltadores con tu pistola cuando yo, vanidoso de mí, nos consideraba inmunes a cualquier ataque. Sometí todo esto a consideración, como también tu buen temperamento, la ayuda que le prestas a la señora Gredge y el hecho de que te ganaras el afecto de mi pobre Kitty cuando estaba con nosotros. Si te mandé a trabajar de aprendiz con el señor Crabb fue en contra de sus deseos. ¿Ves hasta qué extremo llegaba mi presunción?

»Así pues —concluyó—, cuando he hablado hoy con el doctor Johnson, no me pareció conveniente pedirle ayuda para encontrarte otro puesto en el gremio de la imprenta sin haber hablado antes contigo al respecto. Y como sigues deseando quedarte, yo estoy encantado de aceptarte.

Me sentí conmovido. Tras farfullarle como buenamente pude mi agradecimiento, me puse a darle garantías de mi lealtad y de mi deseo de satisfacerle en todos los sentidos. Sin embargo, y pese a la oscuridad en que estaba sumida la habitación, le vi levantar la mano y pedirme silencio con un gesto.

—Considera mi invitación y tu aceptación como un compromiso entre nosotros. No hay condiciones ni períodos de prueba. Del día de hoy en adelante eres un miembro permanente de mi casa. Seguirás ayudando a la señora Gredge. De repente ha envejecido y necesita todo tipo de ayuda. En el mejor de los casos resulta una mujer difícil. Sigue mostrando paciencia con ella. También tendrás deberes conmigo que deberás cumplir. No tengo idea de lo que pueden ser. Variarán de un día a otro, quizás de un momento a otro. Te animo a que me hagas preguntas, e incluso a que me expreses tus dudas en privado cuando consideres que estoy seriamente equivocado. Aunque ignoras muchas cosas de la vida, tienes buen juicio. Quiero servirme de él.

Dicho esto, *sir* John guardó silencio durante tanto tiempo que llegué a pensar que se había quedado dormido en la silla. Sin embargo, cuando discretamente me levanté de mi silla, volvió a hablar:

—Hay que comprarte ropa nueva. La señora Gredge me ha dicho que la que llevas ya está raída.

III

En el que ocupo mi lugar en la casa de *sir* John y rescato a una dama en apuros

Los días pasaron. La primavera había llegado de repente con todo su esplendor, incluso en Londres, donde las flores florecen en vertederos y patios traseros y la mayor parte de los árboles dan hoja solo en aquellos parques y callejuelas que frecuenta la alta burguesía. La primavera estaba en todas partes. Yo la podía sentir en mi vida. Parecía como si hubiera vuelto a empezar. Imagínate, lector, a un muchacho como yo, huérfano, prácticamente sin un penique y llegado a Londres sin perspectivas de futuro y con solo sus propias esperanzas para mantenerse a flote. Imagínate que ese muchacho es llevado ante un tribunal acusado falsamente, queda libre gracias al perspicaz juicio de un gran juez y acaba convirtiéndose en miembro de su casa. Por primera vez desde hacía semanas creía tener un futuro. Si bien no podía prever en qué consistiría exactamente, tenía la impresión de que el resto de mi vida se abría ahora ante mí como si fuera una gran aventura que yo estaba a punto de emprender.

La verdad, sin embargo, es que mi vida en el número 4 de Bow Street continuó tal como las últimas semanas. Por orden de *sir* John hacía recados que en su mayor parte carecían de trascendencia. La señora Gredge seguía valiéndose de mi talento para fregar y recurría a mí cada vez con mayor frecuencia para que fuera a hacer la compra a las verdulerías y carnicerías del cercano Covent Garden. Fue precisamente mientras realizaba una de estas expediciones cuando tuve casualmente un encuentro que me anunció otro de mayor trascendencia que tendría lugar unos días más tarde.

¿En qué lugar sino en el puesto del señor Tolliver, el carnicero que me había presentado Katherine Durham, iba a coincidir con ella? Había conocido a la amable viuda Durham a través de *sir* John, que era el responsable de que su hijo pudiera ingresar en la armada. Agradecida por lo que había hecho el juez, nunca dejaba de preguntarme por él cuando nos encontrábamos comprando en Covent Garden. Aquel día estaba manteniendo una agradable conversación con el propietario del puesto; ya había hecho su compra y al parecer estaba a punto de irse. Me mantuve a distancia, pues no deseaba interrumpirles; sin embargo, cuando se dio media vuelta para irse, me vio.

—¡Jeremy! —exclamó—. ¡Qué casualidad! Hace solo un momento el señor Tolliver me comentaba que te has convertido en un cliente habitual suyo. ¿Cuánto hace que te lo presenté?

—Oh, tres semanas. O un mes quizá —respondí—. Han ocurrido muchas cosas desde entonces.

—Ya veo que por fin has adquirido una casaca nueva. Y esa camisa que llevas también parece nueva. Estás realmente elegante.

Cuando le expresaba mi agradecimiento, sentí que su cumplido halagaba mi vanidad.

—*Sir* John me ha dado unas cuantas cosas nuevas, como corresponde a mi nueva posición, señora Durham.

—¿Y cuál es tu nueva posición, Jeremy?

—Me ha aceptado como miembro de su casa. —Quería dar a la noticia un tono de solemnidad e importancia, porque ese era el significado que tenía para mí, pero el hecho de comunicársela a una persona ajena a mi entorno más cercano me puso tan nervioso que acabé hablando con brusquedad.

—¡Qué maravilla! ¡Y qué apropiado! —respondió ella—. Pero… —añadió frunciendo el entrecejo con donaire—, si no recuerdo mal, estaba decidido que ibas a dedicarte al oficio de impresor.

—En efecto, así era. De hecho ya había firmado un contrato de aprendizaje con el señor Ezequiel Crabb.

La señora Durham se llevó la mano a la boca en un gesto de consternación. Por un momento no dijo palabra, y luego exclamó:

—¡Virgen Santa! ¡La tragedia de Grub Street! Doy gracias a Dios todopoderoso porque te hayas salvado.

—Por los pelos… —dije. Esto, lector, ya sabes que es completamente cierto. No obstante confieso que teñí de un cierto dramatismo estas tres palabras, poniendo los ojos en blanco y recalcándolas con un suspiro. Deseaba inspirar lástima. Poco tiempo me había costado perder la inocencia.

De repente se oyeron unos gritos a cierta distancia. Tanto la señora Durham como yo nos giramos para averiguar su causa y vimos a un grupo de hombres y unas cuantas mujeres, la mayoría vestidos de negro y gris oscuro, dirigiéndose en viva voz y a un mismo tiempo a la gente que pasaba por Covent Garden. Aunque estaban gritando, su manera de hablar era confusa, y algunas de las personas que había entre la multitud les respondían asimismo a gritos, por lo que resultaba prácticamente imposible saber con exactitud qué estaban diciendo. Pese a todo había un entusiasmo en sus ademanes y una determinación en sus voces que tuve la certeza de que su mensaje, fuera este cual fuese, era de naturaleza religiosa.

—¿Quiénes son esas personas que están armando semejante alboroto? —pregunté a la señora Durham—. Creo que les he visto en otra ocasión, pero de lejos y en menor número.

—Me temo —respondió ella— que ha caído sobre nosotros una plaga de predicadores. Al parecer se reúnen en esta esquina de Covent Garden todos los días a esta hora. Pero también les he visto en otras partes.

—¿Son metodistas?

—Oh no, no son tan convencionales. Parece como si hubieran salido del siglo

pasado: en aquel entonces todos, los niveladores y los antinomistas, estaban convencidos de que el Apocalipsis estaba a punto de llegar. Se llaman a sí mismos los Hermanos del Espíritu. Han llegado hace poco a Londres.

—¿De dónde? ¿Del centro del país?

—No, de las colonias norteamericanas, creo.

—¿Y han venido a predicar?

—Está claro que han venido con idea de salvar a los londinenses de la perdición —respondió—. No cabe duda de que la salvación nos es necesaria a todos, Jeremy, sobre todo a mí. Pero lo que predican es tan, bueno… —Se interrumpió, incapaz por un momento de continuar—. De todos modos, y dicho sea en su honor, han abierto un refugio para alojar y dar de comer a los pobres que se encuentran en peores condiciones. Hacen buenas obras. Y eso, para mí, es la piedra de toque.

Me trataba como si fuera un adulto, cosa que agradecí. Sin embargo, como a veces ocurre entre los adultos, en aquel momento nuestra conversación pareció quedar en suspenso, ya que la señora Durham se había puesto a observar distraídamente al grupo de personas vestidas de negro y al alborotado público que había atraído.

Levantando la voz por encima del continuo jaleo, me esforcé por reanudar la conversación.

—La vi en el funeral de *lady* Fielding, señora Durham.

—¿Qué? Ah sí, por supuesto. Lo sentí tanto por mi querido *sir* John. Le mandé una nota de condolencia.

—Ha recibido muchas. Nos estamos ocupando los dos de responder a todas.

—Ya, comprendo. Bueno, Jeremy, he de irme. Dale recuerdos de mi parte, por favor.

—Adiós.

La señora Durham se alejó lanzándome una rápida sonrisa. Sin embargo, mientras la veía irse, advertí que lanzaba una mirada de pocos amigos a las personas que nos habían interrumpido, meneaba su hermosa cabeza y luego apretaba el paso.

Me acerqué al puesto del señor Tolliver y me di cuenta de que tenía que consultar la lista que la señora Gredge me había dictado para recordar qué había ido a comprar allí.

Mientras andaba por ahí, haciendo recados para *sir* John, me vi envuelto en otro extraordinario suceso, un suceso que, aparte de causarme una gran conmoción y quitarme casi la vida, me hizo ver claramente que Londres era un lugar peligroso por razones que jamás había sospechado.

Tal como le había mencionado de pasada a la señora Katherine Durham, *sir* John había decidido tomarse la molestia de responder a todas y cada una de las notas de condolencia que le habían enviado con motivo de la muerte de su esposa. Yo le servía

de amanuense y mensajero en tan considerable tarea. Cada mañana el juez dedicaba a esta una hora aproximadamente, pese a lo cual no alcanzaba a dictar más de cuatro, ya que en cada una de ellas trataba de hacer alguna referencia personal al contenido de la carta recibida o a su relación con el destinatario. Esto le requería cierta concentración y a menudo un poco de ingenio, para lo cual su prodigiosa memoria le era muy útil.

En lo que a mí se refiere, ponía por escrito sus titubeantes palabras y acababa por lo general con una hoja repleta de borrones y correcciones, de modo que luego me veía en la obligación de hacer copias decentes de las cartas redactadas aquel día y entregárselas para que garabateara en ellas su firma. Mis caminatas de aquí para allá para entregar estas cartas de respuesta me llevaron a todos los puntos de Londres y contribuyeron a aumentar en buena medida mi conocimiento de las calles, callejones y callejuelas de la gran ciudad. Pronto empecé a confeccionar una especie de mapa mental, que me permitía tomar atajos cuando me convenía y luego regresar por la ruta más larga para observar todo cuanto podía verse por el camino.

La verdad es que la ciudad ofrecía muchas cosas que pudieran captar la atención de la mirada errante de un muchacho de trece años. Descubrí, por ejemplo, que nuestra particular zona de Westminster, es decir, el distrito de Covent Garden, era un hervidero de mujeres solas que buscaban compañía. El lugar al que deseaban que las llevaran era en aquel entonces un misterio para mí, pese a que cuando se dirigían a mí directamente utilizaban a menudo la palabra «cama». Como estas caminatas nunca las hacía durante la noche, me extrañaba sobremanera que lo que aquellas mujeres y muchachas me ofrecían y deseaban cobrar fuera un sueñecito a la luz del día. De todos modos en este sentido me hice bastante el tonto, ya que he de confesar que había acabado por comprender, pese a mis limitaciones, que lo que ofrecían ocurría entre hombres y mujeres y que, fuera esto lo que fuese, tenía lugar bajo las sábanas. En resumidas cuentas, no era tan ingenuo como para que, de alguna misteriosa manera, no sintiera un cierto estremecimiento al ser abordado por estas mujeres, aunque la verdad es que yo nunca busqué su compañía.

Recuerdo bien la sorpresa que sentí cuando entregué la misiva que *sir* John había escrito a Peg Button, prostituta y probablemente manilarga. La carta que le había enviado a *sir* John la había escrito como si de una niña se tratara: con grandes letras mayúsculas. En ella lamentaba que su esposa hubiera muerto y le hubiese abandonado, y luego añadía que se había enterado de su fallecimiento porque su enfermedad había sido terriblemente larga. A esto *sir* John había respondido: «En efecto, lo más duro de la agonía de *lady* Fielding ha sido lo mucho que había durado. Ni ella ni yo habríamos permitido que su sufrimiento fuese tan prolongado, ya que la vida con dolor no tiene tanto valor. Usted, al haber visto a su madre sufrir una enfermedad mortal durante tanto tiempo, puede imaginarse lo impotente que me he sentido, si bien he de decir que en los últimos momentos la medicina alivió el dolor a mi querida esposa». El resto de la carta era igual de honesta: la respuesta que le

escribe una persona a otra que ha sufrido tanto como ella.

Cuando fui a entregarla a la dirección que indicaba el remite de la nota, descubrí que la señora Button había, por así decirlo, prosperado en la vida. Ciertamente ella habría considerado su nueva posición en los infames baños que la señora Gould regentaba en Little Piazza como un ascenso con respecto a su vida anterior en la calle. Me abrió la puerta una mujer de color vestida de *sir*vienta pero grande como un hombre. De hecho, cuando me preguntó el motivo de mi visita, no supe decir si se trataba de una mujer o de un hombre, ya que tenía una voz gravísima. El nombre de *sir* John Fielding me permitió pasar de inmediato; en cuanto hube entrado no tuve más que mostrar la carta dirigida a Peg Button para conseguir que la avisaran y bajara de las habitaciones del piso de arriba a la sala de recibo. Tras saludarme, me pidió que le leyera la carta en voz alta: «Jamás he recibido una», dijo con orgullo inocente a las compañeras que había en la sala, todas las cuales iban vestidas, al igual que ella, con una camisa a lo sumo. Así pues, alcé la voz y leí a aquel grupo de relajadas odaliscas el contenido de la carta. Lo conocía muy bien, tan bien que cada vez que había un punto y aparte podía levantar la mirada del texto para examinar la habitación y volver a continuación a donde estaba leyendo sin confundirme. Fue, en resumidas cuentas, una lectura impresionante. Cuando acabé me aplaudieron en señal de elogio. Hice una reverencia y entregué la carta a la señora Button. Aunque me rogaron que me quedara para tomar un refrigerio y conversar con ellas, yo rehusé de mala gana diciéndoles que tenía otras cartas que entregar, lo cual era verdad.

No entregué ninguna otra carta en circunstancias tan pintorescas. Algunas tenían por destino establecimientos comerciales y mansiones pertenecientes a la alta burguesía y la aristocracia. El señor Alfred Humber recibió la suya donde, al parecer, siempre se le podía encontrar: el café Lloyd’s. Allí me invitó a una taza de su infusión favorita, y yo no pude rehusar. Luego tuve que ir hasta la Compañía de las Indias Orientales para entregar dos de las cartas de agradecimiento de *sir* John: una para *sir* Percival Peeper, quien me dio un chelín por la molestia, y otra a su joven lugarteniente, el señor Roger Redding, quien había prestado su ayuda en la investigación del asunto Goodhope. (De él obtuve un penique). En resumidas cuentas, vi Londres de cabo a rabo, aunque lo que vi no puede compararse con lo que presencié el infausto día al que me he referido con anterioridad.

Era un día ventoso, y amenazaba lluvia. Durante aquella primera semana de mayo habíamos tenido un tiempo más propio de marzo, lo cual no era habitual aunque tampoco algo desconocido. A lo largo de los dos días anteriores habían pasado por el cielo a gran velocidad unos grandes nubarrones procedentes del este acompañados por chubascos. Trabajando de mensajero para *sir* John, la lluvia me había sorprendido durante una de mis primeras rondas y me había dejado empapada la ropa nueva, de tal suerte que no me había quedado otro remedio que regresar a Bow Street y ponerme los harapos que llevara al llegar a Londres. Más tarde tendría motivos para alegrarme del cambio, aunque no en un principio, ya que mi primera entrega me llevó

a la residencia de William Murray, conde de Mansfield y presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia.

No había que andar mucho para llegar hasta su gran domicilio, pues este se encontraba en Bloomsbury Square, al lado de Covent Garden. Tuve el viento de espalda a lo largo de todo el recorrido, un viento fuerte que me propulsó hasta obligarme casi a correr. De vez en cuando miraba desconfiadamente al cielo, ya que no deseaba volver a calarme. Sin embargo, aunque había nubes, estas se movían con tanta rapidez como antes, eran blancas y estaban hinchadas como las velas de un barco de tres palos.

De este modo no me costó nada de tiempo llegar a Bloomsbury Square, y poco más encontrar la casa en cuestión. Lo que sí me costó tiempo, sin embargo, fue entrar. En realidad nunca llegué a hacerlo. Llamé a la campana con una mano y sostuve mi sombrero firmemente sobre mi cabeza con la otra. Me abrió la puerta un hombre ataviado con uniforme de mayordomo. Era, en todos los sentidos, más grande que el de lord Goodhope, y resultaba difícil imaginárselo escuchando por la cerradura de una puerta.

—¿Sí, muchacho? —dijo—. ¿Qué deseas?

—Tengo una carta para lord Mansfield.

—Dámela. Me encargaré de que la reciba.

Al oír aquello, tuve la impresión de que todos los mayordomos, ujieres y demás personas de su clase debían de considerarse a sí mismos como la última línea de defensa que tenían sus señores de cara al mundo exterior. Tomé la decisión de intentar abrir brecha en sus murallas y dije:

—La carta es de *sir* John Fielding. Es personal.

—¿Ah sí?

—*Sir* John prefiere que se la entregue personalmente a su destinatario.

Esto tuve que decirlo a gritos, ya que el viento soplaba con fuerza en el desprotegido porche.

—Por supuesto —respondió él—. Sin embargo tenemos un problema, porque lord Mansfield no está en este momento, de modo que has de elegir entre dejármela a mí y esperar aquí mismo, en el porche, para entregársela cuando llegue. Pero es posible que tu espera sea larga, ya que no tengo idea de cuándo va a volver. Además el viento podría resultarte realmente molesto, y es posible que vuelva a llover.

—Hay un banco detrás de usted, en el vestíbulo. ¿Por qué no puedo sentarme ahí?

Me miró de arriba abajo con una expresión de profundo escepticismo y dijo finalmente:

—Porque estás demasiado harapiento para entrar aquí, muchacho.

Me indigné sobremanera e intenté buscar en mi interior el ingenio necesario para acabar con la confianza que el mayordomo tenía en sí mismo.

—Esperaré aquí —respondí.

—Como quieras.

Dicho aquello, me cerró la puerta.

No puedo decir con exactitud cuánto tiempo esperé. Apenas unos minutos. Me puse de espaldas al viento y, con el cuello subido y encogiéndome de hombros, mantuve mi posición apoyado contra la barandilla de hierro. Tuve temblores y escalofríos, hasta que por fin reconocí para mis adentros la inutilidad de mi gesto. Una vez hecho esto, hice lo más juicioso que podía hacer: llamar una vez más a la campana. El mayordomo no debía de estar muy lejos, ya que reapareció en un momento.

—¿Sí, muchacho?

Sin más comentarios, saqué del bolsillo la carta dirigida a lord Mansfield y se la entregué. Él la cogió moviendo bruscamente la cabeza en un gesto de asentimiento y empezó a cerrar la puerta en el momento en que yo bajaba por las escaleras.

—¡Tengo mejor ropa que esta! —le espeté groseramente, decidido a quedarme con la última palabra.

Pero no iba a ser así.

—Bien —respondió—. Lo creeré cuando te la vea puesta.

Y cerró la puerta de un fuerte golpe.

Me fui en un estado de agitación tal que apenas pensé en la dirección que tomaba. Me limité a sujetar mi sombrero, agarrar el cuello de mi abrigo y avanzar apresuradamente en contra del viento hasta que caí en la cuenta de que no sabía si había tomado el rumbo adecuado. Busqué el abrigo de un soportal, saqué la última carta del día y leí detenidamente la dirección que había anotada en ella así como las indicaciones que me había dado el señor Marsden, las cuales eran tan imprecisas como la dirección. Dejando escapar un suspiro, me enfrenté de nuevo al viento y me puse en camino, el cual me llevó al otro lado de Covent Garden y a un mundo completamente diferente.

Algo que había despertado mi curiosidad al llegar a Londres y que sigue despertándomela hoy en día es la cercanía que hay entre las magníficas residencias de los ricos de las miserables viviendas de los pobres. La pobreza más lamentable vive a la puerta de una riqueza fabulosa, por lo que no es de extrañar que el control policial de estos distritos resultara tan difícil incluso para los alguaciles de Benjamin Bailey y los serenos. Los rateros y ladrones de casas podían cometer sus fechorías al amparo de la noche, con frecuencia a no más de una o dos calles de distancia, para luego desaparecer rápidamente en el oscuro laberinto de calles y callejuelas que ellos consideraban su hogar.

Este es el motivo por el que no me llevó mucho tiempo trasladarme desde Bloomsbury Square a una zona cercana a las calles Chandos y Bedford cuyas casas solían recibir el nombre de «tugurios» y a la que acudían en tropel sujetos de toda ralea. El señor Marsden había apuntado en el sobre el lugar al que tenía que ir: «las Caribes», que era como se denominaba al distrito. A esto había añadido un consejo sacado de la Biblia: «Busca y encontrarás». Nada que pudiera servirme de gran

ayuda.

A la mujer a la que tenía que encontrar la recordaba de mi primer día en Londres, cuando, tras ser timado por un cazaladrones, había sido acusado de robo ante una persona a la que no conocía en aquel entonces, *sir* John Fielding. Una vez que este me había dejado en libertad y tomado bajo la protección del tribunal, yo había tenido que esperar a que el juez viese la última causa del día, cuyo origen estaba en la deuda que tenía una tal Moll Caulfield, vendedora ambulante, con su proveedor de verduras. Al final la deuda la había saldado el propio juez Fielding. A partir de entonces yo había visto a aquella mujer en un par de ocasiones en Covent Garden cuando terminaba su recorrido. Se trataba de una mujer de aspecto triste y más joven de lo que aparentaba. Recuerdo que la llamaban «viuda Caulfield», a pesar de que ella no hacía referencia a su estado civil en la carta que había enviado a *sir* John, una carta breve, sencilla y realmente conmovedora: «He visto la aflicción grabada en su rostro, y me ha dolido profundamente ver abatido a un hombre bueno como usted. Busque consuelo en las palabras de Nuestro Salvador: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Estas palabras se las habrá dicho a *lady* Fielding, y también se las dirá a usted un día. Usted se reunirá con ella allí, puede estar seguro». En su respuesta, *sir* John le decía que compartía su confianza en la salvación de *lady* Caulfield, le expresaba su agradecimiento porque también tuviera esperanza en la suya y la bendecía por sus muestras de interés y por su amabilidad.

Esta era la Moll Caulfield que me puse a buscar en cuanto llegué al cruce de las calles Chandos y Bedford. Haciendo mis inquisiciones a voz en grito para que pudieran ser oídas en medio del viento, pregunté por ella a todas las personas que tenían aspecto de ser de la zona. Algunas la identificaban como «la vendedora ambulante», otras no sabían de su existencia y la mayoría se mostraban indiferentes. La tarde ya estaba avanzada, y la señora Gredge querría que volviese a casa para que me ocupara de mis deberes domésticos. Cuando me estaba preguntando si lograría encontrar a la viuda Caulfield aquel ventoso día, fui a dar con una persona que la conocía y sabía dónde vivía.

La persona en cuestión era lo mismo que Moll Caulfield: vendedora ambulante. Estaba regresando lentamente a su casa tras haber vendido sus mercancías cuando la detuve y le hice la misma pregunta que ya había hecho a muchas otras personas.

—Sí —me respondió la anciana dama—. La conozco. Somos amigas.

—¿Sabe dónde vive entonces?

—¿Que dónde vive? Bueno, sé dónde la pobre guarda su carro y tiene su jergón, pero «casa» es una palabra demasiado distinguida para ese lugar, y para el mío también. Pero acompáñame, voy a llevarte allí.

Y, en efecto, me llevó, y en el camino me habló de su amistad, me dijo que los domingos leían las escrituras juntas y me hizo además unas cuantas insinuaciones acerca de los esfuerzos que realizaban ambas para sobrevivir. Mantuvimos las cabezas cerca la una de la otra mientras hablamos para que las ráfagas de viento no

nos impidieran oírnos. En un santiamén, o al menos así me lo pareció a mí, llegamos a St. Martin's Lane. Me condujo por aquella infame calle, la calle precisamente en que el mismísimo Benjamin Bailey había sido apuñalado poco tiempo atrás, y nos detuvimos ante un edificio imponente. Imponente pero desvencijado.

—Vive aquí —me dijo.

Se trataba de un viejo edificio de madera con patio, construido a la manera de las posadas con galería que se ven por todos los caminos de Inglaterra en las poblaciones de mayor tamaño. Por su aspecto, este había sido construido a principios del siglo pasado o quizá en el anterior. Tenía tres pisos, o cuatro, si se contaban los salientes que asomaban al tejado, cada uno de las cuales formaba una buhardilla. Mirando en torno a mí, calculé que vivirían unas cien personas en aquel lugar. O mejor dicho, el doble.

—¿Pero dónde? —le pregunté a la amiga de Moll Caulfield—. ¿En qué parte del edificio vive ella?

—Bien, muchacho —dijo—, entra por la puerta principal, dobla a la derecha y sube por las primeras escaleras que te encuentres hasta el primer piso que hay sobre la planta baja. Moll sube su carreta por esas escaleras todos los días excepto el domingo. Luego vete hasta la tercera puerta, la que hay justo al lado de la esquina, y llama fuertemente. Allí es donde vive Moll. Ahora hazme caso —añadió poniéndose de repente muy seria—: no te quedes mucho tiempo, porque falta poco para que atardezca y no es conveniente que andes por aquí de noche.

—Se lo agradezco —dije—. No habría podido encontrar este lugar sin su ayuda.

—¡Dile a mi querida Moll que ha sido Dotty quien te ha traído! —me gritó.

—¡Descuide!

Y diciendo aquello me alejé de ella, haciendo un gesto en señal de despedida y atravesando un amplio espacio que anteriormente habría estado ocupado por una puerta.

Las escaleras que Dotty me había descrito estaban medio expuestas a las ráfagas de viento. Miré alrededor antes de subir por ellas y observé que el viento había arrojado de los pisos superiores todo tipo de desechos y los había amontonado en el patio: guijarros, contraventanas, cristales rotos, secciones enteras de barandilla… Mientras miraba, un cañón de chimenea y un buen número de guijarros pasaron a mi lado a toda velocidad y chocaron estrepitosamente contra el suelo muy cerca de donde yo me encontraba. Al ver aquello, busqué cobijo en las escaleras.

Sin embargo no lo hallé, puesto que al encontrarse a merced del viento, las escaleras se mecían peligrosamente bajo mis pies según subía por ellas. En un momento dado me golpeó el viento y estuve a punto de perder el equilibrio. Estiré el brazo para agarrarme a la barandilla y descubrí que esta había desaparecido; volví a estirarlo y me salvé cogiendo una parte que no se había desgajado. Así conseguí alcanzar el piso en que vivía Moll, aunque cuando llegué tampoco tuve respiro, ya que el balcón por el que tenía que avanzar temblaba casi tanto como las escaleras. A

decir verdad, lector, temblaba todo el edificio. Pude ver claramente cómo se movía, cómo las mismísimas paredes se hundían y volvían a su lugar por efecto de las fuertes ráfagas de viento como si fueran un enorme animal que respirara irregularmente.

Llegué a la puerta de Moll Caulfield casi abandonado al pánico, experimentando los síntomas de miedo que todas las personas tienen cuando temen por su vida. Mi mayor miedo se vio confirmado cuando vi a unos vecinos de aquella planta y de la planta baja abrir repentinamente sus puertas y salir huyendo. Uno de ellos pasó a mi lado y me dio un empujón en el momento en que aporreaba la puerta de Moll Caulfield y la llamaba por su nombre. Volví a golpear la puerta y por fin abrieron. La pobre mujer estaba temblando de miedo, tenía los ojos desorbitados y volvía la cabeza de un lado a otro.

—Moll Caulfield —le dije gritando—, debe usted salir de aquí. Esta casa puede hundirse.

La cogí por la muñeca e intenté tirar de ella. Pero ella se resistió. En aquel momento recibí un par de golpes más de los vecinos del edificio que pasaban atropelladamente a mi lado en dirección a las escaleras.

—¡Pero no puedo irme sin mi carreta!

La vi justo detrás de ella. Quizá estuviera intentando sacarla cuando yo había llamado a la puerta.

—¡Salga! —respondí—. Ya cojo yo la carreta.

Solo al oír aquella promesa accedió a cruzar el umbral. Metí la mano, cogí la carreta y seguí a la mujer por el balcón, que en aquel momento parecía estar temblando todavía más que antes. Entonces estalló una ventana, arrojando fragmentos de cristal a nuestros pies y haciendo nuestra marcha aún más peligrosa de lo que ya lo era.

De aquella manera llegamos a las escaleras, donde me enfrenté a un problema que no había previsto. Había podido tirar de la carreta porque era bastante ligera y se movía bien sobre sus ruedas de madera. Sin embargo parecía peligroso intentar bajar por las escaleras de aquel modo. Temía perder el control del vehículo. En lo alto de las escaleras Moll Caulfield se volvió hacia mí como si esperara instrucciones. Le indiqué que no se detuviera y me puse a dar la vuelta a la carreta. Ella continuó avanzando con valentía, y yo la seguí empujando la carreta hasta la mitad de las escaleras. Estas se balanceaban de izquierda a derecha. Yo apenas podía mantener mi propio equilibrio; manejar la carreta lo hacía prácticamente imposible. Entonces, en el momento en que veía que Moll Caulfield llegaba al suelo, recibí un golpe por detrás y fui empujado hacia un lado por una mujer de gran tamaño que estaba medio loca de miedo. Ella siguió corriendo mientras yo me columpiaba peligrosamente. Me agarré a lo que quedaba de barandilla con una mano y sujeté la carreta con la otra. Entonces, casi con lentitud, la podrida y endeble base de la escalera cedió por completo y vi cómo los escalones que tenía ante mí empezaban a derrumbarse. Cuando el escalón sobre el que me encontraba desapareció, perdí pie, la carreta se me

fue de la mano y volé por los aires como si estuviera en un sueño. Tras caer desde unos tres metros o más, fui a dar con mi cuerpo contra el suelo del patio.

Si este hubiera estado pavimentado, seguramente el golpe habría sido peor. Si hubiera tenido los años que tengo ahora, es posible que me hubiese roto un par de huesos. Sin embargo salí bien parado de la caída. La carreta de Moll Caulfield no tuvo tanta suerte en cambio. Mientras que yo había salido disparado de las escaleras, la carreta se había ido directamente al suelo. Tablas, barandas, listones y tablones habían caído sobre ella. Mientras me recuperaba y me levantaba de donde había caído, vi a la pobre Moll apartando frenéticamente los restos de la desgajada escalera para recuperar su medio de vida. Me acerqué a ella con idea de ayudarla, pero entonces alcé casualmente la vista y vi que el balcón que teníamos encima se estaba balanceando peligrosamente al igual que lo habían hecho las escaleras. La cogí y exclamé:

—¡Moll! ¡Apártate!

Pero ella se zafó de mí.

—¡No puedo! Tengo que recuperar mi carreta.

Dicho aquello la sacó y los dos vimos que había sido destruida por el cargamento de madera que había caído sobre ella. Se puso en pie estirándose cuan larga era (era algo más baja que yo) y me dirigió la mirada más triste que yo hubiera visto en un rostro humano jamás.

Entonces la cogí firmemente de la mano y tiré de ella. Lo hice en el momento preciso, pues un segundo más tarde un gran parte del balcón cayó donde ella había estado. Pero aquello no fue más que el principio. A continuación cayeron grandes partes del tejado: una chimenea entera, una buhardilla… Yo tenía la sensación de que el edificio entero estaba en peligro de hundirse.

—¡Hemos de irnos de aquí! —grité.

Moll, al haber perdido la carreta, se mostró sumisa. La conduje hacia la entrada tan rápido como ella podía ir, mientras iban hundiéndose sección tras sección del viejo edificio. Una vez que hube conseguido que Moll atravesara el hueco de la vieja puerta de entrada y se reuniera con los demás vecinos de la casa, miré hacia atrás por última vez y vi que una gran parte de su piso cedía y, con ella, el lugar que había constituido su modesta casa. Pero ella se encontraba detrás de mí, mirando por encima de mi hombro. Lo había visto todo.

—Oh —exclamó—. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Y el viejo edificio seguía desmoronándose. Ahora ya éramos un gran grupo los que estábamos fuera, y todos observamos cómo el viento seguía causando estragos, separando unas vigas de otras y arrancando los clavos de la madera para arrojarlo todo al patio.

Por fin pareció que el derrumbamiento llegaba a su fin. Los hombres que había detrás de mí se abalanzaron hacia adelante, llevándome con ellos, y se pusieron a rebuscar entre las ruinas. ¿Estaban buscando cadáveres? ¿Supervivientes? Agucé el

oído por si había algún gemido o grito de socorro, pero no oí nada. Entonces observé que eran enseres lo que estaban buscando: cacerolas, sartenes, ropa de cama, prendas de vestir, cualquier cosa que pudiera venderse. Aunque había algunas mujeres participando en la búsqueda, eran los hombres los que movían y removían las ruinas mientras los escombros que el viento había desgajado llovían sobre ellos. Eran como provocadores de naufragios desvalijando un barco encallado en un arrecife. Todos habían comenzado a formar su propio montón de objetos recuperados, y pronto empezaron los desacuerdos acerca de qué cosas pertenecían a quién. A mí me empujaron no una vez sino varias.

—Largo de aquí, muchacho —me dijo uno de ellos—. Este es trabajo de hombres.

Decidí que lo mejor sería irme y ver qué podía hacer para ayudar a la pobre Moll Caulfield. La encontré donde la había dejado, aunque ahora tenía las mejillas bañadas en lágrimas. No era el viento lo que le había llevado a derramarlas.

—Me parece que hay poco que hacer —le dije—, y poco que salvar.

—Sí —respondió ella—. Ni siquiera es prudente entrar ahí dentro. —Entonces se volvió hacia mí y, como si se planteara la pregunta por primera vez, me preguntó—. ¿Quién eres tú, que has venido a buscarme a mi casa precisamente cuando esta iba a derrumbarse? —Se enjugó las lágrimas con la manga de su vestido y se sorbió sonoramente por la nariz.

Solo me costó un momento explicarle que había ido a su casa de parte de *sir* John Fielding con una contestación a su nota de pésame. La saqué del bolsillo sorprendido de que, pese a estar arrugada y sucia, no se hubiera estropeado tras todo lo ocurrido. Ella la cogió y la sostuvo distraídamente, sin molestarse en examinar su contenido. Le dije que quien me había llevado hasta su domicilio había sido su amiga Dotty.

—Ah, sí, Dotty —dijo ella—. Leemos las escrituras juntas. Es una buena mujer.

—Lamento… lamento lo de su carreta.

—Oh, no es culpa tuya. Ya he visto que has hecho lo que has podido. Pero… —En aquel momento titubeó de una manera verdaderamente lastimosa—. ¿Pero qué voy a hacer? No tengo carreta, ni un lugar donde dormir, nada… ¿Qué voy a hacer?

—¿No puede quedarse en casa de Dotty?

—Tiene una hija pequeña, y donde viven apenas hay espacio para las dos.

—Pero… —Sin embargo, en lugar de discutir con ella, lo medité un momento y recordé algo que Katherine Durham me había dicho unos días atrás. Entonces, tomé una decisión—: ¿Hay ahí dentro algo suyo que pueda reclamar?

—Me daría miedo intentarlo.

—Entonces acompáñeme, señora Caulfield. A ver qué podemos hacer.

Echamos a andar en dirección a Covent Garden. El viento, que ya había hecho todo el mal que podía causar, empezó a amainar. Para cuando llegamos a la amplia plaza, soplaba solo con la mitad de fuerza que antes. Pero ya estaba oscureciendo; quedaban pocos compradores y los buhoneros y mercaderes estaban cerrando sus

puestos. Sabía que se había hecho tarde, y hacía mucho tiempo que se había pasado la hora a la que me esperaban en el número cuatro de Bow Street. No obstante estaba decidido a hacer cualquier cosa por aquella mujer que acababa de perder todo lo que tenía.

Vi al grupo de personas que buscaba al fondo de la plaza y juntos caminamos hacia ellos. Aunque estaban vestidos de negro como la otra vez y seguían siendo fáciles de reconocer, habían abandonado su misteriosa práctica de predicar a coro y ahora elevaban sus voces en una canción, entonando un himno que a mí me resultaba completamente desconocido. Hoy, después de todo el tiempo que ha transcurrido y pese a que volvería a oírlo cantar, apenas puedo recordar unos pocos versos del himno:

Nosotros los Hermanos del Espíritu
a todos la buena nueva llevamos
y lo que debe ser profetizamos:
la conversión de los judíos.

Esta me parecía entonces una extraña preocupación de los cristianos, y nunca ha dejado de parecérmelo. Sin embargo, apenas me paré a pensar en ello en ese momento, ya que tenía la mente puesta en el problema que me ocupaba. En torno a nosotros había unas cuantas personas que se habían entretenido en el mercado, holgazanes y escépticos que venían, se detenían un momento y luego se iban, tomando por mero entretenimiento lo que con tanta solemnidad les ofrecían los seis hombres de negro y las dos mujeres de gris.

Finalmente los cantantes concluyeron su canción y se prepararon para marcharse. Yo tiré de la manga del que tenía más cerca, pero este apartó el brazo con tal celeridad que cualquiera hubiera dicho que le había hecho daño. Aun así, le dije lo que tenía pensado, convencido como estaba de mi misión:

—Señor, ¿es usted el superior? Si no lo es, ¿podría llevarme hasta él?

El hombre farfulló algo; por alguna razón parecía completamente incapaz de articular palabra. Yo había hablado en voz alta y con suma claridad. Los demás me habían oído. Todos los ojos convergieron en un hombre, el más imponente de todos. Aunque era de menor estatura que el resto del grupo salvo las mujeres, su rostro tenía un aire de ascetismo que lo hacía atractivo. Sus ojos, de un tono azul claro prácticamente descolorido, casi parecían brillar pese a que la luz era cada vez más escasa. Avanzó y me miró de arriba abajo.

—No tenemos superior —me dijo—. Somos todos hermanos, e iguales ante los ojos de Dios.

—Pero tal vez pueda usted hablar por los demás —sugerí.

El esbozo de una sonrisa iluminó su cara.

—Tal vez —respondió.

Resumidamente le conté lo que había ocurrido: el hundimiento del edificio, la huida de Moll Caulfield y la pérdida de su carreta y de todas sus pertenencias.

Tras escucharme, el hombre se volvió hacia Moll.

—¿Es todo esto verdad? —le preguntó.

—Sí —respondió ella—, todo. Aunque no ha dicho que ha sido él quien me ha sacado de la casa y ha intentado valientemente salvar mi carreta. Ha sufrido una aparatosa caída por ello.

Entonces el hombre se volvió hacia mí.

—¿Y qué te traías entre manos en ese lugar? ¿También vivías en esa cueva de ladrones y asesinos sobre la que el Señor ha expresado su juicio? Oh, oímos el gran estruendo que hubo cuando se derrumbó y vimos a toda la gente que corría para llegar hasta allí, y nos alegramos, porque lo consideramos una respuesta a nuestros rezos para que el Señor nos ayude en la gran purificación de la indecente ciudad de Londres. Sí, así ha sido. Pero esto no es más que el comienzo de nuestra gran obra. ¿Tú también eres un ladrón?

—No, señor, no lo soy —respondí indignado—. Y tampoco lo es Moll Caulfield. He ido a entregarle una carta.

—Pero vivía con ladrones.

—Y el Señor la ha salvado. Es una buena cristiana.

—Razonas bien —dijo él—. De todos modos, ¿por qué acudes a nosotros?

—He oído que ustedes, los que visten de negro, tienen un refugio para los pobres. Moll podrá trabajar de nuevo en cuanto consiga una nueva carreta. He pensado que ustedes podrían darle cobijo mientras tanto. Pero evidentemente, señor, me he equivocado. Vamos, Moll —añadí cogiéndola de la mano—. Vamos a buscar a otra parte.

—No, no os vayáis tan rápido —dijo él—. Es cierto que tenemos un lugar así, y nos alegrará poder darle comida y techo a Moll mientras lo necesite.

—¿Dónde está ese lugar? —pregunté, envalentonado por mi éxito.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque así podré ir a visitarla.

El hombre titubeó por un momento.

—Oh, en Half Moon Passage —dijo finalmente—. No tienes más que preguntar allí, ya que es un lugar conocido. Pero permíteme que te haga una pregunta, joven. Dices que venías a entregarle una carta ¿Quién es el remitente de esa carta?

Aunque no era asunto de su incumbencia, el orgullo me animó a responder.

—*Sir* John Fielding, juez de instrucción del juzgado de Bow Street. —Luego añadí, hinchado como un pavo real—. Soy miembro de su casa.

—Ah —exclamó el hombre—. ¿Y por qué no le has ofrecido la hospitalidad de *sir* John Fielding? La caridad comienza en casa.

Como había estado pensando cuando íbamos a Covent Garden, tenía una respuesta preparada para aquella pregunta:

—No puedo ofrecerle lo que no es mío —contesté—. Soy miembro de su casa, pero no su dueño. De todos modos, si usted lo prefiere, la llevaré a ver al juez.

—No, no; has vuelto a razonar bien. Esta es una situación extraordinaria. Solo deseaba comprenderla mejor. —Entonces se volvió a Moll Caulfield y le preguntó—: ¿Está usted preparada entonces? Ya estamos listos para marcharnos.

—Estoy totalmente preparada.

Mientras se organizaban, entretuve a Moll un momento.

—¿Está satisfecha con esto? Ya verá cómo se acaba encontrando una solución, se lo aseguro.

Ella dejó escapar un suspiro.

—En este momento soy una indigente, y los indigentes no tienen posibilidad de elección.

Dicho aquello, se unió a la procesión, que ya partía en dirección a Half Moon Passage, colocándose junto a las mujeres vestidas de gris, quienes seguían a los hombres a unos metros de distancia. Justo cuando desaparecía entre las sombras, Moll se volvió para hacerme un gesto con la mano y decir algo que se perdió en el viento. Sería, sin duda, una palabra de agradecimiento.

Había anochecido por completo. Eché a correr en dirección a Bow Street con la esperanza de que mi historia bastase para justificar el retraso, pero seguro de que había hecho lo correcto.

Y en efecto, *sir* John se mostró satisfecho de que lo hubiera hecho. La señora Gredge se puso a soltar gritos, chillidos y reniegos apenas hube abierto la puerta, pero el juez la calmó dirigiéndole una palabra de admonición y escuchó juiciosamente, con la mano apoyada en la barbilla, la detallada descripción que yo le daba de todo lo sucedido desde el momento en que había abandonado la residencia de lord Mansfield. No dramaticé, ya que no hacía falta: los sucesos eran de por sí tan impresionantes que no necesitaban adornos. Incluso la señora Gredge se quedó absorta en mi relato.

Cuando acabé, el juez se quedó pensando por un momento y luego dijo:

—Esta gente… estos Hermanos…, ¿te han parecido personas decentes?

—En general, sí —respondí—, aunque son un poco extraños.

—Oh… ¿En qué sentido?

—Bueno, el que ha hablado por los demás parecía estar encantado de que se hubiera hundido el viejo edificio y creía que todos los que vivían en él eran ladrones. He tenido que convencerle de que Moll Caulfield no lo es.

—No le faltaba razón. Ese lugar tiene mala reputación. O la tenía. ¿Cómo se llama el hombre que ha hablado por los demás?

Me quedé desconcertado por un momento, porque no me había molestado en averiguarlo. Aunque me sentía avergonzado y violento por mi omisión, no tuve otro remedio que reconocerlo:

—No… no me he acordado de preguntarlo, *sir* John. Lo siento.

—Detalles, Jeremy, detalles. No te olvides de ellos.

—Lo que sí he averiguado es el lugar donde residen y tienen el refugio para los pobres. Está en Half Moon Passage.

—Half Moon Passage, ¿eh? —El juez soltó un gruñido y se quedó un momento pensando—. Bueno, pásate por ahí dentro de un par de días y entérate de cómo le va todo a Moll. Intentaremos reunir un poco de dinero para ayudarle. Dile que puede estar segura de ello. También quiero tu opinión de ese refugio que tienen. No sé por qué la ciudad de Londres no puede ocuparse mejor de sus indigentes. ¿Por qué ha de dejarse la mayor parte de ese trabajo en manos de esos fanáticos medio locos que están seguros de que Dios ejerce su voluntad sobre todas las cosas? No es la primera vez que oigo hablar de ese nuevo grupo. Han tomado la decisión de salvar todo Londres, pero se han concentrado principalmente en predicar en Covent Garden, Haymarket y otros lugares del este de la ciudad. Son una secta extraña, según tengo entendido. Les gusta hablar en coro.

—Es cierto, produce un efecto extraño —comenté.

—Sin duda —dijo el juez—. Bueno, no hay ningún inconveniente en que se ocupen de cuidar de la pobre Moll durante los días que le cueste volver a la vida normal. Al menos la mujer quiere trabajar, algo que no se puede decir de la mayoría de holgazanes, mendigos y ladrones de Westminster.

Dicho aquello, dio media vuelta y subió por las escaleras a su estudio, el cual yo había acabado considerando más bien como su lugar de reflexión.

La señor Gredge me dio de comer bien aquella noche. La carne y la verdura estaban frías, pero luego me *sir*vió de postre un pedazo de pan bañado en miel de abeja.

El día siguiente lo pasé en un principio igual que muchos de los anteriores: copiando cartas al dictado; pasándolas a limpio para que luego las firmara el juez y entregándolas. Como el tiempo no era ni mucho menos tan malo como el del día anterior (solo hubo un breve chubasco, que conseguí evitar, y un poco de viento sin la menor importancia), hice los encargos rápidamente y acabé antes de la hora. Esperaba pasar el tiempo que me sobrara en el juzgado de Bow Street tal como era mi costumbre, por lo que sentí una cierta decepción cuando la señora Gredge me dijo que había una carta para *sir* John en la oficina de postas y que tenía que ir a recogerla y llevársela sin dilación.

Ya conocía el camino, pues había ido allí con anterioridad a recoger las cartas que le había mandado su hermana desde Bath. Salí y tomé la ruta más habitual, que era atravesando diagonalmente Covent Garden. Me mezclé con la multitud pero seguí avanzando con resolución, dado que no podía perder el tiempo con aquel encargo.

Debido a esto es posible que no estuviera prestando suficiente atención cuando pasé cerca de la esquina de la plaza que los Hermanos del Espíritu habían hecho suya, pues, aunque estaba bastante cerca, no miré hacia donde estaban hasta que comenzó

el alboroto. De repente se oyó una carcajada y unos gritos de indignación entre el público y los Hermanos entonaron al unísono un insistente cántico: «¡Jezabel! ¡Jezabel! ¡Jezabel!». Me abrí camino a codazos entre los curiosos y vi a una mujer a la que estaban maltratando de una manera indignante. No era una de ellas, ya que iba vestida de un modo mucho más vistoso y elegante. Estaba de espaldas a mí mientras ellos la empujaban de aquí para allá al ritmo de su cántico: «¡Jezabel! ¡Jezabel!». Entonces la pobre mujer cayó al suelo y, con gran regocijo de la multitud, trató de alejarse a rastras, lo cual me permitió ver que se trataba ni más ni menos que de Katherine Durham.

Cuando los hombres de negro se inclinaron para vapulearla, me agaché para ayudarle a ponerse en pie. Interpuse mi frágil cuerpo entre los hombres y ella, lo cual me valió unos cuantos golpes en la espalda, aunque ninguno de gravedad. De repente se detuvieron y oí detrás de mí un gran ruido de pasos que se retiraban. Cuando levanté a la viuda Durham, me di cuenta de que apenas podía apoyarse sobre el pie izquierdo. Entonces conseguí mirar en torno a mí y observé que los Hermanos habían retrocedido ante la presencia de un hombre grande y fuerte que iba ataviado con un delantal manchado de sangre y blandía un cuchillo de carnicero. Era nuestro carnicero, el señor Tolliver. Nos había rescatado.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la señora Durham, echándole a perder el colorete. Tenía el pelo hecho un desastre y el vestido embarrado y rasgado por un lado. Aunque parecía estar fuera de sí, me reconoció.

—Oh, gracias, Jeremy —dijo.

—Las gracias deberíamos dárselas los dos al señor Tolliver.

Se lo señalé. Ella miró y, cuando él se acercó, hizo un gesto de asentimiento.

—Ah, Katherine —exclamó—, ¿cómo está usted?

—Sobreviviré, señor Tolliver. Estamos en deuda con usted.

—Es un buen muchacho. Debería haber visto cómo ha saltado en su ayuda.

No fui indiferente a su elogio, pero en aquel momento estaba mirando detenidamente al grupo de negro en busca del hombre con el que había hablado el día anterior. No lo vi por ninguna parte. De una manera un tanto vaga, aquello me pareció tranquilizador. Él no podía ser responsable de una conducta semejante. Sin embargo me quedé estupefacto cuando vi a Moll Caulfield entre las mujeres vestidas de gris. En el momento en que se cruzaron nuestras miradas tenía los ojos desorbitados y estaba casi tan asustada como cuando la había visto en la puerta de su pequeña habitación. Se señaló a sí misma y a continuación hizo un vigoroso gesto de negación con la cabeza para hacerme ver que ella no había tomado parte en lo que había sucedido. Le hice una señal de asentimiento para que supiera que le entendía.

—Jeremy —dijo el señor Tolliver—, ¿puedes llevar a la señora Durham a casa? No puedo dejar mi puesto.

—Voy a tener que apoyarme en ti —me dijo ella—. Me temo que tengo el tobillo destrozado.

—Será un placer servirle de ayuda —respondí.

Nos pusimos en marcha. La multitud, viendo que la diversión había llegado a su fin, se había dispersado. Los Hermanos, por su parte, se habían organizado para retirarse más temprano de lo habitual. Tras expresar nuestro agradecimiento al señor Tolliver y despedirnos de él, Katherine Durham y yo salimos en dirección a Berry Lane.

Apoyándose pesadamente en mí, me fue indicando el camino. Yo le ceñía los hombros con mi brazo. Juntos, como un animal de tres patas, avanzamos lentos pero seguros por King Street rumbo a Bedford. Llamábamos un tanto la atención. Aunque a mí no me importaban los mirones, a ella parecían preocuparle un poco.

—No sabes cómo me duele que hayas tenido que presenciar eso —me dijo—, pero me alegra que hayas aparecido.

—Y también el señor Tolliver.

—En efecto, y también el señor Tolliver.

Por un momento seguimos caminando en silencio. Entonces se me ocurrió que debía explicarle por qué había tardado en ayudarla y le dije:

—No llegué hasta que la tiraron al suelo.

—¿Entonces no estabas allí cuando empecé a gritarles? Oh, si supieras cómo la emprendí con ellos. Les pregunté quiénes eran ellos para juzgar y les exigí que me dijeran qué ha de hacer una mujer cuando no tiene trabajo ni medios. ¿Acaso se piensan que elegiríamos esto?

Aunque no comprendí exactamente lo que quería decir, su enfado me impresionó. Deseaba haber tenido el cuchillo del señor Tolliver para amenazarles con él. Deseaba haber respondido a sus ataques. Sobre todo, deseaba haber puesto a Moll Caulfield bajo la protección de otras personas.

De aquel modo llegamos a su pequeña casa de Berry Lane, la cual no se encontraba lejos del lugar en que vivía Benjamin Bailey con la viuda Plunkett. Durante el trayecto, la señora Durham me había dicho que, en su opinión, su tobillo no estaba roto, sino solamente torcido. Me juró que ya empezaba a dolerle menos y, aunque no creía que fuera a conseguir subir por las escaleras sin mi ayuda, lo cierto es que lo consiguió y además pudo aguantar sobre un pie mientras abría la puerta.

Cuando me disponía a irme, le dije:

—Voy a decirle a *sir* John lo que ha ocurrido.

—¿Crees que será lo más acertado? —respondió ella—. No me gustaría que supiera que he sido protagonista de semejante espectáculo público.

—No, quizá no sea lo más acertado.

¿Cómo iba a entender yo, un muchacho de trece años de edad, un asunto como aquel?

—Lo dejo en tus manos. —Titubeó por un momento—. Adiós, Jeremy. La deuda que tengo contigo es más grande de lo que puedas llegar a imaginarte jamás.

Entonces entró cojeando en la casa. Cerré la puerta y me dirigí a toda prisa a la

oficina de postas.

Aunque la visita a Berry Lane me había apartado ligeramente de mi camino, no tuve problemas para regresar a él, por lo que pude recoger la carta de *sir* John y regresar a Bow Street a tiempo. Las sesiones del juzgado ya habían llegado a su fin. Encontré al señor Marsden, el secretario, en su escritorio, redactando las actas del día, y le pregunté por el juez.

—Ha salido —me contestó.

—¿Le ha dicho cuándo volverá?

—No. Ha ido a una cita que tenía con ese hombre que habla tan bien, el señor Johnson, de modo que no sé cuándo puede regresar. —Entonces vio la carta que llevaba en la mano—. ¿Tienes algo para él?

—Una carta.

—Será mejor que la lleves arriba —me dijo—. No tiene ningún motivo para volver por aquí, y yo me iré en cuanto lleguen los alguaciles.

Así pues, subí un tanto decepcionado a ver a la señora Gredge. Llegué arriba silenciosamente, agucé el oído y llegué a la conclusión de que se había retirado a su habitación para echarse una «cabezadita», que era como llamaba a las siestas que al parecer le era necesario dormir en aquel entonces.

En la cocina no había nada que yo pudiera hacer, por lo que me senté a la mesa para meditar sobre un problema. Se trataba, por supuesto, de la cuestión de si debía informar o no a *sir* John del desagradable incidente que habían protagonizado en Covent Garden los Hermanos del Espíritu. Estaba claro que Katherine Durham estaba terriblemente molesta por lo ocurrido y que sus sentimientos al respecto tenían una grandísima importancia para mí. No obstante había otros aspectos que tomar en consideración, ya que yo había puesto a Moll Caulfield bajo la protección de aquellas personas. Al ver lo que le habían hecho a la señora Durham, su reacción había sido de miedo y consternación. Era evidente que yo había cometido un grave error. Esperaba remediarlo, por lo que no parecía haber otra solución que contarlo todo.

Poco después de que hubiera tomado esta decisión oí que *sir* John subía por las escaleras. Sus pesados pasos eran inconfundibles. Cuando entró, yo ya estaba de pie, preparando lo que iba a contarle.

—¿Jeremy?

—¿Sí, *sir* John?

—El señor Marsden me ha dicho que tenías una carta para mí.

—Sí, es cierto, aunque…

—Léemela.

—Eh… sí, señor.

—Supongo que no será de mi hermana —dijo mientras yo rompía el sello.

—No. El remite es de un lugar de Somersetshire del que no he oído hablar.

—Ah, bien. Léela.

Y eso fue lo que hice, comenzando por el saludo, que era algo florido, y el primer

párrafo, el cual hacía referencia al honor que había sentido el remitente al recibir una misiva de un personaje tan distinguido como *sir* John Fielding.

Entonces el juez me interrumpió.

—Puedes saltarte todo eso. Ve al grano.

—Como usted desee, *sir* John. —Pasé por alto el primer párrafo y empecé a leer en voz alta el segundo—: «Paso a responder su pregunta en relación a John Clayton. Es cierto que fue paciente de nuestro hospital durante un breve período de tiempo hace tres años. Las circunstancias fueron las siguientes: se había visto envuelto en un altercado en una taberna con nada menos que tres hombres, y al defenderse de ellos, se comportó, según se dijo, como un "loco", ya que pretendió ser otra persona y no John Clayton. En cualquier caso, se defendió tan bien que consiguió ahuyentar a los tres hombres y causar grandes daños físicos a uno de ellos. El alguacil al que llamaron solo logró detenerlo dándole un fuerte golpe en la cabeza con una maza. El tabernero declaró que John Clayton no había sido el culpable de que comenzara la reyerta, sino que había sido agredido por los tres hombres, de modo que el juez no quiso castigar al señor Clayton, pese al daño físico que había causado a uno de ellos. Sin embargo, como se hiciera alusión a un comportamiento propio de un "loco", comportamiento que el tabernero confirmó, el señor Clayton fue confiado a nuestra atención para que determináramos si realmente estaba loco y, de ser así, de qué manera.

»A la postre solo fue necesario tenerlo internado durante no más de dos semanas para llevar a cabo una observación y un diagnóstico completos en mi opinión. Desde un principio se comportó de una manera razonable e incluso dócil, y demostró tener una curiosidad natural en el cuidado y tratamiento de otros pacientes y un gran interés en su propio caso. Estuvo alerta, amable y de buen humor. Finalmente llegué a la única conclusión posible: si su comportamiento había sido irracional durante el altercado de la taberna, se había debido al alcohol. Si había parecido un "loco", quizá la causa fuera la intimidación del alguacil. Cuando le comuniqué todo esto al juez del distrito, este me dio orden de dejar libre a John Clayton. Como no había sido él quien había dado comienzo al altercado de la taberna, el juez no le acusó de nada, y solo le dio orden de que contribuyera a la reparación de los daños causados en la taberna con la cuarta parte del coste.

»He tenido la oportunidad de ver a John Clayton en dos o tres ocasiones desde que estuvo internado aquí, aunque no por motivos profesionales. Si bien me alegré de su éxito literario, no puedo decir que me sorprendiera. Me enseñó muestras de su obra mientras estuvo con nosotros, y ya entonces pude ver que poseía verdadero talento poético.

»Como es natural, me he sentido consternado al enterarme de la manera en que, tal como usted describe, ha participado en un crimen tan espantoso, y doblemente consternado por el hecho de que no haya sido capaz de hablar en defensa propia. Dele otra oportunidad, se lo ruego; estoy seguro de que lo hará mejor. Por desgracia, el

Hospital de Santa María de Belén tiene mala reputación. Hay muchísimas personas internadas en él a las que no se les puede atender. Tengo fe en su buena voluntad en este asunto y en la excelente reputación de que goza en lo que se refiere a la aplicación de la justicia.

»Poniendo en ello toda mi confianza, le saluda su humilde y obediente servidor: James Andrews, doctor en medicina, Oxford».

Cuando hube terminado la lectura, *sir* John, que había permanecido de pie todo el rato, dio un sonoro golpe con su bastón en el suelo y asintió vigorosamente con la cabeza.

—Buena carta —dijo—. Jeremy, ¿no te parece una buena carta?

—Oh, sí, señor.

—¿No te parece que el médico y el juez demostraron tener un sentido común extraordinario?

—Oh, sí, señor, sin duda.

—Pues bien, no guardes la carta. Mañana la utilizaremos para redactar unos documentos. Me alegro de poder dejar por un día el asunto ese de dar las gracias a la gente.

Dicho aquello, se dirigió hacia las escaleras, repentinamente satisfecho consigo mismo. Me di cuenta de que tenía que detenerle antes de que subiera a su cuarto y se ausentara durante un par de horas.

—¿*Sir* John?

—¿Sí, Jeremy? ¿Qué sucede?

Entonces le conté el relato que había preparado, en el que le describía el ataque de los Hermanos a Katherine Durham, restaba importancia a la parte que yo había tomado en su rescate y le refería la consternación que Moll Caulfield había mostrado ante los sucesos y su deseo de desligarse de ellos.

El juez me escuchó con calma; luego, con expresión más sombría, me dijo:

—Maldita sea, ojalá el señor Donnelly estuviera todavía con nosotros. Siento tan poca simpatía por los demás médicos y cirujanos que no puedo recomendar a ninguno. Dile al señor Bailey que te dé el nombre de alguno. Está abajo. Luego vete corriendo a ver al que te recomiende y pídele que vaya a atender a la señora Durham sin dilación. Dile que yo le pagaré. ¿Dices que ella está en casa ahora?

—Sí, la he acompañado hasta Berry Lane.

—Buen chico. No estoy dispuesto a tolerar que se produzcan este tipo de disturbios ante nuestras propias narices. ¿El hombre con quien hablaste ayer, el sujeto cuyo nombre no sabemos, estaba presente durante el ataque?

—No, *sir* John. Dicho sea en su honor, creo que si hubiera estado allí, sus compañeros se habrían comportado con mayor sensatez.

—Sí… Tal vez. En cualquier caso, me parece que mañana vamos a tener un día atareado. Le haremos a la señora Durham la visita que deberíamos haberle hecho hace tiempo y luego iremos a ver a Moll Caulfield para enterarnos de cómo le van las

cosas. Pero de momento vete, Jeremy, ahora que todavía hay luz, y pídele a ese médico que se ponga en camino.

IV

En el que hago un amigo y *sir* John recibe la visita del presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia

Así se dio la circunstancia de que a la mañana siguiente yo me sentara en los escalones del número tres de Berry Lane. Estos conducían al domicilio de la viuda Katherine Durham, en cuyo interior *sir* John Fielding mantenía una seria conversación con su inquilina. Sus voces me llegaban entremezcladas desde lo alto en un tono por lo general grave, aunque también había momentos de ligereza en que oía la voz de ella elevarse en una decorosa carcajada y la de él responderle con el rugido de una risa divertida. Estaban, en resumidas cuentas, hablando como amigos, y aunque yo estaba sentado demasiado lejos como para adivinar la naturaleza de su conversación, me sentí muy complacido por su tono y duración. ¿Por qué no iba a sentirme complacido? Siempre complace que las personas por las que uno siente gran admiración disfruten la una en compañía de la otra.

Sir John y yo habíamos llegado aquella mañana apenas pasadas las nueve con idea de confirmar el estado de salud de la señora Durham tras la visita que le había hecho Amos Carr, un médico que había ejercido previamente en el ejército. El señor Bailey lo había recomendado por tener «buena mano con los huesos», y así había resultado ser. Tras pasar la visita, se había llegado al número 4 de Bow Street para darnos un informe y, de paso, cobrar sus honorarios. Ante el brusco interrogatorio al que le había sometido *sir* John, había declarado con indignación que conocía su oficio lo suficientemente bien como para distinguir una torcedura de una rotura. En cuanto al tratamiento, había hecho únicamente lo que era necesario: aplicar un emplasto sobre el tobillo y vendarlo. Esperaba que la señora pudiera andar sin dificultad en dos o tres días.

A la mañana siguiente todo parecía indicar que el optimismo de su pronóstico tenía razón de ser. Cuando subí por las escaleras y llamé a la puerta de la señora Durham, esta me abrió sin tardanza, y pude observar que tenía aspecto de haber mejorado mucho con respecto a la última vez que la había visto. El color sonrosado del bienestar teñía sus mejillas y su estado de ánimo había experimentado una mejoría manifiesta.

—Vaya, vaya, Jeremy —dijo—. Qué sorpresa más agradable. *Sir* John ha sido muy amable al enviar al señor Carr para que se ocupara de mi pobre tobillo. Ahora lo tengo muchísimo mejor.

—Eso esperábamos, señora Durham.

—¿«Esperábamos»?

—Sí, señora. *Sir* John me ha pedido que venga antes para preguntarle si podía visitarle y hablar con usted de los pormenores de su lesión, es decir, del ataque que sufrió ayer.

—Oh, por supuesto —respondió ella enfáticamente—. Es un placer recibirle sean cuales sean las circunstancias. Incluso en estas. ¿Cuándo va a venir?

—Eh… Bueno, en realidad ya se encuentra aquí. —Hice una señal hacia abajo—. Está esperando que le reciba al pie de la escalera.

Al oír aquello, la señora Durham me miró con los ojos muy abiertos. Hasta aquel momento había estado apoyada contra la jamba de la puerta, en una posición que le permitía evitar que su pie herido hiciera esfuerzo alguno; sin embargo esto no le impidió salir disparada de la casa y echar un vistazo abajo. Luego, con la misma rapidez, retrocedió con una mirada de profunda consternación en el rostro.

—¡Por amor de Dios, Jeremy! ¡Ya ha venido! ¿Qué puedo hacer? No estoy vestida apropiadamente, y mi casa no está lo bastante limpia para la ocasión.

Discretamente, en un murmullo, le indiqué lo que ya era obvio.

—Señora Durham, a él no le importa en absoluto. Acuérdese de su desgracia.

—Oh, claro, claro… —respondió ella sustituyendo por una mirada de generosa consideración el gesto de inquietud que se había grabado en su rostro hacía apenas un instante—. Por favor, dile a *sir* John que es para mí un placer recibirle y que ya puede subir. Indícale el camino si es preciso.

Así pues, bajé por las escaleras y le ofrecí mi brazo, que él rehusó. Pese a ello subí con él por las escaleras, aunque solo fuera para decirle, cuando llegamos arriba, que doblara hacia la derecha y que ya habíamos llegado.

Pero fue la señora Durham quien le guio, tocándole el codo con la mano y hablándole al oído. Aunque al juez le fuera imposible ver la sonrisa que tenía ella dibujada en los labios, seguro que no le pasó por alto la satisfacción que tiñó su voz cuando, cojeando, le llevó hasta una cómoda silla y le sentó en ella.

—Ah, gracias, Kate. Le agradezco que me reciba —dijo.

—Nada de eso. Soy yo quien se siente agradecida porque haya venido.

Y así, mientras yo retrocedía en dirección a la puerta, se pusieron a discutir sobre quién había concedido a quién el mayor favor. La señora Durham abandonó la discusión el tiempo justo para pedirme que dejara la puerta abierta.

—No quiero comprometerle —dijo—. Una cosa más, Jeremy.

—Sí, señora.

—Vigila las escaleras. Que no nos interrumpa nadie.

Ocupé por tanto mi posición cerca del pie de la escalera, contento de poder ver el desfile de transeúntes que pasaban por Berry Lane (una gente de lo más variopinta) y oír el armonioso rumor de la conversación que se mantenía arriba. De aquel modo estuve ocupado durante casi una hora.

De la misma manera que observaba, la gente me observaba a mí. ¿Y qué veía en mí? Un muchacho moderadamente bien vestido con su ropa más nueva, con la

barbilla apoyada sobre las manos, soñando despierto por la mañana. Algunas de las personas que pasaron delante de mí me miraron con la misma expresión abstraída que yo tenía. Aunque ninguna se detuvo, una volvió sobre sus pasos, se acercó a mí y dijo:

—Oye, tú, chavea. ¿Quieres comprarme un trapo o qué?

Era un muchacho con un aspecto sumamente peculiar. A juzgar por su tamaño, hubiera dicho que tendría uno o dos años menos que yo; sin embargo su voz se parecía más a la de un adulto que la mía. Llevaba una casaca holgada con las mangas recogidas, de las cuales asomaban unos brazos delgados y unas manos manchadas. En una de estas sostenía un pañuelo desgastado y sucio. El sombrero que tenía puesto le cubría la mitad de la cabeza; si no se hubiera dirigido a mí directamente, habría jurado que no podía verme, dado que llevaba el enorme tricornio equilibrado sobre el caballete de la nariz. Estaba tan fascinado por la imagen que ofrecía que fui incapaz de responder.

—Te lo dejo por un par de perras, aunque cualquiera te diría que vale un pavo.

Yo era todavía incapaz de contestar. El muchacho tenía una forma extrañísima de hablar.

—Fíjate, es de seda.

—¿Se refiere usted a ese pañuelo? —conseguí decir finalmente—. ¿Quiere venderlo? ¿Es eso lo que quiere?

—¿Pero no te lo estoy diciendo o qué? ¿No pescas el chamulle?

Pasé por alto su arrogante contestación y señalé el harapo que sostenía en la mano.

—No es de seda —dije. Cualquier tonto habría podido verlo.

—Es de seda.

—No lo es.

—Lo es. Tócalo y verás.

—No lo es.

Estaba empezando a molestarme, y yo a él. Avanzó un paso hacia mí, y yo me levanté del lugar en el que estaba sentado. Mi actitud de firmeza pareció desanimarle, ya que se quedó quieto por un momento, con la cabeza echada hacia atrás y mirándome con una expresión de curiosidad más que de hostilidad. El momento de tensión que se había dado entre los dos había pasado. Se metió el pañuelo en el bolsillo y dijo:

—Eres un chavea extraño. Es una gachí de chipé la que vive allí arriba. ¿Eres su fregón o qué?

Aunque apenas había entendido lo que me había dicho, creía haberme enterado de lo suficiente como para responder a su pregunta.

—No soy el fregón de nadie —dije orgullosamente (consciente, sin embargo, de que la señora Gredge tal vez me considerase el suyo).

—Entonces no te importará si subo a su puerta y le dejo que diquele mis

mercancías.

—Dudo que quiera su pañuelo.

Dejó escapar un sonoro suspiro, como en señal de exasperación.

—Tengo unos aretes que enseñarle, y también un tic tac.

Entonces, como si quisiera dar prueba de las posesiones de las que se jactaba, metió la mano en lo más profundo de su bolsillo y sacó dos anillos que eran, sin lugar a dudas, de oro. Extendió la mano para que yo pudiera examinarlos, tras lo cual sacó un reloj del bolsillo de su casaca y lo bamboleó ante mis ojos. Con aquella demostración hizo patentes su ocupación y su propósito. Uno podía encontrar un trozo sucio de pañuelo en la calle; sin embargo, aquello objetos solo podían haber llegado a su poder mediante procedimientos ilegales.

—Joven, es usted un ladrón —le dije—. Así que será mejor que se vaya de aquí, si no quiere que le lleve a Bow Street.

Retrocedió un paso, se metió los anillos y el reloj en los bolsillos y me dirigió una sonrisilla torcida en respuesta a mi amenaza.

—La lengua atadita, ¿eh? —me dijo, lo cual interpreté como una amenaza—. Poquito puedes hacerme tú, si no tienes a los guindillas del pico a tu lado, ni un cachorrillo en las zarpas.

Creyendo que entendía parte de lo que acababa de decirme y considerando lo canijo que era, decidí seguir intimidándolo. ¿Acaso no había ahuyentado a unos asaltadores unas noches antes mientras caminaba por la calle con *sir* John?

Osadamente, descendí un par de escalones y, mirándole todavía desde lo alto, le dije con firmeza:

—Te llevaré allí yo mismo.

Durante unos segundos no hicimos nada. Luego, de repente y sin previo aviso, se abalanzó con toda su fuerza sobre mí, empujándome contra los escalones. Me revolví. Rodamos por los dos o tres escalones que quedaban hasta la calle y caímos a la acera, golpeándonos una y otra vez, asiéndonos y agarrándonos el uno al otro. Mientras que yo trataba de pelear, lo que él me hacía no tenía nombre, ya que los meneos y patadas que me propinaba eran los de un diablillo. También me metía sus sucios dedos en los ojos, y más tarde descubriría que me había dado todo un mordisco en un hombro.

Aunque yo no tenía forma de saberlo, atrajimos a toda una multitud en torno nuestro mientras nos retorcíamos y rodábamos salvajemente por la calle. No hay duda de que les estábamos ofreciendo diversión y de que no deseaban que lo dejáramos, puesto que nadie hizo ademán de separarnos y poner fin a la pelea. ¿Quién sabe el tiempo que estuvimos de aquella manera? Demasiado para mi gusto, lector, ya que he de confesar que de haberse prolongado mucho nuestra agarrada, aquel gato salvaje educado en las calles me habría propinado una buena tunda.

Sin embargo pude librarme de tal desgracia, pues fuimos separados bruscamente: él por la señora Durham y yo por *sir* John. Para mi humillación, *sir* John me dio un buen azote en el trasero y un vigoroso meneo además.

—Pero ¿en qué estás pensando, muchacho? —exclamó profundamente irritado—. Peleándote en las calles como si fueras un golfillo rebelde. ¿A que no fue esto lo que te enseñó tu padre?

—No, no, señor… —balbuceé por la agitación.

Un gruñido generalizado de decepción se extendió por toda la multitud que nos rodeaba como consecuencia del final del combate. Observé que la señora Durham tenía verdaderas dificultades para sujetar a mi joven adversario, quien no dejaba de revolverse en sus manos. Sin embargo aguantó, hasta que de pronto el muchacho me miró y, reconociendo al personaje que me había inmovilizado, se quedó de piedra.

—¡Arrea! ¡Pero si es el pico! Como no me las guille, estoy perdido. —Entonces dio un fuerte tirón con su frágil cuerpo y logró soltarse de la señora Durham. Recogiendo su enorme sombrero de donde se le había caído, salió corriendo a toda velocidad por un hueco que había hecho de repente la multitud para dejarle pasar.

El público se rio al verle y, satisfecho finalmente de que el espectáculo hubiera llegado a su fin, se dispersó. La señora Durham se acercó a nosotros retorciéndose las manos.

—Oh, *sir* John —dijo—. Me temo que se me ha escapado.

—No importa —respondió él—. Aquí tenemos al verdadero villano.

—Oh, seguro que no es él —dijo ella lanzándome una mirada llena de benevolencia—. Basta con que oigamos las circunstancias…

—¡Era un ladrón! —grité—. Me ha…

—Silencio, joven —exclamó el juez tajantemente—. Si lo era, tal como dices, entonces también se encontraba en una situación de necesidad. Tú, al estar mejor educado y disfrutar de unas circunstancias mejores que las suyas, deberías habértelo pensado antes de reñir con él. La responsabilidad más grave pesa sobre ti. ¡Y además en la calle! En serio, Jeremy, estoy avergonzado de ti.

No podía responder a aquellas palabras. Guardé silencio. Por fin el juez me soltó el cuello y pude sacudirme de la ropa el polvo y la suciedad con que se me había manchado al rodar por el suelo. La señora Durham me dirigió una sonrisa de lástima.

—¿Le importa si llevo a Jeremy arriba y le limpio un poquito, *sir* John?

—Lo siento, Kate, pero he de irme. Si no hubiera disfrutado de nuestra conversación y de tu compañía durante tanto tiempo, quizás esto no hubiese ocurrido. Pero ya volveremos a hablar sobre este asunto; yo me ocuparé de los aspectos prácticos. En cuanto a Jeremy, que lleve la ropa sucia como señal de su vergüenza. Vamos, muchacho.

Y fui, por supuesto que fui. Y sin decir ni una palabra. Corrí hasta los escalones y recogí mi sombrero. La señora Durham me dijo adiós al oído, tras lo cual eché a andar al trote para alcanzar a *sir* John.

Tenía la impresión de que nunca iba a conseguirlo. El juez andaba a un paso endemoniado, algo que solo podía hacer conociendo las calles y callejuelas de Covent Garden tan bien como las conocía. Con todo yo le seguí tan fielmente como lo haría

un perro apaleado. No me dijo nada en todo el recorrido hasta cerca del final, cuando se dirigió a mí por encima del hombro:

—Creo que acabamos de entrar en Half Moon Passage, ¿no es así?

¿Cómo iba a saberlo? Me acerqué al primer desconocido que pasó a nuestro lado y le pregunté cómo se llamaba aquel estrecho pasaje situado entre Maiden Lane y el Strand. El desconocido me confirmó que se trataba de Half Moon Passage. Luego volví a donde estaba *sir* John a todo correr, ya que este no había disminuido el paso, y le informé de lo que había averiguado.

—No sé cómo van los números por aquí —dijo—. Tenemos que encontrar el número siete, si no me equivoco.

Esto lo dijo en un tono algo menos severo que la vez anterior. Pensando que podría recuperar su favor dándole una respuesta rápida, me lancé hacia adelante en busca de la dirección correcta, pero regresé decepcionado para informarle de que ya habíamos pasado el portal.

—¿Dónde puede estar?

—Creo que en la esquina de Chandos Street, *sir* John.

—¿De veras? En ese número había un buen establecimiento de comidas y bebidas llamado La Llave, pero reconozco que no he venido por aquí desde hace más de un año, y por ese lugar desde hace mucho más tiempo. ¿Es un edificio de madera con aspecto un tanto destartalado?

—Está algo más que un tanto destartalado.

—¿Y no hay un cartel colgado con la forma de una llave?

—No.

—Bueno, todo cambia, supongo. Vamos a probar.

De modo que volvimos por Half Moon Passage y nos acercamos a la esquina. Al llegar a la puerta, vi que tenía pintado un número siete de gran tamaño y así se lo hice saber a *sir* John. Sin embargo no había nada fuera que indicara quién vivía dentro. Conduje al juez hasta la puerta tocándole el codo. Él la encontró con su bastón y llamó a ella golpeándola contundentemente con él. No hubo respuesta, de manera que volvió a llamar con más contundencia todavía. Entonces se oyó un ruido al otro lado. Aguardamos hasta que por fin la puerta se abrió y un hombre vestido de negro como todos sus compañeros apareció ante nosotros. A decir verdad, dejando aparte el hombre que había hablado conmigo en Covent Garden y había accedido a llevarse a la pobre Moll Caulfield, tenía dificultad para distinguir a unos de otros.

—Alabado sea Dios —dijo—. ¿Puedo servirles en algo?

—Un saludo piadoso —repuso *sir* John—: me parece encomiable. Puede ayudarme llevándome a la presencia de su superior. Me llamo John Fielding, juez del juzgado de Bow Street, y he venido para que me informen sobre su secta.

—No somos una secta —respondió el hombre de negro—, sino una hermandad, y como tal no tenemos superior. Todos somos iguales a los ojos del Señor. Somos los Hermanos del Espíritu. —Había dicho aquellas palabras como si las hubiera

aprendido a fuerza de repetirlas.

—Si así es, usted nos servirá tanto como cualquiera de sus hermanos, de modo que invítenos a pasar, enséñenos su refugio y lugar de reunión y preséntenos a todas las personas que haya dentro.

El hombre que nos había recibido en la puerta se mostró claramente desconcertado ante la insistencia de *sir* John. Volvió la cabeza y empezó a mirar a un lado y a otro, pero sobre todo hacia atrás, como si la respuesta a su problema se hallara en otra parte.

—Si no hace lo que le he dicho —prosiguió *sir* John—, regresaré con mis alguaciles, derribaré su puerta si es preciso y llevaré a cabo la inspección que me propongo por la fuerza. Le aconsejo que nos deje pasar ahora mismo.

A regañadientes, el portero se hizo a un lado y nos dejó sitio para que entráramos. Cuando pasamos, nos encontramos en un pequeño vestíbulo. Al fondo se encontraba el hombre de baja estatura, expresión ascética y ojos azul claro con el que yo había hablado. Se le veía sin ningún problema gracias a la luz que entraba oblicuamente por una ventana alta. Al igual que los demás, iba vestido de negro y llevaba un sombrero redondo en la cabeza.

Sir John se dio cuenta inmediatamente de su presencia.

—¿Quién anda aquí? —dijo.

—Yo, el hermano Abraham.

—Usted al menos tiene nombre. Quizá pueda servirnos de guía.

—Quizá —respondió con una sonrisa que me pareció un tanto insolente.

—Esta no es una visita de cortesía, sino una visita oficial.

—No reconocemos otra autoridad que la del Señor.

—Mientras estén en la ciudad de Westminster, será mejor que reconozcan la mía.

—¿Y que demos al César lo que es del César?

—Precisamente.

—Entonces sea bienvenido, *sir* John Fielding. Le mostraré la casa y responderé a sus preguntas. Sin embargo me temo que va a sufrir una decepción, ya que en este momento no hay muchos hermanos aquí. Están todos en diversas partes de la ciudad predicando la palabra de Dios.

—Me guardaré mi decepción si usted se muestra dispuesto a colaborar.

—Entonces vengan por aquí, por favor —dijo mirándome por vez primera y haciéndome un gesto de reconocimiento—. Los dos.

En cuanto nos invitó a salir del vestíbulo, el portero sin nombre desapareció detrás de unas pesadas cortinas que había justo al lado de la entrada. Me pregunté qué habría detrás de ellas.

El hermano Abraham nos condujo a una gran sala en la que había unos bancos de tosca hechura dispuestos en hileras de cara a la parte anterior, la cual estaba dominada por un púlpito grande y alto de buena construcción. Unas puertas permitían salir por la derecha; sin embargo la parte anterior, la espaciosa área que había detrás

del púlpito, estaba dividida con unas cortinas negras. Nuestro guía había avanzado hacia el centro de la sala. Mientras miraba en torno a sí con evidentes muestras de orgullo, le di en voz baja a *sir* John una breve descripción de lo que veía.

—Este es nuestro lugar de encuentro —nos informó el hermano Abraham—. Aquí celebramos los servicios religiosos, por la mañana y por la tarde. Son sencillos. Cantamos himnos; leemos las escrituras, decimos unas palabras y rezamos todos juntos.

—¿Dicen unas palabras? Tienen un púlpito, ¿verdad? ¿Quién dirige estos servicios?

—Los dirigimos por turnos, según la inspiración que nos dé el Espíritu del Señor. Todos somos iguales a los ojos del Señor.

—Eso mismo me ha dicho el hermano que nos ha abierto la puerta. —*Sir* John giró la cabeza como si estuviera examinando el lugar—. Conozco esta sala —dijo—. Conozco el edificio. Hasta hace poco era un establecimiento de comidas llamado La Llave. Era conocido por su espacioso comedor. En esta sala podían sentarse a comer más de cien personas a un mismo tiempo.

—Nuestra congregación está lejos de ser tan grande, aunque está creciendo.

—¿Cómo han conseguido este edificio?

—Estaba vacío cuando llegamos a Londres. Decían que era poco seguro, pero depositamos nuestra confianza en Dios y lo conseguimos por un buen precio. Hay carpinteros entre nosotros, de manera que poco a poco han ido haciéndose reparaciones.

—¿Cuándo llegaron aquí?

—Hace apenas tres meses.

—¿De dónde? ¿De qué parte de Inglaterra? Me resulta difícil adivinar de qué zona son por su manera de hablar. Tengo facilidad para hacerlo, y aun así su estilo me confunde.

En los labios del hermano Abraham volvió a dibujarse la misma sonrisa de antes. ¿Era realmente insolencia? No cabía duda de que aquel hombre mantenía un aire de superioridad que contradecía la pretensión de igualdad a la que se había referido.

—De ninguna parte de Inglaterra —respondió.

—¿Entonces de dónde, señor?

—De una Nueva Jerusalén que nosotros mismos hemos erigido y que se encuentra en medio de los bosques de un valle llamado Monongahela. Resistimos ante los franceses y rechazamos a los italianos. Monongahela es solamente nuestra. El nombre suena mágico, ¿no le parece?

—Creo recordarlo por los informes de nuestra última guerra con Francia. ¿Entonces vienen de nuestras colonias americanas?

—Allí tenemos nuestra propia colonia. Como le he dicho, no reconocemos ninguna autoridad más que la del Señor.

—Ah sí, bien… Será mejor que de momento dejemos ese asunto. ¿Entonces han

venido a Londres en una misión religiosa?

—Para predicar la palabra de Dios y convertir al pueblo.

—Admirable. ¿Cuántos son?

—Solo fuimos trece los que hicimos el viaje a esta Sodoma. Sin embargo hemos aumentado nuestro número desde la llegada y hemos abierto nuestras puertas a muchas personas más en un acto de caridad. Algunas de estas personas entrarán en la hermandad. Otras se irán como han venido. —Entonces clavó la mirada en mí—. Como su amiga Moll Caulfield. Nos dejará pronto.

Esta última frase la había dicho con un profundo tono de rechazo. No pude por menos de contestarle.

—Es una mujer piadosa.

Sir John me tocó el brazo para evitar que hiciera más comentarios.

—¿Podríamos hablar con ella a solas?

—No —dijo como si fuera una negativa. Sin embargo a continuación añadió—: Ha ido con otros hermanos a Shoreditch a predicar el evangelio.

—¿Tan lejos? Quizá podamos verla en otra ocasión.

—Usted lo ha dicho: quizá.

Sir John estuvo a punto de responder ásperamente a estas palabras. Sin embargo lo dejó pasar y dijo:

—Tiene más cosas que enseñarnos, si no me equivoco.

El hermano Abraham se vio obligado a enseñárnoslo todo. Al salir de la sala de reuniones se accedía a una gran cocina, bajo la cual había un sótano dividido en un comedor y dos dormitorios consistentes únicamente en unos sencillos jergones colocados en el suelo. Estos, nos explicó, eran los dormitorios reservados para los hombres y mujeres de la calle.

—Tal vez no sean muy cómodos —dijo—, pero están limpios. Y todos comemos la misma comida. No hacemos distinciones.

—Hay más pisos arriba, ¿no es así?

El hermano Abraham dejó escapar un suspiro.

—Sí —contestó—. Creo que los usaban con fines lujuriosos.

—El establecimiento no tenía esa reputación. No era más que un pequeño mesón, una posada. Hay muchos prostíbulos en Covent Garden, pero no tantas posadas.

—No voy a discutir este asunto con usted.

—Bien. Enséñeme las habitaciones, por favor.

Nos las enseñó. Aun siendo pequeñas, las piezas situadas en los pisos de arriba eran mucho más acogedoras que los dormitorios a los que se llegaba bajando por las escaleras. Todas estaban amuebladas con una cama de tosca construcción, una silla y una biblia. Se las describí a *sir* John y le indiqué que todas estaban ordenadas y limpias.

—Supongo que estos son los dormitorios de los Hermanos —dijo el juez.

—Así es, en efecto. Pero no querrá que abra todas y cada una de las puertas.

—Supongo que serán muchas, y todas parecidas.

—Sí, son muchas.

—Entonces no será necesario. Muéstrenos solo la suya.

El hermano Abraham reaccionó como si satisfacer la petición de *sir* John le supusiera un problema. Se quedó quieto por un momento, molesto, sin saber qué pensar. Finalmente, hizo un gesto de asentimiento y nos condujo hasta el final del pasillo, donde había una puerta como las demás. Sin embargo la pieza a la que esta daba era muy diferente. No era lujosa, pero estaba mejor equipada que el resto. Tenía, además de la silla y la rudimentaria cama, una silla más cómoda, un escritorio con un candelero para dos velas y, sobre este, un estante atestado de libros. Encima del escritorio había un disco de gran tamaño. Jamás había visto uno igual, aunque ahora sé que se trataba de un astrolabio.

Empecé a describirle todo esto a *sir* John en voz baja, pero este me hizo callar tocándome un brazo y se aventuró a recorrer la habitación para tocar suavemente con el bastón todos los objetos a los que me he referido. Al llegar al astrolabio se detuvo y, mostrando una especial curiosidad, trató de averiguar su naturaleza tocándolo con la mano. Satisfecho, dio media vuelta y salió al pasillo, donde el hermano Abraham le estaba esperando con la cara torcida no por una sonrisa sino por un gesto ceñudo.

—Gracias —dijo *sir* John.

—¿Es eso todo?

—No, pero puede conducirnos a la puerta.

Le seguimos hasta el pequeño vestíbulo por el que se entraba a la casa; cuando llegamos *sir* John corrió con su bastón las cortinas tras las cuales había desaparecido el portero. No había gran cosa tras ellas: se trataba de un espacio más grande que una celdilla y más pequeño que un cuarto. En él había una silla y una mesa; sin embargo el portero no estaba. Una vez más, *sir* John se dio cuenta de ello.

—¿Dónde está el hombre que nos ha abierto la puerta? —preguntó.

—Ha salido a hacer una diligencia —respondió el hermano Abraham—. Todos tenemos nuestras obligaciones particulares aquí.

—¿De veras? ¿Y cuáles son las suyas?

—Las mías son como las de todos los demás, excepto…

—¿Excepto qué?

—Recordará —continuó el hermano Abraham— que le he dicho que hay carpinteros en la hermandad. Al igual que ellos trabajan con la madera y las herramientas, yo trabajo con la pluma. Me dedico a escribir.

—¿Y qué escribe?

—Lo que el Señor dispone: himnos, sermones, comentarios… No soy más que su herramienta. Él habla a través de mí.

Sir John pensó en esto durante largo tiempo y luego hizo un gesto de asentimiento. De pronto golpeó su bastón fuertemente contra el suelo para llamar la atención y dijo en un tono de gran severidad:

—Hermano Abraham, he sido informado del incidente ocurrido en Covent Garden ayer a última hora de la tarde. Una mujer fue maltratada por miembros de su hermandad y sufrió heridas físicas. ¿Qué sabe usted de este asunto?

—No estaba presente.

—Eso tengo entendido.

—Pero, si no me equivoco, se trataba de una vulgar ramera, y el propósito de mis hermanos era censurarla por ello. Se excedieron un poco, pero ella se tropezó. Si sufrió alguna herida, fue ella misma quien se la causó.

Sir John estaba sujetándome el brazo con fuerza para advertirme que no dijera nada.

—Esa mujer es tan ágil como el que más. He hablado con ella sobre este asunto y me ha dicho que no va a querellarse. Está en su derecho. Sin embargo ha sido preciso llamar a un médico, y el tratamiento que le ha hecho ha costado media guinea. Esta suma habrá de ser pagada al juzgado de Bow Street en concepto de multa por alteración del orden público. Como todos ustedes son iguales, da igual quién la pague. Cuídense tan solo de pagarla.

Sir John me hizo un gesto con la cabeza y yo abrí la puerta.

—Cuídense también de que no vuelva a suceder una alteración semejante. Hemos de vivir como buenos vecinos en Covent Garden.

Dicho aquello, atravesó la puerta; yo la cerré al salir, pero antes acerté a ver la mirada de irritación que nos dirigía el hermano Abraham al vernos marchar.

Aunque *sir* John se mantuvo tan callado durante el trayecto de Half Moon Passage a Bow Street como durante la ida, tuve la impresión de que su silencio no se debía simplemente al mal humor. Ahora avanzábamos el uno junto al otro a un paso más razonable, y la falta que yo había cometido en Berry Lane parecía olvidada. Pensé en pedir disculpas, pero el momento no parecía propicio. Evidentemente, el juez tenía cosas más importantes en la cabeza.

Cuando llegamos al juzgado, me mandó, tal como yo esperaba, a ver a la señora Gredge y luego se fue a comentar la lista de pleitos del día con el señor Marsden. La señora Gredge me saludó con chillidos de consternación a causa de mi aspecto, algo que también esperaba, y afirmó que tenía tan mala facha aquella mañana como la primera vez que me había visto, recién llegado del camino de Londres. A decir verdad, no estaba ni mucho menos tan sucio, pero esto no evitó que tuviera que tomar un baño (y de los fríos además), ya que la señora Gredge no mostró ninguna piedad conmigo. Fue entonces cuando descubrí el mordisco que tenía en el hombro. Mi adversario no había logrado traspasarme la piel, pero me había dejado unos buenos verdugones. Más tarde la señora Gredge me los curaría con coñac y me advertiría de los peligros que entraña jugar con tales pilluelos.

—No estábamos jugando —le dije—. Estábamos peleando.

—Vamos, vamos —respondió ella—. Tratándose de muchachos como tú, eso es una forma de jugar. Recuerda que he tenido tres hijos.

Aunque se había ablandado algo, la señora Gredge no se mostró tan benévola como para excusarme de mis quehaceres domésticos. Estos, que consistían en fregar un poco e ir de compras a Covent Garden, los despaché debidamente. Aunque la señora Gredge no había puesto carne en la lista, me detuve ante el puesto que el señor Tolliver tenía en Covent Garden para decirle que la señora Durham había mejorado. El señor Tolliver, por su parte, me hizo notar que el grupo de personas vestidas de negro que la habían maltratado había desaparecido.

—Tal vez les hayamos ahuyentado, ¿eh, muchacho?

A continuación soltó una sonora carcajada y me pidió que le deseara a la señora Durham una pronta recuperación de su parte.

Así pues regresé a Bow Street lo bastante pronto como para asistir durante una hora a los procesos que se estaban celebrando en el juzgado de *sir* John. Jamás perdía una ocasión para asistir a ellos. Confieso que al igual que muchos holgazanes y rameras que asistían a los procesos, a menudo me divertía con los sucesos que tenían lugar en la sala. *Sir* John Fielding respondía a las pequeñas presunciones y mentiras con una sequedad que hacía las delicias de todos excepto de las de los presuntuosos y mentirosos. No obstante, estas sesiones, por las cuales desfilaban todos los pecados, desgracias y debilidades del género humano, me proporcionaron, de una manera de la que yo no era del todo consciente, una educación que un muchacho de trece años aficionado al estudio como yo solo podría haber obtenido poniendo su carácter en gran peligro. Yo disponía de una ventana por la que podía verlo todo protegido, por así decirlo, por un sólido cristal. Y por si de mis observaciones pudiera sacar conclusiones demasiado pesimistas acerca de la naturaleza humana, tenía en *sir* John un ejemplo de aquellas cualidades más dignas de emulación. Él era el actor principal de aquellas representaciones: no un mero protagonista, sino, para mí, el héroe.

Me senté disimuladamente en un asiento libre que había en el último banco, el cual estaba situado al fondo de la sala, al tiempo que *sir* John resumía una causa civil que acababa de ver. El demandante y el demandado se mantenían a una cierta distancia el uno del otro, como si una profunda animadversión los separara. Se lanzaban miradas el uno al otro, pero ninguno de los dos se atrevió a pronunciar una palabra mientras el juez estuvo hablando.

—Entonces he de entender, señor Cotter —estaba diciendo *sir* John—, que, tras haber oído al demandado decir que la casa que usted le había arrendado era insegura, usted le dio falsas garantías de que todo sería remediado y de que la casa podría ser habitada sin peligro. Cuando las reparaciones no se produjeron tal como se había prometido, el señor Lilly se negó a pagar el arriendo durante dos meses consecutivos. Ahora viene usted a pedir a este tribunal que obligue al señor Lilly a pagar esos dos meses de arriendo después de que la mencionada casa se haya hundido durante el vendaval que se desató hace dos días. ¿Es eso correcto?

—Bueno —respondió el hombre que vestía las ropas más caras de los dos—, no exactamente, señoría. Yo no diría que di falsas garantías a este hombre.

—¿Qué diría entonces?

—Yo tenía la intención de hacerlo. No encontré al carpintero apropiado para hacer el trabajo, eso es todo.

—De manera que eso es todo, ¿eh? ¿Y entretanto usted consideró que la casa podía ser habitada sin peligro?

—Ellos la ocuparon. Es decir, si vivían en ella, debían pagar el arriendo, ¿no es así?

—Dígame, señor Lilly —continuó *sir* John inclinando la cabeza en dirección al demandado—, ¿cuándo y por qué consideró usted que la casa era insegura?

Aunque respondió rápidamente a la pregunta de *sir* John, el demandado dio la impresión de dirigirse al demandante.

—El pasado marzo hubo un día en que se produjo un vendaval parecido —dijo—. La casa tembló y crujió de una forma espantosa y temimos que fuera a derrumbarse encima de nuestras cabezas. Cuando el viento amainó, no tuvimos más que mirar la casa para darnos cuenta de que corría peligro de hundirse.

—Me acuerdo de ese día de marzo al que se ha referido. Señor Cotter, ¿era la condición en que se encontraba la casa tan evidente?

—Estaba un tanto inclinada —respondió este de mala gana.

—Entonces, señor Lilly, ¿por qué no desalojó la casa si la consideraba insegura?

—Porque había firmado la escritura de arrendamiento en enero, señoría, y este… este señor quería que cumpliera las condiciones pasara lo que pasara. Somos tejedores, señoría, y nuestro sustento depende de que tengamos un local lo suficientemente grande como para meter en él nuestro telar. Teníamos que seguir trabajando, a pesar de las malas condiciones de la casa. El único remedio que le vi al problema fue negarme a pagar el arriendo. Tenía el dinero guardado, y lo habría pagado si la casa hubiera sido asegurada de forma adecuada. Este señor reaccionó soltando una sarta de barbaridades y maldiciones, pero al final hizo una promesa. Sin embargo no llegó a cumplirla.

—¿Se ajusta esto a la verdad, señor Cotter? —preguntó *sir* John con tono apremiante.

El denunciante no dijo nada.

—¿Señor Cotter? —insistió el juez.

—Este señor firmó una escritura de arrendamiento, señoría, y una escritura de arrendamiento es un contrato. No es ningún delito pedir a alguien que cumpla las condiciones de un contrato.

—No me dé lecciones sobre derecho, señor. Lo conozco mucho mejor que usted. —Y, volviéndose hacia el demandado, dijo—: Señor Lilly, ha dicho usted que tenía guardado el dinero del arriendo. ¿Lo tiene todavía?

El señor Lilly dejó escapar un suspiro.

—No, señoría, no lo tengo. No todo. Mi esposa se rompió una pierna al sacar a nuestros dos niños de la casa. Se le cayó encima la jamba de la puerta. He tenido que pagar a un médico para que se la cure y vende.

—¿Y qué ha sucedido con el telar?

—Quedó destruido a causa del hundimiento. No tiene arreglo.

Sir John se inclinó en dirección al denunciante.

—Bien, señor Cotter, ¿qué me dice de este problema? El señor Lilly ha confesado que ya no dispone de todo el dinero que usted desea que le pague, y que tampoco dispone de medios para ganarlo, ya que su telar quedó destruido cuando se hundió la casa de usted. ¿Qué solución le ve a esto?

—Ese no es mi problema, ¿no le parece? Que pida el dinero prestado. Y si nadie se lo presta, que vaya a la cárcel por tener deudas.

Sir John guardó silencio durante largo rato, como si estuviera meditando el asunto. Las personas que abarrotaban la sala también guardaron silencio a la espera de su decisión.

—No —dijo el juez finalmente—. Creo que tengo una respuesta mejor. En primer lugar, no acepto su petición de que el señor Lilly le pague la suma de dos meses de arriendo atrasados. El tribunal le condona la deuda. En segundo lugar, debo decir que en los años que llevo ejerciendo de juez en este juzgado, jamás he oído una demanda más injusta. Usted, señor Cotter, ha desacatado a este tribunal al presentar la mencionada demanda. En consecuencia, le impongo una multa por desacato al tribunal, cuya cantidad exacta será el equivalente al precio de un telar nuevo, el cual será entregado al señor Lilly y su familia.

Al tiempo que *sir* John confirmaba su decisión dando un mazazo sobre la mesa, el señor Cotter barbotaba en voz alta frases inconexas de protesta. Soltó varios «peros», declaró que la sentencia había sido «injusta» y concluyó chillando que aquello era un «escándalo».

—Le advierto, señor Cotter, que si no guarda silencio, le multaré todas las veces que sea preciso e incluso le mandaré a Newgate. ¿Queda claro?

Cotter guardó silencio e hizo un gesto de asentimiento. Lilly estaba llorando de satisfacción y alegría. *Sir* John ordenó al señor Marsden que hablara con el señor Lilly para determinar el precio de un telar y que se lo cobrara al señor Cotter. Aguardó a que sus órdenes fueran cumplidas y luego pidió al señor Marsden que anunciara la última causa del día.

—John Bilbo —dijo el señor Marsden en voz alta—, acusado de ataque con grave perjuicio físico en una calle de la ciudad ayer noche; detenido por el alguacil Cowley durante su primera ronda nocturna; puesto en libertad provisional bajo caución juratoria, por favor preséntese ante el juez.

Al oír que citaban en una vista pública a un personaje tan famoso, hubo personas entre el público que armaron un gran alboroto. Bilbo el Pirata, que era el nombre por el que le conocía la mayoría de la gente, era propietario de lo que en aquel entonces

era la casa de juego más conocida y frecuentada de Londres. Se trataba, además, de un hombre sencillo y franco, un hombre que no tenía más respeto por los lores y caballeros que acudían a su establecimiento que por aquellas personas que tenía empleadas. *Sir* John me lo había presentado en el curso de una investigación que acabaría siendo conocida por el nombre de «caso Goodhope». En aquel entonces me había confesado que a pesar de los oscuros rumores que circulaban en torno al pasado del señor Bilbo (se decía que había sido pirata nada menos), sentía aprecio por aquel hombre y le tenía en gran estima. Yo, por mi parte, sentía por él un temor reverencial.

Cuando entró por la puerta de la calle y ocupó su lugar ante *sir* John, ofrecía la misma apariencia que un pirata ataviado con sus mejores ropas robadas. Tenía la barba negra y la tez morena, y cuando se quitó su sombrero de tres picos, lo que mostró al tribunal no fue una peluca sino una cabeza cubierta de pelo negro y corto, abundante en algunas zonas y escaso en otras, y recogido en una corta trenza por la parte de atrás. Al llegar ante la tribuna, se irguió; no era un hombre alto, y tenía un cuerpo voluminoso. Con la posible excepción de Benjamin Bailey, se trataba del hombre con aspecto más competente de todos los que yo había visto en Londres.

—¿John Bilbo? ¿Es usted a quien tengo delante?

—Sí, *sir* John.

—¿Se declara culpable o inocente de la acusación de ataque con grave perjuicio físico?

—Me declaro culpable, señoría —respondió, pero seguidamente añadió—: por una causa justa.

—Culpable por una causa justa, ¿no es así? Bien, ya veo que vamos a tener que desenmarañar un poco la madeja antes de poder explicarla como es debido. Me parece que la primera persona a la que debemos escuchar es el alguacil que le ha arrestado. ¿Está el alguacil Cowley presente en la sala?

—Presente, señoría. —El joven Cowley se levantó y ocupó su lugar al lado de Bilbo el Pirata. Su aspecto era mucho mejor que la última vez que lo había visto, cuando estaba ayudando al Recolector a sacar cadáveres de la casa de Ezequiel Crabb. Alerta, modesto y dispuesto a dar su informe, el alguacil tenía un porte que le hacía parecer un perfecto profesional.

—Denos su versión de los hechos, alguacil.

—Sí, señoría —respondió—. Seré breve. Mientras hacía mi primera ronda por las calles que rodean Covent Garden, a eso de las ocho de la noche, vi por casualidad un altercado de considerables proporciones en Maiden Lane. A pesar de la multitud que se había reunido, pude ver con claridad, al encontrarse esta cerca de una farola, que algo importante estaba sucediendo. Se veía un fuerte movimiento de brazos y cabezas, y se oía una gran bulla entre el gentío. Eché a correr y me abrí camino como buenamente pude entre las personas reunidas, identificándome como un alguacil. En cuanto hube pasado, vi a este hombre, John Bilbo, agachado en la cuneta junto a otro hombre y dándole puñetazos. A su lado había otro hombre tendido sin conocimiento,

con la mitad del cuerpo en la cuneta y la otra fuera. Los dos hombres llevaban algo parecido a un uniforme o al atuendo de un predicador, ya que iban todo de negro. Pues bien, di a este hombre un fuerte golpe en el hombro y le dije que abandonara lo que estaba haciendo. Se volvió hacia a mí y, por la cara con que me miró, creí que estaba dispuesto a atacarme. Tenía los ojos inyectados en sangre, por así decirlo. Pero entonces debió de ver mi chaleco o la divisa de mi maza, porque contuvo la respiración y dijo: «¿Es usted un alguacil del juez?». Yo le respondí que sí, y eso fue todo.

—¿No opuso ninguna resistencia, pues? —preguntó *sir* John.

—Ninguna —contestó el alguacil Cowley.

—¿Y qué me dice de las víctimas?

—Bueno, nos plantearon un problema, ya que no podíamos dejarlos donde estaban. Yo no podía dedicarles toda mi atención, ya que tenía que detener a este caballero como es debido. Al final fue él quien se ocupó del asunto.

—¿Y cómo lo hizo?

—Pidió agua. Arrojó un cubo de agua a la cara de los dos hombres, y de ese modo se despertaron inmediatamente. Aunque no se encontraban en buen estado debido al ataque que habían sufrido, tomé sus nombres y les ordené que comparecieran hoy ante el juez de Bow Street.

—¿Están estos hombres presentes en la sala? Que vengan a mi presencia.

Se produjo un momento de silencio, durante el cual el alguacil Cowley miró por toda la sala, aunque el modo como lo hizo fue, por así decirlo, para confirmar una conclusión a la que ya había llegado.

—No, señoría —respondió—. No están aquí. Reaccionaron de una forma extraña cuando les cité. Aunque me escucharon, no me prometieron que fueran a comparecer. A decir verdad uno de ellos me dijo que no aceptaban la autoridad del tribunal.

Sir John dejó escapar un suspiro que se oyó incluso en la última fila, que era donde yo estaba sentado.

—¿Cómo se llamaban estos hombres?

—Hermano James y hermano Isaac. Esos fueron los únicos nombres que me dieron, *sir* John.

—Y la dirección que le dieron está en Half Moon Passage, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabe, señoría?

—Porque tengo clarividencia… No, estoy bromeando, y no debería hacerlo, alguacil. Últimamente he oído hablar de los miembros de esta comunidad religiosa por diversos motivos. No he hecho más que sacar conclusiones. Gracias, señor Cowley. Ha tenido usted un buen comportamiento, tanto en el momento del arresto como ahora en la sala. Puede retirarse o quedarse, como usted desee.

El joven alguacil se retiró al asiento que había estado ocupando en el primer banco, dejando a Bilbo el Pirata solo ante el juez. *Sir* John se inclinó y cruzó las manos ante sí. Si hubiera tenido vista, uno hubiera podido jurar que le estaba mirando

fijamente a través de la cinta de seda negra que cubría sus ojos.

—Señor Bilbo —dijo entonces—, ya ha oído el informe del alguacil Cowley. ¿Desea hacer alguna objeción al respecto?

—No, señoría. Ha sido un informe imparcial y correcto.

—¿No niega usted que atacó a esos hombres con una gran crueldad y que los dejó a ambos inconscientes?

—No, señoría. No lo niego.

—Entonces ¿qué tiene que decir en su defensa?

Hasta aquel momento, Bilbo el Pirata se había mantenido inmóvil ante la tribuna del juez, en una posición casi castrense. Tenía las manos agarradas detrás de sí y las piernas muy abiertas. Sin embargo, cuando comenzó su declaración, se puso a balancearse y a cambiar de sitio, y sus manos pronto se convirtieron en puños. Parecía como si según iba describiendo lo sucedido lo repitiera con cada nervio, fibra y músculo de su cuerpo.

—Bueno, señoría —dijo—, fue así como ocurrió. Iba andando por Maiden Lane camino del teatro de Covent Garden para asistir a una obra menor. Mi intención era reunirme con un grupo de caballeros y sus respectivas señoras para llevarlos a continuación a mi casa de juego. Eran unos visitantes de Holanda.

—De modo que iba a pie. ¿Lo hace a menudo?

—Sí. Estoy sentado sobre mi trasero demasiado tiempo durante el día y la noche, así que he de aprovechar todas las oportunidades que se me presentan para estirar las piernas.

—¿Va armado?

—Casi nunca. No me gustaría pensar en las consecuencias que esto tendría para cualquiera que se enfrentara conmigo. Hasta ahora nunca había tenido problemas en la calle. No desearía que me ocurriera nada más grave que lo que me sucedió ayer noche.

—Muy bien —dijo *sir* John—. Continúe.

—Bueno, como le decía, iba andando por Maiden Lane cuando me agredieron esos dos hombres de negro.

—¿Que le agredieron? ¿De qué manera?

—Bueno, *sir* John, lo que hicieron fue empezar a predicarme de una manera realmente peculiar… A mí ya me predicaron bastante en mis tiempos, y a mi manera trato de escuchar la palabra de Dios, ¿sabe a lo que me refiero? En mi local se juega limpio, y se sabe que me porto con generosidad cuando un hombre o una mujer está pasando estrecheces. Aparte de esto, bueno…, espero tener mi alma en paz antes de que me llegue la hora. Tengo un par de cosas que me pesan en la conciencia, pero no es preciso que hablemos de ellas aquí.

—No, no es preciso.

—Pues bien, estos dos hombres se pusieron a andar a mi lado, a mi mismo paso, y a decirme que yo y toda mi gente debemos aceptar que Cristo es el Mesías antes de

que llegue el gran día. Me lo estaban diciendo a gritos, ¿sabe?, y yo estaba irritándome mucho, de modo que apreté el paso. Entonces ellos empezaron a correr detrás de mí, exclamando: «¡Judío, judío, tienes que escucharnos! ¡Tienes que convertirte para preparar el camino!». Bueno, *sir* John, es cierto que a menudo me toman por judío, y prefiero que me tomen por uno de ellos que por cualquier otro tipo de persona. Es por la barba que llevo, y que siempre llevaré. Conozco a judíos que son buenos jugadores y hombres sensatos, que es más de lo que puedo decir de esos dos hombres. Lo que hicieron fue una verdadera majadería.

A estas alturas, lector, el señor Bilbo estaba temblando de tal manera a causa del recuerdo de lo que acababa de describir que creí que no solo fuese a contarnos lo que había acabado sucediendo, sino también a mostrárnoslo. Ahora tenía los brazos a los lados, había doblado los codos y estaba describiendo pequeños círculos en el aire con los puños. Respiró hondo y siguió hablando:

—Pues bien, a fin de detenerme para así poder predicarme con mayor insistencia, uno de ellos me cogió del hombro y se paró en seco, y el otro… El otro me cogió la barba y le dio un tirón.

La gente que llenaba la sala, que había estado callada y atenta a lo largo de toda la declaración, prorrumpió en comentarios, armando tal bullicio que *sir* John se vio obligado a pedir orden con su mazo. A continuación se inclinó un poco más, al parecer ansioso por oír el resto del relato.

—Continúe —dijo.

—No hay mucho más que decir. Que me toquen la barba de esa manera, que… —Bilbo vaciló, como si poner tal acción en palabras fuera demasiado para él— que me tiren de ella es una ofensa que no puedo ni estoy dispuesto a tolerar. Les golpeé, y les golpeé repetidas veces. No tengo una idea clara de lo que ocurrió después, ni de cuánto duró, porque estuve ciego de ira hasta que su joven alguacil me dio un golpe en el hombro y me dijo que parara. Solo entonces me tranquilicé. Hizo muy bien en pararme. —Luego añadió sombríamente—. Y yo hice muy bien ayer al no salir a la calle con una espada.

Un estremecimiento pareció atravesar toda la sala, algo así como un suspiro colectivo. *Sir* John se echó finalmente hacia atrás y unió las yemas de los dedos de ambas manos.

—Por tanto se declara culpable por una causa justa, John Bilbo. ¿Tiene algún testigo que pueda corroborar su declaración? ¿Alguien que viera… —el juez también vaciló— la ofensa que sufrió su persona?

—No, no tengo testigos —respondió Bilbo—, pero le doy mi palabra de que lo que le he contado es cierto.

—Tenga usted la seguridad, John Bilbo, de que valoro mucho su palabra —dijo *sir* John, tras lo cual se volvió hacia la sala y afirmó—: Si no disponemos de testigos, tampoco disponemos de víctimas. En tal situación, y a la vista de que la versión que nos ha dado el señor Bilbo del incidente no contradice en ningún aspecto la del

alguacil, y a la vista también de que el acusado no ofreció resistencia e incluso ayudó en la reanimación de las víctimas, estoy dispuesto a aceptar la declaración del señor Bilbo y a admitir asimismo que sufrió una provocación suficiente como para infligir algún tipo de castigo a las personas que le ofendieron. Que el tipo de castigo que les infligió fuera justo o no es otra cuestión. Me disgusta que el señor Bilbo fuera elegido, detenido y agraviado porque se pensara que era judío. Si lo es o no lo es, no es asunto pertinente en este caso. Si el hermano James y el hermano Isaac estuvieran ahora ante mi presencia, les advertiría seriamente que no repitieran semejante acción en las calles de Londres. Dada la situación, y debido a que no han comparecido ante mí tal como les ordenó el alguacil Cowley, les acuso de desacato al tribunal y les mando que comparezcan ante mí, de lo contrario sufrirán pena de cárcel. De todos modos, ni este tribunal ni ningún otro puede tolerar que se produzcan tales peleas en las calles. John Bilbo, usted es un hombre adulto y debería saber que no está bien comportarse como lo hizo ayer noche. Como es preciso que reciba algún tipo de castigo por ello, le será impuesta una multa. Si no recuerdo mal, usted ha dicho que se porta con generosidad con aquellas personas que pasan estrecheces. Conozco el caso de una persona especialmente necesitada: el de una mujer que perdió su casa y su medio de vida durante el vendaval que también arruinó al señor Lilly. Le hago saber por tanto que el dinero que va a pagar como multa estará destinado a ayudar a esta mujer.

—Será una satisfacción pagarla —afirmó Bilbo.

—No va a ser una cantidad módica. La multa será de…, pongamos, cinco guineas.

—Pongamos diez, y asunto concluido.

—Aunque su generosidad es admirable, señor Bilbo, espero no tener que volver a verlo. En mi juzgado, se entiende.

—Yo también, *sir* John.

Mientras desfilaba hacia la puerta con los demás, me pregunté si sabría alguien aparte de mí que era Moll Caulfield la mujer a la que estaba destinado el dinero de la multa de Bilbo el Pirata. También me pregunté si, conociendo las circunstancias, alguien aparte de mí habría visto un paralelismo entre su caso y el mío. ¿Qué había dicho *sir* John? «Ni este tribunal ni ningún otro puede tolerar que se produzcan tales peleas en las calles». Temía que me aguardaba algún tipo de castigo y sospechaba que, si la profunda irritación que el juez sentía hacia mí se había atemperado, lo único que esto significaba era que ahora tendría tiempo para pensar con tranquilidad qué tipo de castigo iba a ser aquel. Mis temores aumentaron cuando al pasar por el cuarto del señor Marsden este me detuvo y me informó de que *sir* John deseaba verme en su habitación. Aun sabiendo qué me aguardaba y lo poco que me gustaba, fui a donde me habían dicho, llamé a la puerta de *sir* John y dije quién era.

Entré y el juez me dijo que me sentara.

—Jeremy —dijo—, hay algo entre nosotros que tenemos que resolver.

—Sí, *sir* John.

—Esta mañana me has decepcionado profundamente revolcándote por la calle como lo has hecho. Me temo que te mereces algún tipo de castigo.

—Sí, señor. Lo siento, señor. ¿Señor?

—¿Qué ocurre, Jeremy?

—No he podido evitar observar ciertas similitudes entre el caso del señor Bilbo y el mío.

—Supongo que, haciendo ciertas concesiones, en efecto, existen algunas. Pero déjame que te recuerde que el señor Bilbo ha sido castigado con una multa.

—Tengo dinero —dije—. Unos chelines. Aquí los tiene.

—¡Maldita sea! He de pensar en darte una cierta cantidad de dinero de forma regular. —Hizo un gesto de negación, molesto consigo mismo, y añadió—: No, Jeremy. No deseo quedarme con tu dinero. Solo deseo que esto te quede bien grabado para que no vuelvas a avergonzarme en la calle. Si ello supone un castigo corporal, pues sea. Le diré al alguacil Cowley que te lo aplique, o al señor Bailey, si es necesario.

Se trataba de un problema que evidentemente quería quitarse de encima.

—¿*Sir* John?

El juez suspiró.

—¿Sí, Jeremy?

—¿No le parece que el caso del señor Bilbo difiere del mío en un aspecto fundamental?

El juez volvió a suspirar.

—¿Y qué aspecto es ese, muchacho?

—Usted ha permitido al señor Bilbo que dé su versión de los hechos.

—En efecto, así ha sido… Muy bien, Jeremy, me has cazado. Cuéntame tu versión de los hechos.

Dicho aquello, se recostó y escuchó el relato completo y verídico de lo que había acontecido aquella mañana en las escaleras del número tres de Berry Lane. No cedí a la tentación de adornar la descripción de mi comportamiento y, aunque no pude repetir el extraño lenguaje que aquel tosco muchacho había empleado al pregonar sus objetos robados, sí pude hacerle ver al juez que estos habían sido, en efecto, robados. Cuando le había llamado ladrón y le había amenazado con llevarle a Bow Street, había sido él quien me había atacado a mí. Yo no había hecho nada más que defenderme, le aseguré a *sir* John.

—¿No tienes a ningún testigo que pueda hablar en tu defensa? —me preguntó él, pese a que la respuesta era obvia.

—No, señor, ninguno, pero tiene mi palabra de que así fue como ocurrió todo.

—La acepto. Pero al igual que no tienes testigos ahora, tampoco los has tenido

esta mañana para probar que el muchacho era un ladrón. Lo más probable es que el muchacho haya reunido esos objetos mediante el hurto. Aunque los anillos…, bueno, podrían habérsele caído de los dedos a alguna prostituta durante una borrachera. De todos modos tú no has sido testigo de estos hurtos, y tampoco conoces a otras personas que los hayan visto. Si hubieras conseguido llevarlo a Bow Street, y yo hubiese tenido que juzgarlo, el muchacho habría jurado que esos objetos de valor los había encontrado en la calle. Por improbable que esto me hubiese parecido, yo lo habría puesto en libertad, ya que, según la ley inglesa, hemos de suponer la inocencia de una persona a menos que pueda probarse su culpabilidad. ¿Ves entonces lo inútil que habría sido traer aquí a tu prisionero, Jeremy? ¿Lo ves?

—Sí, *sir* John, pero…

—Y una cosa más, muchacho. ¿Con qué autoridad habrías arrestado a ese joven ratero? No eres alguacil. No tienes mandamiento judicial. Y creo que ya sufriste bastante en su día por culpa de un cazaladrones independiente como para que ahora desees esa profesión para ti mismo.

Este último comentario era un doloroso recuerdo de la forma en que yo, recién llegado a Londres, había sufrido mi primera experiencia con la sociedad de malhechores de Covent Garden y había conocido el juzgado de Bow Street. Aunque el incidente había sido el origen de muchas cosas buenas, yo sin embargo prefería olvidarlo. Traté de pensar algún tipo de respuesta, pero me fue difícil, ya que la verdad lisa y llana era que yo no era más que un muchacho de trece años al que no se le había dado autoridad alguna.

Mi intento de dar con una respuesta se vio asimismo dificultado por el griterío que se armó en aquel momento al otro lado de la puerta.

Me levanté de la silla y me dirigí hacia la puerta, pero antes de que pudiera llegar a ella, esta se abrió y el señor Marsden asomó la cabeza al despacho.

—*Sir* John, permítame que le anuncie…

—¡Oh, basta ya! Eso no es necesario…

Estas palabras las pronunció un hombre grande y vestido con ropas elegantes aunque no llamativas, que, tras pasar apresuradamente junto al secretario y empujarlo a un lado, se dirigió directamente hacia *sir* John. Aunque era la primera vez que lo veía, advertí en él el inconfundible empaque de la autoridad. Entró y, tras sacudir las hojas de lo que luego resultaría ser un panfleto, las arrojó sobre la mesa de *sir* John.

—¿Ha visto usted esto? —gritó el visitante.

Sir John trató de ceñirse la peluca a la cabeza, ya que no le gustaba que le vieran en compañía de alguien sin ella.

—Milord… —dijo—. Eh, yo…, bueno, ¿a qué se refiere?

—Bien, ya sé que no lo ha visto. Yo tampoco podría ver nada si me pusiera esa cinta negra que lleva usted sobre los ojos.

(Es posible que William Murray, conde de Mansfield, fuera presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia y un buen juez para aquellos tiempos,

pero de su grosería solo puede inferirse que, al igual que muchos hombres que están satisfechos de su poder, carecía en buena medida de la cortesía más elemental y aún en mayor medida de consideración hacia los demás).

Por fin, convencido de que se había puesto la peluca correctamente, *sir* John respondió con mayor serenidad.

—Tome asiento, milord, y dígame qué me ha traído, que estaré encantado de comentarlo con usted.

—Es una inconveniencia —respondió el presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia—. Casi una provocación. En resumidas cuentas, *sir* John, es un panfleto que están pregonando y vendiendo por las calles de la ciudad. Su título es «Una petición de justicia para las víctimas de Grub Street», y aunque su anónimo autor da muestras en el texto de la suficiente presunción como para decirnos cuáles son nuestras obligaciones, supongo que no ha hecho más que expresar por escrito lo que otros han dicho en la calle.

—Entiendo que el panfleto hace referencia al asesinato de Ezequiel Crabb y de todos los miembros de su casa.

—¡Por supuesto que hace referencia a eso! Oiga, oiga lo que hay escrito en este maldito papel. —Pasó unas hojas hasta que encontró la parte que estaba buscando—: «Mientras que la familia Crabb al completo y los dos desdichados aprendices que vivían con ella ahora se pudren en sus tumbas, el villano que fue capturado en el lugar del crimen con un hacha ensangrentada en la mano no ha sido ni juzgado, ni condenado, ni colgado. El juez del juzgado de Bow Street lo ha encerrado en Bedlam, a salvo de la justicia y del verdugo».

—Eso es una monstruosidad —dijo *sir* John—. Da por supuesta su culpabilidad. Cualquier persona que lea ese papel se sentirá predispuesta contra él inmediatamente.

—¡Pero aún hay más! Escuche: «Es posible que al mandar al hombre del hacha ensangrentada a un hospital en lugar de a Newgate para que le procesaran, *sir* John haya actuado siguiendo órdenes de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia. Hace tiempo que los impresores, editores y pobres escritorzuelos de Grub Street llevan poniendo trabas a la licenciosa autoridad de este reino. Ezequiel Crabb, sin ir más lejos, publicó muchas obras en que ensalzaba los derechos humanos, como por ejemplo…». Bueno, esto no tiene importancia. Pero escuche cómo acaba: «¡La familia Crabb tiene que ser vengada! ¡Procesen a John Clayton por asesinato ahora!». ¿Qué opina de esto, *sir* John?

—Bueno, es… eh…

—Es sedicioso, eso es lo que es —prosiguió lord Mansfield acaloradamente—. Sedicioso para la justicia del rey. Y es toda una falsedad sugerir que usted mandó al tal Clayton a Bedlam por orden mía. Usted sabe muy bien que le mandé una nota en la que le comunicaba que desaprobaba su decisión. Si fuera este panfleto el único problema que se nos planteara, no le molestaría a usted con él. Simplemente buscaría a su autor y lo encerraría en Newgate.

—¿Qué otros problemas hay, milord?

—Un influyente lord del partido liberal me ha dicho que, en su opinión, este hombre debería ser procesado sea cual sea su condición. En la Cámara de los Comunes ya están hablando de ello. Según tengo entendido, un antiguo aliado de Wilkes ha amenazado con plantear el asunto a la Cámara.

—¿Qué propone usted entonces? —preguntó *sir* John.

—Que procesemos al tal Clayton en el Tribunal Central de lo Criminal.

—Pero no se puede procesar por asesinato a un hombre que no está en condiciones de defenderse. Si hubiera visto usted a John Clayton durante su comparecencia en Bow Street, no le habría cabido la menor duda de que había que mandarlo a Bedlam.

—¿Acaso deliraba? Los asesinos recurren con frecuencia al teatro para eludir al verdugo.

—No deliraba —respondió el juez tajantemente—. Decía disparates. Llegó incluso a negar que él fuera John Clayton.

—Pudo hacerlo con intención de engañar —insistió el presidente.

—Hay algo más. Hace tres años fue confinado en una casa de locos de Somersetshire. Tengo una carta escrita por el médico que se ocupó de él que lo confirma.

—Todo esto es importante, por descontado, pero la única respuesta apropiada es que debemos celebrar una vista para determinar si ese hombre es capaz o no de someterse a un juicio.

—¿Y eso debemos hacerlo nosotros? ¿Dos hombres de leyes?

—Bueno —respondió lord Mansfield encogiéndose de hombros—, es una cuestión de carácter legal, ¿no?

—No del todo. Creo que deberíamos pedir consejo a aquellas personas que tienen conocimiento de estos asuntos: a los médicos.

—¿A los loqueros?

—Así es como se les llama popularmente.

—Bien, supongo que en Bedlam los hay en abundancia. Celebraremos la vista allí.

—¿Cuándo?

—Bueno, creo que es importante que nos ocupemos de esto lo antes posible. ¿Por qué no mañana?

—¿Mañana sábado? Perfecto. ¿A qué hora? A mí me viene mejor por la mañana.

—A mí también. Nos reuniremos delante de la verja de Bedlam a las nueve y media, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, milord.

V

En el que visitamos Bedlam y nos enteramos de un hecho sumamente penoso

Ni siquiera Newgate, que había visitado recientemente con *sir* John, presentaba un aspecto tan sombrío como el del lúgubre edificio gris ante el que se detuvo nuestro coche de punto al llegar a Bishopsgate. Se trataba de una vieja construcción de piedra erigida hacía siglos que, si bien no era excesivamente grande, al estar rodeada por una alta cerca de rejas y unos campos descuidados, ofrecía la imagen de una antigua fortaleza. Las ventanas que vi estaban también provistas de rejas.

Mientras yo bajaba del coche y observaba el triste aspecto del lugar que se levantaba ante mis ojos, *sir* John pagó al cochero y le pidió que nos esperase.

—Preferiría no hacerlo —respondió este.

—¿Qué quiere decir? —preguntó *sir* John malhumoradamente.

—Quiero decir que me gusta tan poco este lugar que prefiero perder el dinero que cuesta el tiempo de la espera y el regreso a Bow Street a quedarme aquí. —Repuso—. Hay demasiada desdicha dentro de ese lugar. Tal vez parezca estúpido, pero temo que si me quedara aquí, correría el riesgo de sufrir una infección.

—Váyase entonces —dijo *sir* John—. No voy a ordenarle que se quede, aunque en justicia podría hacerlo. Este es un asunto oficial.

—No creía que hubieran venido aquí por placer, aunque hay gente que lo hace.

—No sea impertinente y váyase.

Al oír aquello, el cochero ordenó a sus dos caballos que dieran media vuelta y nos dejó a un lado de la calle, delante de la verja de entrada. Era una fría mañana de mayo. Durante las últimas semanas la mezcla de días buenos y malos había sido tan marcada y confusa que uno ya no sabía qué esperar. Los nubarrones pasaban a baja altura sobre el edificio que teníamos delante, avanzando rápidamente de oeste a este. Cerca de nosotros había un portero que nos observaba expectantemente; aparte de él no había ninguna persona más delante del edificio. No obstante, a ambos lados del portalón por el que se entraba a este se veían dos guardianes de piedras, figuras de aspecto fornido al estilo griego, más patéticas que heroicas. Una de ellas mostraba una mueca de enfado y mantenía los brazos en una postura amenazadora; el otro parecía abatido, como si estuviera sumido en la tristeza. Daba la impresión de que habían sido añadidos a la fachada como consecuencia de una inspiración tardía, y no correspondían del todo con el aire de sobriedad del resto.

—Fíjate, Jeremy —dijo *sir* John haciendo una señal con su bastón—. El Hospital de Santa María de Belén, conocido universalmente por su nombre corrupto: Bedlam. ¿Qué opinión te merece?

—Me temo que no es buena, señor. Es un edificio viejo y feo.

—Es mucho más feo por dentro que por fuera; tan cierto como el Evangelio.

—Hay dos figuras, una a cada lado de la puerta. ¿Qué representan?

—Bueno —respondió él—, como no las he visto nunca…

—Perdone la pregunta —dije sintiendo un profundo azoramiento—. No era mi intención…

—Tonterías. No le des importancia. Solo quería decir que sé que representan a la Manía y a la Melancolía porque me lo han dicho. Espero que puedas diferenciarlas con facilidad.

—Oh, sí —respondí.

—Imagino que con ellas se busca ofrecer un retrato genérico de las personas que hay en el interior del edificio, maniacos y melancólicos. Me pregunto cuáles serán los más numerosos —reflexionó en voz alta—. Los melancólicos, seguramente… Sí, sin lugar a dudas los melancólicos, si se considera el estado en que se encuentra el mundo.

Para esto yo no tenía respuesta.

Mientras hablábamos fueron pasando a nuestro lado varios vehículos. Cada vez que se acercaba uno, *sir* John prestaba atención hasta que el coche nos dejaba atrás. Finalmente uno frenó y se detuvo muy cerca de donde nos encontrábamos. Los caballos piafaron presa de la inquietud a solo unos diez pasos de nosotros. Parecían unas bestias grandes, enormes… Me pusieron nervioso.

—Apostaría a que no es un coche de cuatro caballos —comentó *sir* John.

—No, es un coche de punto como el que nos ha traído a nosotros.

—Me lo imaginaba. Lord Mansfield tiene un coche de cuatro caballos. Es lo menos que puede merecerse el presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia —musitó *sir* John con tono de ironía y burla.

Del coche de punto descendieron cuatro personas: dos jóvenes gallardos y las mujeres que les acompañaban. Incluso a mí, con lo joven que era, me pareció que habían estado de jarana toda la noche. Sus semblantes, al igual que sus elegantísimos atuendos, tenían aspecto maltrecho. Se tambaleaban al andar y con voces empañadas que evidenciaban una significativa alegría se aseguraban los unos a los otros que en el interior de Bedlam les aguardaba una gran diversión.

—Algunos actúan —dijo uno de los jóvenes—, y hacen trastadas si se lo pides.

—¿Qué tipo de trastadas, Harry? —preguntó su querida.

—Trastadas muy atrevidas.

Las mujeres soltaron una risilla forzada, mientras que el otro joven se rio a carcajadas.

Sin hacernos ningún caso, fueron hasta la verja tan directamente como se lo permitieron sus débiles piernas y la sacudieron para que el portero les dejara pasar. Este la abrió sin decir palabra, aceptando la moneda que le ponía en la mano el joven que se llamaba Harry. Una vez más nos lanzó una mirada de curiosidad antes de

volver al lugar que había elegido ocupar a un lado de la verja.

Entonces, con gran estrépito y precipitación, llegó el coche de cuatro caballos. Apenas tuve tiempo de apartar a *sir* John del camino y evitar que fuéramos aplastados por el conjuntado tiro de cuatro caballos blancos que corcovearon ante nosotros. El cochero los frenó con las riendas en el último momento. El lacayo que iba a su lado gritó entonces:

—¡Abra las puertas de par en par a lord Mansfield!

El portero dio un brinco y empujó la verja de entrada hasta el límite de sus goznes para dejar paso al enorme vehículo, el cual entró causando un gran tumulto y llegó hasta el portalón de Bedlam.

—Maldita sea —exclamó *sir* John—. Ahora tenemos que ir andando y dar la bienvenida a lord Mansfield. Vamos, Jeremy. Indícame el camino. —Hizo una señal al portero para que se apartara y este nos saludó con el sombrero cuando pasamos—. Recuerdo que dijo claramente «delante de la verja». ¿Tú también lo recuerdas?

—Sí, señor, eso fue lo que dijo exactamente —respondí.

—Bueno…

Para cuando llegamos, lord Mansfield ya había conseguido sacar su corpachón del coche con ayuda de su lacayo. Se movía de un lado a otro con impaciencia, mirando en todas las direcciones excepto, al parecer, en la nuestra.

—Buenos días, señoría —dijo *sir* John.

El presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia lanzó una mirada al cielo y respondió:

—Podría haber salido mejor. Lamento llegar tarde; las premuras del cargo, ya sabe… —Entonces, en un gesto destinado sin duda a establecer su autoridad en el asunto, unió las manos—. Perfecto. Resolvamos este asunto lo antes posible. Los dos tenemos otras cosas de las que ocuparnos, ¿no es así?

—Sin duda. Han sido avisados de nuestra visita, ¿verdad?

—Por supuesto. He mandado a un mensajero con el recado.

—¿Va a haber un médico presente?

—Sí, maldita sea. Todos los detalles han sido previstos cuidadosamente.

—No nos entretengamos más entonces.

—¡Henry! —exclamó lord Mansfield haciendo una señal hacia el imponente portal abovedado. El lacayo, que había estado aguardando a una prudente distancia en posición de firmes, subió de un brinco por los pocos escalones que conducían al gran portalón y llamó a este con una aldaba en forma de mano humana. El portalón se abrió de par en par, y mientras el lacayo conversaba con alguien que había dentro, llegó a mi oído un gran murmullo procedente del interior del edificio.

El lacayo nos avisó diciendo «señorías» y los tres echamos a andar. En aquel momento alcé la vista casualmente y vi el rostro de la Melancolía. Aunque los ojos de piedra rara vez poseen una gran expresividad, los globos de aquella estatua, dirigidos como estaban hacia abajo, tenían una mirada de desdicha tal que tuve la impresión de

que me traspasaban el alma. Sin poder evitar sentir un escalofrío, seguí caminando, arreglándomelas para mantenerme al mismo paso que los demás.

El hombre que salió a nuestro encuentro se identificó como el doctor Dillingham y enseguida comenzó a adular a lord Mansfield. Con *sir* John, en cambio, se mostró meramente cortés, mientras que a mí no me prestó la menor atención. En cuanto pasamos al interior del edificio, el murmullo se convirtió en un profundo bullicio. Como era el último de la fila, no logré oír nada de lo que el médico decía mientras nos conducía a otra puerta, una puerta de roble grande, fuerte y gruesa. El portero había abandonado su puesto en el portalón de entrada y se había apresurado a abrirnos esta otra puerta. Cuando la pasamos, el profundo bullicio se intensificó hasta convertirse en un atroz guirigay. El ruido era de todos modos humano, el sonido de muchas voces elevadas hasta producir una bulla de proporciones espantosas. Avanzamos entonces por un pasillo corto que se elevaba tres escalones por encima del punto en el que habíamos comenzado andar; luego torcimos hacia la derecha y nos encontramos de repente en medio del tumulto. Sin embargo no nos encontrábamos en medio de los internados, ya que una larga hilera de barras de hierro como la de Newgate impedía que nos sometiéramos a semejante prueba. Pero los internados circulaban libremente, y al parecer todos trataban de gritar más fuerte que los demás. También chillaban. Y bailaban. En medio de ellos había un violinista, interpretando ruidosamente una melodía sin melodía.

A primera vista aquello era como Newgate. Al igual que en la espantosa prisión, el olor a orina y excrementos inundaba el ambiente. Sin embargo Bedlam parecía en unos aspectos peor y otros mejor. Había un par de hombres encadenados a la pared, algo que no había visto en Newgate; no obstante estaba mucho mejor iluminado (a diferencia de Newgate, que me había parecido un oscuro calabozo) y disponía de unas pequeñas celdas individuales que estaban situadas en los muros. Tenían las puertas abiertas, y algunas de ellas estaban ocupadas en aquel momento y otras no.

También había un gran contraste entre los internados. Me dejaron fascinados, hasta el punto de que tuve que apretar el paso para no rezagarme de nuestro grupo, que avanzaba a buen ritmo por el pasillo que atravesaba de un lado a otro aquel amplio salón. De haber dispuesto de tiempo, me habría detenido para examinar a cada uno de los internados, hacerles un diagnóstico a mi manera y tratar de adivinar el secreto de su mal. Aun así, gracias a las miradas y vistazos que lancé, pude observar que todos los internados se hallaban en el mismo lugar fueran cuales fuesen sus enfermedades: los débiles mentales estaban con los locos, mientras que los melancólicos permanecían apartados de los demás, encorvados contra la pared en actitud de indiferencia. La mayor parte de los maniacos apenas se fijaron en nosotros, absortos como estaban en su propia algazara. Los que repararon en nuestra presencia se mofaron de nosotros o nos gritaron obscenidades. Uno de ellos nos enseñó su trasero desnudo cuando pasamos a su lado y otro… Bueno, cuando estábamos a punto de terminar nuestra larga andadura, pasamos a los cuatro jóvenes que habían

entrado en el edificio antes que nosotros. Yo me encontraba lo bastante cerca como para ver al cabecilla, el que se llamaba Harry, hacer una señal por entre las barras y oírle comentar:

—Mirad a ese. Parece el mismísimo Príapo. Compruébalo por ti misma, Betty. Georgina, mira.

Yo también miré al lugar que estaba señalando y enrojecí de vergüenza por mi sexo.

Oh, fue todo un espectáculo el que presenciamos, de veras, pero un espectáculo que la mayoría de los hombres y mujeres cuerdos habrían pagado gustosamente por no ver. Sin embargo confieso una vez más que había algo en aquella desdichada y bastarda masa humana que me fascinaba. Yo no deseaba ver «trastadas», que era lo que el grupo de Harry había ido a ver. Solo quería observar a los internados con mayor detenimiento a fin de comprenderlos mejor. Así se despertó en mí un profundo interés en tales asuntos y, más tarde, en los casos en que la ley hubiera de resolver problemas relacionados con la locura o la cordura de una persona[1].

Cuando nuestro asombroso paseo concluyó finalmente, bajamos tras el médico por tres escaleras y llegamos a una habitación de modestas proporciones. Tenía escasos muebles (una mesa y algunas sillas) y las únicas muestras de decoración que se veían en ella eran una alfombra de varios colores pero sin un dibujo concreto y unos pocos cuadros de aspecto estrafalario que había colgados de la pared. Supuse que aquella habitación estaría destinada a las visitas de los familiares y amigos de los internados del hospital. Guie a *sir* John discretamente hasta una silla que había detrás de la mesa y le senté, tras lo cual me coloqué a su lado. Lord Mansfield se sentó pesadamente en una silla al lado del juez, emitiendo al hacerlo un gruñido a causa del esfuerzo.

—Bien, *sir* John —dijo—. Si el tal Clayton se halla entre los pobres desgraciados que acabo de ver, no tendrá por mi parte ninguna objeción.

—Aunque no he podido verlos, me basta con lo que he oído. La locura suena de una manera espantosa, ¿no le parece?

—Ciertamente. Armaban un jaleo atroz.

—Creo que estará de acuerdo conmigo en que no me he mostrado indulgente con John Clayton al encerrarle aquí hasta que llegue el momento en que pueda responder preguntas como un hombre racional.

Lord Mansfield titubeó.

—Sí. —Aunque de mala gana.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y entró el doctor Dillingham seguido por un hombre alto al que identifiqué como John Clayton, pese a que con anterioridad había dicho tener dos nombres más, y en último lugar por un celador, quien cerró la puerta al entrar y se quedó allí a la espera.

El doctor Dillingham se puso al lado de su paciente e hizo las siguientes observaciones a los dos jueces:

—Solo quiero decir que el señor Clayton ha sido informado del propósito de esta visita y ha accedido a colaborar en ella sin reservas. Ahora me sentaré junto a ustedes, pero sepan que no tengo ningún inconveniente en responder cualquiera de las preguntas que puedan planteárseles y a darles mi opinión en caso de que me la soliciten.

A continuación hizo lo que había anunciado: rodeó la mesa y tomó asiento en una silla vacía que había al lado de *sir* John.

Mientras el doctor hablaba, mantuve mis ojos fijos en John Clayton y observé en él unas cuantas cosas. En primer lugar, sostenía en una mano un papel tamaño folio en el que pude distinguir algo escrito. En segundo lugar, me fijé en la condición de su persona: estaba sin duda tan arreglado como las circunstancias se lo permitían. Aunque tenía los puños y el cuello algo sucios y a sus mejillas les hacía falta un afeitado, estaba peinado y llevaba las manos y la cara limpias. Yo había visto muchos hombres por las calles de Londres con un aspecto menos decoroso. En último lugar reparé en sus ojos, que fue el aspecto que más me sorprendió de todos, ya que en ellos brillaba con fuerza y de manera inconfundible la clara luz de la razón.

—¿Su nombre, señor? —preguntó *sir* John con extrema severidad.

—John Francis Clayton.

—¿No se llama usted Eusebio? Fue este el nombre que me dio usted la última vez que hablamos.

—No, señoría, no me llamo Eusebio.

—¿Y qué ha ocurrido con él?

—Con el debido respeto, eso es difícil de explicar.

—Con el debido respeto hacia usted, señor —dijo *sir* John—, tiene usted la obligación de intentarlo.

Al oír aquello, John Clayton comenzó a contarnos una historia que nos tuvo a los tres visitantes de Bedlam pendientes de sus palabras. Mientras el relato iba avanzando, *sir* John y lord Mansfield se inclinaron hacia adelante, asombrados de lo que estaban oyendo. Solo el doctor Dillingham, según pude observar cuando Clayton ya estaba por la mitad de la historia, parecía escuchar sin inmutarse, recostándose en la silla, haciendo gestos de asentimiento, sin sorprenderse, como si ya lo hubiera oído todo antes. Y posiblemente así fuera, pensé.

—Tienen ante ustedes —dijo el señor Clayton— a un hombre en cuyo cuerpo residen tres naturalezas. A Eusebio ya lo conocen, pero hay otra llamada Pedro que…

—También lo conozco —le interrumpió *sir* John.

—Ah sí. Seguramente se le apareció cuando me arrestaron. Entonces los conoce a todos. La primera vez que supe de ellos fue cuando era un colegial, a los trece años de edad aproximadamente. Mis padres, aunque no eran más que simples trabajadores del campo, querían que recibiera la educación más amplia que me fuera posible. Me había ido bien hasta aquel momento, pero a causa de mi altura y de mi torpeza de adolescente, llamaba la atención de los bravucones de mayor edad de la escuela. Me

amenazaban. Un día, nada más acabar la escuela, sus amenazas se hicieron realidad, y Pedro hizo su primera aparición. Yo no lo llamé. En realidad, ni siquiera supe de sus acciones, ya que lo que sucedió exactamente quedó borrado de mi memoria. Al parecer golpeé a los dos muchachos hasta dejarlos sin sentido, y a uno de ellos le rompí un brazo. Los compañeros de mi clase que habían sido testigos de la pelea me dijeron que durante esta yo me había llamado a mí mismo Pedro y me había negado a atender a los bravucones cuando me habían suplicado que tuviera piedad de ellos. Se armó un gran alboroto a causa de lo ocurrido, y no es de extrañar que se armara. La familia de uno de ellos, aquel al que le había roto un brazo, deseaba llevarme a juicio por agresión y que me encerraran en la cárcel. Sin embargo, y gracias a mi juventud, el juez lo consideró una pelea infantil y lo dejó pasar. Eso sí, ordenó a mis padres que pagaran al médico que se había ocupado del brazo roto.

—Parece justo —comentó *sir* John.

—Quizá, pero lo que costó aquel brazo roto estuvo a punto de romperles el corazón a mis pobres padres.

—¿Y qué nos dice de Eusebio? ¿Cuándo apareció por primera vez?

—No mucho después. El incidente de Pedro me turbó sobremanera, pero ante todo porque era incapaz de recordar lo que había sucedido. Evité el contacto con mis amigos por miedo a que ese monstruoso doble hiciera aparición a causa de una simple desavenencia y pudiese hacer estragos en algún inocente. Sumido en tales pensamientos, temiéndome lo peor, descuidé mis estudios. Un día, el maestro me pidió que respondiese a una pregunta; me levanté, titubeé un poco y a continuación sufrí una pérdida de conciencia semejante. Cuando volví en mí, oí que mis compañeros estaban riéndose y me di cuenta de que el maestro estaba empujándome para que me sentara. Confundido y azorado, me quedé quieto en mi banco hasta la hora de salir, preguntándome qué había hecho. Fue entonces cuando me enteré de que en lugar de admitir que ignoraba la respuesta acertada a la pregunta, había empezado a divagar y a perorar acerca del tema de un modo sumamente peculiar, como si tuviera grandes conocimientos y el maestro no tuviera ninguno. Este había tratado de hacerme callar, pero yo me había negado a hacerlo y había seguido diciendo disparates durante varios minutos, todo ello en nombre de Eusebio, hasta que el maestro había decidido tomar medidas y me había empujado para que me sentara. Por suerte, Pedro no se sintió ofendido porque me pusieran las manos encima y no hizo aparición.

Lord Mansfield habló entonces por primera vez.

—¿Y con qué frecuencia le visitaban estos dos…? —Titubeó y al final se resignó a emplear el término que había utilizado Clayton—. ¿Estas dos naturalezas?

—Con poca frecuencia, señor.

—El trato que debe darme es de «milord».

—Pues con poca frecuencia, milord. A causa de este incidente y del anterior, empecé a ser mal visto en la escuela, por lo que no tardé en abandonarla. Aunque

todavía era un muchacho, tenía la fuerza de un adulto y podía realizar el trabajo de un hombre. Ganando dinero por mi cuenta y contribuyendo a la economía familiar, acabé por considerarme una persona independiente y empecé a beber cerveza y licores. Fueron pasando los años y me vi metido en varios altercados en los que Pedro hizo aparición; a causa de uno de ellos acabé en un pequeño hospital de mi condado parecido a este.

—Estoy enterado de ese incidente —dijo *sir* John—. Un tal doctor James Andrews me ha escrito una carta en la que me lo describe y me informa de su estancia en su hospital.

—Es un buen hombre —dijo el señor Clayton—. Me temo que le oculté parte de mi historia personal de todos modos. No le mencioné a Pedro. En cierto modo, todo aquello tuvo un efecto beneficioso en mí, pues, mientras combatía este extraño aspecto de mi vida, me vi forzado a mirar dentro de mí mismo y allí descubrí la poesía. Como escolar había tenido afición por las palabras y hecho algunos intentos infantiles por escribir versos. Pero, ya mayor, mientras trabajaba en el campo, descubrí que en mi interior surgían versos, estrofas enteras. Estaba impaciente por que acabara la jornada para volver a casa y escribir todo lo que se me había ocurrido y quizá continuarlo en el caso de que la inspiración me animara a ello. Cuando…

—Perfecto, perfecto… —le interrumpió lord Mansfield—. ¿Pero qué nos dice de la otra presencia…? ¿Cómo se llama?

—Eusebio, milord. Él también ha hecho aparición, aunque con mayor frecuencia. Cuando John Clayton se queda en silencio ante la autoridad, Eusebio habla por él. Parlotea sin cesar, a menudo sin decir nada con sentido; las más de las veces, quizá, aunque en ocasiones logra convencer. La vez que comparecí ante el juez de mi condado, consiguió a fuerza de razonamientos que me ingresaran en el hospital del doctor Andrews para que estudiaran mi caso. No fui yo quien lo hizo, sino Eusebio. En los archivos del hospital me inscribieron con el nombre de Eusebio Clayton. Lo justifiqué diciendo que Eusebio es mi segundo nombre. Luego, no hace mucho, cuando estaba negociando con el señor Crabb, Eusebio intervino y me puso en ridículo me temo. El señor Crabb se percató inmediatamente de lo que sucedía y en lugar de replicar a Eusebio, aguardó a que yo volviera en mí y me hubiera calmado. Yo reconocí el problema que tenía y él lo aceptó.

—¿Le habló también de Pedro? —inquirió *sir* John.

—No, señoría, no lo hice.

—¿Y por qué no?

El señor Clayton no respondió enseguida. Luego, tras unos segundos de consideración, dijo:

—Porque no deseaba asustarle.

—Comprendo. Dígame ahora qué ocurrió cuando compareció ante mi presencia en el juzgado de Bow Street.

—Volví en mí en ese cuarto para prisioneros contiguo a la sala.

—El calabozo.

—¿Así se llama? Bien, sea como sea, el caso es que me encontraba allí sentado, vestido con un camisón ensangrentado. Me habían traído ropa de casa del señor Crabb para que me la pusiera. Estuve sentado durante casi una hora intentando acordarme de qué había ocurrido. Tenía recuerdos, me venían a la cabeza imágenes espantosas, pero las veía de forma confusa. ¿Había imaginado aquellas cosas? Parecía poco probable, pues aquel camisón ensangrentado era una prueba de que eran reales. De mala gana me vestí, tratando todavía de acordarme, tratando todavía de ordenar aquellas impresiones e imágenes. Cuando me condujeron a la sala del tribunal y me dijeron que me sentara delante de usted, perdí la conciencia por completo y Eusebio ocupó mi lugar, lo cual tuvo un resultado desastroso sin duda.

—Si todo lo que dice es cierto —dijo *sir* John—, ¿cómo es posible que ahora pueda hablar con nosotros de un modo tan convincente y sensato?

—Bien pensado —comentó lord Mansfield—. Adelante, díganos, ¿cómo es eso posible?

Tras hacer la pregunta, el presidente se echó a reír, como queriendo dar a entender que lo habían sorprendido en falta.

—Porque durante los días que he pasado en el Hospital de Belén he tenido tiempo de reflexionar sobre este asunto. A decir verdad no he pensado en otra cosa. He ordenado mis recuerdos y fijado mis impresiones, y ahora creo que puedo dar cuenta, aunque de forma incompleta, de la experiencia que tuve en la casa del señor Crabb la noche en cuestión. De hecho, tenía tal seguridad al respecto que había empezado a escribirle una carta, señor Fielding, para preguntarle si puedo comunicárselo. El doctor ha tenido la amabilidad de proporcionarme papel, pluma y tinta. No he acabado la carta porque el doctor Dillingham me informó anoche de esta entrevista. Todo lo que puedo decirle por carta se lo puedo decir personalmente. En resumidas cuentas, estoy preparado. Cuando mi mente está en orden y estoy preparado, Eusebio no tiene por qué entrometerse. Soy capaz de ocuparme de mis asuntos. Aquí está la carta.

Dicho aquello, John Clayton avanzó y dejó la hoja de papel sobre la mesa. Lord Mansfield cogió la carta, pese a que iba dirigida a *sir* John, sacó unas gafas de su chaleco y empezó a leerla con gran concentración.

Sir John, consciente de lo que había ocurrido, se volvió hacia el doctor Dillingham, que se encontraba a su izquierda, y le dijo con voz queda pero sin llegar a musitar:

—¿Qué opina usted de esto, doctor? ¿Tres naturalezas en un solo cuerpo? Jamás había oído semejante cosa.

Lord Mansfield alzó la vista y exclamó:

—Ni yo. En mi opinión, esta historia no tiene ni pies ni cabeza.

—Les aseguro —dijo Dillingham— que estos casos no son tan extraordinarios como puedan suponer. En los años que llevo en el Hospital de Belén he sido testigo

de unos cuantos. Y aunque la curación parece imposible…

—¿Imposible?

—Bueno, naturalmente, esto es muy difícil de determinar, ya que una vez que un hombre recupera su verdadera naturaleza, parece una persona totalmente normal, como es el caso del señor Clayton en este momento. Puede que siga siendo normal o que en unas circunstancias dadas permita el regreso de un ser más desenfrenado, un ser que pueda causar problemas.

A esas alturas lord Mansfield ya había perdido interés en la conversación y había reanudado la lectura de la carta. John Clayton, por su parte, estaba muy interesado en ella. Se esforzaba por inclinarse hacia adelante y acercar un oído a donde estaban el juez y el médico.

—En su opinión, doctor Dillingham —preguntó *sir* John—, ¿es el señor Clayton un hombre cuerdo y capaz de someterse a juicio?

—Oh, qué duda cabe, pero no puedo decir lo mismo de Pedro o de ese otro sujeto… ¿Cómo se llama? Ah, sí. Eusebio. No conozco a ninguno de los dos. El problema consiste, naturalmente, en si John Clayton puede ser procesado por los crímenes cometidos por Pedro.

—En efecto, el problema consiste en eso. Si hubiéramos de…

Lord Mansfield se puso en pie de un salto, guardó sus gafas y cogió su sombrero.

—Ya podemos irnos, *sir* John. Nuestra labor aquí ha terminado.

Sir John volvió la cabeza de un lado a otro en señal de perplejidad.

—¿Qué sucede? ¿Qué está usted diciendo?

—Está todo aquí, en su carta, bien claro. Dígale al muchacho que se la lea. El señor Clayton dice lisa y llanamente que desea ser juzgado por los asesinatos cometidos en casa del señor Crabb y ese era el propósito de esta visita. Si desea que le juzguen, no cabe duda de que debemos complacerle.

—¿Es eso cierto? —le preguntó *sir* John a John Clayton—. ¿Desea ser juzgado en la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia?

—Oh sí, señor —respondió él con seguridad.

—¿Pero por qué? La cuestión de la responsabilidad todavía admite dudas en mi opinión.

—Porque estoy seguro de mi inocencia.

Llovía copiosamente cuando salimos del Hospital de Santa María de Belén. El cochero y el lacayo estaban sujetando el tiro de caballos con cara de profundo malestar mientras las gotas de lluvia caían de las cortas alas de sus redondos sombreros. El lacayo soltó las correas y se apresuró a abrir la puerta del coche a lord Mansfield. Este, por su parte, se llegó hasta la puerta entre chapoteos y, con ayuda del lacayo, se las arregló para subir al coche. Al asomar la cabeza para despedirse, se fijó en el tramo de calle que se veía tras la verja. Naturalmente, no había ningún coche de

punto a la vista.

—Suba, *sir* John —exclamó—. No puedo permitir que se ponga a buscar un coche de punto con la lluvia que cae. El muchacho puede ir arriba.

—Preferiría que fuera con nosotros —respondió *sir* John con firmeza.

—Qué disparate. ¿Acaso no es su *sir*viente?

—No, en absoluto. Es un miembro de mi casa, y se encuentra bajo la tutela del tribunal.

—¡Caray con el muchacho! Suban, suban los dos.

Dicho aquello, abrió de par en par la puerta del coche; el juez y yo bajamos al trote por los escalones cruzando los charcos y avanzamos hasta el vehículo. El lacayo ayudó a *sir* John a subir, pero cuando le tocó ayudarme a mí, apenas me tendió una mano y luego me dio tal empujón que acabé de bruces en el interior del coche.

—Desenreda esas piernas, muchacho —dijo lord Mansfield—. Ten más cuidado.

—Sí, milord.

—Ven, Jeremy, siéntate a mi lado.

Al ocupar mi lugar al lado de *sir* John, miré por la ventanilla del coche y vi a través de las ráfagas de lluvia que el lacayo sonreía en un gesto de satisfacción antes de desaparecer. Segundos más tarde nos poníamos en camino y salíamos por la verja a la calle.

Avanzamos dando tumbos. *Sir* John y lord Mansfield guardaban silencio y yo meditaba tristemente acerca de lo que nos había contado John Clayton. No se me había pasado por alto que había comenzado a tener dificultades con Pedro y Eusebio a los trece años de edad: precisamente a mi edad. ¿Me tendría el destino guardada una sorpresa tan desagradable como aquella? Hice votos por que no fuera así.

Tras pensar en ello, decidí que no tenía mucho que temer, ya que de haberme hecho falta la ayuda de un Pedro, habría sido durante el altercado que había sufrido el día anterior con el supuesto ratero. Teniendo en cuenta que se había peleado con alguien de mayor tamaño y fuerza que él, lo más probable era que fuese él quien tuviera a un Pedro en su interior. Luego pensé en la historia que Bilbo el Pirata le había contado a *sir* John durante el juicio. Había reconocido sin ningún reparo que no recordaba nada de su pelea con el hermano Isaac y el hermano James desde el momento en que le habían tirado de la barba hasta cuando el alguacil Cowley le había dado un golpe en el hombro. No tenía idea del tiempo que había transcurrido, pese a que había sido suficiente para que se reuniera una multitud de gente. ¿Qué era lo que había dicho al final de su declaración? Que se alegraba de no haber llevado una espada o una pistola, de lo cual se deducía, naturalmente, que podría haberlos matado a ambos. El señor Bilbo había explicado que había estado «ciego de ira». ¿No se habría debido esto a la visita de Pedro?

Mis meditaciones no me hicieron sentir mejor. Sin embargo, el recuerdo del señor Bilbo y de su extraño encuentro con los Hermanos del Espíritu me había hecho recordar algo, un detalle que decidí contarle a *sir* John en cuanto tuviera oportunidad

de hacerlo.

Pero no podía hacerlo ahora en aquel lugar. El silencio que reinaba entre él y lord Mansfield no se prestaba a interrupciones. Pasamos por St. Giles Cripplegate y muy cerca de Grub Street. Observé que la lluvia había arreciado un poco. De todos modos me alegraba de estar haciendo el viaje caliente y seco en el interior del coche y no frío y mojado encima de él. De manera que no era un *sir*viente de *sir* John sino un miembro de su casa. La diferencia me causaba extrañeza.

—*Sir* John —dijo lord Mansfield—, ¿por qué no nos manda a Clayton al Tribunal Central de lo Criminal? Usted ya le ha ofrecido una oportunidad en Bow Street. ¿No es eso bastante?

—En aquella ocasión no fue un testigo competente —respondió *sir* John tajantemente—. Usted ha oído su explicación tan bien como yo.

—¿Se refiere usted a todo ese disparate de Eusebio? Menuda historia… Reconozco que cuando la ha contado me he sentido fascinado, pero, en serio, ¿qué significado puede tener todo eso en un tribunal de justicia? La ley no reconoce una circunstancia semejante. Un hombre tiene una naturaleza; así es como lo entiende la ley.

—Entonces quizá habría que cambiar la ley. —Lord Mansfield rio con indulgencia al oír aquello—. Además —prosiguió *sir* John—, el señor Clayton tenía algo, o quizá varias cosas, que comunicarnos. Nuestra partida ha sido prematura en mi opinión. Creo que debería escuchársele como a cualquier otro testigo. No ha sido declarado culpable de ningún crimen, ni siquiera ha sido acusado formalmente todavía, de modo que, en lo que a mí respecta, se trata de un testigo. Siendo el único superviviente de esa espantosa masacre, puede que sea nuestro mejor testigo.

—Ah, *sir* John, usted siempre ha sido igual, ¿no es así? Usted ve dificultades laberínticas cuando los hechos señalan una senda directa. Mándenoslo.

La respuesta de *sir* John fue un gruñido, ni más ni menos.

Una vez más estuvieron callados durante cierto tiempo. Ahora nos encontrábamos muy cerca de Covent Garden. Entreví la catedral de St. Paul, que se elevaba entre las edificaciones de menor tamaño que la rodeaban. Por alguna razón los largos silencios que mantenían me hacían sentir incómodo. Decidí que me alegraría cuando llegáramos a nuestro destino.

Pero el silencio volvió a romperse, esta vez por obra de *sir* John.

—Señor presidente —dijo—, pronto le escribiré una carta para pedirle dinero.

—¿Ah sí? ¿De qué se trata ahora? ¿Unos cuantos alguaciles más para su guardia?

—No, aunque serían muy útiles en las calles de Westminster y de la City. Por favor, téngalo en cuenta la próxima vez que se aborde el tema.

Lord Mansfield dejó escapar un suspiro.

—Lo tendré. ¿Qué tiene ahora en mente?

—Una empresa de caridad.

—Otra más, ¿eh? ¿Algo parecido a aquella fundación para que los criminales

jóvenes pudieran ingresar en la marina que promovió usted hace unos años?

—Algo así, en efecto.

—Bueno, aquello le valió el título de *sir*.

—Tenía entendido que lo que me había valido el título habían sido mis servicios como juez.

—Y sus alguaciles. No se olvide de ellos. Le han hecho famoso. He oído a gente quejarse de que le han hecho demasiado famoso incluso. Pero, dígame, ¿de qué se trata esta vez?

—Estoy organizando una fundación para abrir una casa para prostitutas arrepentidas. Estoy interesado ante todo en sacar de las calles a las más jóvenes.

—Una casa para jóvenes rameras, ¿eh? Bien, reunirá el dinero enseguida.

—Mi deseo es que les enseñen artes y oficios y que luego salgan al mundo y se mantengan por sí mismas.

—Eso es poco probable —dijo lord Mansfield entre risas—. Muy poco probable. En nueve de cada diez casos, eligen esa vida porque les gusta.

—Intentemos ayudar al décimo caso —insistió *sir* John.

Lord Mansfield soltó un nuevo suspiro.

—¿Por qué no? ¿Cuánto dinero le di para su fundación para delincuentes juveniles? ¿A propósito, es el muchacho que tiene sentado a su lado uno de ellos?

—No, sin ningún género de dudas —respondió *sir* John.

Yo se lo agradecí para mis adentros.

—¿Cuánto entonces?

—¿Cien libras?

—Imposible tanto. ¿Por qué no… cincuenta?

—Una cifra intermedia. Estoy seguro de que con ello podremos arreglárnoslas.

—¿Servirá mi contribución para que me mande a Clayton antes?

—Ni un minuto antes de lo debido.

—Me lo temía.

El coche se había detenido. La lluvia había cesado. Estábamos en Bow Street. Abrí la puerta y bajé a la calle sin desear la ayuda del lacayo.

Antes de encaminarnos hacia Bedlam, *sir* John le había hecho una petición especial a Benjamin Bailey, capitán de la guardia de Bow Street. Aunque había estado trabajando durante toda la noche, al alguacil se le había requerido que acabara su guardia con una visita al lugar de reuniones y refugio que los Hermanos del Espíritu tenían en Half Moon Passage. Allí había de entregar la citación por desacato al tribunal a los hermanos Isaac y James y recoger a Moll Caulfield para llevarla a Bow Street a fin de que recibiera las diez guineas con que se había multado a Bilbo el Pirata.

Sir John había previsto verla en Bow Street antes de nuestra partida, por lo que lo

primero que hizo al regresar fue ir a buscarla. Localizó al señor Marsden y le preguntó por ella.

—No la he visto —respondió el secretario.

—Esto es realmente extraño —comentó el juez.

—El señor Bailey sí está en cambio.

—El pobre debe de estar agotado. Son casi las doce.

—Tenía aspecto de estarlo. Le he dicho que fuera a mi cuarto para echarse una siesta.

Allí lo encontramos, sentado detrás del escritorio del señor Marsden, profundamente dormido.

—Dale una sacudida para que se despierte, Jeremy. No habría regresado si no tuviese algo importante que comunicarnos.

No resultó fácil. Estaba tan profundamente dormido que hubo que darle varias sacudidas y algún cachete suave para que abriera los ojos. Cuando por fin se incorporó en la silla del señor Marsden, abriendo y cerrando los ojos, *sir* John lo consideró capaz de responder a sus preguntas.

—Señor Bailey —dijo—. Su presencia aquí me hace pensar que tiene algo que comunicarme. Espabile y dígame de qué se trata.

Con los ojos totalmente abiertos, respiró hondo en un par de ocasiones y se puso en pie, estirando su enorme cuerpo cuan largo era y moviéndose de un lado para otro.

—En efecto, así es, *sir* John —dijo como si le faltara aliento—. Se trata, como se podrá imaginar, de algo relacionado con mi visita a esos excéntricos de Half Moon Passage. Se han establecido en La Llave, ¿no es así? Deberían haber derrumbado ese edificio hace tiempo.

—Sí, señor Bailey, en efecto; pero continúe, por favor.

—Sí, señor, lo siento, señor. —Prosiguió, hablando ahora de una manera más ordenada—. He llamado a su puerta y, mostrando las citaciones por desacato que el señor Marsden ha redactado e insistiendo en que tenía que entregárselas personalmente al hermano Isaac y el hermano James, he exigido que me dejaran pasar. La persona con la que he hablado me ha dicho que estaban enfermos, lo cual no me extraña en absoluto después de oírle decir al alguacil Cowley lo que el Pirata les hizo. Aun así he seguido insistiendo, tal como le he dicho, y al final me han conducido al piso de arriba, a las habitaciones de la vieja posada, donde he entregado las citaciones a los dos hermanos. Estaban en mal estado, sin duda, pero tenían, por así decirlo, cara de estar recuperándose. Les he informado de las consecuencias que tendrán que asumir si no comparecen hoy ante el juzgado de Bow Street. Han accedido a venir, aunque no sin cierta mala gana.

—Dígame, señor Bailey —le interrumpió *sir* John—, ¿en qué planta estaban recuperándose estos dos hombres?

—En la última, *sir* John.

—A nosotros no nos llevaron hasta allí —comentó *sir* John, en parte a sí mismo y

en parte a mí—. Pero continúe, señor Bailey.

—A continuación les he hecho saber que también tenía orden de pedirles que me entregaran a Moll Caulfield y llevarla a Bow Street. No sé por qué, pero esto les ha causado una gran impresión, ya que han ido a todo correr a buscar a un miembro de su hermandad que estaba en maitines. Aunque insisten en que no tienen un superior, el hombre al que han ido a buscar es, en mi opinión, quien está al mando de ellos.

—Y se llama hermano Abraham.

—En efecto, señor. Entonces le he dicho al tal hermano Abraham que quería ver a la pobre Moll, y como ya estaba cansándome de su compañía, se lo he dicho como si fuera una orden. Entonces él, con toda la tranquilidad del mundo, me ha contestado que ya no está allí, que se marchó anoche por iniciativa propia. He insistido en que me enseñaran el lugar en que dormía y me han llevado a un sótano, donde me han mostrado un jergón vacío. Podía ser el de cualquiera de los pobres desdichados que he visto en maitines. Cuando le he preguntado por qué se había ido, el hermano Abraham me ha respondido simplemente que a Moll no le gustaba su compañía. En honor a la verdad, a mí tampoco me gustaba. Había algo suyo que me molestaba, aunque no sé si era la seguridad con que hablaba o su manera de explicarme las circunstancias en que Moll les ha abandonado.

—¿Qué circunstancias son esas?

—Él, el hermano Abraham, me dijo que es una mujer conflictiva y que ha perturbado la armonía de su grupo. «Entonces la han expulsado», le dije yo, y él me contestó que no, que le habían dado dos opciones: podía irse o quedarse, como prefiriera, pero si se quedaba tenía que mantener la boca cerrada y no decir más herejías. Según me ha dicho, Moll decidió irse, y muy indignada.

—¿Le ha dicho qué tipo de herejía es la que ha cometido Moll, que tanto los ha ofendido?

—No me lo ha dicho, aunque tampoco se lo he preguntado, porque no tengo mucho conocimiento de estos aspectos de la doctrina sobre los que tanto discuten los predicadores.

—Y por los que se han declarado guerras.

—En efecto, *sir* John.

—En resumidas cuentas, Moll Caulfield no está con ellos desde… ¿Desde… cuándo?

—Desde las nueve de la noche de ayer aproximadamente.

—Bien, diremos a los guardias que estén alertas por si pudieran verla esta noche durante sus rondas. Yaya a casa, señor Bailey, que tiene que dormir. Ha hecho bien al esperar a informarme personalmente.

El señor Bailey hizo ademán de irse, pero entonces se giró y nos miró con cara de preocupación.

—No hay duda de que Moll Caulfield es, por así decirlo, una mujer obstinada —dijo—, y que puede causar problemas si se empeña en ello, pero no parece correcto el

trato que ha recibido en ese lugar. Al fin y al cabo, esa gente que vive en La Llave son cristianos en teoría, ¿no es así? —Dicho esto, dio un respingo, como si acabara de acordarse de algo—: Ah, una cosa más, señor: estos hermanos, o los hermanos con los que he hablado al menos, no son naturales de Inglaterra. Proceden todos de las colonias americanas. Reconocería esa curiosa forma de hablar en cualquier parte.

—Eso fue lo que me dijo el hermano Abraham —comentó *sir* John—. Me habló de un lugar con un nombre fantástico: Monongahela.

—Conque Mononganhela, ¿eh? Eso está cerca de Fort Pitt, si no me falla la memoria. Déjeme que piense en ello.

—No, sueñe con ello. Ahora váyase y duerma. Ha hecho un buen trabajo.

Bailey se fue, dejando a *sir* John frotándose la barbilla, sumido en sus pensamientos, y a mí a su lado tratando de averiguar en qué consistirían dichos pensamientos. Aguardé hasta que el juez abandonó sus reflexiones y echó andar hacia la puerta del cuarto del señor Marsden. Fue entonces cuando hablé.

—¿*Sir* John?

—¿Sí, Jeremy?

—Me gustaría salir a buscar a Moll Caulfield…

—Bueno…

—Solo tiene a dos hombres de servicio en este momento: el vigilante del calabozo y el guardia de día. Pero hay que buscarla y cuanto antes mejor, o al menos así me lo parece a mí. Además…

—Sí, muchacho, dime.

—Me siento responsable de lo que le ha ocurrido. Si no la hubiera dejado en manos de esos hermanos, quizá ella…

—Quizá estaría precisamente donde está ahora —me interrumpió *sir* John—, en la calle. El señor Bailey tiene razón al decir que Moll Caulfield es una mujer bastante obstinada. Ya ha pasado anteriormente por bastantes apuros. En parte hay que considerarla responsable a ella.

—Pero, señor —dije—, tal vez no se encuentre en la calle. Tiene una amiga, una anciana llamada Dotty cuyo apellido desconozco. Fue ella quien me condujo hasta ella el día en que el vendaval derrumbó su casa. Es posible que Moll esté con ella.

—Muy bien —dijo el juez—. Búscala entonces, y si no encuentras a Dotty, ve a Covent Garden y mira bien en todas partes, incluidas todas las esquinas. Quizá Moll no haya tenido otro remedio que ponerse a mendigar y se encuentre allí.

—Eso haré. Gracias, *sir* John.

—A propósito, lo consideraría un favor si en el curso de tus pesquisas fueras a visitar a la señora Durham para ver qué tal está. Podrías decirle además que le he hablado a lord Mansfield de su plan y que he obtenido una buena respuesta.

VI

En el que me encuentro con mi antiguo adversario, y se presenta Moisés Martínez

---

Si parecía que Moll Caulfield había desaparecido, lo mismo cabía decir de su amiga Dotty. Busqué a ambas en todas y cada una de las calles que rodean Covent Garden, y luego me aventuré más allá de estas, sin dejar de buscar y preguntar por ellas. Pero todo fue infructuoso. Mientras andaba de aquí para allá, me topé con tres mujeres que empujaban sendas carretas de verduras, cada una a cierta distancia de las otras. A todas les pregunté en primer lugar por Moll y luego por Dotty. Todas me dijeron que las conocían, pero ninguna las había visto aquel día.

Cuando hube rodeado por completo Covent Garden, me di cuenta de que me encontraba a solo unas calles de distancia del número 3 de Berry Lane, domicilio de la señora Durham, por lo que, recordando el favor que me había pedido *sir* John, me encaminé directamente hacia allí con idea de hacer honor a la confianza que el juez había depositado en mí. Al llegar, subí por las escaleras que habían sido el escenario de mi vergonzoso comportamiento del día anterior y, preguntándome qué castigo tendría *sir* John pensado para mí y confiando en que se olvidara de aquel asunto por completo, llamé a la puerta. Desde dentro la señora Durham me pidió que me identificara y, cuando se lo dije, abrió la puerta de par en par y me saludó con la mayor cordialidad.

—¡Jeremy, qué alegría! —exclamó. A continuación, sin embargo, me preguntó en voz baja y sin atreverse a mirar—: ¿Está *sir* John esperando abajo?

—Oh no —respondí—. En este momento está celebrando los juicios del día en el juzgado.

—Por supuesto —dijo ella, claramente decepcionada pero haciendo un esfuerzo por disimularlo—. ¿Cómo es posible que no haya caído en la cuenta? Soy una verdadera estúpida. Pero pasa, por favor. Cuéntame todas las noticias que tengas.

—Tengo una al menos —le dije mientras ella me hacía pasar y me indicaba una silla—. Pero antes tengo orden de *sir* John de preguntarle por su estado.

En el corto camino de la puerta a la silla había podido observar que todavía cojeaba.

—Estoy bastante bien —contestó ella—. Aunque me temo que hoy me he precipitado un poco, ya que he ido de compras a Covent Garden. Al regresar tenía el tobillo peor que al salir. Y he de reconocer también que ayer al tratar de sujetar a ese joven gato salvaje con el que te peleaste me lo forcé un poco. A todo esto, ¿cómo es posible que os pelearais? Si no te importa que te lo pregunte, claro…

No me importaba, así que se lo dije, contándole de paso los reparos que había

puesto *sir* John a mis actos y reconociendo que me parecían muy juiciosos. Ella escuchó mi historia, haciendo gestos de asentimiento y animándome a que continuara. Hasta que no le referí la conversación que había mantenido con el juez en su habitación y concluí, ella no se atrevió a hablar.

—El juez es, en efecto, un hombre juicioso. Hay pocas personas que lo sean tanto como él. Me pregunto por qué no le habrán elegido para un tribunal superior. Quizá le valoren más por su guardia de alguaciles que por el trabajo que realiza día tras día ocupándose de la banda de ladrones y rateros que comparecen ante su presencia. —Se interrumpió, titubeando, como si hubiera de considerar qué podía decir y qué no podía decir. Entonces añadió—: Conmigo ha demostrado tener un gran juicio.

—¿A qué se refiere, señora Durham? —Era evidente que deseaba que se lo preguntaran.

Ella prosiguió cuidadosamente.

—Ayer le propuse una idea que se me ha ocurrido, una idea modesta, a decir verdad. Y él, siendo el hombre que es, me escuchó con amabilidad, comprendió su significado e hizo un plan para llevarla a la práctica acto seguido, por así decirlo. Se lo tomó con la mayor seriedad.

—En tal caso —le dije—, las noticias que le traigo serán de su satisfacción.

—¡Cuéntamelas entonces! ¡Rápido!

—*Sir* John me ha pedido que le diga —hice una pausa para recordar las palabras exactas que había utilizado el juez— que le ha hablado a lord Mansfield de su plan y ha obtenido una buena respuesta.

—Pero, Jeremy, eso es realmente maravilloso. ¡Es la mejor noticia que podrías haberme traído! —Acompañó aquello con una palmada y añadió—: ¡Imagínate, lord Mansfield! Nada menos que un conde, si no me equivoco. Me pregunto qué se dirían.

—Quizá pueda ayudarle a este respecto —dije no sin cierto envanecimiento.

—¿Estabas presente? Oh, Jeremy, cuéntamelo.

Tras hacerle jurar que mantendría el secreto, le referí lo que había sucedido entre los dos magistrados en el coche durante el camino de vuelta de Bedlam: la carta para pedir dinero; la fundación, las negociaciones, todo ello excepto el carácter específico de la obra benéfica. La señora Durham se sintió profundamente impresionada.

—¿Cien libras? —exclamó con asombro—. ¿De veras que pidió tanto dinero a un solo hombre?

—Lord Mansfield le ofreció cincuenta.

—Esa es una cantidad elevada.

—*Sir* John sugirió que lo mejor sería que quedaran en una cantidad intermedia.

—Oh, Jeremy. Esto es realmente emocionante. Me haces tan feliz.

—Pero, por favor —dije—, no le mencione esto a *sir* John. Dudo que le guste que yo repita las conversaciones que mantiene con lord Mansfield.

—Te doy mi palabra de que no se lo mencionaré —respondió ella.

—Solo que ha hablado con lord Mansfield de su plan y que ha obtenido una

buena respuesta.

—De acuerdo.

A continuación me levanté para marcharme, consciente de que había pasado con ella más tiempo del que era mi intención. Aunque le insté a que no se moviera del sofá, ella también se levantó y, a cojas, me acompañó hasta la puerta.

—Espero que el pie se le ponga bien pronto —le dije—. Quizá pueda hacerle la compra si me escribe una lista.

—Tal vez el lunes… De todos modos disfruto de tus visitas, Jeremy. Y en cuanto a mi pie, no tengo deseos de volver a mi vida cotidiana. Tengo algo de dinero ahorrado, así que voy a utilizarlo y a ser optimista.

Cuando nos hubimos despedido, salí apresuradamente en dirección a Covent Carden, donde, según me había indicado *sir* John, tal vez pudiera encontrar a Moll Caulfield mendigando. Conforme me abría paso por las abarrotabas calles y entraba en la plaza, que estaba aún más abarrotada que estas, me puse a pensar en la visita que acababa de hacer a la señora Durham y en el placer que me proporcionaba su compañía, lo cual no dejaba de maravillarme. Al final me tranquilicé a mí mismo diciéndome que, al igual que el señor Donnelly, el médico que tanto había ayudado a *sir* John en el caso Goodhope, ella me hablaba simplemente como a una persona, no como a un niño. Con la muerte de mi madre, mi hermano y, más recientemente, la de mi padre, ya me había cansado de la infancia y lo que deseaba era ser un hombre. *Sir* John se dirigía a mí como si fuera un hombre y un niño, lo cual era probablemente lo más adecuado, ya que al parecer yo me comportaba a menudo como ambos, vacilando en el camino hacia la edad adulta para luego retroceder hacia la infancia. Sin duda se trataba de una época difícil para mí, como lo es, a mi entender, para todos los muchachos, por lo que la generosa atención que me prestaba alguien como la señora Durham me resultaba sumamente alentadora.

Tenía preparada una estratagema para Covent Garden. Sin dejar de mantener los ojos bien abiertos por si pudiera ver a Moll, iba a recorrer todo el mercado y preguntar a todos y cada uno de los verduleros si conocían a Dotty, ya que podía darse la casualidad de que alguno de ellos fuera su proveedor. Si daba con la persona adecuada, estaba seguro de que la encontraría, puesto que un proveedor ha de saber dónde viven sus vendedores ambulantes. No era un plan maravilloso, y yo era consciente de ello, pero al menos me ofrecía una alternativa a tener que mirar a todas y cada una de las mujeres que había en aquella gran multitud, la cual parecía habitar aquel lugar de manera permanente.

En mi intento por conseguir la ayuda de los verduleros, no tardé en darme cuenta de que estos caballeros y las mujeres que les ayudan son mucho más amables cuando te presentas ante ellos como un potencial comprador que cuando tratas de solicitarles información. Si hubiera llevado el chaleco rojo y la maza de un alguacil de Bow Street, habrían reaccionado con mayor amabilidad, de eso no me cabe duda. Sin embargo, presentándome ante ellos como lo que era, un muchacho que quería

hacerles unas preguntas, la mayoría de los que abordé se mostraron, en el mejor de los casos, indiferentes a mi persona; otros fueron verdaderamente groseros.

«Nunca he oído hablar de ella», fue la respuesta que recibí con más frecuencia.

Algunos se limitaban a hacer una señal con la mano para indicarme que me alejara y luego apartaban la mirada. Mentalmente tomé nota de ellos y juré no volver jamás a sus puestos como cliente.

Hacia el final de mi circuito empecé a sentirme bastante desanimado, consciente de que pronto tendría que emprender la búsqueda esquina por esquina que *sir* John me había aconsejado. Fue entonces, en el momento en que me aproximaba al penúltimo verdulero de Covent Garden, cuando sentí un golpe en un hombro, me giré rápidamente y, para mi consternación, vi nada menos que a mi adversario del día anterior. Era inconfundible, ataviado como iba con su sombrero de tres picos y su enorme casaca. No sabía si saltar sobre él para desquitarme de lo del día anterior o si dar media vuelta y echar a correr para, literalmente, huir de la tentación. Así, dudando entre impulsos contrarios, me quedé quieto como una estatua delante de él.

—Que no se te ocurra ponerme las zarpas encima —me dijo mientras yo continuaba quieto— y no te las vayas a guillar, que tengo algo para el pico.

¡Y dale con esa maldita manera de hablar! Todo lo que había entendido de lo que me había dicho era que tenía algo para *sir* John. De todos modos hablaba en tono conciliador y sus intenciones parecían pacíficas.

—El pico —insistió— es el gachó de tu cueva, ¿no?

—No… no comprendo.

—No sabes nada del chamulle, ¿verdad? ¿No chanas la jerga? Muy bien, chavea, te lo diré bien clarito entonces. —Y a continuación, lentamente, como si estuviera hablando con un niño pequeño o con un extranjero corto de luces, dijo—: Yo… —se señaló a sí mismo— tengo una carta… —La sacó de su voluminoso bolsillo— para tu señor *sir* John… como se llame.

—Fielding.

—Eso —dijo con un gesto de asentimiento.

Alargué el brazo para coger la carta, pero él la puso rápidamente fuera de mi alcance y, tras ocultársela detrás de la espalda, retrocedió ágilmente un par de pasos como si estuviera bailando.

—Dámela —le dije— para que se la entregue.

—No, no, no… No soy tonto. Puedo entregársela yo mismo.

—¿Entonces por qué me molestas? ¿Por qué no la llevas a Bow Street sin más?

Titubeó y luego dijo de mala gana:

—Me vendría bien que me echaras una mano.

—¿Ah sí? ¿Y podrías decirme por qué, si no te importa?

—Porque soy un choro conocido, un sisa de los buenos: un ladrón para ti, chavea —afirmó orgullosamente—. Tenías razón cuando me dijiste que lo era y empezamos la agarrada… Una agarrada de chipé, creo yo. He ganado muchas carreras a los

alguaciles; les he hecho morder el polvo de mis calcos. Pero también son muchos los que me han visto bien, y me temo que si asomo la cara por el número cuatro, no tardaré en ir a parar a Newgate. Pero esta es la parte en la que intervienes tú.

—¿Qué parte?

—Una de chipé, te lo aseguro. No te estoy pidiendo nada raro. Solo quiero que vayas y les digas que esto es como cuando en una guerra se saca la bandera blanca.

—¿Una rendición?

—No, no, no. Jimmie Bunkins no se rinde ante nadie.

—¿Una tregua?

—Exacto, chavea, una tregua. Esa es la palabra. Algo así como un período de tiempo fuera de lo normal.

—Supongo que sí. Pero sigo sin entender por qué no me das la carta y me dejas que se la entregue.

—Por la mosca, amiguito, por la mosca. Puede que valga una perra o un pavo. ¿Quién sabe? Todo vale algo. —Enseguida se dio cuenta por la expresión de mi cara de que no le entendía, por lo que tradujo su jerga a inglés normal y corriente—. Espero conseguir una gratificación. Esta carta debe de ser realmente importante, porque la persona que me la ha dado se comportaba con mucho disimulo. De todos modos nos vio la gente con la que iba, y uno de ellos me persiguió, y bien que me persiguió: estuvo a punto de alcanzarme. Pero al final me libré de él, y he estado andando desde entonces, pensando en cómo podía entregársela al pico sin correr riesgos. Entonces te he visto aquí y se me ha ocurrido que quizá podría sacar algo de mosca con el asunto.

Al oír aquello, empecé a pensar rápidamente.

—¿Quién te ha dado la carta?

—Una vieja gachí bien chipé que conozco desde hace tiempo. Se llama Moll.

—¿Moll Caulfield?

—La misma. Han sido muchas las veces que no he tenido ni una perra y ella me ha dado de comer de lo que le sobraba en la carreta. No entiendo qué hacía con esa gente de negro.

—¿Cuándo te ha dado la carta?

—Ayer a la morena. Anoche para ti, chavea, aunque era temprano. Acababan de dar las seis.

Consciente de lo importante que era todo aquello, decidí en aquel mismo momento suspender mi búsqueda.

—Vámonos —le dije—. Vamos a hacer lo que tú dices. Aunque no puedo asegurarte que puedas entregársela a *sir* John, vamos a intentarlo.

Él retrocedió con un cierto gesto de desconfianza.

—¿Vas a pedir la tregua?

—Cuenta con ello.

Con esta última garantía se sintió por fin satisfecho. Nos encaminamos juntos

hacia el número 4 de Bow Street, el cual no quedaba en realidad a mucha distancia de donde habíamos mantenido nuestra conversación. Durante el trayecto le pregunté si se llamaba realmente Jimmie Bunkins. A mí me parecía un nombre bastante extraño e incluso cómico, aunque no me atreví a decírselo.

Él se puso inmediatamente en guardia.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú mismo —dije—. Has afirmado que Jimmie Bunkins no se rinde ante nadie. He dado por supuesto que te referías a ti mismo.

—Hablas de una forma extraña. «He dado por supuesto que te referías a ti mismo» —repitió haciendo una burlona imitación de mi forma de hablar que me causó cierta irritación—. Hablas como si estuvieras estudiando para ser un milord o algo así. ¿Por qué no aprendes el verdadero idioma de Londres? ¿Por qué no puedes hablar el chamulle? ¿Por qué no chanas la jerga?

—Porque prefiero no hacerlo.

—«Porque prefiero no hacerlo» —dijo imitándome de nuevo y encolerizándome aún más—. Escucha, chavea, lo que necesitas es un profesor de chipé.

—Y supongo que ese profesor eres tú.

—Podría serlo. Si tú me tratas bien, yo te trataré a ti igual.

¿A qué se referiría?

No tuve oportunidad de averiguarlo, ya que habíamos llegado al juzgado de Bow Street. Abrí la puerta de la derecha, la que daba al largo pasillo que pasaba por la sala del tribunal y el calabozo y conducía al despacho de *sir* John. Le hice una señal a Jimmie Bunkins para que entrara, pero él no se movió de su sitio.

—Ve tú delante —me dijo—. Haz lo que has dicho que ibas a hacer. Lo de la bandera blanca.

—¿La tregua?

Mostrándose repentinamente tímido e inseguro, Jimmie movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Oh, vamos —dije, mostrándome impaciente de forma igualmente repentina—. Solo hay dos guardias dentro. Eso es todo. Si se interesan por ti, les diré que llevas una carta para *sir* John y que no tienen por qué preocuparse.

—¿Y te harán caso?

Pensé en ello por un momento.

—Sí —respondí finalmente—, me harán caso.

—Tú primero.

Me siguió. Avanzamos y a mano izquierda vimos la sala del tribunal, donde, tal como me imaginaba, los juicios del día habían concluido hacía ya tiempo. Luego pasamos por el calabozo, que estaba vacío, y, sin ver a ningún guardia, llegamos al cuarto del señor Marsden. Le saludé y le pregunté si *sir* John se encontraba en su despacho y si podía recibirme. El secretario me respondió afirmativamente, miró con curiosidad a Jimmie Bunkins y luego volvió a sus actas. Nosotros reanudamos

nuestro camino.

—No me ha dicho nada —musitó Bunkins.

—Quizá no seas tan famoso como piensas —dije.

—Pero no era un guardia del pico.

—No. Es el secretario del juzgado. Lo más seguro es que los guardias hayan salido para llevar a los prisioneros a la cárcel.

—¡Cáspita! —exclamó Bunkins estremeciéndose de asco.

Llamé a la puerta de *sir* John, me identifiqué y oí que podía pasar. Entré seguido de Bunkins, quien se mostró cauteloso y miró a un lado y a otro presa de una profunda inquietud. Se quitó el sombrero de tres picos y dejó al descubierto una mata de pelo enmarañado.

—Te acompaña alguien, Jeremy. ¿No será Moll Caulfield?

—No, *sir* John, es alguien llamado Jimmie Bunkins. Moll Caulfield le entregó una carta para usted anoche poco después de las seis.

—Bien, que se acerque y me la entregue.

Y eso fue lo que hizo Bunkins, temblando a cada paso. La dejó, arrugada y doblada como estaba, sobre la mesa junto a las yemas de los dedos de *sir* John, y luego retrocedió rápidamente.

—¿La ha leído, señor Bunkins?

—No… —Carraspeó y comprobó que tenía la voz demasiado débil, de modo que volvió a intentarlo—. No, señor, no sé leer.

—Comprendo. Quizá pueda decirme cómo ha llegado esta carta a sus manos.

Se lo dijo, prácticamente con las mismas palabras que había empleado la vez anterior. Le contó lo ocurrido y le describió su relación con Moll Caulfield, aunque en un tono mucho menos osado que el que había usado conmigo. En realidad Jimmie Bunkins parecía estar realmente atemorizado de *sir* John Fielding, y más le valía estarlo, a juzgar por su situación. *Sir* John le escuchó con interés, haciendo gestos de asentimiento, animándole a continuar. Cuando Bunkins hubo terminado, se produjo un silencio entre los dos que duró unos segundos.

Finalmente *sir* John preguntó:

—Señor Bunkins, ¿piensa usted que Moll Caulfield estaba siendo retenida en contra de su voluntad?

—¿Como si fuera una prisionera? Eso no se lo puedo decir con seguridad, señor. Todo lo que vi fue que iba en fila con los demás y que al darme la carta tuvo mucho cuidado de que nadie le viese hacerlo. Me la entregó toda doblada.

—Pero le vieron.

—Sí, señor, y me persiguieron. Conseguí librarme de ellos como si fueran alguaciles. Conozco las calles.

—Si no sabe leer, ¿cómo es posible que supiera que lo que le daba era para mí? ¿Se atrevió a hablar con usted?

—No, señor, pero hizo la señal.

—¿Qué señal?

—Esta, señor. Oh, pero usted no puede ver, ¿no, señor?

—No, pero descríbamela, por favor. Me interesa.

—Bueno, se pone el dedo así y se hace con la nariz una especie de pico de pájaro. Moll no es una ladrona, ¿sabe?, pero habla el chamulle y conoce todas las señales de la calle. Esta es la señal que utilizamos para referirnos a usted y a los guardias de su juzgado. Es lo mismo. Quizá no debiera habérselo dicho, pero así son las cosas.

—¿No acudió entonces a un guardia?

—Oh no, señor. Me mantengo a distancia de los guardias.

—Pero en cambio te has acercado a Jeremy.

—Oh sí, señor. Tuvimos una agarrada, pero me pareció un chavea de chipé.

—Entonces le agradezco que haya venido con Jeremy a entregarme la carta. ¿No esperaría usted recibir alguna gratificación por un casual?

—Bueno, yo…

—Todo lo que puedo ofrecerle es lo siguiente. Ha insinuado con bastante claridad que es un ladrón. Jeremy sospechaba de usted, y eso fue, si no me equivoco, la causa de su pelea. Permítame que le haga una pregunta: ¿tiene usted familia? ¿Tiene padre o madre?

—No, señor.

—¿Y tampoco un trabajo o algún otro medio para ganarse el pan?

—No, señor.

—Entonces le aconsejo vivamente que abandone el latrocinio, aunque soy consciente de que esto tal vez sea difícil en su situación. Le ofrezco por tanto lo siguiente: cuando comparezca ante mí en un juicio, como sin duda ocurrirá si persiste, tendré en consideración este servicio que me ha prestado en el momento de juzgarle. ¿Le parece esta una gratificación satisfactoria?

Bunkins hizo un vigoroso gesto de asentimiento.

—Oh sí, señor. Es una gratificación de chipé.

—Trato hecho. Jeremy, ¿te importaría acompañar al señor Bunkins a la puerta? Luego regresa para que podamos examinar el contenido de la carta de Moll Caulfield.

—Sí, *sir* John —respondí.

Dicho aquello, le di un toque a mi joven acompañante en el brazo, ya que se había vuelto a quedar mirando embobadamente al juez. Una vez roto el hechizo, accedió a que nos marcháramos. Cuando llegamos a la puerta, *sir* John dijo:

—Señor Bunkins, quiero decirle una cosa más. Dispongo de los medios para que los muchachos que están en su situación puedan ingresar en la marina, bien en la flota de su majestad o bien en la marina mercante. ¿Ha considerado en alguna ocasión dedicarse a ese tipo de vida?

—No, señor, no lo he considerado.

—Pues bien, piénseselo, por favor. Si desea hablar de ello conmigo, no tiene más que buscar a Jeremy.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted, señor Bunkins.

A continuación salimos del despacho del juez. Jimmie Bunkins no me dijo ni una palabra hasta que llegamos a la puerta de la calle. La abrí, y él salió distraídamente, como si estuviera pensando en otra cosa, que era en realidad lo que debía de estar haciendo en aquel momento. Entonces, súbitamente, exclamó:

—¡Es un gachó de chipé ese pico! Nunca he conocido a nadie como él, y no creo que vaya a conocer otro. Podría mandarme al patíbulo y aún así le daría las gracias. —Me cogió de la mano y me la estrechó con fuerza—. Mantén los fanales abiertos. Volveremos a vernos pronto, chavea. Me alegro de que hayamos hablado.

Se alejó corriendo del número 4 de Bow Street, mostrándome por un instante la velocidad que le había permitido mantenerse alejado de la ley hasta aquel momento. Le deseé lo mejor, pero me temía, tal como había dicho *sir* John, que fuera solo una cuestión de tiempo que se metiera en un apuro. Aquel, de todos modos, no era el problema más acuciante, de modo que volví apresuradamente al despacho de *sir* John para atender al asunto que nos ocupaba.

—Ah, Jeremy —dijo—. Pasa. Léeme esto, por favor.

La carta de Moll Caulfield fue en cierto modo una decepción. No proporcionaba información específica acerca de los Hermanos del Espíritu, ni tampoco ninguna indicación sobre el lugar al que pudiera haber ido ella. Rezaba como sigue: «*Sir* John: no estoy bien con estas personas. Le diría más cosas si usted lograra apartarme de ellos. Moll C.»

—Bueno, no es gran cosa —comentó *sir* John—. Eso sí, al menos sabemos que se ha sentido casi como una prisionera con ellos. —Hizo una pausa y luego añadió—: Supongo que tu búsqueda no ha tenido fruto.

—En efecto, señor.

—¿Y tampoco has encontrado a su amiga, Dotty?

—No, señor. Las estaba buscando por Covent Garden cuando Jimmie Bunkins ha dado conmigo. He pensado que lo mejor sería traerlo directamente aquí para que hablara con usted.

—Has hecho bien. Un muchacho interesante. Solo en Westminster hay docenas como él: huérfanos, sin oficio ni beneficio. No pueden hacer otra cosa que robar. Ha sido gracioso lo que nos ha dicho sobre la señal que le hizo Moll: la señal para referirse a mí y los guardias. ¿La conocías?

—No, señor.

—Espero que podamos persuadirle de que abandone la calle.

El juez se sumió entonces en una de sus largas y silenciosas meditaciones. Yo ya sabía que en tales circunstancias no debía molestarle. Él simplemente pensaba lo que había que pensar en tales casos y, a menudo, cuando regresaba de aquellas profundidades, aparecía en un lugar muy lejano de aquel en el que se había sumergido.

Al cabo de muchos minutos, afirmó:

—Si no fuera un sacrilegio decirlo, pediría que se condenase a esa secta de parlanchines, los Hermanos del Espíritu. Son unos alborotadores. Alteran el frágil orden público que mantenemos en Bow Street. No me gustan, y sobre todo no me gusta ese hermano Abraham.

—Hay algo que me gustaría decirle sobre ellos, *sir* John.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Me vino a la cabeza al oír la declaración del señor Bilbo sobre su encuentro con los dos miembros de la secta en Maiden Street.

—Ah sí, tal vez no debiera haberle impuesto una multa. De ese modo podría haber manifestado mi indignación por la forma en que el hermano Isaac y el hermano James le molestaron al pensar que era judío. Por lo menos hoy les he impuesto la misma multa por desacato al tribunal. Pero continúa. ¿Qué te vino a la cabeza durante el juicio del señor Bilbo?

—Esto, señor: cuando por desgracia llevé a Moll Caulfield a Covent Garden para que los Hermanos del Espíritu se ocuparan de ella, oí a estos cantar uno de sus himnos, un himno que no se parecía en nada a los que yo haya podido oír. Parecía profetizar la conversión de los judíos, precisamente lo que los dos hermanos tenían en la cabeza cuando atacaron al señor Bilbo en Maiden Lane. No sé si recordará usted que allí hay un templo judío.

—¡Por supuesto que sí! Ni me había parado a pensar en ello. Causan tan pocos problemas que me pasan inadvertidos. Son unos extraños judíos holandeses que, según tengo entendido, se dejan crecer la barba como Bilbo y se visten con atavíos tan negros como los que llevan los Hermanos del Espíritu. Quizá los hermanos Isaac y James pensaran que el bueno de Bilbo se dirigía a la sinagoga o acababa de salir de ella.

Esta era una palabra desconocida para mí. Me sonaba extraña, como una palabra extranjera.

—¿Una sinagoga, señor? ¿Es un templo judío?

—Así los llaman, en efecto.

—Sé poco sobre los judíos —dije—, aunque mi padre hablaba bien de ellos. Sobre todo de Spinoza y de Maimónides. Su favorito, Voltaire, los censuraba, pero él decía que esto le proporcionaba un ejemplo para probar que uno no debía aceptar todo lo que dijera un filósofo, sino partes.

—Ojalá hubiera conocido a tu padre —dijo *sir* John—. Parece como si solo te hubiera transmitido sabiduría.

—No conozco a ningún judío —comenté.

—Son como todos los hombres —me explicó el juez—: la mayoría buenos y unos cuantos malos. He conocido a algunos de los malos en el juzgado. Uno fue ejecutado, pero justamente, ya que había cometido un asesinato. Sin embargo los demás pasan inadvertidos, ya que no comenten delitos.

Se interrumpió, se quedó pensativo por un momento y luego volvió al tema del que estábamos hablando:

—Este asunto de la conversión de los judíos es un tema muy discutido. Algunos esperaban que se diese el siglo pasado. De una época en que se llega al extremo de ejecutar a un rey cabe esperar grandes milagros y portentos. Como los predicadores afirmaban que el segundo advenimiento de Jesucristo solo se produciría con la conversión de los judíos, y se había utilizado una determinada argucia matemática para probar que el advenimiento estaba cerca, se supuso que los judíos harían lo que les correspondía y se harían cristianos, y que Jesucristo descendería del cielo y la primera tierra que hollaría sería la de Inglaterra. Nunca se dudó que Londres fuera a ser la Nueva Jerusalén, aunque no alcanzo a comprender por qué habría de desear aparecer en estos sombríos parajes. En cualquier caso, se daba por supuesto que esta conversión mundial al cristianismo iba a producirse a mediados del siglo pasado. Había una fecha exacta para ello, aunque no recuerdo cuál era. Lo que sí recuerdo, en cambio, es que el proceso había de concluir antes de 1699, de modo que quedara expedito el camino para el segundo advenimiento, el cual supongo que tendría lugar en 1700. Las personas que interpretan la Biblia literalmente son muy aficionadas a los números redondos… Pues bien, el caso es que los judíos no colaboraron. Siguieron fieles al Antiguo Testamento y se comportaron tal como lo habían hecho durante los últimos cuatro mil años aproximadamente. Esto no tuvo mucha repercusión en Inglaterra, por cuanto estos cálculos y profecías tan precisos solo preocupaban a predicadores y teólogos. Y menos mal que así fue, ya que si llegan a haber suscitado en el pueblo las expectativas que ellos tenían, quizá se hubieran tomado represalias contra los judíos como las que se ven en esas naciones ignorantes y presuntamente cristianas del este de Europa. Ruego a Dios que aquí no suceda nada de eso.

Como *sir* John ya había acabado su explicación, dije:

—Pero ahora nos encontramos con estos Hermanos del Espíritu, y lo ocurrido parece formar parte de su plan, ¿no?

—¿Quién sabe qué estarán tramando? ¡Maldición! Son…

En aquel momento se oyó un sonoro golpe en la puerta del despacho.

—¿Te importaría ir a ver quién es, Jeremy?

Fui a la puerta, la abrí y me encontré con dos hombres: el señor Marsden, a quien conocía perfectamente, y un hombre que lucía ropa de calidad y una barba corta y bien cuidada a quien no había visto jamás. Dando muestras de una perfecta educación, esperaba en su sitio, pese a que su actitud delataba una urgencia que apenas podía disimular.

—El señor Moisés Martínez desea hablar con *sir* John —anunció Marsden.

—¿Quién es, Jeremy?

—El señor Moisés Martínez, *sir* John.

—Bien, hazle pasar.

Marsden y yo nos apartamos, y el invitado pasó rápidamente por nuestro lado y se acercó a *sir* John, cuya mano extendida estrechó. Aunque era la primera vez que veía a aquel hombre, yo lo conocía por su buena reputación. Había sido él quien había puesto en orden los asuntos financieros de *lady* Goodhope. Recordaba que, al elogiarle, *sir* John le había descrito como: «un judío y una persona honesta». Por consiguiente, al parecer era él el primer judío que yo veía. A decir verdad, me sentí un tanto decepcionado. Dejando aparte la barba, que no estaba de moda, tenía el mismo aspecto que cualquier otro hombre, aunque iba mejor vestido.

Marsden había desaparecido. Con gran curiosidad por conocer la naturaleza de aquella visita, cerré suavemente la puerta y me quedé en el despacho. Al fin y al cabo, no me habían pedido que me fuera.

—*Sir* John, lamento molestarle —dijo Martínez—, pero acaban de comunicarme una noticia dolorosa y he pensado que debía hacérsela saber.

También hablaba como cualquier otro hombre.

—Siéntese, señor Martínez, y cuéntemelo —dijo *sir* John—. Aligere el peso de sus piernas y de su corazón.

Martínez se sentó en la silla, pero como estaba en un estado de profunda agitación, aún tuvo que aguardar un momento para calmarse y empezar a hablar:

—¿Conoce usted la sinagoga de Maiden Lane?

—Sí. Hace apenas un momento que me la han traído a la memoria.

—Las personas que se reúnen en ella son gente de bien. Tal vez les parezcan algo extrañas a sus vecinos a causa de la ropa y las largas barbas que llevan, pero son discretas y no causan problemas a nadie.

—Son judíos holandeses, ¿no es así?

—Así les llaman, aunque en realidad proceden de Ucrania y Polonia, donde fueron objeto de una fuerte opresión y sufrieron grandes padecimientos. Según las distinciones que aceptamos, son judíos asquenazis.

—¿Y usted es…?

—Sefardita.

—¿Sería esta diferencia equiparable a la que hay entre católicos y protestantes?

—No, *sir* John. Entre nosotros no existe una verdadera discrepancia. Somos sencillamente judíos con historias diferentes. De todos modos no es preciso que hablemos ahora de estas historias.

—Como usted prefiera, señor Martínez.

Sir John le hizo una señal con la mano para que prosiguiera.

—Anoche los servicios religiosos del sábado judío que estaban celebrándose en esta sinagoga de Maiden Lane fueron interrumpidos por un grupo de hombres de una manera realmente amenazadora. Los miembros de la congregación conocían bien a estos hombres, ya que eran los mismos que habían estado abordándoles bruscamente en la calle y predicándoles con gran agresividad.

—Los Hermanos del Espíritu —dijo *sir* John interrumpiéndole.

—¡Ah! Los conoce.

—Demasiado bien, señor Martínez, demasiado bien. Pero dígame, por favor: ¿qué han hecho ahora para alterar el orden público y aumentar mi irritación?

—Como ya le dicho, *sir* John, interrumpieron los servicios religiosos del sábado, obstruyeron las salidas y obligaron a los miembros de la congregación a escuchar el…, bueno, el sermón que pronunció uno de ellos.

—Apuesto a que fue el hermano Abraham.

—Es posible. Yo no estaba presente.

—¿Cómo se ha enterado de todo esto entonces?

—Me ha informado de ello una persona que sí estuvo presente. Se trata de un hombre al que conozco, y me fío de su palabra.

—¿Le ha dicho esa persona cómo obstruyeron las salidas? ¿Estaban esos hombres armados?

—No me lo ha dicho.

—¿Y le ha contado algo sobre el contenido del sermón que se pronunció ante los miembros cautivos de la congregación?

—Eso sí. Me ha dicho que fue una conminación, mejor dicho, una orden para que se convirtieran a la fe cristiana.

—Ese tipo de sermones no son delito, por supuesto —afirmó *sir* John—. Sin embargo, si se recurrió a métodos coercitivos para obligar a los miembros de la congregación a que prestaran atención…

—Exacto —dijo Martínez—. O si se obstruyeron las salidas para impedir que se fueran…

—En efecto. Y luego hay que tener en cuenta la cuestión de la violación de la propiedad. Estoy seguro de que estos antinomistas no fueron invitados.

—Ciertamente no.

—Me gustaría saber más sobre este asunto. Quizá tengamos toda una lista de cargos que presentar contra ellos.

—*Sir* John, deseo vivamente que sepa más sobre este asunto —dijo Martínez con una gran sonrisa—. Si no tiene inconveniente, podría ir más tarde a la sinagoga y enterarse de todo esto personalmente.

—¿Y por qué no ahora? Estoy dispuesto a ir inmediatamente.

Para demostrar lo que acababa de decir, *sir* John se puso en pie y empezó a buscar su bastón y su sombrero de tres picos sobre la superficie de la mesa.

El señor Martínez se levantó sin tanto convencimiento.

—Tal vez no sea el momento más oportuno —dijo.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Todavía es sábado mientras no anochezca. El rabino estará celebrando los servicios religiosos hasta entonces.

—¿El rabino? ¿Se refiere al sacerdote? ¿Al predicador?

—Creo que podría comparársele con un predicador.

—Él es la persona con la que debo hablar, ¿no es así?

—En efecto, *sir* John. Si no es inconveniente, vendré a buscarle justo antes de que anochezca. Sería para mí un honor poder acompañarle, y además creo que podría prestarle cierta ayuda.

—Creo, señor Martínez, que usted puede prestarme una gran ayuda. Le agradeceré toda la que me dé.

Fiel a su palabra, Moisés Martínez fue a buscar a *sir* John en torno a las seis y media. Cuando los dos salimos del número 4 de Bow Street, ya estaba esperándonos ante la puerta cerrada de su coche, preparado para servirle de lacayo al juez. Si se sorprendió de verme a su lado, no dio muestras de ello. *Sir* John había tomado la decisión de extender la invitación a mi persona de improviso, diciendo que seguramente sería una experiencia educativa para los dos. Y, en efecto, así resultó ser.

—Me ha causado tanta impresión su noticia —dijo *sir* John al señor Martínez—, que se me ha olvidado presentarle a mi joven ayudante, Jeremy Proctor. Permítame que lo haga ahora.

Estreché la mano solemnemente al barbudo caballero. Cuando musitó que era un placer conocerme, tuve la impresión de que mi persona le merecía un juicio favorable.

A continuación subimos al coche: yo primero, luego *sir* John con una mano en alto y el señor Martínez en último lugar. Sentados los tres en un solo asiento, estábamos un tanto apretados. Sin embargo la distancia que teníamos que recorrer era corta.

Sir John hizo un comentario al respecto:

—Podríamos haber ido andando, ¿sabe?

—Tal vez —respondió Martínez—. No obstante, a pesar incluso de la presencia de sus guardias, las calles siguen siendo peligrosas, quizá hasta para usted. Para mí lo son, desde luego.

Nos pusimos en camino. Los dos hombres no volvieron a hablar hasta que el coche enfiló Maiden Lane, momento en que el señor Martínez nos dijo unas palabras de explicación:

—¿Ha estado usted alguna vez en una sinagoga, *sir* John?

—A decir verdad, no.

—¿Y tú, Jeremy?

—No, señor.

—Entonces probablemente debería decirles que la que nos disponemos a visitar no es en absoluto una sinagoga típica. Si fueran a visitar el templo sefardita al que yo voy, comprobarían que los servicios religiosos que en él se celebran no son muy diferentes de los de la iglesia de ustedes. Aunque las plegarias se rezan y cantan en hebreo, idioma que a ti, Jeremy, te sonará sin duda extraño, buena parte del servicio,

quizá la mayor parte, se celebra en inglés. El comportamiento que muestra la congregación es, como podrán imaginar, reservado y decoroso. En Beth El, la sinagoga que nos disponemos a visitar, las cosas son muy diferentes.

—¿Por qué? Porque pertenecen a esa otra comunidad, ¿la as…?

—La asquenazi. Sí, en parte. Como acaban de llegar al país, celebran sus oficios en hebreo y yiddish, que es el idioma de los judíos del este de Europa. De todos modos, esta congregación en concreto es una variante asquenazi llamada Hasidim.

Cuántas palabras extrañas, pensaba yo.

—Muchos consideran escandaloso su comportamiento. Dicen que son alborotadores. Cantan, e incluso bailan, y tienen una gran confianza en la sabiduría de su rabino, Gershon, quien en el fondo no es tanto un predicador como un narrador de cuentos.

—¿Y es con él con quien debemos hablar? —preguntó *sir* John.

—Sí, en efecto —respondió el señor Martínez.

—¿En inglés o tendrá usted que traducir?

—Oh, Gershon habla inglés muy bien; es uno de los muchos idiomas que domina. A mí me parece un hombre extraordinario. Como ya le he dicho, muchas personas se sienten escandalizadas por los judíos asideos; sin embargo yo he mantenido muchas conversaciones con él y siempre he aprendido mucho de ellas. Creo que les será simpático.

—Eso me preocupa menos que la cuestión de si será un testigo útil y bien dispuesto.

—Es usted quien debe decidir eso, *sir* John.

Segundos más tarde el coche se detenía delante de la sinagoga de Maiden Lane. El señor Martínez salió de un salto y, ordenándole firmemente al cochero que nos esperara, ayudó a descender a *sir* John. También extendió una mano para ayudarme a mí, pero yo la rehusé, ya que no tenía edad para recibir asistencia y tampoco la deseaba.

Había adivinado que la pequeña casa de Maiden Lane era una sinagoga gracias a la estrella de seis puntas que había en la ventana (la cual me había dicho mi padre que era el símbolo de los judíos al igual que el crucifijo era el símbolo de los cristianos) y al extraño texto que se veía sobre la puerta, el cual estaba escrito con unas curiosas letras verticales que me tenían perplejo. De todos modos, aparte de reparar en el hecho de que se encontraba en Covent Garden, no le había dedicado mucha atención. Únicamente me había servido para recordar lo maravilloso y variopinto que era, y sigue siendo, Londres.

El señor Martínez llamó a la puerta; no obtuvo respuesta, aunque pudimos oír al otro lado el ruido sordo de un alboroto. Encogiéndose de hombros, el caballero probó a abrir la puerta, la cual no le ofreció resistencia.

—Bien —comentó *sir* John—. Ya sabemos cómo lograron entrar los Hermanos del Espíritu.

Martínez volvió a encogerse de hombros.

—Al fin y al cabo se trata de un lugar de culto. No puede estar cerrado a los fieles.

—Es cierto.

—Síganme, por favor.

Dicho aquello, nos condujo (yo iba en último lugar) por un pequeño vestíbulo hasta un salón de gran tamaño.

—Parece —dijo *sir* John en medio del creciente barullo— que vamos a interrumpir el servicio.

—Nunca paran. Mantendrían levantado al rabino Gershon toda la noche si él se lo permitiera, y a veces se lo permite.

Al llegar al salón, me sentí abrumado por lo que vi y oí. Si aquel era un lugar de culto, no se parecía a ninguno de los que conocía, y los fieles eran sin duda los menos contenidos que yo hubiera visto jamás. El salón era bastante sencillo. Había sillas, aunque la mayoría de ellas habían sido apartadas, y una plataforma elevada al fondo sobre la cual se veía un armario de pequeño tamaño provisto de cortinas. Todo esto lo pude ver con cierta dificultad, poniéndome de puntillas y cambiando de sitio para mirar, ya que los miembros de la congregación (que eran todos hombres) estaban de pie y armaban una tremenda algarabía con las voces que daban. Hablaban en un idioma de sonidos ásperos y guturales a los que costaba acostumbrar el oído. Se diría que estaban discutiendo los unos con los otros, y que apenas prestaban atención al hombrecillo barbudo y ataviado con una túnica que había sobre la plataforma. De vez en cuando alguien le soltaba súbitamente una frase, pero él se limitaba a sonreír y le respondía con unas palabras.

Haciéndonos una señal para que aguardásemos, el señor Martínez avanzó cuidadosamente hasta la plataforma y habló con el hombre de la túnica, quien hizo un gesto de asentimiento y miró hacia donde estábamos nosotros. Luego gritó algo a la alborotada multitud (que en realidad no era tal multitud, sino un grupo de veinte o veinticinco hombres) y esta le prestó atención de inmediato. Entonces, lenta y rítmicamente, se puso a dar palmas. Los toscos y barbudos hombres, que no vestían ropas lujosas aunque alguno calzaba botas, empezaron a subir la voz y entonaron una extraña canción. Algunos se vieron sorprendidos por la música y empezaron a cantar tarde, de tal suerte que la canción parecía ir cobrando fuerza a cada compás con independencia de su fin. ¿Sería un himno? No, su melodía era más alegre que la de cualquier himno que yo hubiera oído en una iglesia, fuera esta de tendencia conservadora o no. Tenía un ritmo lento, de modo que los hombres pronto empezaron a seguir con los pies el compás que mantenía el rabino con las palmas. Sin dejar de dar golpes en el suelo, daban vueltas sobre sí mismos, chasqueando los dedos al unísono tal como yo se lo había visto hacer en una ocasión a unos gitanos. Pronto acompañaron la canción con el baile. Era lo más extraordinario que yo hubiera visto jamás: hombres adultos bailando y cantando, y no en un espectáculo de

entretenimiento, sino por la simple alegría y euforia que les producía.

¿Acaso no era esto lo que Martínez había dicho que podían hacer? En efecto, pero una cosa era que nos lo hubiera contado y otra muy distinta ver cómo lo hacían. Lancé una mirada a *sir* John para ver qué efecto tenía en él aquel extraño comportamiento. Tenía algo parecido a una sonrisa de perplejidad en los labios, como si no supiera muy bien si aceptar la prueba que le ofrecían los oídos.

Entonces, tan repentinamente como había comenzado, concluyó. El rabino dejó de dar palmas. Todos los hombres guardaron silencio y se volvieron hacia él. Alzando los brazos y extendiendo una mano, el hombre de la túnica pronunció algo parecido a una bendición en el mismo idioma de sonidos roncos y apagados que los demás habían empleado al hablar los unos con los otros. El señor Martínez apareció entonces a nuestro lado y nos aseguró que solo teníamos que esperar un momento, pues los miembros de la congregación excepto el rabino no tardarían en irse. Los hombres se pusieron en movimiento, preparándose para marcharse. Entonces oí encima de mí unos sonidos parecidos. Me volví, alcé la vista y observé que detrás de una celosía había unas mujeres. Eran sus voces lo que había oído. A continuación oí sus pasos en las escaleras y poco después las vi aparecer, solas o en parejas, reunirse con sus hombres e irse con ellos.

La sala no tardó en vaciarse. El rabino bajó de la plataforma y se acercó a donde estábamos. El señor Martínez se lo presentó a *sir* John diciendo que era el rabino Gershon de Kishinev, y los dos hombres se dieron la mano. El rabino señaló las sillas vacías que habían sido apartadas a un lado. Toqué a *sir* John el codo y le conduje en la dirección indicada.

—¿Son los miembros de su congregación siempre tan expresivos? —preguntó cuando se hubo acomodado en la silla que yo había colocado detrás de él.

—Siempre —dijo el rabino.

—Cantan con el mismo entusiasmo que un borracho.

—Están borrachos del amor del Todopoderoso.

—Y si mi oído no me engaña, también bailan. He estado en la marina y sé que los marinos bailan de la misma manera cuando celebran algo.

—Al igual que bailó el rey David en señal de celebración ante el Arca de la Alianza. La alegría no es ningún pecado.

—Solo quería saber qué inspira esa alegría.

—Lo que es vil o pernicioso no puede inspirar alegría.

—Ni puede ser celebrado por hombres virtuosos.

—Ya veo que hay tierra fértil entre nosotros —dijo el rabino con una sonrisa tímida—. Explorémosla juntos.

Sin levantarse de la silla, los dos hombres se inclinaron, el uno en dirección del otro. Observé que Martínez permanecía de pie, al igual que yo. Se encontraba a un lado del rabino y miraba a los dos hombres con un gesto de gran expectación.

—Hábleme de la visita que les hicieron anoche.

El otro hombre se encogió de hombros.

—No hay mucho que decir —dijo—. Es cierto que tuvimos visitantes. No les invitamos, pero ya se sabe que hay personas que entran en la sinagoga por curiosidad. Se lo permitimos, por supuesto. Esta es la casa de quien nos creó a todos. ¿Qué seríamos si cerráramos el paso a parte de sus hijos? La mayoría de las personas que vienen son judíos. Moisés Martínez viene a menudo. Los visitantes que tuvimos anoche no eran judíos.

—¿Cuántos eran?

—No muchos. Cuatro o cinco… Cinco, me parece.

—Los miembros de su congregación podrían haberse impuesto a ellos con facilidad, es decir, si sus visitantes no iban armados. ¿Iban armados?

—No llevaban ni espadas ni pistolas.

—Lo cual significa que iban pertrechados con otro tipo de armas.

—Cuatro de ellos llevaban unas pesadas mazas.

—¿Y el quinto?

—Él venía a predicar.

—Ah, el hermano Abraham, ¿verdad?

—Así dijo que se llamaba, en efecto. Pensaría que por ese motivo tenía derecho a reclamar nuestra atención, como si fuera nuestro nuevo patriarca.

—Pero ustedes no le reconocieron tal derecho.

—No, pero hemos conocido a hombres como él en otros países y tenemos experiencia. Si desean hablar, les escuchamos, siempre respetuosamente. Este es el consejo que di a los miembros de mi congregación: que fueran respetuosos.

—¿Les dio este consejo en su propio idioma, el que he oído esta noche?

—Sí, fue extraño. Ese hombre, el que decía llamarse Abraham, al parecer no había caído en la cuenta de que muchas de las personas presentes no iban a entenderle si se dirigía a ellos en inglés, de modo que me pidió que tradujera sus palabras para que todos pudieran comprenderle mejor. No se comporta como un hombre de mundo el tal Abraham, pero tampoco es estúpido. Conocía su Torá, y lo citó bien; con los profetas, en cambio, no mostró tanta soltura. Luego predicó su propio sermón, y yo lo traduje con comentarios: de vez en cuando daba una advertencia o hacía un guiño. Los miembros de mi congregación me comprendieron.

—¿Y cuál era el fin de su sermón? —preguntó *sir* John.

—Un fin que todos los judíos, incluidos Moisés Martínez y yo, conocemos: los franciscanos se lo dijeron a su gente hace dos siglos en España, y yo…

El rabino se interrumpió de repente, se quedó pensativo por un momento, sonrió y dijo finalmente:

—Voy a contarles una historia.

—Tengo entendido —dijo *sir* John— que usted es un buen narrador de cuentos.

—Intento serlo, ya que todas las verdades importantes están en cuentos. Este no es muy nuevo. De hecho es muy antiguo, dado que lo he sacado de un libro antiguo

llamado el Haggadá. Pero lo voy a modificar para responder a su pregunta acerca del fin del sermón.

—Adelante —dijo *sir* John al tiempo que se recostaba en su silla.

—«Una vez hubo un reino» —empezó el rabino— «gobernado por un rey justísimo que deseaba que sus súbditos no solo prosperaran sino sobre todo que fueran justos y generosos los unos con los otros. En este reino había dos labradores, terratenientes ambos, que eran vecinos. Uno, el mayor de los dos, tenía muchos hijos que le ayudaban a labrar la tierra; sin embargo uno se fue de casa para buscar fortuna en la ciudad y otro para ser marinero. Esto lo dejó con una buena parcela de tierra y nadie para labrarla. Pero el labrador de mayor edad tenía otros hijos y más tierra y era todavía próspero, por lo que decidió vender aquella parcela de tierra a su vecino, el labrador más joven. Así lo hizo, y por un precio bueno y justo. Los dos terratenientes estaban contentos con el negocio que habían hecho.

»Sin embargo, mientras cavaba un pozo en la parcela de tierra recién adquirida el segundo granjero encontró enterrado a gran profundidad un cofre lleno de monedas de oro: un tesoro escondido. Por el aspecto del cofre y las monedas supo que eran antiguos y que no podían haber sido enterrados por el hombre a quien le había comprado la tierra. No obstante el segundo granjero fue a ver al primero y le dijo: “Toma este cofre lleno de monedas, pues lo he encontrado enterrado en la tierra que te he comprado”». Ahora hemos de detenernos y preguntarnos: ¿por qué el segundo granjero hizo tal cosa? Tenía un plan. Su intención era que el rey, quien animaba a que se realizasen buenas obras entre sus súbditos, se enterase de su generosidad y le honrara con su favor. Probablemente le recompensaría con parcelas de tierra más grandes y quizá le ascendiera a la nobleza.

»Sin embargo, el vendedor de la tierra se opuso: “Este tesoro que has encontrado no es mío”, le dijo. “No fui yo quien lo enterró. Te he vendido la parcela de tierra y he obtenido un precio justo. Lo que hayas encontrado en ella es tuyo”.

»“No”, respondió bruscamente el comprador, que estaba enojándose. “Debes quedarte el tesoro. Yo solo he comprado la tierra. Lo que haya sobre ella o en ella es tuyo”».

»“Tu generosidad es grande, pero no puedo aceptarlo”, dijo el vendedor.

»Sintiendo ahora un profundo enojo, pues su plan para ganarse el favor del rey estaba a punto de fracasar, el segundo labrador dijo: “Debes aceptar el tesoro que te ofrezco; de lo contrario te mataré”».

Dicho aquello, el rabino se recostó y sonrió para indicar que había terminado el cuento. *Sir* John aguardó unos segundos y luego, presa de una gran expectación, unos segundos más.

—Pero bueno, continúe, por favor —dijo con cierta exasperación—. ¿Cómo acaba el cuento?

El rabino Gershon se encogió de hombros y alzó las palmas de las manos.

—¿Quién sabe? —respondió.

—A ver, ¿obligó el comprador al vendedor a aceptar el tesoro con su amenaza? ¿Mató el comprador al vendedor?

—Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, de modo que podemos estar seguros de que el vendedor de la tierra está muerto. Lo que no sé es cuándo murió y en qué circunstancias. Todos los hombres mueren, aunque eso, por sí solo, no es motivo para lamentarse. Para la persona que muere puede ser un motivo de júbilo. ¿Quién sabe?

—Mmm… —*Sir* John dejó escapar un gruñido y se cruzó los dedos de las manos sobre la barriga. Se quedó sentado en aquella posición, y no pronunció ni una palabra durante largo rato.

Finalmente dijo:

—Rabino Gershon, ¿le hicieron a usted o a los miembros de su congregación alguna amenaza?

—A ver si puedo decirlo exactamente tal como lo recuerdo. Ese hombre, el que dice llamarse Abraham, abrió los brazos y anunció que nos saludaba a todos como hermanos. Si aceptábamos que quien ustedes llaman Jesús es el Mesías, todas las riquezas del cielo serían nuestras. No sé cómo podía saber esto. Entonces pidió a todos los que estaban dispuestos a hacerlo que se acercaran a él. Repetí su invitación en nuestro idioma. Al ver que nadie se le acercaba, se enfadó y dijo: «La Iglesia Católica sabía cómo tratar a las personas como ustedes: a sangre y fuego».

—¿Eso fue lo que dijo? ¿Que la Iglesia Católica sabía cómo tratarlos?

—Esas fueron las palabras que utilizó.

—Bueno, son hechos históricos.

—En efecto —dijo el rabino.

—Pero la amenaza está implícita —comentó Moisés Martínez.

—Pero no es manifiesta —dijo *sir* John dejando escapar un suspiro. Y concluyó —: La violación de propiedad no puede ser tenida en cuenta, ya que ustedes permiten la entrada a visitantes y los han tenido en el pasado. ¿Y qué me dice del delito de agresión? ¿Fue algún hombre golpeado por los hombres que portaban mazas?

—No.

—¿Fue alguno tratado desconsideradamente al intentar salir?

—No. Di orden a los miembros de mi congregación de que no se movieran de sus sitios.

—Al parecer el único delito que les puedo imputar es el de intromisión ilegítima. Todo lo que tienen ustedes que hacer es jurar que las circunstancias fueron las descritas y yo les impondré la multa más elevada por alteración del orden.

—No voy a hacer eso —respondió el rabino Gershon—, pese a que me gustaría mucho.

—¿Por qué no? No podemos permitir que semejante escándalo pase inadvertido. Si no hacemos nada al respecto, es fácil que vuelva a ocurrir una y otra vez. No es posible que usted desee eso, señor.

—No, no lo deseo, pero tengo aún menos deseos de llamar la atención sobre

nosotros. Ya nos hemos visto en situaciones semejantes en el pasado: en Ucrania, en Polonia e incluso en Holanda. Lo mejor siempre parece ser tomar el camino de la discreción.

—Pero usted debe entender, rabino Gershon —dijo el señor Martínez—, que estamos en Inglaterra. La ley está de su parte. *Sir* John Fielding quiere ayudarles.

—En el lugar donde crecí había un gran bosque —dijo el rabino—. Durante cierto tiempo hubo lobos en él. Hacían notar su presencia todas las noches, aullándose los unos a los otros, aullando a la luna. Entonces, un año, los nobles del distrito organizaron una gran cacería, una cacería que duró una semana o más. Todos los lobos del bosque fueron matados. A partir de aquel momento ya no se oyeron más aullidos. Entonces aparecieron zorros en el bosque. El zorro es un animal muy astuto y silencioso. Todavía hoy hay zorros en ese bosque.

VII

En el que John Clayton da su versión de los hechos y
Jimmie Bunkins me lleva a hacer una visita

Sir John Fielding no se permitía tomarse un día entero de descanso los domingos. No podía hacerlo, ya que el número de villanos y malhechores que se detenía el sábado por la noche era siempre más elevado. Se ocupaba de los delitos graves para evitar que el calabozo se atestara, pero los domingos no veía causas civiles ni delitos menores. Gracias a ello, el día resultaba más tranquilo. Se levantaba tarde, ya que no tenía costumbre de ir a la iglesia, comía bien, veía todos los procesos que hiciera falta y luego salía a pasar el resto del día lejos del juzgado. El señor Alfred Humber, a quien yo había conocido en el café Lloyd's, se había convertido en su acompañante habitual en estos paseos semanales por la ciudad. Aunque él era soltero y *sir* John, como ya se sabe, había enviudado recientemente, la edad y sentido de la dignidad que tenían impedían que sus noches en la ciudad consistieran en algo más que una agradable caminata mientras hubiera luz, una buena cena en una casa de comidas y algo de licor a continuación. Yo creo que la intención del señor Humber era hacerle más llevadera a *sir* John la pérdida de su esposa. De este modo se había establecido una rutina durante las semanas previas, rutina que sería interrumpida el domingo en que ocurrieron los hechos que me dispongo a relatar.

En primer lugar me sorprendió lo pronto que apareció. Aunque no estaba vestido del todo, le faltaba poco para estarlo. Mientras yo bebía mi té y terminaba mi pan con mantequilla, salió de su dormitorio en calzones y camisa y pidió a la señora Gredge que le *sir*viera una taza de té y a mí que le afeitara. Esta tarea, que había que realizar tres o cuatro veces a la semana, había pasado de manos de la señora Gredge a las mías, ya que su vista defectuosa comportaba un cierto riesgo para *sir* John. Aunque a mí me faltaban todavía un par de años para empezar a afeitarme, había observado a mi padre hacerlo en muchas ocasiones y sabía más o menos en qué consistía. Había mejorado en los últimos días, y *sir* John parecía ahora bastante satisfecho de mi trabajo.

Así pues, mientras la señora Gredge calentaba el agua para la bacía, yo acabé mi desayuno y preparé los instrumentos para el afeitado. ¡Cómo me gustaba asentar aquella navaja!

—Aféitame concienzudamente, Jeremy —me dijo *sir* John—. Quizá sea preciso hacerlo dos veces.

Hice lo que me pedía, con cuidado, sin hacerle sangrar; cuando hube acabado, se palpó las mejillas con los dedos y asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Hoy vas hacerme falta, Jeremy. Vístete bien y lávate. Quiero que estés

preparado dentro de una hora.

Así lo hice, aunque no fue hasta media mañana cuando los dos descendimos a la planta baja. *Sir* John preguntó entonces cuántos detenidos había en el calabozo y las circunstancias de sus arrestos. El número no era elevado. Satisfecho, me condujo a su despacho y me hizo pasar.

—Deja la puerta abierta —me dijo—. Vamos a tener visita. Ahora que lo pienso, es posible que nos hagan falta sillas. Esperamos a tres personas.

—Entonces necesitaremos tres sillas más —dije.

—Ocúpate de ello, por favor.

Su forma de comportarse aquella mañana era muy directa, casi brusca. Escatimaba las palabras. No lo interpreté como una señal de descontento, ya que yo no había hecho nada para molestarle, sino más bien como una señal de preocupación ante los asuntos de los que tenía que ocuparse. Al llevar las sillas no hice ninguna pregunta y, cuando me senté y me puse a esperar, me mantuve callado. Al cabo de unos segundos, dijo:

—No ha habido noticias de Moll Caulfield. Los guardias tenían orden de preguntar por ella y de buscarla por todas partes. Muchos la conocen de vista.

—Parece haber desaparecido.

—Esto no me gusta nada.

—Quizá su amiga Dotty podría…

—Quizá.

Se produjo de nuevo un silencio. Luego dijo:

—Si al menos hubiera dicho algo sustancioso en la nota que entregó al pilluelo que trajiste aquí.

—Sí, señor.

—Por cierto, era el mismo con el que te peleaste, ¿no es así?

—Sí, señor —respondí, lamentando que el asunto no hubiera quedado olvidado y temiéndome lo peor.

—Bien —dijo él—, como habéis hecho las paces, no será necesario castigarte.

Sentí un gran alivio al oír aquello; sin embargo, cuando me disponía a agradecérselo, *sir* John añadió:

—No obstante, recuerda las palabras que te dije al respecto. Recuerda, en concreto, lo que te dije cuando sucedió: la responsabilidad más grave pesa sobre ti, ya que estás mejor educado y disfrutas de una situación más favorable que la suya. Un muchacho como Bunkins no conoce otra cosa que la ley de la calle.

—Parece tener algunas cualidades buenas de todos modos.

—Es posible que Bunkins sea recuperable. Confiemos en que así sea.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Sir John emitió un gruñido a modo de respuesta.

En aquel momento nos llegó del fondo del pasillo el ruido de la puerta de la calle al ser abierta y cerrada. A continuación se oyeron unos pasos firmes.

—Al parecer ha llegado uno de nuestros invitados. Vamos a celebrar un interrogatorio. Quiero que seas testigo de lo que se diga y de cómo se diga. Eres muy observador. Infórmame luego de cualquier señal de tensión acusada o reacción enérgica a mis preguntas. Ya lo has hecho en otras ocasiones; ya sabes qué me interesa.

Los pasos se aproximaron. Como hasta cierto punto esperaba ver al hermano Abraham, me quedé un tanto sorprendido cuando apareció el doctor Samuel Johnson.

—Como la puerta estaba abierta —dijo—, he pensado que podía entrar libremente.

—Y así es, en efecto —dijo *sir* John—. Pase, doctor Johnson.

Y eso fue lo que hizo, atravesando rápidamente con su corpachón el espacio que le separaba de *sir* John para estrecharle la mano que este le extendía. Hizo ver que me había visto con un movimiento de cabeza y tomó asiento lejos de mí. ¿Iba Samuel Johnson a ser interrogado? Parecía poco probable. Era difícil imaginar un delito o falta del que pudiera ser culpable un personaje tan distinguido como él. Ni siquiera podía imaginarme que fuera sospechoso de nada. Pese a todo escuché con atención y observé su cara cuando comenzó a hablar con *sir* John, aunque pronto tuve la impresión de que el contenido de sus palabras era tan intrascendente que no podía formar parte de la investigación. La conversación giraba en torno a la literatura. *Sir* John mencionó que últimamente él y yo habíamos estado leyendo por la noche y que ambos disfrutábamos sobremanera haciéndolo (lo cual era totalmente cierto).

—¿Y qué han estado leyendo? —preguntó el doctor Johnson.

—Shakespeare, principalmente. Estamos a punto de acabar El sueño de una noche de verano.

—Una obra amena, sin duda, llena de hadas y rudos artesanos. No es extraño que al muchacho le agrade. Leer a Shakespeare nunca puede ser una equivocación.

—Lo dice como si quisiera restar importancia a la obra.

—Bueno, lo más meritorio de su obra se encuentra en las tragedias y algunas de las historias.

—Ciertamente, pero hay veces en que la diversión proporciona mayor satisfacción que los relatos de asesinatos y venganzas, por muy conmovedores que estos sean.

—Sin duda —dijo el doctor Johnson con cierta condescendencia.

—Quizá pudiera recomendarme alguna obra de reciente publicación. Confieso que no conozco nada de lo que se está escribiendo ahora.

—Bueno, si es diversión lo que busca, tal vez Tristram Shandy le guste. El último volumen fue publicado el año pasado. El autor murió hace apenas dos meses, si no me equivoco.

—Un tal Sterne, ¿verdad? Tenía mala fama, por inmoral. Lo cierto es que hace unos años, cuando aparecieron los primeros volúmenes del libro, mi difunta esposa, Kitty, me los leyó, y me parecieron demasiado fantasiosos. Eran un verdadero

disparate. No —añadió como queriendo zanjar el asunto—, si hemos de leer una novela, será Tom Jones. Me gustaría volver a leerla; será la tercera vez que lo haga. Jeremy no ha tenido el placer de leerla. Tal vez le resulte difícil de creer, doctor Johnson, pero su padre no se lo permitía porque la consideraba inmoral. ¿En qué cabeza cabe que mi buen hermano pueda escribir un libro inmoral? No entiendo cómo alguien puede pensar algo así y menos aún decirlo…

—¿Hemos de discutir una vez más sobre este asunto? —preguntó el doctor Johnson con grandes muestras de exasperación—. Yo nunca he dicho que sea un libro inmoral o al menos no he publicado semejante afirmación, que es lo que importa.

—¿Y qué me dice de lo que publicó en ese periódico suyo, The Rambler?

—Eso fue hace años, y no mencioné el título del libro. Además, *sir* John, la opinión que yo tenga de él es asunto mío.

—Pues bien, yo pienso que es la mejor novela que se haya escrito jamás.

—Cada uno tiene derecho a su opinión. Yo pienso que Amelia es mejor libro.

Mientras escuchaba tuve la impresión de que podían continuar de aquella manera durante más de una hora, tras la cual el doctor Johnson se marcharía presa de una gran irritación. Sin embargo, en aquel preciso momento, la puerta de la calle se cerró de golpe y se oyeron de nuevo unos pasos en el pasillo. Esto les hizo callar a los dos.

—Permítame una pregunta —dijo *sir* John con tono más moderado—, ¿ha estado usted alguna vez en Bedlam?

—Fui allí a visitar a Kit Smart en un par de ocasiones. Ese lugar es un verdadero infierno. Si un hombre cuerdo es encerrado allí, no tardará en volverse loco.

—Yo pienso exactamente lo mismo. De ahí que haya ordenado que trasladen a nuestro poeta campesino a la cárcel de Fleet. Le he pedido que venga, doctor Johnson, para que lo interrogue como crea conveniente y luego me dé su opinión sobre su salud mental y su capacidad para ser sometido juicio.

—El hombre al que vi en su sala de justicia no era capaz en absoluto, *sir* John.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, cuando fui a Bedlam acompañado por el presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia, me encontré con un hombre muy diferente. Sepa que John Clayton ha pedido ser sometido a juicio. Pero callémosnos. Ahí está.

John Clayton apareció en el umbral de la puerta. Llevaba las manos esposadas, pero se le había evitado sufrir la indignidad de llevar grillos. Entró en la habitación por invitación de *sir* John y fue seguido por el señor Fuller, el guardia de día, que iba armado con un par de pistolas.

—Siéntese delante de mí, señor Clayton —dijo *sir* John—. Ya conoce al doctor Johnson, si no me equivoco. Este joven es Jeremy Proctor, que me *sir*ve como ayudante. Tal vez lo recuerde del encuentro que mantuvimos ayer.

John Clayton se inclinó solemnemente y luego se volvió hacia el distinguido personaje que tenía a la izquierda.

—Doctor Johnson —dijo—. No esperaba encontrarle aquí. Confieso que me

avergüenzo profundamente de que me vea en estas circunstancias. —Levantó sus manos esposadas para mostrarle a qué se refería.

—Señor Clayton, aleje ese pensamiento. He estado en circunstancias casi tan desgraciadas como las suyas —dijo Johnson—. Solo vengo a ayudar. Tiene usted mi apoyo.

—Tome asiento, por favor —dijo *sir* John en un tono algo más severo.

El señor Clayton hizo inmediatamente lo que se le mandaba. Mientras tanto su vigilante, el señor Fuller, había colocado su silla cerca de la puerta, la cual estaba ahora cerrada. De aquel modo podría vigilar a su prisionero y cerrarle el paso en caso de que tratara de escapar.

—Vamos a ver, señor Clayton, lord Mansfield interrumpió de forma algo brusca nuestro encuentro del otro día cuando supo que usted deseaba ser llevado a juicio para probar su inocencia. ¿Cómo se propone usted hacer eso?

—Contando lo que recuerdo de aquella noche, señoría.

—Ayer tuve la impresión —dijo *sir* John— de que usted ya estaba preparado para hacerlo. ¿Es esto cierto?

—Sí, señoría, en efecto.

—Dadas las circunstancias, he considerado conveniente sacarle del Hospital de Santa María de Belén y trasladarlo a la cárcel de Fleet. De ese modo me será más fácil visitarle. Aunque sé que la cárcel de Fleet no es agradable, confío en que al menos suponga una mejora con respecto a su alojamiento anterior.

—Sí, señoría.

—Bien. Le encarezco entonces que se olvide de la jaula a la que debe regresar y de las cadenas que le maniatan. Hable como un testigo y no como un acusado. Así va a ser como yo le voy a escuchar. Deme su versión de los hechos ocurridos aquella terrible noche.

—Bien, señoría —dijo el testigo—. Estaba dormido en mi sótano cuando…

—Debo interrumpirle —dijo *sir* John—. No hace falta que nos apresuremos. De hecho no debemos hacerlo. Lo más conveniente para el caso será que me responda a esto: ¿cómo es que usted se encontraba allí?

—Había ido a asistir a la impresión de mi segundo libro —respondió el señor Clayton—. Pensamos que si yo estaba presente durante la composición, leía las pruebas y hacía correcciones, el coste de la impresión se mantendría bajo y no habría atrasos como los que se habían producido con mi primer libro.

—¿Su nuevo libro era también de poesía? —preguntó Johnson.

—Sí, señor, así es. Esperaba obtener con este libro una aceptación lo bastante buena como para no tener que volver jamás a Somersetshire. Esperaba ganarme la vida como poeta.

—Vana esperanza —afirmó el doctor Johnson severamente—. Tratar de ganarse la vida como poeta es como tratar de vivir del aire. Recuerdo bien que yo también llegué a Londres con esa misma esperanza. No quiero ni pensar los años que han

pasado desde entonces. Me vi obligado a hacer un largo aprendizaje en Grub Street como escritor de alquiler. Escribía de todo con tal de que me pagaran. El saber no tenía nada que ver con aquello, y aún menos el arte. Se lo advierto, señor, Grub Street no es la respuesta.

—Me hago cargo de ello, doctor Johnson —dijo *sir* John—, como estoy seguro de que se lo hará el señor Clayton. ¿Le importa si seguimos? Señor Clayton, el doctor Johnson me hizo notar en una ocasión que aunque Ezequiel Crabb tenía buena disposición para publicar libros que contribuyeran al caudal del arte y el saber, se mostraba menos inclinado a pagar un precio justo por ellos.

—Era un rácano —dijo Johnson—. No hay mejor palabra que esa.

—Esa es su opinión —dijo *sir* John—, pero usted, señor Clayton, volvió a recurrir a él. ¿Hubo algo de acritud en las negociaciones en torno a su segundo libro?

—La hubo, en efecto.

—¿Y Eusebio intervino como negociador?

—Sí, señoría.

—¿Y qué resultado tuvo aquello?

—Me temo que no muy bueno, señoría, aunque al final me sentí satisfecho con el acuerdo al que llegamos.

—¿Qué acuerdo fue ese?

—Derechos por cada ejemplar que vendiera.

—¿Convinieron que se le pagaría un tanto alzado por adelantado?

—Una cantidad muy modesta. Fue debido a lo pequeña que era esta suma por lo que accedí a quedarme en su sótano y a comer con sus aprendices.

—¿Cuándo llegaron a este acuerdo? —preguntó *sir* John.

—El día anterior a la noche en cuestión.

—Entonces usted ya había dormido una noche en el sótano.

—Sí, señoría.

—¿Y aquella primera noche no ocurrió nada extraño?

—Nada en absoluto. Dormí muy bien aquella noche.

—Pero no así la segunda.

—En cierto modo dormí demasiado bien, señoría.

—Me temo que esto no está claro. Explíquelo, por favor.

—Bueno, tal vez debiera describir en qué condiciones dormí en aquel sótano.

—Adelante.

—Me habían preparado un jergón en una esquina. Como se suponía que iba a quedarme la mayor parte de la semana, se habían esforzado un poco: habían colocado una alta pila de libros en torno al jergón y habían dejado libre algo de espacio, de manera que tenía una cierta intimidad, algo parecido a un cuarto. Aunque era agarrado con el dinero, el señor Crabb podía ser muy considerado en tales aspectos.

—Muy bien. De manera que no se le podía ver.

—Exacto. Como he dicho, había dormido bien la noche anterior y estaba

profundamente dormido la noche en cuestión, pues todavía estaba cansado de la caminata que había hecho para llegar a Londres. Sin embargo, cuando ya llevaba unas horas dormido, unos ruidos en el sótano me despertaron. Al parecer había unos hombres allí. Eran varios: cuatro o cinco al menos, probablemente más. Pero estuvieron allí poco tiempo; luego debieron de subir por las escaleras. Suponiendo que había soñado con ellos, di media vuelta y volví a dormirme; en realidad no había llegado a despertarme del todo.

—¿Podría decirnos qué ruido hicieron para despertarle? —preguntó *sir* John.

—No, señoría, no puedo. Parece como si de pronto fuera consciente de su presencia, sin más, aunque de una manera vaga, como en un sueño.

—Acepto lo que dice, pero si realmente estuvieron allí, debieron forzar la puerta del sótano. Y eso tuvo usted que oírlo, sin duda.

—Sin duda —dijo Clayton asintiendo—, a menos que tuvieran una llave.

—Eso parece poco probable —dijo *sir* John—. Aunque es evidente que a usted le despertaron, a no ser que empezara a andar usted en sueños.

—En cierto sentido eso fue lo que hice, aunque más tarde. Solo debieron de pasar unos minutos desde que se fueron hasta que comenzaron su carnicería. Entonces me desperté por completo a causa de los gritos y chillidos de sus víctimas. Llegado a este punto he de decir, señoría, que estos gritos empezaron todos a coro, como si el comienzo de la matanza hubiera sido marcado por una señal establecida. Creo que esto tiene una gran importancia.

—Déjeme a mí juzgar lo que tiene importancia y lo que no la tiene.

—Como usted diga, aunque… Bueno, salté de mi jergón presa del terror y salí corriendo escaleras arriba. Entonces oí a la banda de asesinos descender del piso de arriba, hablando los unos con los otros. Por suerte estaba descalzo, porque de lo contrario en aquel momento habían podido oírme. Temiendo por mi vida, ya que los gritos que había oído los había proferido alguien a quien sin duda estaban matando, me escondí en un armario que había al fondo, en el taller de imprenta.

—Por lo que es de suponer que no pudo verlos con claridad.

—Sí, señoría. Pero, cuando llegaron al primer piso, estuvieron allí unos minutos, y comprendí que estaban buscando algo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estuvieron andando de aquí para allá y llamándose los unos a los otros.

—¿Para decirse qué?

—Estaba detrás de la puerta y las voces resultaban confusas, pero oí a uno decir: «No está aquí». Y a otro responderle: «Tiene que estar». Buscaran lo que buscasen, debieron de encontrarlo, ya que se marcharon poco después.

—¿Les oyó irse? ¿Por dónde se fueron?

—Por el sótano. Les oí bajar por las escaleras y esperé a estar seguro de que se habían ido. Solo entonces me aventuré a salir. La memoria empieza a fallarme a partir de este momento. Recuerdo que subí por las escaleras y que vi los cuerpos de

Ezequiel Crabb y de su esposa en su cama, cubiertos de sangre y despedazados de una manera espantosa. Me temo que esto es todo lo que recuerdo.

Sir John, que había estado inclinado durante todo el relato, se recostó en aquel momento y estuvo pensando unos segundos. Yo había observado que en el curso de todo el interrogatorio Johnson había mirado a Clayton con creciente fascinación. Ahora su rostro tenía una expresión de asombro y consternación.

Entonces *sir* John dijo:

—¿Qué piensa que ocurrió, señor Clayton, en el tiempo que transcurrió desde el momento en que vio los cuerpos del señor y la señora Crabb y el momento en que le encontraron el alguacil Cowley y las personas que le acompañaban?

—No lo sé, señoría, pero según tengo entendido me identifiqué ante usted y los demás como Pedro. Como Pedro debí de recorrer todas las habitaciones de arriba y subir a todos los pisos, porque me encontraron en el de arriba.

—Le encontraron con un hacha en la mano. ¿Cómo llegó esa hacha a su poder, señor Clayton?

—No sabría decírselo, *sir* John, pero puedo imaginarme que uno de los asesinos la dejó allí.

—Parece poco probable, ¿no le parece?

—Digamos entonces que no se lo sabría decir.

—Sí, será mejor. Tengo una pregunta más que hacerle. ¿Conoce usted a un hombre llamado Isham Henry?

Clayton pensó un poco y luego dijo:

—Creo que era uno de los dos oficiales que trabajaban para el señor Crabb. El día anterior a que se cometieran los crímenes no se encontraba en el establecimiento.

—En efecto. Según él, estaba regresando de Nottingham, si no me equivoco. Ya veo que Eusebio no le ha informado de que el señor Henry compareció como testigo de cargo durante la malograda vista que se celebró a raíz de los crímenes. Lo que declaró fueron rumores, y por tanto no fueron aceptados. Eso sí, afirmó que, tras la publicación de su primer libro, usted mostró un actitud sumamente hostil hacia el señor Crabb, ya que se consideró estafado cuando se enteró del gran número de ejemplares que había vendido y los consiguientes beneficios que él había obtenido a su costa. El señor Henry dijo que usted amenazó al señor Crabb. ¿Cuánto hay de verdad en esto?

—Parte —contestó el señor Clayton—. La mayor parte.

—¿Ah sí? Hábleme de ello entonces.

—Es cierto que pensé que el señor Crabb me había tratado mal. Aunque no podía decir que me había estafado, pues no era así, tenía la impresión de que se había aprovechado de mi ignorancia. Sin embargo, como ya he dicho, llegamos a un acuerdo para mi segundo libro. Para entonces creo que ya habíamos zanjado nuestras diferencias. Ya les he hablado antes de este acuerdo.

—Sí, pero ¿qué me dice de la amenaza? ¿Es cierto que usted lo amenazó?

—Sí, señoría, así es.

—¿De qué manera?

—Le amenacé con ir a otro editor para publicar mi segundo libro.

Al oír aquello, el doctor Johnson soltó una gran carcajada.

—Y eso le hizo entrar en razón, ¿no?

—Llegamos a un acuerdo.

—¿Con la ayuda de Eusebio? —preguntó *sir* John.

—A pesar de Eusebio —respondió Clayton.

—Muy bien, muy bien. Doctor Johnson, ¿tiene usted alguna pregunta que hacer?

—Tengo una, *sir* John. El señor Clayton considera de gran importancia que los gritos de las víctimas que murieron aquella terrible noche fueran, tal como creo que los ha descrito, «a coro». A mí me gustaría saber por qué considera esto tan significativo.

—Muy bien —dijo *sir* John dejando escapar un suspiro—, conteste a la pregunta del doctor Johnson, señor Clayton.

—Será un placer, señoría. Lo considero importante porque, tras pensar en ello detenidamente en Bedlam, he llegado a la conclusión de que el asesinato de seis personas en sus camas solo podía haberlo cometido un grupo de personas. Un grupo de tres, como mínimo. El hecho de que oyera aquellos espantosos chillidos, que aún no han dejado de resonar en mis oídos, durante un período de tiempo relativamente breve y en diferentes pisos de la casa da a entender que la carnicería se llevó a cabo de forma simultánea.

—En efecto —le dijo Johnson a *sir* John—. ¿No le parece que eso tiene sentido? ¿No está bien razonado? Le felicito, señor Clayton.

Sir John se levantó de su silla.

—Y yo le digo que puede retirarse, señor Clayton. Alguacil Fuller, puede usted llevar al prisionero a la cárcel de Fleet.

Fuller se puso en pie de un salto al oír la orden, y en un abrir y cerrar de ojos, John Clayton había sido conducido fuera de la habitación. Antes de salir, lanzó una mirada de inquietud a *sir* John, perplejo sin duda por la rapidez con que le había despedido. A mí también me extrañó.

Apenas habían salido el prisionero y su vigilante por la puerta cuando el doctor Johnson se puso en pie de un brinco y dio un sonoro golpe con su bastón en el suelo.

—¿Por qué ha hecho eso, *sir* John? —preguntó con la cara roja de ira.

—Porque me temía que sus siguientes palabras, doctor Johnson, fueran para pedirme que le dejara en libertad.

—¿Y por qué no? —rugió el lexicógrafo—. Es obvio que está diciendo la verdad.

—No es en absoluto tan obvio como usted cree.

—Su argumento sobre el número de hombres necesario para matar a seis personas está perfectamente razonado. Su lógica es irrebatible.

—Sí —dijo *sir* John—, y seguramente recordará que Burnley, ese patán que

atestiguó antes de que Eusebio diera al traste con la vista, prestó una declaración que concuerda exactamente con la versión de Clayton. ¿Qué fue lo que dijo Albert Burnley? «El fragor de gritos que produciría un grupo de personas al ser asesinadas». Una frase muy altisonante… Y duró menos de un minuto.

Johnson miró a *sir* John con cara de perplejidad.

—No lo entiendo —dijo—. Se diría que está usted de acuerdo conmigo…

—¡Por supuesto que estoy de acuerdo con usted, pomposo y engreído gruñón! Yo también creo que es verdad todo lo que Clayton dice que recuerda. Pero si piensa usted que lo que ha declarado va a bastarle para obtener un veredicto de no culpabilidad en el Tribunal Central de lo Criminal de Londres, entonces es usted más estúpido que ese tal Boswell que parece estar pendiente de todas y cada una de las palabras que usted dice. Es más, si piensa que su lógica es irrebatible, espere a que lord Mansfield empiece a rebatirla. No, doctor Johnson, antes de ir a juicio, John Clayton debe dar cuenta de su presencia en el lugar del crimen con el arma homicida en la mano. Esto, y solamente esto, será lo que lord Mansfield considere significativo cuando se dirija al jurado.

—Pero es posible que la dejaran allí.

—Todo es posible, pero esto es improbable.

Johnson se dejó caer en su silla y se sumió por un momento en sus pensamientos.

—Sí —dijo—. Supongo que sí. Pero, dígame, *sir* John, ¿a qué se referían al hablar de Pedro? Recuerdo que también mencionaron su nombre en la sala del tribunal. ¿Quién o qué es ese «Pedro»?

—En cierto modo —respondió *sir* John—, carece de importancia quién o qué sea, pero se lo explicaré de todas maneras: John Clayton sostiene (y, por lo que pueda valer, yo le creo) que en su cuerpo residen tres naturalezas. Estas son, en primer lugar, la suya; en segundo lugar, la de Eusebio, que no deja de decir disparates de contenido intelectual cuando la autoridad pone su palabra en entredicho; y, finalmente, Pedro, que actúa por Clayton en situaciones de violencia. A quien usted vio en la sala fue a Eusebio; seguramente se acordará de que insistió en que hablaba en nombre de John Clayton. A Pedro lo conocí cuando el alguacil Cowley llevó a Clayton a Bow Street: era realmente desagradable y grosero, se lo aseguro. He de reconocer que estos portentos del alma son algo nuevo para mí, aunque el doctor Dillingham de Bedlam nos aseguró ayer que, aun siendo poco frecuentes, se trata de casos que son conocidos.

—Pero entonces ¿cómo puede decir usted que no es importante? —barbotó Johnson—. Es evidente que tiene una importancia capital. Lo explica todo, o buena parte, al menos.

—Digo que no es importante porque lord Mansfield dirá que no lo es. Durante el juicio dirá que no hace al caso. De hecho, esa es la opinión que ha expresado en privado.

—¿Entonces qué se puede hacer por ese desdichado?

—Se hará lo que se pueda hacer, se lo aseguro —respondió *sir* John—. Pero será mejor que no le demos falsas esperanzas. Clayton ya ha demostrado ser terriblemente ingenuo al pensar que todo lo que tiene que hacer para demostrar su inocencia es contar su versión de los hechos. Él sabe que es inocente, pero convencer de ello a un juez y a un jurado es algo muy diferente. Si me he comportado con cierta brusquedad con él ha sido porque quiero que siga pensando, que trate de recordar detalles que puedan ayudarnos a capturar a lo que él llama la «banda de asesinos». Algo que dijeran, algo, lo que sea…

—¿Pero no podría usted con su autoridad ponerle en libertad? Podría decir que ha oído su declaración y cree que es inocente de cualquier delito.

—¿Al hombre que fue detenido en el lugar del crimen con el arma homicida en la mano? ¿Pero no ha leído usted la crónica que han publicado? ¿Y el panfleto que han escrito para condenarlo? ¿No armarían un escándalo sus colegas de Grub Street? Doctor Johnson, puede armarse todo el escándalo que se quiera y yo puedo tener la opinión que sea, pero el caso es que sigue habiendo motivos fundados para llevarle a juicio. Además, él ha pedido que se le juzgue. Por escrito.

El doctor Johnson se quedó sentado con gesto melancólico y desanimado. Vi entonces, como ya he tenido ocasión de ver antes, lo buen hombre que era. Era brusco, arisco y probablemente pomposo, pero también bueno.

—¿Podría comunicárselo? —preguntó.

—¿Piensa ir a la cárcel de Fleet a visitarle?

—Sí. Pobre hombre…

—Puede decirle una parte, pero no todo. Haga hincapié en la importancia que tiene que siga pensando, que recuerde más detalles, cualquiera que pueda servirnos, incluso los más nimios. Pero no le diga que acepto su versión de los hechos. Haga de mí un ogro, si lo desea, pero que sepa que ha de convencerme.

Johnson se levantó con intención de irse.

—Muy bien —dijo—, así será. Voy a ir esta misma tarde. Gracias, *sir* John. Me ha insultado y me ha hecho sentir como un imbécil, pero también me ha dado una buena muestra de la dura realidad de la ley.

—Le pido sinceras disculpas, doctor Johnson. Me he dejado llevar por las emociones. Adiós. Tengo varios asuntos de los que ocuparme antes de que se abra el juzgado.

Tras aquella despedida, el doctor Samuel Johnson se fue. *Sir* John me dijo entonces que me acercara. De pie como estaba, moviendo su sombrero de tres picos de un lado para otro, daba muestras de un cierto nerviosismo. Esto me sorprendió. El juez era normalmente la viva imagen de la serenidad.

—Jeremy —me dijo—, tengo un recado para ti. Pero antes debo preguntarte qué impresión te ha causado la declaración del señor Clayton.

—Me ha causado una profunda impresión —respondí—. A decir verdad me ha asombrado.

—¿Y convencido?

—Sí, señor. Su declaración no ha consistido en un alegato.

—Bien pensado. ¿Y qué es lo que expresaba su cara, si es que expresaba algo?

—No tanto como esperaba, *sir* John, considerando la trascendencia de lo que estaba contando. Ha hablado, en términos generales, con franqueza y tranquilidad, como si estuviese repitiendo algo que hubiera meditado cuidadosamente.

—No cabe duda de que lo tenía meditado.

—Sí, señor. Solo ha habido una ocasión en que se ha mostrado conmovido: cuando ha descrito el momento en que subió por las escaleras y vio los cadáveres de Ezequiel Crabb y su esposa.

—Qué extraño. No he detectado nada en su voz. ¿Qué expresión tenía?

—Ha llorado. Mientras hablaba con ese singular tono de calma que ha empleado, las lágrimas caían por sus mejillas. No han sido muchas, pero le aseguro que las he visto.

Sir John hizo un gesto de asentimiento, dándome a entender que le había dicho todo lo que le hacía falta. Entonces me dijo:

—Jeremy, tengo un mensaje de carácter personal que me gustaría entregaras a Katherine Durham. Aunque no hacía falta que lo hiciera, fui corriendo hasta Berry Lane. No era una gran distancia, y tampoco corrí a toda velocidad. Sin embargo ser el portador de un mensaje como el que tenía que entregar, el mensaje que una persona envía a un gran amigo, me llenaba de una euforia tal que el andar me sabía a poco. Mientras corría por Covent Garden y esquivaba a los fieles que salían de la catedral de St. Paul, tuve la impresión de que el sol de los primeros días de verano brillaba sobre mí como si fuera una fuente de combustible para mi joven cuerpo y sentí bullir en mi interior la salud y el vigor de la adolescencia.

De ese modo aquel potrillo rebosante de salud pudo llegar en un abrir y cerrar de ojos al número tres de Berry Lane. Subí por las escaleras en un santiamén y me puse a aporrear la puerta de la viuda Durham. De pronto me sentí avergonzado, consciente de lo grosero que podría parecer mi forma de llamar. Así pues, volví a llamar, más suavemente y de un modo que consideré más respetuoso.

La puerta se abrió y allí estaba. Por un momento, mientras me miraba para asegurarse de que era yo quien daba saltos ante el umbral de la puerta, su cara acusó una cierta expresión de desconcierto.

—Oh —exclamó—, Jeremy, eres muy amable al venir a visitarme.

Sin embargo, no parecía muy segura de lo que decía.

—Le traigo un recado de *sir* John —le informé.

—Pues bien, dime de qué se trata, por favor.

—*Sir* John pregunta si, en caso de que se lo permita su tobillo, le apetecería acompañarle a dar un paseo por la ciudad, cenar en un restaurante respetable e ir luego a una función musical en el Crown and Anchor Tavern del Strand. *Sir* John desea que tenga la seguridad de que, pese a tratarse de una taberna y de ser un lugar

frecuentado habitualmente por hombres, en las noches en que se organizan funciones musicales, como esta que patrocina la sociedad… —Llegado este punto, lector, titubeé, porque la palabra era larga y desconocida para mí—. A… na… cre… ón… ti… ca, acuden al local damas de buena reputación acompañadas por caballeros. La función de esta noche es una pieza de Haendel con interludios interpretada por una pequeña orquesta.

A causa del rigor del ejercicio que había realizado para llegar a la vivienda de la señora Durham y de la extensión del recado, terminé mi recitado prácticamente sin resuello. Ella lo advirtió y sonrió comprensivamente.

—¿Has venido corriendo hasta aquí para decirme esto? —preguntó.

—He venido corriendo, cierto, pero solo ha sido mi buen humor lo que me ha movido a hacerlo.

—Bien, puedes andar o correr para entregar mi respuesta, como prefieras —dijo —, pero dile a *sir* John que acepto su invitación encantada, y que espero con gran ilusión verle a… ¿A qué hora?

—Ah sí. Se me ha olvidado decirle eso, ¿verdad? A las cinco en punto, si no le es inconveniente.

—No lo es en absoluto.

—Gracias, señora Durham. Le comunicaré a *sir* John su respuesta.

Eché a andar moviendo la mano en señal de despedida, y ella me dijo adiós. Antes de alejarme, sin embargo, oí el ruido de la puerta al cerrarse y a continuación, con gran sorpresa mía, el sonido apagado de unas voces en el interior de la casa. No quería, ni podía, ir a escuchar a hurtadillas, por lo que, naturalmente, seguí bajando por las escaleras. No obstante, se despertó en mí una gran curiosidad por saber quién estaba con ella. Y es que una de las voces, profunda y resonante, me había parecido marcadamente masculina.

En consecuencia, lector, hice algo que ahora me avergüenza reconocer. Encontré un portal apartado y protegido por un largo atrio desde el cual podía ver las escaleras que conducían a la vivienda de la señora Durham sin que nadie pudiera verme a mí. Decidí quedarme en aquel lugar hasta que apareciera su visitante.

No tuve que esperar mucho tiempo. Al cabo de unos minutos oí un portazo, y un par de segundos más tarde el señor Tolliver, el carnicero, bajaba por los últimos escalones de la escalera, torcía y echaba a andar por Berry Lane en la dirección contraria a donde yo me encontraba. Naturalmente me sorprendí de verle. Sin embargo, tras un momento de reflexión, comprendí que no tenía motivos para sorprenderme. Al fin y al cabo, el señor Tolliver era amigo de la señora Durham. ¿Acaso no la había salvado (y a mí también, por cierto) de aquella pandilla de hombres vestidos de negro que habían sido la causa de su herida y de su profundo azoramiento? Por supuesto que sí. Era natural que fuera a visitarla para interesarse por su estado de salud y correcto que lo hiciera un domingo por la mañana. Sí, sentí un gran alivio al ver que el visitante era el señor Tolliver.

¿Entonces por qué decidí seguirle y continuar deshonrándome? No sabría decirlo, pero al hacerlo vi algo que me dejó algo perplejo. Aunque solo había visto su cara fugazmente antes de que se girase y empezara a alejarse, me había parecido que su expresión era de gran solemnidad. Sin embargo, observándole desde atrás, logré saber cuál era el gesto de su rostro sin necesidad de verlo. Jamás había visto a un hombre mostrar tan claramente con el cuerpo lo que guardaba su corazón. Avanzaba arrastrando los pies, con la cabeza gacha, la viva imagen del desánimo y el abatimiento. Sentí deseos de echar a correr y consolarle, de agradecerle su presta intervención en el altercado ocurrido en Covent Garden unos días atrás. Pero no lo hice. No hice nada en absoluto excepto doblar la primera esquina y alejarme de él, pues temía que pudiera verme.

Regresé a Bow Street profundamente turbado a causa, una vez más, del enorme problema que se planteaba entre hombres y mujeres, pues intuía que era esto lo que se hallaba en el centro de todo, lo que había causado tanto la inquietud que había mostrado *sir* John aquella mañana como la evidente tristeza del señor Tolliver. Me sentía muy confuso y necesitaba consejo.

Al llegar me enteré de que *sir* John ya había comenzado los juicios del día, y por vez primera, si mal no recuerdo, desaproveché la oportunidad de asistir a una sesión del juzgado. Lo que hice en cambio fue coger el libro que estaba leyendo en aquel momento e ir a sentarme al banco que había fuera del despacho de *sir* John para esperar a que volviera. Leí sin poner mucha atención al tiempo que mis pensamientos volvían una y otra vez a mi descubrimiento y a la pregunta de lo que podía significar. Todo esto me llevó sin embargo a tomar una juiciosa decisión, una decisión que ahora me parece haber sido de una extraordinaria madurez para alguien tan joven: decidí no decirle nada a *sir* John sobre aquel asunto.

Finalmente apareció. Le saludé y le comuniqué que Katherine Durham aceptaba su invitación. La respuesta le llenó inmediatamente de regocijo.

—¿«Encantada» ha dicho? ¿Acepta «encantada»? Bien, estoy seguro de que puedo hacerle pasar una noche agradable. ¿Tú qué opinas, Jeremy?

No le dije lo que pensaba, que era que deseaba que me invitaran a acompañarles. Lo que sí le dije fue que estaba seguro de que los dos iban a divertirse enormemente.

—Claro que sí, Jeremy. Aunque ahora he de reunirme con el señor Humber en el café de Londres de Ludgate Hill para informarle de mi cambio de planes. Ya le había avisado, de modo que no le sorprenderá del todo.

—Estoy seguro de que lo comprenderá, *sir* John.

—Él más que nadie. ¿Le dirás a la señora Gredge que voy a cenar fuera?

—Oh, sí, *sir* John. Por supuesto.

—No te voy a necesitar durante el resto del día. Ve y diviértete, muchacho. Espera —me dijo metiéndose la mano en el bolsillo—, toma un chelín. No; coge dos o tres. Hace tiempo que no se te paga nada.

Alargó el brazo y abrió una palma llena de monedas. Discutimos por un

momento. Él insistió en que cogiera tres chelines como mínimo, que yo acepté dándole las gracias.

—¿Te parece satisfactorio un chelín a la semana? No, te mereces más. Tengo que hablar de este asunto con el señor Humber.

Dicho aquello, se encasquetó el sombrero de tres picos en la cabeza y echó a andar en dirección a la puerta de la calle.

—No esperes a que vuelva para acostarte —me dijo.

Anduve por las calles sin rumbo fijo durante más de una hora, sintiendo una gran lástima de mí mismo por el hecho de que *sir* John no me hubiera incluido en sus planes. Por algún motivo, después de entregar la invitación a la señora Durham, había dado por supuesto que en el último minuto el juez se daría cuenta de su omisión o me diría: «Tú también estás invitado, por supuesto. ¿No lo sabías?».

Sin embargo, tal como he indicado, *sir* John no dijo tal cosa, de modo que me vi obligado a vagar solo, recreándome en cierto modo con mi decepción. Por primera vez desde mi llegada a Londres me sentí atenazado por la soledad. Me sentí como un verdadero huérfano.

Volví por Covent Garden, que parecía estar bullendo de actividades y espectáculos poco refinados en todo momento. Incluso a última hora del domingo. Una compañía de malabaristas y acróbatas habían ocupado el centro exacto de la plaza, el punto en que se encontraba la columna en aquel entonces. Me quedé allí un rato, asombrado por sus habilidades, preguntándome cuántos años les habría costado perfeccionarlas. No habrían sido muchos, ya que entre ellos había un muchacho que no sería mayor que yo y era capaz de mantener en el aire nada menos que cuatro pelotas al mismo tiempo. También había una muchacha todavía más joven, una hermosa muchacha de pelo castaño que subía a lo alto de una torre de hombres y muchachos para ponerse de pie sobre ellos en una posición precaria, con los pies plantados sobre los hombros de los dos jóvenes. De pronto todo el conjunto se derrumbaba, y las partes humanas que lo componían saltaban y daban una voltereta sobre la plataforma que tenían colocada debajo. La muchacha fue quien saltó más lejos, y fue a caer a la plataforma con un revuelo de faldas al mismo tiempo que los muchachos. ¿Serían sus hermanos? Aplaudí junto con el resto de la gente que se había agrupado en torno a la compañía de malabaristas. Sintiéndome rico con los chelines que *sir* John me había obligado a aceptar, arrojé uno a la muchacha. Ella me miró, cogió la moneda, la besó y me dio las gracias en un lenguaje desconocido para mí. Luego se volvió y empezó a recoger el resto de monedas que habían caído cerca de ella.

Estaba emocionado después de ver a los malabaristas y los acróbatas, sobre todo por la muchacha, pero tenía la sensación de que debía volver a Bow Street. Aunque aún faltaba mucho para la hora de la cena, pensé que ya había llegado el momento de

volver. Quizá pudiera volver a verla el domingo siguiente. Quizá lograra de alguna manera conocerla, y ella podría enseñarme su extraño idioma. Quizá… En mi joven cabeza bullían las innumerables posibilidades de la vida.

Cuando entré por la puerta que conducía a la parte trasera del número cuatro, observé que el alguacil Fuller, que estaba sentado en el pasillo a bastante distancia, me miraba y se levantaba de la silla. Se acercó a mí, frunciendo el ceño, como si estuviera molesto conmigo. Yo sabía que no le había hecho nada, de modo que me limité a sonreír inocentemente y me dirigí a él por su nombre para saludarle.

—No deberías relacionarte con gente como él —me dijo.

—¿Disculpe, alguacil? ¿Con gente como quién?

—Como ese que te está esperando allí. He tenido problemas con él, te lo aseguro. Todos los hemos tenido. Aléjate de él.

Entonces, algo tarde ya, comprendí que debía de ser Jimmie Bunkins, que en un gesto de audacia había venido a visitarme a Bow Street. ¿Había sido la conversación con *sir* Fielding lo que le había vuelto tan atrevido?

Allí estaba, sentado incómodamente en un banco cerca del calabozo. Se levantó, volviendo la cabeza a derecha e izquierda, y luego, mirando fijamente por encima de mi hombro al alguacil Fuller, me dijo en voz baja:

—Llevo mucho tiempo… esperándote.

—Estaba en Covent Garden —dije— viendo unos acróbatas.

—Una manera chipé de pasar el día. —Luego añadió—: Lo que me imaginaba, a los guindillas de por aquí no les gusto.

—¿Los guindillas?

—Los alguaciles, chavea. Ese de ahí no ha dejado de mirarme con mala cara. —Finalmente apartó la vista del señor Fuller y me miró fijamente a los ojos—. Tenemos que guillarnos, chavea. Tengo algo que quiero enseñarte.

—¿Es importante?

—¿Crees que metería la cabeza aquí dentro si no lo fuera?

—¿Cuánto vamos a tardar?

—No mucho. ¿Yo qué sé? Tanto como tú quieras.

Lo pensé por un momento. Me fiaba de él, de eso no tenía duda, como tampoco la tenía de que había corrido un cierto riesgo al ir a Bow Street. Realmente debía de considerar importante que yo le acompañase.

—De acuerdo —le dije—, pero démonos prisa.

—Como quieras, chavea.

Dicho aquello, echó a andar por el pasillo en dirección a la salida. Yo le seguí. Al pasar al lado del alguacil Fuller, no le hizo ningún caso.

—*Sir* John se va a enterar de esto —me dijo el alguacil.

—Se fía de mí —respondí—. Creo que se trata de un asunto importante.

—Si te sorprendemos robando, se te tratará igual que a los demás.

—De acuerdo.

El alguacil Amos Fuller no era mi guardia favorito de Bow Street.

En cuanto salimos a la calle, Jimmie Bunkins echó a correr al trote; yo me puse a su lado. Me llevó por calles atestadas, tomando el camino más corto al Támesis: pasamos fugazmente por Strand, enfilamos Fleet Street y, tras dejar atrás Cheshire Cheese, bajamos a la orilla del río. Se hacía difícil hablar andando a ese paso; además, por primera vez Jimmie Bunkins no parecía tener ganas de chanar.

Seguimos corriendo por un camino que había al borde del río, donde se veían almacenes, chabolas de pescadores y extrañas embarcaciones con aspecto de casa flotando en el agua. Por fin llegamos a nuestro destino. No sabía que existiera semejante lugar cerca del río, ni me lo hubiera imaginado. Parecía una pequeña granja, aunque alrededor tenía una amplia extensión de terreno en la que no crecía nada. Era como si las personas que vivían más cerca no hubieran querido aprovechar la oportunidad. ¿O es esto algo que yo he acabado imaginándome después de todo el tiempo transcurrido? Cruzamos este terreno sin cultivar y nos dirigimos a un edificio que podía pasar por una pequeña casa de campo. Detrás de esta había un cobertizo que, si bien parecía un establo, tenía una función un tanto diferente. Luego, en un corral colindante, vi primero un caballo y luego otro. Eran dos, en efecto, y tenían un aspecto tan achacoso que parecían estar a punto de morirse: eran de color gris, estaban enfermos y sufrían de esparaván. Se movían lentamente, balanceándose, como si cada nuevo paso pudiera ser el último. Los reconocí y me detuve bruscamente. Jimmie Bunkins seguía adelante. Entonces, dándose cuenta de que estaba solo, él también se detuvo y volvió a donde yo estaba.

—Vamos —dijo—. Hemos llegado.

—El Recolector está aquí.

—Exacto, chavea, y ahora vamos a hablar con él personalmente.

—No, Jimmie Bunkins. La noche en que se cometieron los espantosos asesinatos de Grub Street ya tuve ocasión de verlo y me bastó.

—Ah, estuviste allí, ¿eh? A mí tampoco me gusta mucho ese viejo. Es un tipo muy raro. Pero es él quien tiene lo que queremos, así que será mejor que lo tratemos con respeto.

—Bueno…

—Vamos, échale hígados. Mueve el esqueleto.

Accedí y eché a andar con Bunkins. Sospechaba qué podía ser lo que el Recolector tenía para enseñarnos y me daba miedo. El Támesis corría sombríamente a nuestra derecha. El sol del atardecer formaba largas sombras que se proyectaban hacia nosotros. Me juré a mí mismo que ya no estaría en aquel sitio cuando anocheciera.

Cuando ya nos encontrábamos cerca, noté por fin el espantoso olor del lugar. Creo que hay algo profundamente arraigado en todos los seres humanos que nos hace considerar ese olor especialmente repelente. Es el olor que nos aguarda a todos: el de la muerte y la descomposición.

No obstante me obligué a seguir andando. Bunkins ya había llegado a la puerta y estaba llamando. Solo tuvimos que esperar unos segundos; entonces la puerta se abrió con un crujido. Quien apareció no fue el Recolector, sino una mujer ataviada con un vestido gris que era casi tan fea como él. Y era fea por las mismas razones, ya que su ojo derecho era marcadamente más pequeño que el izquierdo.

—¿Sí? —dijo con suspicacia. Luego, clavando sus extraños ojos en Bunkins, esbozó una sonrisa y se relajó un poco—. Ah, tú ya has pasado por aquí antes. ¿Quieres echar otro vistazo a las señoras? Ya veo que has traído a un amigo. Te costará otro chelín. —Entonces, volviéndose hacia mí, añadió—: Y a ti otro.

De mala gana, metí la mano en el bolsillo y le di los dos chelines que me quedaban de los tres que me había dado *sir* John.

—Él está en la parte de atrás —dijo la mujer—. Ya conoces el camino. Solo tienes que decirle que ya has pagado y que te he dejado pasar.

Entonces movió la cabeza en un gesto de asentimiento y nos cerró la puerta en las narices.

—¡Qué mujer más rara! —dijo Jimmie Bunkins mientras rodeábamos la casa—. Es una bruja de las de verdad.

—Su cara está tan deformada como la de él —musité.

—Es la hermana del gachó, o eso se dice. La otra vez que vine no paró de repetirme que aquí no viene nadie si no es para buscar a sus familiares, que se sentía muy sola y tal. Solo entonces me dejó ir a la parte de atrás. Me dio pan para comer, y como yo me moría de hambre me lo comí. Eso sí, nunca le aceptaría carne, por muy hambriento que estuviera.

Tardé un momento en comprender el significado de aquellas palabras. Entonces le miré con los ojos muy abiertos y exclamé:

—¿No me irás a decir que…?

—Hay rumores —dijo él.

Habíamos llegado a la cerca de madera en que estaban encerrados los enfermizos caballos.

—A saltar —dijo Bunkins encaramándose a la valla.

—Moll Caulfield está ahí, ¿verdad?

—Vamos —me respondió. Subí a la valla, que estaba tan desvencijada que me temí que fuese a hundirse bajo mi peso.

—Cuidado con las manzanas de los caballos.

Lo seguí, mirando dónde pisaba y sin apartarme de su camino. El olor del lugar era ahora extraordinario. Bunkins sacó el pañuelo que había intentado venderme y se cubrió con él la nariz. Por un momento lamenté no habérselo comprado.

Entonces entramos en el edificio que era mitad establo mitad depósito de cadáveres. El Recolector estaba dentro, amontonando heno para los caballos. Los cadáveres estaban colocados a lo largo de las dos paredes, todos cubiertos con algo parecido a un pedazo de lona. No eran muchos; habría una docena a un lado y media

al otro. Por debajo de la lona asomaban unos pies desnudos. También había dos pilas de ropa, una para la de los hombres y otra para la de las mujeres. La de las mujeres era mucho más alta que la otra.

El Recolector clavó la bielda en el heno y se acercó pesadamente a nosotros.

—Vaya —le dijo a Jimmie Bunkins—, has vuelto con un amigo, ¿eh? ¿Y por qué no?, digo yo. ¿Y por qué no?

Entonces clavó los ojos en mí y me miró de arriba abajo mientras yo permanecía en mi sitio presa de la inquietud y conteniendo el impulso de salir corriendo.

—Yo a ti te conozco, ¿no? Ah sí, tú estabas en la puerta de la imprenta, vigilando para el pico. ¡Menuda carretada fue esa! Seis, si mal no recuerdo. —Apoyó los puños en la cintura y estuvo unos segundos pensando—. ¿Has venido en nombre del pico o por curiosidad? Hay gente que viene por curiosidad…

—En nombre de *sir* John —respondí.

—En tal caso —dijo metiéndose la mano en el bolsillo—, será mejor que te devuelva el precio de la entrada.

Sacó un puñado de monedas y me ofreció un chelín.

—He pagado por dos.

—Bueno, aquí tienes.

Cogí las dos monedas sin decir palabra.

El Recolector se volvió entonces hacia Jimmie Bunkins.

—La vieja que buscas está allí —dijo haciendo una señal con la mano—. La segunda empezando por el final. —Entonces se dio media vuelta y volvió a su trabajo, jadeando o riéndose. ¿Quién sabe?

Bunkins me dio un codazo.

—Vamos —me dijo—. Tienes que verla por ti mismo.

Fue hasta el bulto tapado que el Recolector le había señalado, apartó la parte de arriba del sudario de lona y dejó al descubierto la cara de la desdichada Moll Caulfield. Apenas se le podía reconocer, hundida y chupada como la tenía ahora que estaba muerta. Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero las contuve, ya que no deseaba parecer débil.

—Recolector, ¿cuándo han traído a esta mujer? —pregunté.

Volvió a clavar la bielda y se acercó torpemente a nosotros.

—Hace dos noches —dijo—. Está previsto que la entierren mañana.

—¿Dónde la encontraron?

—En una callejuela cercana a Covent Garden.

—¿En Half Moon Passage?

—No, fue lejos de allí. Al lado casi de Hart Street. Lo tengo apuntado en mi libro. Llevo los datos al día. Es necesario.

—¿Quién le llamó?

—El dueño de una licorería que hay en esa callejuela. Me dijo que la presencia del cadáver era mala para el negocio. También me juró que no le había dado nada de

beber.

—¿Entonces cuál ha sido la causa de la muerte?

—Quién sabe. Una enfermedad, el frío, la vejez. No es precisamente una niña…

Se inclinó y la destapó por completo.

—Como veis —dijo el Recolector—. Su cuerpo no tiene ninguna marca. No pensé que fuera necesario llamar al pico.

Muy a mi pesar, me quedé mirando. El de Moll Caulfield era el primer cuerpo desnudo de mujer que veía. La desdichada no me despertó ningún deseo sexual, como tampoco se lo hubiera despertado a cualquier otro hombre.

Le hice un gesto al Recolector para que volviera a echar la lona y, con toda la falsa autoridad que era capaz de mostrar, le dije:

—Esta mujer no debe ser enterrada en un cementerio para pobres. Hay dinero de sobra para que reciba sepultura dignamente. Mañana vendrán a recoger el cadáver. Manténgalo en el sitio más fresco que tenga. ¿Queda claro?

—Sí —respondió el Recolector—. Pero, escucha, no vi ninguna marca en su cuerpo, ni heridas, por lo que pensé que no sería necesario llamar a los guardias del pico.

—Entiendo —dije—. *Sir* John será informado de todo lo que me acabas de decir. —Luego añadí—. Señor Bunkins, volvamos a Bow Street.

Salimos juntos, sin mirar hacia atrás. Cuando pasamos la cerca, apretamos el paso, aunque no perdimos el decoro hasta que nos hubimos alejado de la casa.

—¡Cáspita! —exclamó Jimmie Bunkins—. Eres un gachó con aguante.

VIII

En el que se trata de apagar un gran incendio y *sir* John es informado

Regresé al número 4 de Bow Street muriéndome de ganas por contar el descubrimiento, pero poco dispuesto a comunicárselo al alguacil Fuller. Su mala opinión de Jimmie Bunkins y su evidente desconfianza en mi persona me había predispuesto, he de confesarlo, contra él. De buena gana me habría franqueado con el señor Benjamin Bailey, pero sabía que aquel día de la semana, el domingo, era el que libraba para tomarse un merecido descanso. Decidí no informar a nadie excepto a *sir* John.

Al despedirme de Bunkins en la puerta, le ofrecí, consciente de que la cena me esperaba arriba, mi penúltimo chelín para que pudiera ir a hartarse de comer. Él lo cogió con alegría y me guiñó un ojo.

—Esta es mi gratificación, ¿no?

—De ninguna manera —dije—. Si estuviera en mi poder darte una, sería mucho más generoso. Es para compensarte. En tu primera visita seguramente le pagaste un chelín a esa terrible mujer. Ahora te lo devuelvo.

—Es justo —dijo—. ¿Qué va a hacer el pico ahora?

—No sabría decírtelo.

—¿Va a arrestar a esos rufianes de negro?

—Lo hará si tiene pruebas en su contra.

—¿Pruebas? —exclamó—. ¿No te parece una prueba lo que hemos visto en casa del Recolector? Ella les tenía un miedo de muerte.

—*Sir* John hará lo que sea justo.

—Más vale que lo haga —dijo Bunkins—. La vieja gachí tenía amigos que pueden vengarse de ella como es debido.

Sin una palabra más, dio media vuelta y se alejó a toda prisa de la puerta. Yo me quedé mirándole fijamente, preguntándome qué bárbaro concepto de la justicia habría concebido en su imaginación para los Hermanos del Espíritu.

Entré en casa y subí por las escaleras para oír la regañina de la señora Gredge por llegar tarde a la cena. Pero su regañina no fue ni tan larga ni tan severa como ella hubiera deseado, pues yo apenas me había retrasado. En realidad no me había retrasado en absoluto, ya que ella estaba todavía revolviendo el guisado que íbamos a cenar y me confesó que aún había que esperar un poco a que se hiciera del todo. Ese poco fue casi una hora, pero después de la visita al Recolector y de haber visto lo que había visto y olido lo que había olido, yo no tenía ninguna prisa por comer.

Cuando me senté a la mesa, me puse a remolonear con la comida. Logré comerme

un buen trozo de pan untado de mantequilla y tragarme un par de patatas y una zanahoria. La carne, en cambio, que estaba flotando en salsa y era de color marrón excepto donde tenía grasa, me pareció superior a mis poderes de consumición.

—No estás comiendo —dijo la señora Gredge con tono acusador.

—No tengo hambre —respondí.

—Bueno, lo que nos faltaba.

Dicho esto, cogió bruscamente mi plato y arrojó los restos en la olla.

—No sé qué te pasa —dijo poniendo la palma de la mano sobre mi frente—. No estás enfermo, no tienes fiebre. Seguro que te has hartado de dulces y caramelos en Covent Garden. Ya te comerás mañana lo que no te has comido hoy. Ahora a fregar.

Me puse a la tarea de un salto, impaciente por dar una satisfacción a la señora Gredge por el desprecio a sus habilidades culinarias que sospechaba haberle hecho. Mientras yo fregaba, ella ponía mala cara, y mientras ponía mala cara, comía, impaciente en su resentimiento por hacerme ver que había cometido una terrible injusticia al rechazar el gran banquete que me había servido. (Lo cual era, sin lugar a dudas, cierto). Incluso volvió a la olla para servirse un modesto segundo plato y quizá buscar los trozos que yo había rechazado. Comió hasta hartarse, volvió a repetir, y al final emitió un sonoro eructo con el único propósito de demostrar lo que quería:

—Es el mejor guisado que he hecho jamás.

No respondí y, pidiendo permiso con la mirada, cogí su plato y sus cubiertos y los lavé junto con lo demás. Cuando hube terminado todo a su satisfacción, me excusé, subí a mi buhardilla y cogí el libro que estaba leyendo. Volví con él a la mesa y me puse a leer. La señora Gredge me amonestó.

—No es bueno para tus ojos que te pases la mitad de la noche leyendo como lo haces —me dijo.

—Tengo bien los ojos, señora Gredge —respondí yo apaciblemente.

—Sigue así y acabarás tan ciego como *sir* John.

—Leo para que un día pueda tener sus conocimientos y su sabiduría.

—¡Ja! Eso es poco probable.

—Como usted diga, señora Gredge.

Volví a posar la mirada sobre la página. Pero entonces, movido por la curiosidad, levanté los ojos, solo un poco, y la observé a hurtadillas. Ya era una mujer mayor, y estaba haciéndose mayor con cada día que pasaba. A ella sí le fallaba la vista. Subía por las escaleras con más dificultad que cuando yo había llegado a la casa, hacía apenas unas semanas. No obstante todavía cocinaba bien, e inspeccionaba mis quehaceres con severa meticulosidad. Su actitud hacia mí había cambiado. En un principio había adoptado conmigo una actitud desaprobatoria y, en el mejor de los casos, me había mostrado a lo sumo una tolerancia poco generosa. Ahora, en cambio, como me ocupaba regularmente de ir a la compra y le hacía además un sinfín de tareas de todo tipo, me aceptaba como un elemento necesario de la casa y en ocasiones incluso me daba muestras de afecto. Yo me preguntaba qué edad tendría,

aunque solo al cabo de los años cobraría el ánimo suficiente para pedirle que me lo dijera. También me preguntaba cuánto tiempo llevaría al servicio de *sir* John. Al menos para aquello sí tenía bastante ánimo.

—Perdone, señora Gredge —le dije—, si no le importa que se lo pregunte, ¿cuándo empezó usted a trabajar para *sir* John?

—No me importa que lo preguntes —respondió—, ya que, al fin y al cabo, he sido feliz el tiempo que he estado en esta casa. La verdad sin embargo es que no sé exactamente cuánto llevo aquí; he perdido la cuenta. En todo caso fue justo después de que se trasladaran del Strand aquí. Fue una época de gran agitación: su hermano escapó a Portugal, donde murió, y *sir* John tomó posesión de su cargo. El señor Saunders Welch también era juez y había concebido grandes esperanzas de hacerse con la casa y el juzgado. Pero el hermano del juez, Henry, no estaba dispuesto a que eso ocurriera. Instaló a *sir* John y a mi querida Kitty, que Dios la tenga en su seno, en estas habitaciones y luego tomó el barco que le llevaría a su muerte. El señor Saunders Welch, como ya sabrás, se fue a Long Acre y abrió su propio juzgado de primera instancia.

—Bueno, se gana bien la vida con las multas, y hace tratos con los buscaladrones independientes —comenté.

—Eso dicen.

—Todo esto ocurrió en 1754, o eso fue lo que me dijo el señor Bailey. Justo un año antes de que yo naciera.

—¿De veras ha pasado tanto tiempo? Bien podría ser. De todos modos fueron días felices; sí, realmente lo fueron. *Sir* John y *lady* Kitty no llevaban mucho tiempo casados, y los dos deseaban disfrutar todo lo posible de su nueva vida, de ahí que emplearan mis servicios. Pensaron que podría trabajar de cocinera cuando celebraran cenas importantes y tal. Y bien que las celebraron… ¡Si supieras todo lo que les cociné! Mi hijo menor, que era algo mayor que tú ahora, dejaba sus deberes como aprendiz de ebanista, con el permiso de su maestro, claro está, y venía a servir vestido con el uniforme adecuado. Venían personas, personas importantes, y hablaban, reían y bebían hasta altas horas de la noche… —Se interrumpió dejando escapar un sonoro suspiro—. Pero todo acabó hace unos años, cuando *lady* Kitty contrajo su debilitante enfermedad. La contrajo de forma gradual. Al principio no fue ni con mucho tan grave como al final, que fue lo que tú viste, Jeremy. Eso fue lo peor. Lo peor que pudo ocurrir. ¿Cuál dijo ese médico irlandés que fue la causa?

—Un tumor —respondí.

—Ah sí, eso. Sabía más que los demás, y era mucho menos engreído. Yo me consumí viéndola morir. Y *sir* John también; en dos años envejeció diez.

Permaneció sentada largo rato, meditando melancólicamente sobre los acontecimientos que había descrito y quizá también sobre su propio destino. Entonces, tambaleándose, trató de ponerse en pie, lo que consiguió al segundo intento.

—Es temprano, pero voy a acostarme —dijo—. Ese es el mejor guisado que he cocinado jamás, y después de la enorme ración que me he comido, me siento algo amodorrada. Vas a quedarte aquí leyendo, ¿verdad?

—Sí, señora Gredge.

—Bueno, recuerda lo que te he dicho y cuídate los ojos: no leas demasiado. Es malo para la vista y un desperdicio de velas, como ya te he dicho en otras ocasiones.

Aún ardía en su interior la antigua llama de su carácter.

—Tengo algo que comunicarle a *sir* John —le dije—. Pensaba esperarle levantado.

—Bueno, tal vez tengas que esperar largo rato. Que tengas una buena noche, Jeremy Proctor.

Dicho aquello, se marchó cojeando, apoyándose sobre la pierna derecha, como acostumbraba a hacer últimamente, y luego subió por las escaleras.

Yo, por mi parte, me puse cómodo, dispuesto a permanecer en mi puesto hasta que llegara *sir* John y pudiera contarle lo que había visto en el terrorífico establo del Recolector. Estaba indeciso al respecto. *Sir* John me había dicho claramente que no le esperara levantado. Sin embargo no había duda de que desearía enterarse de la muerte de la desdichada Moll Caulfield, las circunstancias, el estado del cadáver y todo lo demás. Seguramente me agradecería que no hubiera aguardado a otra ocasión para decírselo. Al menos eso esperaba yo.

Así pues, me puse a leer. A decir verdad no me acuerdo del título del libro, ya que no me interesaba mucho. Lo había cogido, al igual que muchos de los que había leído durante los últimos meses, de la gran pila que había guardada en la habitación más alta de la casa, la que había acabado siendo mía. Se trataba, según me había dicho *sir* John, de lo que quedaba de la biblioteca de su hermano Henry. El resto había sido vendido a beneficio de su viuda e hijos. Los libros restantes no contenían mucho que pudiera interesar a un muchacho de mi edad que ansiara aventuras literarias. Me vinieron bien de todos modos, ya que el hecho de leerlos todos diligentemente (que fue lo que hice debido a que eran la única lectura de que disponía) contribuyó a inculcarme el hábito de estudio que tanto me ha beneficiado en mi carrera profesional como hombre de leyes. Estoy seguro además de que al final acrecentaron en gran medida mi caudal de conocimientos generales, ya que leí de cabo a rabo libros sobre temas tan diversos como las colonias norteamericanas, el comercio de la seda en China y la geografía de la Rusia asiática.

Hasta qué punto podía comprender tales cuestiones un muchacho tan falto de experiencia como yo es algo sobre lo que hoy solo puedo hacer conjeturas. Lo que sí sé, sin embargo, es que a menudo me hizo falta releer páginas enteras, si no más, para captar su sentido. De este modo me entenderás, lector, si te digo que aquella noche en particular, pese a mis esfuerzos por permanecer despierto leyendo mientras esperaba a *sir* John, mi interés en el libro decayó por completo. Empecé parpadeando y frotándome los ojos, y, sin saber cómo ni cuándo, me quedé, sentado como estaba,

profundamente dormido.

No sé a qué hora me desperté, aunque me pareció que era bastante tarde. La habitación se había enfriado y la vela se había consumido hasta quedar reducida al tamaño de un pulgar. Cuando rememoro los acontecimientos que sucedieron a continuación, calculo que debía de ser justo medianoche o algo más tarde.

No era posible que *sir* John hubiera llegado e, ignorante de mi presencia, se hubiese ido a la cama. Aunque no me hubiera visto con sus ojos invidentes, se hubiera dado cuenta de que me encontraba allí. El juez tenía una extraordinaria conciencia de las personas que le rodeaban, y no solo de su proximidad, sino también de su lugar exacto, su actitud y sus rasgos generales. La facultad que tenía era asombrosa, de modo que no, *sir* John no había pasado por la cocina sin advertir mi presencia.

Aunque me había despertado, todavía estaba amodorrado y algo aturdido. ¿Qué podía hacer? ¿Prepararme una tetera y volver a la lectura que había hecho que me durmiera? Dado el estado en que me encontraba, aquello parecía totalmente inútil: lo más probable era que volviese a quedarme dormido. Así, de mala gana, desistí de mi intención de salir a su encuentro para darle la noticia sobre Moll Caulfield. Ya se lo diría por la mañana. Cogí el candelero con su exigua vela y su luz mortecina y me dirigí a mi buhardilla.

Cuando estaba quitándome la ropa, miré casualmente por la ventana y vi un resplandor en el cielo. ¿Qué podía ser? Me acerqué para verlo mejor y observé, en primer lugar, que procedía de un lugar muy cercano y, en segundo, que lo causaba un incendio de considerables proporciones. Las llamas se alzaban de forma intermitente, con brusquedad, y el humo se perdía en el cielo de la noche describiendo espirales.

Tan rápidamente como me fue posible, volví a vestirme, cogí mi sombrero y mi casaca y salí de la habitación a todo correr. Bajé por las escaleras apresuradamente y causando un gran estrépito, sin pensar en la señora Gredge, quien dormía en la habitación situada justo debajo de la mía. Atravesé entonces la cocina y bajé por el siguiente tramo de escaleras, el cual me condujo a la planta baja, la zona reservada para los guardias y el calabozo, que en aquel momento se hallaba vacío.

Allí me encontré con el alguacil Baker, quien me saludó muy sorprendido:

—¿Adónde vas a estas horas?

—¡Hay un incendio!

—Ya lo creo, y de los grandes.

—¿Pero dónde?

Estaba brincando delante de él, impaciente por irme.

—En Maiden Lane —respondió—. Pero ¿por qué tienes que ir?

Yo ya me había puesto en marcha.

—Seguramente *sir* John esté allí —exclamé por encima del hombro.

—Cierto, pero…

Fuera cual fuese la advertencia u objeción que tuviera que hacerme, no la oí, ya que me lancé a la calle a toda velocidad y al salir cerré la puerta de golpe.

Una vez fuera, comprendí que preguntarle al señor Baker dónde había estallado el incendio había sido algo innecesario. Había varias personas en Bow Street, y aunque no formaban una gran multitud, estaban corriendo todas juntas en dirección a Maiden Lane. Pensé en distanciarme de ellas, pero cuando doblé la esquina de Tavistock Square y Maiden Lane apareció ante mis ojos iluminada por el fuego, vi que había todavía más gente, así como coches y carruajes, que llegaban en tropel procedentes del Strand. Pronto me vi obligado a andar, aunque en cuanto veía una grieta en aquel muro humano en movimiento, volvía a correr. Había hombres, mujeres e incluso niños. Todos habían ido a contemplar boquiabiertos el incendio, ya que en aquel entonces estos eran considerados una gran diversión, como lo son, por desventura, también hoy día.

No obstante, conseguí avanzar por Maiden Lane, dando empujones y codazos cuando era necesario y encogiéndome y abriéndome paso a pesar de las apreturas cuando no cabía otro remedio, hasta que llegué a la barrera de cuerda que se había levantado para contener al gentío. Allí me detuve. Descansé unos escasos segundos, me tomé un respiro y contemplé el terrible espectáculo que tenía ante mí.

A menos de cincuenta metros de donde yo estaba se encontraba el edificio en llamas, que era de madera al igual que aproximadamente la mitad de las construcciones que había en aquella zona. Era bajo en comparación con los que lo rodeaban, ya que solo tenía dos pisos y un tejado en punta que le daba algo más de altura y tal vez cubriera un ático. Todo esto era todavía visible, pese a que las llamas surgían a intervalos por las ventanas de abajo y podían vislumbrarse por las de arriba. El fondo de la planta baja parecía estar prácticamente arrasado, lo cual daba a entender que el fuego ardía de arriba abajo. Yo no sabía, ignorante como era de tales asuntos, si aquello era bueno o malo, ni si significaba que el edificio podía ser salvado o no. Lo que más me importaba en aquel momento era saber dónde estaba *sir* John.

Inspeccioné con la mirada el área que había delante del edificio en llamas. En ella estaba desarrollándose una gran actividad, aunque de una manera bastante confusa, ya que había muchos hombres corriendo de un lado a otro sin sentido ni propósito. Pero no todos. Al fondo de la casa, que era la parte más afectada por las llamas, tres hombres provistos de sendas picas habían enganchado una gruesa viga de contención y la habían soltado del edificio. Dando un gran tirón, consiguieron que cayera al suelo, lanzando llamaradas y chispas como si fuera el leño de un hogar, y que tras ella se hundiera una voluminosa parte de la pared del piso de arriba. Los tres hombres dieron un prudente salto hacia atrás y luego llevaron los llameantes escombros hasta la calle con sus picas.

En el otro extremo del área acordonada había una de esas grandes máquinas de

bombeo que solo había visto en ilustraciones. La hacían funcionar unos hombres que había situados a ambos lados de la bomba, los cuales tiraban de ella una y otra vez de arriba abajo en un movimiento oscilante; mucho más cerca del fuego, dos hombres dirigían el surtidor al punto en que las llamas ardían con mayor violencia. El agua salía de él en fuertes chorros al ritmo que le marcaba la bomba, a la cual estaba unida mediante una manga de cuero. Era algo impresionante, pero parecía ineficaz ante el fuego.

De vez en cuando unos soldados recorrían el contorno de la zona acordonada para contener, mosquete en ristre y bayoneta calada, al gentío que forcejeaba con la cuerda. Más lejos, al fondo, había otro grupo de soldados. Uno de ellos, que era sin lugar a dudas un oficial y la persona que estaba al mando, estaba manteniendo una acalorada discusión con dos hombres más, pero se encontraba colocado de tal forma que uno de estos quedaba fuera de mi vista. Mientras yo lo miraba, dio un pisotón en el suelo en un gesto de irritación y se alejó de los dos hombres, dejando al descubierto nada menos que a *sir* John Fielding. El juez golpeó los adoquines con su bastón y gritó algo al oficial que se alejaba. Bien, ya había dado con mi objetivo; mi problema consistía simplemente en alcanzarlo. Traté de llamar su atención gritando su nombre, pero mi grito se perdió en el fragor que tenía delante y el bullicio que sonaba a mis espaldas. Comprendí que de aquella manera no iba a conseguir nada, de modo que hice lo que tenía que hacer: fijar la mirada en *sir* John y pasar por debajo de la cuerda.

Como premio por mi acción me propinaron en la espalda un fuerte culatazo con un mosquete militar que me mandó directamente a los adoquines. Sin embargo atenué la caída con las manos y me apoyé sobre los brazos, mirando a derecha e izquierda para intentar averiguar de dónde había venido el tremendo golpe. Entonces alcé los ojos y vi a un soldado que no sería mayor que yo mirándome con gesto iracundo. Por su mirada parecía que se lo había tomado de una manera muy personal, como si al cruzar aquella línea me hubiera declarado su peor enemigo.

—¿Qué respondes? —me preguntó el joven soldado—. ¿Te pones detrás de la cuerda o prefieres sentir en tus carnes el otro extremo de este mosquete?

La bayoneta que llevaba calada en el elevado cañón del mosquete resplandeció vivamente a la luz del fuego.

—Preferiría no sentirlo, pero he de ver a *sir* John Fielding. Está ahí mismo —dije levantándome un poco y señalándolo con el dedo—. Soy su ayudante.

—Sí, claro —dijo dándome un golpe en el hombro con la culata—. Ahora ponte detrás de la cuerda.

En aquel momento vi a alguien cerca que podía responder por mí.

—¡Señor Cowley! —grité con todas mi fuerzas—. ¡Dígale a este soldado quién soy!

Estaba a unos diez metros, detrás del muchacho de la cota roja, y al parecer no me oía.

—¡Señor Cowley, por favor!

Se volvió, me vio y, tras hacerme una señal con la mano, se acercó hasta nosotros.

—Hola, Jeremy —dijo—. Qué barbaridad de incendio, ¿eh?

—¿Quién es este muchacho, alguacil? —preguntó el soldado con tono de severidad—. Dice ser el ayudante del juez.

El alguacil Cowley pensó por un momento.

—Bueno, no sé exactamente cómo se le podría llamar —respondió—. Está con él a todas horas. Y le hace toda clase de recados.

—Responda a mi pregunta —insistió el soldado—: ¿lo es o no lo es?

—Sí, supongo que se le podría llamar así.

Aunque el alguacil podía haber mostrado una disposición más abierta en lugar de responder con tanta reticencia, el caso es que el soldado bajó su mosquete y se alejó de mí. Si no podía obligarme a que me pusiera detrás de la cuerda, yo ya no tenía ningún interés para él. Eché a correr en dirección a donde había visto a *sir* John, pero entonces oí que el alguacil Cowley me decía algo. Me volví y vi que estaba señalando el lugar al que me dirigía.

—Está allí. Es el que está con el señor alcalde y el capitán de artillería.

Aquello estuvo a punto de hacer que me detuviera. ¿El señor alcalde de Londres? ¿Cómo iba yo a dar la noticia sobre Moll Caulfield encontrándose *sir* John en tan ilustre compañía? Sin embargo continué, pues sabía que debía intentarlo.

Al aproximarme, observé que las personas que había en torno a él constituían una extraña mezcla en cuanto a la manera de comportarse y a la actividad que estaban desarrollando. Los hombres del cuerpo de bomberos bombeaban agua apremiantemente con su máquina, y su jefe daba órdenes a voz en grito a los dos hombres que manejaban el surtidor y a los tres que iban pertrechados con las picas, los cuales tenían al parecer el cometido de intentar derribar la casa mientras ardiera. Los soldados, por su parte, holgazaneaban con aire de indiferencia, como aburridos, bromeando y hablando los unos con los otros, a la espera de recibir órdenes. Algunos habían tomado asiento sobre unos barriles que había distribuidos desordenadamente en torno a ellos.

En medio de todo se encontraba *sir* John. El desacuerdo que evidentemente había estallado entre las tres autoridades era tal que cada uno de ellos se había apartado de los otros y todos mantenían un silencio hostil. Gracias a esto dispuse de una magnífica oportunidad para comunicarle la noticia a *sir* John. Corrí directamente hasta él y di un tirón a su gran manga.

—*Sir* John —dije—. Hay algo que debo…

—¿Qué? —exclamó él volviéndose hacia mí—. ¿Quién está ahí? ¿Jeremy? Gracias a Dios que estás aquí, muchacho. Ahora quizá pueda obtener un poco de información imparcial.

—Será un placer dársela, pero antes…

—Este caballero que tengo a mi derecha —dijo señalando con la cabeza al señor

alcalde— afirma que el incendio no tiene importancia y que una mujer podría apagarlo de una meada. Él aboga por recoger la máquina y el surtidor y llevárselos.

—Vamos a ver, no es eso lo que yo he dicho, *sir* John —bramó el señor alcalde —. O al menos no es todo lo que he dicho. Los hombres que están bombeando están prácticamente agotados. No pueden continuar así toda la noche. Además el coche de la bomba tiene un gran valor para mí. Por mí, que el incendio se apague solo. El edificio no puede salvarse.

—¿Tú qué opinas, Jeremy? ¿Puede salvarse?

—No sabría qué decir… —Entonces miré con atención. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que conocía la casa y que había estado dentro de ella. Se trataba de la iglesia judía a la que el señor Martínez nos había llevado para hablar con el rabino. Reconocí las extrañas letras que había sobre la puerta, en la cuales se habían levantado ampollas y corría la pintura a causa del calor—. No, *sir* John —dije—. No creo que pueda salvarse.

—¿Salen las llamas de la planta baja?

—Sí, señor, así es.

—¿Crees que…?

En ese momento oímos un clamor en la multitud y, en concreto, unos aplausos y exclamaciones de alegría procedentes de un sector situado a la izquierda. Miré alrededor y luego al edificio en llamas. Allí, en el portal, vi a un individuo iluminado por la luz del fuego. Se trataba del rabino Gershon. Avanzaba tambaleándose, cogiendo con ambos brazos un objeto de gran tamaño envuelto en una manta en la que ardían unas llamas que parecían hojas.

—¿Qué es eso, Jeremy? ¿Qué sucede?

—Es ese rabino —respondí—, el rabino con el que usted estuvo hablando ayer noche.

—Ah, ha conseguido salir, ¿eh? Hace unos minutos ha entrado en la casa a todo correr. Le daban ya por muerto.

En cuanto se puso fuera del alcance del fuego, el rabino se cayó sobre los adoquines y apagó las pequeñas llamas y las chispas que se habían encendido en la manta. A pesar de la distancia, pude ver que tenía la barba muy chamuscada. Entonces apareció por la izquierda un numeroso grupo de hombres barbudos. Eran los miembros de su congregación. Haciendo caso omiso de los soldados, habían logrado atravesar la barrera y acercarse al rabino para… ¿Para qué? ¿Para felicitarle por salir del edificio con vida? No, ya que no le prestaron mucha atención. Lo único que les importaba era el objeto que estaba envuelto en la manta. Cuando la quitaron y dejaron al descubierto el pergamino que había debajo de ella, empezaron a lanzar gritos y a dar muestras de regocijo en su extraña lengua. Dos o tres se pusieron en pie de un salto y comenzaron a bailar de la misma manera que se lo había visto hacer la primera vez. Me quedé asombrado y pensé que se trataba de una reacción extraña.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó *sir* John con impaciencia—. ¿Qué está

sucediendo?

Le describí con la mayor brevedad posible todo lo que acabo de relatar. Mientras lo hacía, apareció un grupo de soldados, rodeó a los judíos y los llevó detrás de la barrera que habían roto, suceso que añadí a mi relato.

—De acuerdo, señor alcalde —dijo *sir* John—. Ahí tiene al relevo de los bomberos. Los judíos no pondrán inconveniente en sustituirlos. El rabino habla inglés. Que venga aquí. ¡Rabino! —gritó—. ¡Rabino! Venga aquí, por favor.

Y eso fue lo que hizo. Aunque llevaba con orgullo lo que había salvado del fuego (el pergamino era casi tan grande como él), había tenido que pagar por ello. No solo se le había chamuscado la barba, sino que en las partes más peladas tenía la piel quemada y en carne viva. Por lo que pude ver, también había sufrido heridas en las manos.

—Es una verdadera tragedia lo que le ha ocurrido a usted y a los miembros de su congregación —comentó *sir* John—. Le presento mis más sinceras excusas.

—Las acepto —dijo el rabino Gershon—, pero estamos acostumbrados a tales tragedias.

—¿A sangre y fuego?

—Es usted quien hace la asociación. ¿Qué puedo decir yo?

—Comprendo. El señor alcalde me ha formulado la queja de que sus bomberos necesitan descansar. ¿Podrían sus hombres o algunos de ellos ofrecerse a sustituirlos? Lo consideraría un gran servicio a la ciudad si lo hicieran.

—Lo harán si yo se lo pido.

—Entonces le pido el favor a usted.

El rabino hizo un gesto de asentimiento y dio media vuelta para irse, pero antes de que lo hiciera, *sir* John le dijo:

—¿Podría asimismo pedirle que me visitara mañana para que podamos continuar hablando sobre esta… tragedia?

—Como usted desee, *sir* John. ¿A qué hora quiere que nos reunamos?

—Oh, a última hora de la tarde, cuando termine en el juzgado. ¿Le parece bien a las cinco? Necesitará todo ese tiempo al menos para recuperarse.

—Como usted diga.

Dicho aquello, se fue en dirección al grupo de hombres barbudos, que ahora retrocedía en actitud solemne acompañado por los soldados ataviados con cotas rojas.

—Jeremy —me dijo *sir* John casi en un murmullo—. ¿Está el charlatán del capitán todavía por aquí?

—Sí, señor.

—¿Puede oírnos si le gritamos? —me preguntó, tras lo cual dijo con voz normal —: Entonces es usted quien debe gritar, señor alcalde. —Este estaba cerca de nosotros y había oído cada una de las palabras que había dicho el juez—. Informe al capitán que los miembros de la congregación del rabino van a cumplir su deber para con la ciudad de Londres. Esto le satisfará, supongo.

—Debería satisfacerme, ¿no?

—¿Entonces no va a seguir insistiendo en que es necesario llevarse la bomba?

—Por el momento no.

Así pues, el señor alcalde optó por no gritar, pese a que prácticamente le habían ordenado que lo hiciera. Andando como un pato, se dirigió a donde se encontraba el capitán y le habló al oído. No hay que olvidar, lector, que todas estas negociaciones estaban llevándose a cabo en medio de una confusión y un estrépito espantosos. El fuego, que seguía ardiendo, hacía un ruido enorme que ahogaba a todos los demás.

—*Sir* John —dije—. Jimmie Bunkins ha venido a verme y…

—Ese necio del capitán quiere dar comienzo a la destrucción de toda esta manzana de casas —dijo el juez alzando el bastón en dirección al oficial errante—. Quiere hacerlas saltar por los aires. ¿Puedes imaginarte una destrucción de propiedad tan descabellada?

—Pues no, señor; eso sería…

—¡Pólvora! Ha traído de la torre un sinfín de barriles llenos de ese espantoso material. Dice que fue la única acción que tuvo algún resultado durante el gran incendio del siglo pasado. Menudo disparate. Las condiciones son diferentes. En primer lugar, no sopla viento, ¿no es verdad, muchacho? Chúpate el dedo y dime si no es cierto.

Hice lo que me pedía. Levanté mi dedo índice y siguió mojado.

—No sopla nada de viento —dije—. Cuando he visto el incendio desde mi ventana, el humo parecía elevarse verticalmente.

—¿Verdad que sí? ¿Y a que hay espacio entre la casa y los edificios que hay a cada lado?

—Sí, algo. Unos cinco metros en un lado y algo más en el otro.

—He dado instrucciones a los inquilinos de que tengan cubos preparados y presten mucha atención a las chispas que puedan caer en el tejado. ¿Están colocados en sus posiciones?

A decir verdad, los inquilinos de las casas estaban ocupadísimos arrojando agua para apagar el fuego y extinguiendo las llamas a golpes, todo ello con buen resultado. Por suerte, ambos edificios estaban construidos con buen ladrillo inglés y tenían mucho aguante.

—Sí, están colocados —le respondí—, y por el momento el fuego no se ha extendido.

—¿Y qué me dices de los tejados? ¿Han subido a ellos?

Yo ya había observado antes una cierta actividad en ellos: unos hombres que miraban asustados las llamas que ardían abajo y agua que caía por uno de los lados del tejado de la izquierda.

—Sí, pero es difícil ver sus movimientos. Los dos tejados son planos.

—¿De veras? No me lo habían dicho. Así resulta mucho más sencillo hacer las cosas. ¿Ves? Ese es precisamente el tipo de información que no lograba obtener del

capitán. Ni del alcalde, por cierto. No voy a permitir que derrumben edificios para satisfacer el capricho de un capitán de artillería novato. ¡Es una locura! ¡A quién se le ocurre!

Continuó protestando durante cierto rato, para sí mismo más que para mí. Yo seguía esperando que se me presentara la oportunidad de comunicarle lo que había averiguado en el depósito del Recolector. Hasta entonces no había logrado nada. ¿Quién podía saberlo mejor que yo? Quizá aquel no fuera ni el momento ni el lugar adecuado para ello. Sin embargo, si lo intentaba una vez más, quizá…

—¿*Sir* John?

—Sí, Jeremy, ¿qué sucede?

—¡*Sir* John! ¡*Sir* John! —El alguacil Cowley se llegó a todo correr a donde estábamos—. He obtenido información de unos testigos.

—¡Y a qué esperas a decírmela, hombre!

—Dos testigos han visto a tres hombres vestidos de negro huyendo por Maiden Street justo antes de que se descubriera el incendio.

—¿Entonces no les han visto encender el fuego?

—Bueno… No, señor. Pero a ellos los han visto con claridad, alejándose a toda prisa. Y en dirección a Half Moon Passage además.

—Algo es algo. ¿Has tomado los nombres de los testigos?

—Sí, señor.

—¿Dónde se les puede encontrar?

—Bueno, tengo la dirección de un tal señor Goodpasture, aunque se ha puesto muy nervioso al decírnosla. Prefiere que no se sepa que se hallaba en Covent Garden en compañía de una tal Daisy Dillard. Esta mujer no tiene dirección fija, pero se ha mostrado dispuesta a hablar. Ha declarado que ha visto a unos hombres vestidos como los que predican en Covent Garden.

—¿Qué tenemos entonces? Un marido descarriado, poco dispuesto a que le llamen a declarar, y una prostituta de Covent Garden que no tiene dirección fija. Bueno, algo es algo. Haremos con ello lo que se pueda.

Sir John volvió entonces la cabeza de un lado a otro como para hacerse una idea de la situación. Sin embargo fue a mí a quien recurrió para obtener el informe definitivo.

—Dime, Jeremy, ¿cómo va el incendio?

—Ha perdido algo de fuerza —respondí sin faltar a la verdad—. Parece extinguido excepto en la planta baja. Los hombres de las picas han derribado la mitad de la fachada del piso de arriba. El surtidor está ahora orientado hacia allí.

—Entonces vámonos —dijo—. Vamos a hacer una visita al hermano Abraham y a su rebaño de ovejas.

El juez se detuvo un momento a hablar en privado con el señor alcalde y con el oficial de artillería. Luego, tras recibir sin duda las garantías que había pedido, hizo un gesto de asentimiento y cruzamos la zona acordonada en dirección a Half Moon

Passage.

El alguacil Cowley abría la marcha y yo le seguía. *Sir* John se agarró fuertemente a mi hombro cuando nos agachamos para pasar por debajo de la cuerda y se mantuvo firmemente cogido a él mientras nos abríamos paso por entre la multitud. Cowley usaba su bastón, sosteniéndolo a la altura de los hombros con las dos manos para separar a la multitud de hombres y mujeres que se extendía ante nosotros. Avanzamos a duras penas, pero al final llegamos a un lugar en el que pudimos empezar a andar con normalidad.

De aquel modo alcanzamos el final de Maiden Lane, en cuya esquina se hallaba, en medio de una oscuridad y un silencio absolutos, nuestro destino: el lugar de reunión y hospicio de los Hermanos del Espíritu. Cuando llegamos a la puerta ante la que habíamos exigido entrada unos días antes, se lo hice saber a *sir* John, quien ordenó al alguacil Cowley que llamara con fuerza.

El alguacil lo hizo. Se produjo un silencio. No respondía nadie.

—Llame más fuerte —dijo *sir* John.

Y así lo hizo.

—Quizá estén durmiendo —dijo el señor Cowley.

—Entonces despiértelos, alguacil.

Al oír aquello, el señor Cowley aporreó la puerta con su maza de roble con tal fuerza que tuve la seguridad de que uno de los dos objetos iba a romperse. Sin embargo no ocurrió nada de eso. El gran estrépito que armó el alguacil acabó por atraer a alguien a la puerta, un hombre de aspecto modesto, mirada triste y adormilado.

—Alabado sea Dios —dijo bostezando—. ¿En qué puedo servirles?

Sir John dio un paso adelante.

—Me llamo John Fielding, juez del juzgado de Bow Street, y deseo ver al hermano Abraham.

—Oh —exclamó el portero—. Debe de estar dormido. Somos hombres sencillos. Nos acostamos temprano.

—Debo verle de todos modos. Despiértele si es necesario. Si el hermano Abraham ha dormido algo esta noche, entonces ha dormido más que yo. Dígale que ha venido *sir* John y que reclama su presencia.

—He de cerrar la puerta. ¿Me disculpan? Es muy tarde.

—Lo comprendo.

El portero de la mirada triste cerró la puerta suavemente ante nosotros y echó el candado. Aguardamos. El alguacil Cowley y yo nos miramos, como tratando de adivinar si la puerta volvería a abrirse o no. *Sir* John, en cambio, mantuvo la paciencia y siguió esperando mientras los minutos transcurrían. Silencioso, parecía estar profundamente concentrado, pensando en Dios sabe qué grandes ideas. ¿Era este el momento de sacar a colación a Moll Caulfield? No, pensé.

Finalmente oímos pasos al otro lado de la puerta. Descorrieron el candado y la

puerta se abrió. El hermano Abraham apareció ante nosotros, frotándose los ojos y bostezando con gran ostentación. No obstante yo tuve la impresión de que estaba bastante despabilado y dudé de que hubiera estado durmiendo.

—*Sir* John —dijo—, ¿a qué debo esta… esta…?

—¿Molestia?

—«Vosotros lo decís: no yo».

—Ah… Está usted citándome las sagradas escrituras, ¿eh?

—Todas las palabras y frases están en la Biblia —dijo el hermano Abraham—. A alguien como yo, que la conoce bien, le vienen a la boca con facilidad.

—Bien, en tal caso, quizá tenga otras palabras sagradas con que responder a mis preguntas. Como puede ver, la noche está iluminada por un gran resplandor detrás de mí. Tal vez también vea llamas.

—Ah sí, parece como si una casa estuviera ardiendo.

—¿Oye el murmullo de los gritos? ¿Y el rumor del gentío que ahora se aleja? Me maravilla que haya podido dormir con tanto alboroto.

—Duermo profundamente.

—Qué suerte tiene usted —comentó *sir* John en un tono profundamente irónico —. De todos modos, ya que se declara ignorante del gran acontecimiento que ha tenido lugar cerca de su casa, le diré que es la sinagoga de Maiden Lane la que ha ardido. Mejor dicho, sigue ardiendo. ¿Qué me dice de eso? «¿Soy yo quien cuida de mi hermano?».

—Yo no diría eso, ya que los judíos no son mis hermanos ante Cristo, aunque desearía que lo fueran.

—He oído hablar de su gran interés en conseguir que lo sean. ¿No es cierto que ayer usted se presentó en esa misma sinagoga y predicó a los miembros de la congregación con el propósito de convertirlos?

—Sí… Así es —respondió el hermano Abraham mostrando por primera vez cierto grado de incertidumbre—. Me recibieron y escucharon con suma atención lo que tenía que decirles.

—Sobre todo cuando usted les dijo que si predicando no lograba convencerlos, lo haría a sangre y fuego…

—Yo no dije eso. Oh, no. Esa es una gran tergiversación. Lo que les dije fue que, mientras que los papistas les ofrecían sangre y fuego, yo les traía amor y buenas razones. ¿Quién le ha dicho que utilicé esas palabras? Seguro que ha sido ese feo y malnacido rabino suyo. Es un hombre malvado, un enviado del diablo.

—Hermano Abraham, no sé nada de enviados del diablo, pero entre las personas que han comparecido ante mí en el juzgado he conocido a unos cuantos hombres malvados, y puedo asegurarle que el rabino Gershon no es como ellos.

—Como usted ha dicho, no sabe nada de enviados del diablo.

—Si alguien me dijera eso en mi tribunal, señor, lo consideraría una insolencia y un desacato —dijo *sir* John con tono conminatorio. Luego, al cabo de unos segundos,

añadió—: Sin embargo no estamos en un tribunal. Estamos en su portal, y deseo informarle del testimonio de dos testigos. Estos dos testigos coinciden en que han visto a tres hombres vestidos de negro alejarse corriendo de la sinagoga momentos antes de que se descubriera el incendio. Uno de los dos ha dicho incluso que iban vestidos de igual modo que los Hermanos del Espíritu. Les había visto predicar en Covent Garden.

—¿Ha visto ese testigo sus caras? ¿Podría identificarles? Lo dudo… No, ni siquiera lo dudo, ya que, a menos que hayan sido vistos antes de la ocho, esos hombres no pueden ser miembros de nuestra hermandad. A esa hora ya estábamos todos aquí. En cualquier caso, los miembros de esta asociación no habrían hecho cosa semejante. Defendemos la paz, la justicia y la comprensión.

—Admirable —dijo *sir* John, pero, en lugar de proseguir, se limitó a aguardar.

—Y por lo que se refiere a la manera de vestir —continuó el hermano Abraham, cuya seguridad había desaparecido por completo—, ¿qué más puede decir usted aparte de que esos tres hombres fueran de negro? El negro, permítame que le recuerde, es un color muy extendido. Mire alrededor cuando vaya por las calles de Londres y verá que la mitad de los hombres lleva alguna prenda de ese color. —Tras un momento de titubeo, rectificó su afirmación—: O quizá no lo vea, pero no tiene más que preguntar y se lo confirmarán.

—Interesante. El negro, dice usted… Debo preguntarlo entonces.

Solo dijo aquello, y una vez más aguardó.

—¡Los judíos! La mayoría van de negro. Lo he visto con mis propios ojos. Con sus sombreros de piel y sus barbas… Les he visto. La otra noche sin ir más lejos. Puede que hayan causado el incendio ellos mismos con el fin de echarnos la culpa a nosotros.

—¿En su propia sinagoga? Me parece muy poco probable.

—Son gente taimada. Pero dejemos eso. Dejemos todo lo relacionado con las personas que van vestidas de negro y pensemos en por qué habría de estallar un incendio precisamente en un lugar como ese.

—Sí, ¿por qué habría de suceder eso?

—Está claro. Éxodo, capítulo veintisiete, versículo veinte: «Mandarás a los israelitas que te traigan aceite puro de oliva molida para el alumbrado, para alimentar continuamente la llama».

—¿Y eso qué significa? —preguntó *sir* John—. No acabo de comprender qué quiere decirme.

—Pues es evidente —respondió el hermano Abraham—. ¿No se ha fijado en la lámpara que ardía ante el arca?

—¿El arca? No le comprendo.

—El baúl en el que se guardan los pergaminos. Estoy seguro de que se ha fijado… O no, supongo que no. Claro, con su vista o su falta de ella… En cualquier caso, lo cierto es que mantienen la lámpara siempre encendida por respeto a las

escrituras… Esa lámpara podría haber causado el incendio fácilmente. Tal vez la hayan volcado o le hayan dado un golpe, o hayan derramado el aceite con el que arde. Esa es la causa más probable del incendio. Es evidente.

—¿De veras lo es? Si no le he entendido mal, la lámpara estaba colocada cerca de los pergaminos. En tal caso, los pergaminos habrían sido una de las primeras cosas en arder. Sin embargo, según la descripción que me ha hecho Jeremy de lo que ha visto, el rabino, ese enviado del diablo, como usted le ha llamado, ha salvado los pergaminos en un acto de heroicidad. Los ha sacado del incendio intactos. Algo encomiable, por no decir otra cosa. Milagroso, a decir verdad, si estaban situados tan cerca del lugar donde ha comenzado el fuego.

Por un momento el hermano Abraham no pudo responder. Permaneció en el portal, callado y con el ceño fruncido.

—Pero pongamos fin a esta conversación —dijo *sir* John—. Ya tendremos la oportunidad y el tiempo de continuarla. De hecho, hermano Abraham, le prometo que así será.

Sin una palabra más, *sir* John Fielding dio media vuelta y, adelantando el bastón para encontrar el escalón de bajada, salió a la calle y esperó a que el alguacil Cowley y yo le alcanzáramos. Nosotros no pudimos hacer otra cosa que mirarnos el uno al otro con expresión de sorpresa, hacer una señal de despedida al hermano Abraham y correr a reunirnos con él. Entonces oí que la puerta se cerraba bruscamente a nuestras espaldas.

—Vamos, vamos —dijo *sir* John—. Ya hemos perdido bastante tiempo con ese charlatán.

A un paso veloz y ligero, el juez echó a andar por el camino que habíamos tomado para llegar allí. El alguacil Cowley y yo nos pusimos cada uno a un lado, con miedo de que pudiera dar un traspié. Sin embargo, sin otra ayuda que su bastón para guiarse, halló su camino con seguridad, pese a que a cada paso que daba maldecía el tiempo que había perdido a causa de la conversación que acababa de mantener. Afirmaba que aquel hombre tenía pretensiones mesiánicas y que sin duda habría que encerrarlo en Bedlam.

—Y sin embargo es hábil en lo que se refiere a la ley. Sabe muy bien que el ver por detrás a tres hombres vestidos de negro que se alejan apresuradamente del lugar del delito no puede ser aceptado en un tribunal como una identificación positiva. Bueno, al menos le hemos puesto nervioso ¿no? Ahora sabe que no vamos a perderle de vista ni a él ni a su banda. Quizá logremos echarles de Londres y mandarlos de vuelta al otro lado del océano, a su Nueva Jerusalén. Yo consideraría eso una victoria, y si…

—Eh… ¿*sir* John?

—¿Qué sucede, Cowley?

—Justo delante de nosotros empieza a aumentar el gentío. Quizá debiéramos avanzar tal como lo hemos hecho antes.

—Sí, de acuerdo. Abra el paso a un hombre ciego.

Así pues, el alguacil Cowley volvió a ponerse delante y *sir* John se puso detrás de mí cogiéndome fuertemente del hombro. No había ni con mucho tanta gente reunida como antes; en realidad solo había dos o tres personas junto a la cuerda, que ya estaban perdiendo la paciencia y dispuestas a irse. Esto significaba, naturalmente, que el incendio estaba prácticamente extinguido.

Y así era. Tras pasar por debajo de la cuerda, el alguacil Cowley enseñó la divisa de su maza al soldado más cercano, y este nos dejó pasar sin mostrar ningún interés. Esto me permitió ver con claridad la casa por primera vez desde que nos habíamos ido a buscar al hermano Abraham. En su mayor parte estaba reducida a ascuas. Solo en una esquina de la planta baja se veían todavía llamas, y el surtidor estaba orientado directamente hacia dicho punto.

Se lo comuniqué a *sir* John, y también le dije que los soldados estaban recogiendo los barriles de pólvora y cargándolos en un carro.

—Bien. Doy gracias a Dios —dijo *sir* John—. ¿Alguacil Cowley?

—¿Sí, señor?

—Tengo para usted una tarea necesaria aunque molesta. Los soldados se irán pronto. Aunque hay que reducir un poco la zona acordonada, la cuerda debe permanecer donde está. Cuando el fuego esté extinguido del todo y se hayan llevado la máquina, será su deber montar guardia junto a los restos de la sinagoga y mantener alejados a los saqueadores. No permita pasar a nadie, excepto a aquellos judíos que tengan aquí su lugar de culto. Si desean montar guardia con usted, no hay inconveniente, pero aconséjeles que no entren. Me imagino que en un principio será peligroso pasar al interior. Le mandaremos un relevo por la mañana. ¿Comprendido?

—Sí, señor, pero…

—¿Pero qué?

—¿Cómo voy saber si alguien es judío?

—Bueno, tienen barba y… Ah, díselo tú, Jeremy.

En lugar de decírselo, se lo mostré, señalándole el pintoresco grupo que estaba en aquel momento bombeando agua con fuerza.

—¿Los que llevan los sombreros de piel son judíos? —Sí.

—Bueno, entonces no me será difícil diferenciarlos de los demás. No hay ningún problema, *sir* John.

—Adelante, alguacil Cowley. ¿Jeremy? Vamos a la cama.

Al cabo de unos minutos nos habíamos abierto paso por entre los últimos fanáticos del fuego que quedaban y llegábamos a Tavistock Street. Andábamos ahora a un ritmo más lento, paseando, dando muestras del agotamiento que ambos sentíamos. No sabía qué hora era exactamente, aunque creía que serían casi las dos de la madrugada. A pesar de lo tarde que era, Covent Garden parecía un lugar bastante seguro, ya que las aceras aparecían pobladas por aquellas personas que todavía no habían vuelto a sus hogares debido a la diversión de aquella noche, decepcionadas tal

vez de que el incendio no se hubiera prolongado más tiempo o de que no se hubieran volado las casas.

Avanzábamos en silencio, y yo creí al fin llegado el momento de comunicar al juez mi noticia.

—*Sir* John —dije—, debo decirle algo de considerable importancia.

Él dejó escapar un suspiro.

—Ahora no, muchacho. Estoy demasiado cansado para escucharte con atención.

Yo respiré hondo y me armé de valor.

—Debo insistir en que me escuche, *sir* John —dije con voz trémula—. He tratado de decírselo en diversas ocasiones esta noche, pero en todas ellas he tenido que dejarlo para después o bien he sido interrumpido. Usted no se lo tomaría bien si le obedeciera y lo dejara hasta mañana.

—De acuerdo —dijo—. Me has convencido. Dime lo que quieras.

Finalmente se lo dije, y le conté lo que tenía que contarle como un relato, de principio a fin, omitiendo poco y sin añadir ningún género de comentario o suposición. Insistí en que Jimmie Bunkins había hecho el descubrimiento del cadáver de la desdichada Moll Caulfield y me había llevado a verlo para que pudiera informarle a él. Defendí al Recolector diciendo que no había dado aviso porque no había visto marcas de violencia en el cadáver. En último lugar le conté a *sir* John que haciendo uso de mi autoridad había ordenado al Recolector que no enterrara el cadáver, puesto que alguien iría a recogerlo por la mañana. *Sir* John me escuchó hasta el final sin hacer comentario alguno.

—¿Por qué has decidido que no había que enterrarla? —me preguntó finalmente.

—Para hacer una autopsia, *sir* John. Además he pensado que quizá se le pueda dar sepultura en el cementerio de una iglesia como es debido. Era una mujer muy piadosa.

—Bueno —dijo *sir* John—. El señor Donnelly no está aquí y no me fío de la opinión de los demás matasanos del distrito. Hay muchas maneras de matar a alguien sin dejar marcas. Si me hubiera enterado de la noticia antes, le habría pedido explicaciones al hermano Abraham, aunque los dos sabemos que se habría limitado a reiterar que Moll Caulfield les abandonó por iniciativa propia y sin ayuda de nadie. Nosotros, claro está, no habríamos podido probar lo contrario.

—¿Y lo del entierro en camposanto? —pregunté.

—La desdichada se lo merece, por supuesto. Hay dinero de sobra para hacerlo gracias a la multa que le impuse a John Bilbo.

—Tengo un profundo sentimiento de culpabilidad por todo esto, *sir* John. Fui yo quien le encontró alojamiento en Half Moon Passage.

—En aquel momento pensabas que era lo más acertado —dijo—. No has hecho nada malo.

Seguimos andando en silencio durante largo rato hasta que doblamos la esquina para enfilar Charles Street, desde la cual se veía nuestra casa. Entonces dijo *sir* John a

modo de resumen:

—Has hecho bien al decírmelo, Jeremy, y también al insistir. Hay ocasiones en que uno no tiene que hacer caso de los descargos, ni siquiera de los míos.

—Gracias, *sir* John. Espero…, espero que estuviera pasando una velada agradable con la señora Durham antes de que le avisaran del incendio.

—Ha sido una velada corta, Jeremy —me dijo—. Demasiado corta.

IX

En el que se me envía en una misión de investigación y el rabino habla con *sir* John

A la mañana siguiente la señora Gredge se vio obligada a levantarme de la cama, y lo hizo de una manera carente de amabilidad y llena de reproches. Imagínate, querido lector, la posibilidad de que te despierte repentinamente una voz que combine las cualidades de la de la urraca y la de la lechuza. No cabe duda de que la de la señora Gredge no sonaba siempre de aquel modo, pero cuando la levantaba para soltar una reprimenda, ni el mismísimo Diablo habría podido superarla.

—¡Jeremy! ¡Jeremy! —chilló—. ¡Levántate ahora mismo! Ya sabes que tu primer deber de la mañana es encenderme el fogón. Vamos, hazlo antes de que se haga demasiado tarde para prepararle el desayuno a *sir* John.

—Oh, señora Gredge —gemí—, ¿no podría encenderlo usted? Antes de que yo viniera llevaba años haciéndolo.

Ella me zarandeó bruscamente.

—No seas caradura, holgazán. No voy a tolerarlo. ¡Levántate de la cama ahora mismo!

Tenía razón, por supuesto. Mi deber era preparar la leña y encender el fogón cada mañana. Esto me obligaba a ser el primero en levantarme de la cama, algo que no solía suponerme ningún problema en absoluto. Sin embargo, aquella mañana en concreto, tras haber esperado a *sir* John durante la mitad de la noche y haberle acompañado durante el resto a causa del incendio, me resultó verdaderamente difícil salir de la cama para cumplir con mi deber.

Me puse los calzones mientras la señora Gredge aguardaba en la puerta. Yo sabía que no se iría hasta que yo hubiera salido de la cama y me hubiese puesto en pie. Así pues, haciendo un gran esfuerzo, me levanté y me dispuse a comenzar un nuevo día.

No me llevó mucho tiempo contentar a la señora Gredge. El fuego llameaba animadamente. Puso la tetera encima del fogón y sacó el pan y la mantequilla. Sin embargo, mientras cortaba el pan, halló nuevos motivos para quejarse.

—Vamos a ver, Jeremy —me dijo—. Soy una persona con práctica en la educación de niños y tengo la impresión de que aún tienes un problema. Es como si tuvieras una nube encima de la cabeza. En mi opinión esto se debe a dos razones fundamentalmente. En primer lugar, no deberías haber esperado a *sir* John hasta una hora tan avanzada y, en segundo lugar, anoche no comiste adecuadamente. Si hubieras comido algo de guisado, no hay duda de que ahora tendrías fuerzas para empezar el día. Estarías preparado para afrontar la mañana, por así decirlo. Pues bien, en cuanto a lo primero no hay nada que podamos hacer; sin embargo aún estamos a

tiempo de remediar lo segundo. Por lo tanto, dime, Jeremy, ¿quieres comer un poco de guisado para desayunar?

¿Cómo podía rehusar semejante ofrecimiento? Asentí, y ella cambió la tetera por la olla. Mientras se calentaba, la señora Gredge quitó la grasa que flotaba en la superficie. Esto me tentó un poco más. Entonces, cuando el guisado empezó a burbujear y percibí toda su fragancia, dejé a un lado todos los pensamientos relacionados con lo que había visto y olido en el establo del Recolector y alcé mi escudilla para que la señora Gredge me la llenara. Como estaba hambriento debido al ayuno de la noche anterior, me lo comí todo, saboreando tanto los considerables pedazos de carne como todo lo demás y rebañando mi escudilla con una corteza de pan hasta dejarla limpia. Aún no había acabado y ya estaba totalmente dispuesto a darle la razón a la señora Gredge: creía sinceramente que aquel era el mejor guisado que había hecho jamás.

Sin embargo, antes de que terminara y sacara aquella conclusión, *sir* John bajó por las escaleras y, guiándose por el olfato, se llegó a la olla.

—Por amor de Dios, señora Gredge —exclamó—, ¿qué clase de banquete nos ha preparado para desayunar?

—Nada más que lo que sobró de la cena de ayer —respondió ella—. Jeremy no se sentía muy bien, así que le he dado para desayunar esta mañana lo que no se comió anoche.

—¿Queda un poco en la olla para mí? —preguntó el juez con gran timidez.

—Siempre hay un plato para el señor de la casa —dijo ella.

Demostrando lo que acababa de afirmar, la señora Gredge llenó una escudilla de guisado y se la *sir*vió al juez no sin cierto orgullo. *Sir* John comió con gran apetito y, cuando hubo acabado, dejó escapar un sonoro eructo de satisfacción.

—¡Qué placer! —exclamó—. Carne de cordero, ¿no?

—De añojo. Al menos eso me dijo Jeremy.

—Y lo que me dijo a mí el carnicero —añadí yo. Me refería al señor Tolliver, quien me había vendido la carne el sábado a buen precio.

—Pues bien, el pobre cordero falsificó el documento de la mayoría de edad y ha sido comido como castigo. Un guisado estupendo, señora Gredge, aunque me temo que mañana habrá que volver a los torreznos y la grasa, ¿no?

—Como usted desee. Los huevos de gallina están carísimos.

—No sería conveniente comer tan bien todos los días. No sabríamos apreciar debidamente los platos extraordinarios. Guisado para desayunar. Qué maravilla, ¿eh, Jeremy? ¿Pero qué he oído? ¿Que anoche no te sentías bien? No lo parecías cuando te vi en el incendio.

—Creo que mi visita al Recolector acabó por completo con mi apetito.

—Es comprensible —dijo él—. Hoy en cambio tengo para ti un trabajo de investigación más agradable.

Sentí que el corazón daba un vuelco dentro de mí.

—¿De qué se trata, señor?

—Eres un muchacho conocido en Grub Street. Tienes una cierta reputación. Si no recuerdo mal, el difunto señor Crabb invitó a sus colegas y competidores a ser testigos de tus habilidades como cajista. Quería que conocieran el prodigio que había contratado de aprendiz. ¿No es así como ocurrió?

¿Le había dicho yo semejante jactancia? Probablemente sí.

—Sí, *sir* John.

—¿Te acuerdas de los nombres de las personas a las que invitó?

Pensé en ello por un momento.

—Invitó a tres. Me acuerdo de cómo se llamaban dos de ellos: el señor Trimble y el señor Ingold.

—Dos es mejor que nada. Ye a visitarlos, Jeremy. Finge que quieres trabajar de aprendiz pero que exiges unas condiciones extraordinariamente favorables. Ya saben lo que eres capaz de hacer como cajista. Alega que tienes la habilidad de un oficial y diles que deseas pasar un período de aprendizaje más breve que el acostumbrado. ¿Te parece convincente? Bien, hazlo de ese modo. El fin es que consigas entrar y conversar con ellos abiertamente. Intenta que hablen del señor Crabb, de sus prácticas comerciales, de sus enemigos, etcétera. Nos hace falta una imagen más completa de su persona. Por ahora tengo la intención de continuar las investigaciones sobre el supuesto de que el señor John Clayton es inocente de todos los asesinatos y nos ha dado una versión precisa y detallada de lo que recuerda, pese a que recuerde muy poco que nos pueda servir de verdadera ayuda tanto a él como a nosotros.

—Yo le creí —dije—, aunque sus palabras no tengan mucho valor.

—No me malinterpretes. Lo que nos dijo tiene mucho valor para mí. Sin embargo, para lord Mansfield no tendrían ninguno si fuera a juicio. —Por un momento guardó silencio—. Ah, una cosa más. Los dos oficiales que trabajaban para el señor Crabb han conseguido trabajo cada uno con un impresor diferente. Uno de ellos, Isham Henry, el hombre que prestó declaración en contra de Clayton, está trabajando para un tal señor Boyer, a quien también quiero que vayas a visitar. El otro oficial… ¿Cómo se llamaba?

—Tom Cranford. Llegué a congeniar con él.

—Bien, no sé si Henry te podrá servir de ayuda. Daba la impresión de que estaba enemistado con Clayton. A mí me pareció un individuo extraño… Con Cranford será diferente. Da con él lo antes posible y averigua qué sabe de su anterior patrón. Su actual patrón es un tal Dodsley, librero, impresor y editor, y también vive en Grub Street. Búscale allí. ¿Serás capaz de acordarte de todo esto?

—Sí, señor.

—De todos modos no *sir*ve de nada que salgas tan temprano. Acaba tus quehaceres para la señora Gredge. Luego tendrás todo el día para ocuparte de lo que te he dicho. Aguza bien los oídos. Atráete la benevolencia de las personas con las que hables. Gasta dinero si es preciso. Se te reembolsará.

Tuve una sensación realmente extraña al encontrarme de nuevo en Grub Street. No había ido allí desde la terrible noche en que el Recolector había levantado su abundante cosecha de cadáveres. Antes, sin embargo, de que esto ocurriera, durante las visitas que había hecho al establecimiento de Ezequiel Crabb, había acabado viendo la calle con cierto agrado. Aunque no me gustara la idea de que pudiese separarme de *sir* John, había reconocido, si bien con cierta renuencia, que si tal circunstancia había de darse, lo mejor que podía hacer era vivir y trabajar en un lugar cuyo negocio fueran los libros y los panfletos. Por reducido que fuera su número, siempre había estudiosos y miembros de la alta burguesía entre las personas que llenaban las calles. Iban a buscar en las tiendas lo último en las publicaciones del saber y lo más ingenioso en la nueva literatura de entretenimiento. De ahí que pese a ofrecer un aspecto un tanto pobre, Grub Street mantuviera un aire de respetabilidad o, más bien, ese ambiente del gran mundo que yo había esperado encontrar al hacer mi triste viaje a Londres apenas unos meses antes.

En la calle se encontraban libreros, impresores y editores. A menudo, como en el caso del señor Crabb, los tres oficios se juntaban en una misma persona. Uno de los primeros lugares por donde pasé al llegar a Grub Street fue su establecimiento, debido a que había seguido el camino que mejor conocía para llegar a la calle, el mismo que había recorrido en ambas direcciones mientras se disponían los términos de mi aprendizaje. Estaba completamente tapiado, y en la puerta habían fijado un cartel en el que se podía leer que el local estaba cerrado hasta nuevo aviso por orden de *sir* John Fielding, juez del juzgado de Bow Street. ¿Quién podía desear entrar en un lugar en el que habían tenido lugar semejantes barbaridades? Saqueadores, quizá, o aquellas personas cuya retorcida curiosidad pudiera llevarlos a mirar los lugares en que la sangre de las víctimas se había secado dejando una mancha oscura en el suelo.

A ambos lados del establecimiento del señor Crabb, el cual ocupaba un edificio de buen aspecto, había un par de humildes casas de huéspedes en las que, según me habían dicho, se alojaban escritores indigentes e impresores con dificultades de empleo. A lo largo de toda la calle había casas de comidas y tabernas respetables en las que personas como estas podían comer y beber hasta hartarse a cambio de un determinado número de peniques. Así pues cabe decir que en aquella calle los ricos y los pobres se encontraban y mezclaban, y todos ellos daban importancia a las obras literarias y a su producción, aunque solo fuera como medio para ganarse la vida. Yo sabía que podría haber vivido y trabajado en tal entorno; no obstante, ser en aquel momento de ayuda a *sir* John Fielding en un asunto de tanta gravedad como aquella investigación daba a mi vida una importancia que de ninguna manera hubiera podido imaginar antes.

Somos esclavos de nuestras circunstancias en una medida de la que yo no había sido consciente hasta aquel momento. Mi padre, de haber vivido en Londres, quizá hubiera sido un hombre tan distinguido y próspero como Ezequiel Crabb. En tal caso,

deduje siguiendo con mis cavilaciones, estaría igualmente muerto. ¿Pero qué importaba? Da igual que a uno le apedreen en la picota o que le despedace un asesino a hachazos.

Albert Ingold no tenía mucho que decirme. No alcanzaba a comprender por qué recordaba su nombre y no el del tercer admirador, cuya identidad seguía escapándoseme. Se encontraba en su oficina, tan delgado y reservado como lo recordaba, y me dijo que, en efecto, se acordaba de mí y era cierto que se había sentido muy impresionado por la demostración que le había hecho de mi habilidad como cajista. Sin embargo, no tenía ningún puesto para mí. No, ni siquiera si fuera capaz de hacer el trabajo de un oficial de imprenta (algo que sin duda podría hacer tras un corto aprendizaje). También me dijo que, de todos modos, se acordaría de mí, y que si se enteraba de alguien que necesitaba a alguien como yo, sería un placer para él recomendarme, por supuesto. Tras decirme que volviera a verle dos semanas más tarde por si tuviera algún nombre que darme, se levantó, dándome a entender que mi visita había acabado. Cuando le pregunté quién había podido enfadarse tanto con el señor Crabb como para desear su muerte y la de toda la familia, obtuve una respuesta de lo más curiosa:

—Fuera cual fuese el castigo que recibiera el señor Crabb —me dijo el señor Ingold—, puedes estar seguro de que se lo merecía.

Me cogió entonces por un brazo y me condujo hasta la puerta. Mejor dicho, me echó por ella de un empujón. Como no se me ocurría decirle nada que me permitiera quedarme y hacerle más preguntas, le di las gracias por el tiempo que me había dedicado y me fui.

El trabajo de obtener información no era nada fácil, concluí. Cuando había visto a *sir* John interrogando a sus testigos, a menudo había observado que los abordaba con toda su fuerza, la cual era considerable. Al recordar cómo, tras conseguir que el mayordomo de lord Goodhope se azorase y sofocara, al final había acabado sacándole lo que deseaba saber, no podía por menos de envidiarle. Lo único que deseaba era disponer también de aquella fuerza. Pero no la tenía. No tenía ni la fuerza de su personalidad ni la fuerza que iba aparejada a su cargo de juez. ¿Qué era lo que me había aconsejado? «Aguza bien los oídos. Atráete la benevolencia de las personas con las que hables». Aquello parecía bastante fácil, ¿no? Sin embargo lo había intentado con el señor Ingold y no había obtenido nada a cambio.

Esto fue lo que pensé cuando salí, un tanto confuso, del establecimiento de Albert Ingold, librero y editor. Grub Street me parecía ahora menos acogedora que antes. ¿Dónde tenía que ir ahora? Caminé sin prisa por la calle, buscando la oficina y la tienda del señor Trimble. Las que encontré en cambio fueron las del señor Matthew Dodsley. Era Tom Cranford quien trabajaba allí, y como era cierto que había congeniado bien con él cuando me lo habían presentado en el establecimiento del señor Crabb, pensé que quizá me fueran mejor las cosas con él. En cualquier caso iba a intentarlo.

Entré en el establecimiento con una actitud dócil y sumisa y una dulce y juvenil sonrisa en los labios. El lugar parecía estar organizado más o menos como el del señor Crabb, lo cual significa que la librería estaba en la parte delantera del edificio y ocupaba quizá una tercera parte de la planta baja o incluso menos, ya que también había en ella una oficina desde la que podía verse la tienda. Seguramente era la del señor Dodsley. Sin embargo, cuando el joven de mirada suspicaz que se me acercó me preguntó qué se me había perdido por allí, no fue por Dodsley por quien pregunté, sino por Tom Cranford.

—¿Y para qué quieres verle? —inquirió bruscamente el joven librero.

—Para hablar con él tan solo —respondí—. Vengo del juzgado de Bow Street, y tengo información acerca del caso Crabb, señor. —Ambas afirmaciones eran ciertas, pero daban a entender más de lo que decían—. ¿Tendría la bondad de pedirle que salga de la imprenta?

—¿El caso Crabb? —De repente el joven sentía un profundo interés—. ¿Te refieres a la masacre? Bien, dímela a mí, y ya se la transmitiré.

Se inclinó, esperando que se lo musitara. Pero sus esperanzas se vieron defraudadas, ya que seguí sonriendo e hice un gesto de profundo pesar con la cabeza.

—Eso no lo puedo hacer —le dije—, porque me han ordenado que hable solamente con el señor Cranford.

—¿Ordenado? ¿Quién se lo ha ordenado?

—¿Quién va a ser? *Sir* John Fielding, por supuesto, el juez del juzgado de Bow Street.

—¡Sé perfectamente bien quién es *sir* John Fielding, diantre! ¿Freddy? —exclamó dirigiéndose al otro joven que había en la librería—. Freddy, no pierdas de vista a este muchacho, ¿de acuerdo? Tengo que ir al taller a buscar a alguien.

Dicho aquello me dejó. Me entretuve curioseando en el gran surtido de libros que había expuesto en las mesas y estanterías de la pequeña tienda. Encontré el tercer volumen de Tristram Shandy, el que había sido publicado recientemente y había mencionado el doctor Johnson. Lo cogí ilusionado, decidido a juzgar por mí mismo si su lectura merecía la pena.

Freddy se abalanzó sobre mí y me lo arrebató de las manos.

—No toques los libros a menos que tengas el dinero para comprarlos.

—¿Qué te hace pensar que no lo tengo?

—Enséñamelo entonces.

—No tengo que demostrarte nada.

Con grandes muestras de orgullo, me ajusté la casaca, di media vuelta y fui a la puerta. Allí me quedé, con los brazos cruzados y sosteniendo la mirada que me estaba lanzando el tal Freddy. No me parecía simpático, como tampoco me lo parecía su compañero, el que había ido a la parte trasera a buscar al señor Cranford. Me hacían rabiar amargamente todas las indignidades que un muchacho de mi edad estaba obligado a soportar. Me prometí a mí mismo que, en el futuro, cuando tuviera el

dinero para comprar libros, no me lo gastaría en aquel lugar. No, ni siquiera para ponerle a Freddy en su sitio.

En ese momento, precisamente cuando empezaba a animarme con la idea e imaginarme las maldiciones que podía lanzar sobre el establecimiento del señor Dodsley, apareció en la librería el bueno de Tom Cranford, secándose las manos con su delantal y con una gran sonrisa en los labios.

—¡Pero si es el joven Jeremy! —exclamó—. ¡El muchacho más rápido con el componedor que conozco!

Me tendió la mano como lo hacen los hombres, y yo se la estreché.

—¿Qué tal le van las cosas, señor Cranford?

—Oh, mucho mejor que a las personas con las que trabajaba hacía poco. No, no me puedo quejar.

—Me preguntaba si podría hablar tranquilamente con usted. Aunque tal vez no sea este ni el lugar ni el momento adecuados para hacerlo.

—Tienes toda la razón. Seguramente querrás hablar de trabajo, y ese tema es mejor tratarlo confidencialmente. ¿Por qué no nos reunimos en el Goose and Gander? Está cruzando la calle. No te puedo decir cuánto tardaré, aunque no será mucho, lo prometo. ¿Te viene bien?

—Sí. Gracias.

—No tardaré mucho. Solo tengo que acabar un trabajito.

Dicho aquello, nos despedimos, y yo me fui sumamente satisfecho. Apenas miré a Freddy y a su colega; supongo que, a mi manera, les hice un desaire.

El Goose and Gander, en cuyo lugar hay ahora una casa de comidas con mayores pretensiones, era una taberna sencilla y mal iluminada que podrían haber frecuentado trabajadores de cualquier oficio. Entré en ella cautelosamente, sin saber qué podía encontrarme, ya que, a decir verdad, nunca había estado en un lugar semejante. Parecía bastante tranquilo. Solo había unas pocas personas: hombres encorvados sobre las mesas que había contra la pared. Busqué una mesa alejada de ellos y me senté. Cuando vino la *sir*vienta, pedí café.

—Si quieres café, tienes que ir a una cafetería.

—¿Qué *sir*ven aquí entonces?

—Cerveza, malta y ginebra.

La malta no la conocía. La ginebra, por lo que había visto en la calle, era puro veneno. La cerveza, que *sir* John bebía de vez en cuando, parecía lo más seguro. Así pues, cerveza fue lo que pedí, y cuando me la trajeron, lo que me esforcé por beber. Pero no logré hacerlo. ¿Cómo podía *sir* John beber algo que sabía tan mal? A la *sir*vienta, sin embargo, parecía traerle sin cuidado si la bebía o la dejaba sin probar. Solo una de las personas que había en aquel sombrío lugar me prestó algo de atención: la que estaba sentada más lejos de mí, un hombre delgado y vestido con una ropa muy llamativa.

Tom Cranford, la persona a la que estaba esperando, no tendría más de treinta

años. Se había casado recientemente y su esposa estaba embarazada. Yo tenía la impresión de que se trataba de un hombre responsable, y sabía que era competente como impresor. No obstante, había algo jovial en su manera de ser, algo juvenil, que le hacía preferir ser objeto de risas a ser tomado con gran seriedad.

De hecho, cuando entró en el Goose and Gander, tenía una gran sonrisa en los labios y todavía llevaba puesto el delantal. Se detuvo apenas un momento para coquetear con la *sir*vienta y darle una buena palmada en el trasero, que ella aceptó con una risilla aniñada, y luego continuó su camino con el bock de malta suave que ella le había dado como premio. Para cuando llegó a la mesa a la que yo estaba sentado esperándole, ya estaba desternillándose de risa. Había animado el lugar con su buen humor. Los hombres que habían estado repantingados contra la pared hasta aquel momento estaban ahora erguidos en sus asientos, observando a Tom con interés, mirándose los unos a los otros como si su aparición fuera una emocionante novedad en una obra de teatro que estuvieran viendo.

Yo me había puesto en pie, pero él me hizo un gesto para que me sentara.

—Siéntate, Jeremy, por favor. No soy la clase de persona cuya presencia obligue a los demás a levantarse.

—Me alegro mucho de verle, señor Cranford.

—Tom, llámame Tom… Estoy seguro de que también te alegrarás de poder verme. Al fin y al cabo, si llega a ocurrir al día siguiente, tú habrías estado entre las víctimas.

—Ah sí. Lo sé, y me considero afortunado por ello.

—Dime, ¿de qué querías hablar? No es de trabajo, ¿verdad?

—No, en realidad no.

—Me lo imaginaba. Ese botarate, Theodore, el que ha ido a llamarme al taller, no ha dejado de hacerme preguntas. Quería saber lo último sobre la masacre, que así es como la llaman, y me ha dicho que tenías noticias al respecto. Luego me he acordado de que tu contrato de aprendizaje estaba firmado por nada menos que *sir* John Fielding. Antes pensaba que no serías más que un muchacho acogido a la tutela del tribunal que nos habían mandado para impedir que hicieras fechorías, pero quizá tengas una relación más estrecha con él, ¿no?

—Me ha admitido en su servicio —dije.

—Ah, tienes suerte, Jeremy. Aunque estás bien preparado para el trabajo de impresor, he de decirte que es difícil prosperar en él. Pero no he venido a molestarte con mis quejas. Digamos simplemente que tu futuro es ahora mucho más halagüeño. —Entonces, por primera vez desde que había llegado, se puso muy serio—. Dime —dijo—, ¿sabes alguna noticia sobre lo que les sucedió a mis compañeros aquella terrible noche?

—En cierto modo —respondí—, pero que quede entre nosotros.

—Puedo guardar un secreto —dijo él.

Bajé la voz hasta que mis palabras fueron un murmullo.

—Bien, se trata de lo siguiente: a pesar de las pruebas, *sir* John está investigando sobre el supuesto de que John Clayton no es el culpable de esos espantosos asesinatos.

—¡Lo sabía! —exclamó Tom Cranford dando una palmada sobre la mesa. Me llevé un dedo a los labios para pedir silencio, y él continuó en voz baja—: Acabé tomándole simpatía a ese Clayton. Era un poco patán, y algo chiflado, como todos los poetas, pero en el fondo era un hombre bondadoso. No tenía motivos para matar a Ezequiel Crabb, y menos aún para acabar con el resto de las personas que vivían en su casa. Tenía las esperanzas puestas en su segundo libro. Había obligado al señor Crabb a aceptar unas condiciones más favorables para su publicación y realmente podría haber ganado dinero con él. No tiene sentido que los matara a todos.

Frunció el ceño y pensó en el asunto por un momento. Entonces añadió:

—Fui yo quien le llevó la ropa a Bow Street.

—No lo sabía.

—Sí, daba lástima verle. Tenía el pelo encima de los ojos e iba vestido con esa camisa manchada de sangre. Pero me reconoció y me dijo: «Tom, ¿de qué me han acusado?». Cuando se lo dije se echó a llorar. Creo que subió a las habitaciones después de la matanza y quedó trastornado por lo que vio.

—Eso mismo dice él. Pero, Tom, *sir* John no me ha enviado en realidad para darte noticias sino para recibirlas. He estado haciendo preguntas por Grub Street por si alguien tuviera alguna idea de por qué pudo cometerse un asesinato tan horrendo. Cuando sepa el porqué, he de averiguar quién lo hizo.

Tom hizo un solemne gesto de negación con la cabeza.

—No tengo ni idea —dijo— y, créeme, muchacho, he pensado mucho en ello.

—¿Se acuerda usted, Tom, del señor Ingold, el hombre al que invitó el señor Crabb para que fuera testigo de mis habilidades como cajista?

—Oh sí. Y también de Trimble, y de Purvis. Eran tres. El señor Crabb quería que supieran que iba a contratar a un aprendiz que tenía la habilidad de oficial.

—¡Purvis! ¡Claro! No lograba acordarme de su nombre. He ido a ver al señor Ingold con el pretexto de que estoy buscando empleo, aunque lo que en realidad quería era hablar sobre Ezequiel Crabb y obtener alguna hipótesis o conjetura sobre el «quién» y el «porqué». No se ha mostrado muy dispuesto a hablar.

—No me extraña. Es una persona muy callada.

—Sin embargo ha dicho algo que me ha sorprendido. Quizá me lo pueda explicar usted. Me ha dicho que, fuera cual fuese el castigo que recibiera el señor Crabb, podía estar seguro de que se lo merecía. ¿A qué se habrá referido?

—Vamos a ver, Jeremy, hay aspectos del viejo Crabb que has de conocer; aspectos que si hubieras acabado trabajando de aprendiz para él no habrías tardado en descubrir. Era por temperamento un hombre conflictivo y polemista. No había cosa que le gustara más que empezar una disputa con alguien acerca de algún tema del saber o la filosofía. Yo, por mi parte, no tenía problemas con él. No finjo tener ningún

tipo de conocimientos. El señor Crabb me pagaba regularmente y, cuando le amenacé por última vez con irme, empezó a pagarme bien. Nos entendíamos. De todos modos discutía y discutía bien. Recurría a la burla si era necesario. Recuerdo que cuando Isham Henry, el otro oficial, se volvió, por así decirlo, religioso, hubo varios días en que tuvieron disputas. Crabb era en cierto modo un librepensador, y mortificaba a Henry de forma despiadada. En todas las discusiones siempre era él quien llevaba la voz cantante.

—El señor Henry no estaba aquí cuando yo vine. Está demostrado que se encontraba fuera de la ciudad la noche en que se cometieron los asesinatos.

—Oh, Henry es incapaz de matar a nadie. Es débil, por dentro y por fuera.

—En la primera vista intentó prestar declaración en contra de John Clayton, pero *sir* John la rechazó por considerarla un rumor.

—Sí, ya lo he oído. Se enteró de todo ello por mí. Le hablé del gran altercado que habían tenido Clayton y el señor Crabb a causa de las condiciones del segundo libro. Yo estaba totalmente a favor de Clayton. Había sufrido una verdadera estafa con el primero, mientras que Crabb había ganado una pequeña fortuna. Clayton se lo echó en cara y le amenazó con ir a Boyer para obtener mejores condiciones. No era en absoluto tan ignorante como lo consideraban algunos.

—¿Conoce a alguien que hubiera tenido una discusión violenta con el señor Crabb en fecha reciente? —pregunté con la mayor seriedad.

—Pues sí, conozco a una persona que discutió con él en fecha muy reciente —respondió Tom—. Ocurrió pocos días antes de aquella espantosa noche, y fue de nuevo un altercado sobre religión. El señor Crabb había recibido un libro para publicar que trataba de la conversión de los judíos y estaba escrito por una especie de predicador. Lo había traído Isham Henry, quien, según tengo entendido, pertenecía a la grey de este predicador.

¡Cómo agucé el oído al oír aquello, lector!

—El libro era todo matemáticas, por lo que habría sido un infierno componerlo y corregir las pruebas. El predicador quería probar que los cálculos realizados el siglo pasado para demostrar que un acontecimiento de gran importancia iba a tener lugar en 1650 y algo eran todos erróneos. Este predicador, pastor o lo que fuera pretendía demostrar con sus cálculos que la conversión de los judíos va a ocurrir este siglo, dentro de unos pocos años. Después de todas las demostraciones matemáticas, en el libro se incluían pasajes del libro del Apocalipsis acerca de todas las atrocidades y maravillas que ocurrirán entonces. Conozco el contenido del manuscrito porque el señor Crabb me lo enseñó y me preguntó qué opinaba. Yo le respondí que no sabía nada sobre el tema, pero que, como ya te he dicho, componerlo sería dificilísimo. Él me dijo que estaba tentado de aceptarlo, ya que el predicador que lo había escrito estaba dispuesto a quedarse con la mitad de la tirada, con lo cual el señor Crabb cubriría gastos. Sin embargo debió de pensárselo mejor, porque cuando el predicador fue a la oficina, se enzarzaron en una terrible discusión. La oímos en toda la tienda.

El viejo Crabb argumentaba con inteligencia. No ponía en duda los pasajes de la Biblia, pero criticaba la parte de las matemáticas y decía que sus cálculos eran erróneos. El predicador se enfureció muchísimo, lo maldijo y le exigió que le devolviera el manuscrito. El señor Crabb le contestó que no iba a devolvérselo, sino que se lo iba a ofrecer a un brillantísimo matemático de Oxford que conocía para demostrar que sus cálculos eran todos erróneos. De hecho era cierto que conocía a ese matemático, y probablemente tenía pensado hacer lo que decía. Era capaz de llegar a tales extremos para ganar en una disputa. El predicador le exigió a gritos que se lo devolviera. Crabb rehusó hacerlo y puso fin a la discusión faltando a la fe del predicador, ya que dijo que los judíos no se convertirían nunca porque eran demasiado listos.

—¿Y se quedó con el manuscrito?

—Sí, claro que se lo quedó. Debe de estar ahora mismo en su escritorio.

—¿Se acuerda de cómo se llamaba el predicador?

—Pues no; solo recuerdo que tenía un solo nombre y que se daba el trato de hermano.

Me incliné y, bajando la voz todo lo que pude, le pregunté:

—¿No se llamaría hermano Abraham?

Tom Cranford frunció el ceño y luego sonrió:

—En efecto —respondió—. Así se llamaba.

—Tom —dije muy serio—. He de pedirte una cosa. He de pedirte que le digas esto que me has contado a *sir* John Fielding.

—¿Tú crees…? —Enarcó las cejas sobremanera y dejó que yo acabara la frase.

Sin embargo yo dije:

—Ya se ocupará él de sacar conclusiones. Esto es lo que suele decir. Dime, ¿cuándo puedes ir a verle?

—Tendrá que ser cuando acabe la jornada. Creo que ya he alargado demasiado el permiso. Dile que iré pasadas las seis.

Bebió lo que le quedaba de cerveza y se levantó para irse. Yo también me levanté y le di la mano. Nos separamos, tras lo cual Tom salió del Goose and Gander con mayor discreción que cuando había entrado.

Me dejé caer en mi asiento y permanecí sentado durante cierto tiempo, considerando la importancia de lo que acababa de oír. Me pareció considerable. Estaba seguro de que había tratado el asunto acertadamente. En una hora o menos le haría saber a *sir* John la historia que me había contado Tom Cranford, aunque sabía que el juez insistiría en que se la contara el oficial personalmente. En consecuencia había hecho bien en urgirle a Tom que fuera a ver a *sir* John y le relatase lo que acababa de contarme a mí.

Alargué la mano y bebí otro trago de mi bock de cerveza. Su sabor no había mejorado durante la visita de Tom. De pronto, sentí la presencia de alguien cerca de mí. Levanté la mirada y vi al hombre vestido con ropas vistosas en que me había

fijado antes sonriéndome con gesto congraciante.

—Hola —me dijo—. No; se lo ruego, no se levante. Si le molesto es solo para satisfacer mi curiosidad. ¿Puedo sentarme?

Yo no le dije que no, lo que él interpretó como una respuesta afirmativa. Así pues, se sentó en el lugar que Tom había dejado libre, el cual estaba bastante cerca de mí.

—¿Puedo presentarme? —preguntó, dándome una mano suavísima que yo estreché por cortesía—. Me llamo Ormond Neville, poeta e historiador de la vida cotidiana. ¿Usted cómo se llama?

—Jeremy Proctor.

—¡Ah! Bonito nombre. ¿No conocerá el mío por un casual?

—¿Su nombre? Pues… —Titubeé, ya que no deseaba ofenderle. ¿Cómo podía engañarle?—. Pues claro —dije finalmente—. He oído hablar de sus obras en Grub Street. Y con gran interés por cierto.

—¿Y usted no ha leído ninguna? ¿*Venus y Vulcano*? ¿*Aquitofel*? ¿Y mi gran tragedia *Los troyanos*?

—Me temo que no. Soy pobre, y la compra de libros está fuera de mi alcance, sea cual sea su calidad.

—Lo comprendo, por supuesto. Quizá pudiera prestárselos —dijo—, aunque no he venido a hacerme publicidad, sino a hacerle unas preguntas…, eh, educadamente, por supuesto.

—Eh… Sí, comprendo.

En realidad no comprendía nada. ¿Qué se proponía aquel individuo? Tenía un aire de engreído y bullidor que en cierto modo me desconcertaba. No obstante *sir* John me había dado instrucciones de aguzar bien los oídos. Tal vez el señor Ormond Neville tuviera algo que decirme, aunque me desagradara su persona.

—Quizá haya leído mis obras menores sin saber que eran mías, ya que no las firmo. Soy, como ya le he dicho, no solo poeta, sino también historiador de la vida cotidiana, es decir, periodista. De hecho soy el autor de esa crónica que ha obtenido tanta difusión, la titulada «Gran masacre en Grub Street». ¿La ha leído?

—Oh sí —exclamé, alegrándome de poder decirle la verdad finalmente—. Me pareció un informe muy completo, algo notable ya que fue publicado poco después de que ocurrieran los acontecimientos que en él se describen.

—Gracias —dijo él—. Trabajé como un diablo para reunir los datos y ordenarlos apropiadamente. Aunque no es un trabajo muy inspirado, estoy bastante orgulloso de él. Fui más concienzudo con el panfleto que escribí acerca del mismo tema.

—¿También escribió usted eso?

—Sí, sí. ¿No le pareció que estaba bien argumentado? En él echaba la culpa al juez por proteger a ese bruto que capturaron manchado de sangre y con el hacha en la mano, y esconderlo en Bedlam.

Contuve el impulso de discutir con él y de hacerle ver su ignorancia de la ley y de los muchos otros temas que había tratado con verdadera torpeza en las doce páginas

de la publicación. Lo que pudiera ganar en satisfacción personal, empero, podía perderlo en información. No me correspondía a mí rebatirle, sino animarle a hablar. Así pues, respondí de manera ambigua.

—Me pareció una argumentación muy vigorosa.

—Ahora que me he presentado, tal vez comprenda el motivo por el que le he abordado con semejante osadía. Quizá se haya fijado al entrar en este modesto local que le he mirado fijamente. No tengo por costumbre hacerlo. Un caballero jamás mira fijamente. No obstante estaba seguro de que le había visto en una ocasión importante. Luego me he acordado: fue en esa farsa de vista en la que se decidió que John Clayton fuera a Bedlam. Yo estaba sentado bastante cerca de usted, y observé que atendía a la vista con interés e inteligencia. Entonces, cuando ha llegado su amigo, he comprendido que usted debe tener un interés especial en este lamentable asunto, ya que a él le he identificado de inmediato como Tom Cranford, antiguo oficial del establecimiento de Ezequiel Crabb. Durante la conversación que han mantenido a continuación no he podido evitar oír que mencionaban el nombre del señor Crabb una y otra vez. No piense que estaba escuchándoles a escondidas. Un caballero nunca hace eso. Sin embargo he oído su nombre, sobre todo en labios del señor Cranford, ¿no es así?

—Así es —respondí sin dejar de preguntarme qué más habría oído. Sin embargo había estado sentado lejos de nosotros, y no trataría de sonsacarme información si hubiera oído toda la conversación que habíamos mantenido.

—¿Cómo podría explicárselo? —se preguntó a sí mismo—. Digamos que no es la mera curiosidad por las conversaciones de los demás lo que despierta mi interés, sino más bien el hambre de información de un estudioso. Tengo pensado escribir un librillo sobre el asunto de la masacre cuando John Clayton sea debidamente ejecutado y todo haya concluido. Ese sujeto no es solo un asesino despiadado, sino también un poeta execrable: ¡Un patán! ¡Un necio!

Llegado aquel momento hizo una pausa, consciente de que se había desviado algo del tema. Entonces, retomando el hilo, continuó:

—Pues bien, el señor Cranford se ha negado a hablar conmigo acerca del asunto. Sus motivos tendrá, sin duda, pero estoy seguro de que acabará dándose cuenta de que tiene una deuda con el saber y al final se franqueará conmigo. Sin embargo, usted, joven, es lo bastante listo como para comprender de inmediato la importancia de mi tarea. ¡Sé que lo es! Pues bien, Jeremy Proctor, me pregunto si, después de haber oído lo que ha oído, y siendo consciente de la deuda que tiene con el gran público que aguarda la publicación del libro que voy a escribir…, me pregunto si podría revelarme el contenido de su conversación.

Qué camino más largo y tortuoso había tomado para hacerme la pregunta. ¿Era esta simplemente su manera de ser o acaso esperaba halagarme con sus atenciones? Fuera lo que fuese, había advertido cuál era su objetivo mucho antes de que él lo manifestara, y ya tenía la respuesta preparada.

—Señor Neville —dije—. Lo que ha presenciado ha sido una conversación entre supervivientes. Como sabrá, el señor Cranford salvó la vida porque no vivía en la casa del señor Crabb. Yo, por mi parte, salvé la mía por una cuestión de tiempo. Era aprendiz de Ezequiel Crabb. El contrato ya estaba firmado. Iba a trasladarme a la buhardilla en que se alojaban los demás aprendices al día siguiente de la masacre, como usted la ha llamado. Si me hubiera trasladado un día antes, me habría encontrado entre las víctimas.

Estupefacto, Ormond Neville se quedó con la boca abierta y alzó lentamente su delgada mano hacia la cara hasta tocarse la barbilla con los dedos.

—¡Pero, mi querido muchacho! ¡Eso es asombroso! ¡Y espantoso! ¡Cómo obra el destino en nuestras vidas! Que fuera elegido para vivir y los demás tuvieran que encontrar la muerte sugiere que los dioses tienen reservado un destino especial para usted.

—Es posible —dije—. Solo espero que no se trate de algo peor.

—¿Qué podría ser peor que eso?

Me encogí de hombros, en un gesto no tanto de indiferencia como de resignación.

—Y por lo que se refiere a mi conversación con el señor Cranford, le diré que nos hemos felicitado mutuamente por haber podido escapar vivos. Él me ha contado unas cuantas historias sobre el señor Crabb, o el viejo Crabb, que es como lo llama a veces, y también hemos hablado sobre la posibilidad de que trabaje de aprendiz para otro impresor.

—Ah, en eso podría ayudarle.

—También le he hecho una pregunta al señor Cranford. Antes de que se firmara mi contrato de aprendizaje, les mostré a él y al señor Crabb mis habilidades como cajista. Me dieron de prueba un manuscrito sumamente arduo, ya que contenía todo tipo de cálculos y operaciones matemáticas. Su tema era la conversión de los judíos. De hecho ese podría ser su título. Me pareció muy interesante. Me preguntaba qué habría sido de él, ya que dudo que se perdiera cuando el establecimiento del señor Crabb fue tapiado. No quisiera pensar que semejante obra de erudición hubiera…

—No hace falta que diga nada más —dijo el señor Neville interrumpiéndome—. En esto también podría ayudarle, Jeremy. ¿Me permite que le llame Jeremy?

Cuando yo estaba asintiendo y sonriendo de una manera que consideraba congraciante, se abrió la puerta de la calle y entró en la penumbra una figura familiar que yo conocía no tanto por sus facciones, que apenas podía ver, como por su extraño atuendo y porte. Era Jimmie Bunkins.

El señor Neville, que estaba de espaldas a la puerta, siguió hablando mientras Bunkins se acercaba a nosotros.

—Un manuscrito que responde a la descripción que acaba usted de hacer ha llegado al establecimiento de mi editor, el señor Boyer. Habló conmigo sobre él hace apenas unos días, y me dijo que no iba a publicarlo bajo su nombre, pero que había accedido a imprimirlo por un determinado precio. ¿Qué interés tiene usted…?

Sin ser invitado, Jimmie Bunkins se dejó caer en la silla que había al lado del señor Neville. Yo habría preferido que no lo hubiera hecho. Estaba seguro que el asunto que quisiera tratar conmigo podía esperar. Cuál no sería mi sorpresa cuando observé que no era mi atención la que buscaba sino la del señor Neville. No obstante, era evidente que este no quería prestársela, ya que trató de continuar la conversación que estaba manteniendo conmigo, haciendo, en la medida de lo posible, caso omiso de Jimmie Bunkins.

—¿Qué interés tiene usted en esa obra…? —dijo—. Pero qué importa. Ya hablaremos de ello más tarde, ¿de acuerdo? Mire, tome mi tarjeta. —Metió la mano en el bolsillo de su casaca, sacó una pequeña tarjeta de visita de caballero y la dejó caer delante de mí. Parecía tener prisa por irse. ¿Qué podía temer de Jimmie Bunkins?—. Vivo en una casa de huéspedes que hay cerca del establecimiento del señor Boyer, aunque se me puede encontrar en este humilde local a muchas horas del día —dijo, levantándose rápidamente de la mesa—. Debe usted contarme la historia de su aprendizaje y de cómo salvó la vida. Podría constituir todo un capítulo del libro que voy a escribir acerca de este terrible asunto.

—No tan rápido, chavea —dijo Jimmie Bunkins al tiempo que ponía una mano firmemente sobre el brazo del señor Neville—. No irás a guillarte porque haya venido yo.

—Aparta tu mano de mi brazo, grosero.

El señor Neville dio un tirón para quitárselo de encima, pero Bunkins lo tenía bien cogido.

—Dame la perra como está prometido, si no ya sabes lo que te espera —dijo Bunkins—. Te he vuelto a encontrar tendiéndole una trampa a otro muchacho desprevenido, haciendo tus trastadas de siempre. Ya va siendo hora de que cambies.

—¡No vas a sacarme más chelines! —exclamó Neville. Luego, dando un fortísimo tirón, se soltó el brazo, dio un salto y echó a correr en dirección a la puerta—. ¡Jeremy, no crea nada de lo que le diga ese muchacho!

—¡Y tú no te sorprendas si los guardias del pico pasan a buscarte! —gritó Bunkins al tiempo que Neville salía apresuradamente a la luz del día.

Yo estaba asombrado y perplejo por lo que acababa de ver. No cabía duda de que Ormond Neville había sentido miedo al ver a Jimmie Bunkins. ¿Pero por qué? Había dinero por medio, y también algún tipo de amenaza, pero aparte de eso no comprendía nada. Lo que también me sorprendía era la falta de interés que habían mostrado las otras personas que había en el Goose and Gander. Los tres hombres que había apoyados contra la pared no habían mostrado más interés cuando había entrado Tom Cranford que cuando había salido el señor Neville. La *sir*vienta y el tabernero apenas se habían girado para verle irse. Estaba sumido en la confusión.

—¿Qué me dices, chavea? ¿Nos vamos?

Aquella era la primera vez que Bunkins me dedicaba su atención desde que se había sentado a la mesa.

—¿Qué ha sido todo eso? —le pregunté apremiantemente—. ¿Por qué ha salido huyendo de ti?

Bunkins se puso en pie y, sin responderme, me preguntó:

—¿Vas a beberte eso?

Estaba señalando mi cerveza.

Al ver que yo no decía nada, dio la callada por respuesta, alargó el brazo y cogió el bock. En tres rápidos y generosos tragos, acabó su contenido, luego permaneció un momento en silencio y finalmente emitió un sonoro eructo.

—¡Ah…! —exclamó con satisfacción—. Vámonos. Mueve el esqueleto.

Echó a andar haciéndome una señal para que le siguiera. Al llegar a la puerta me hizo otra. Yo no tenía ningún motivo para quedarme y sabía que debía regresar a Bow Street para contarle a *sir* John todo lo que había averiguado. Aun así sentía pocas ganas de irme, ya que no deseaba someterme siempre a su voluntad. Sin embargo me habría arrepentido si no hubiera atendido a su última llamada, y al final salí por la puerta detrás de él, pasando de la oscuridad a la luz, y me planté parpadeando en Grub Street.

Echamos a andar rápidamente en dirección a Covent Garden.

—¿Qué te traías entre manos ahí dentro? —me preguntó con severidad—. Tú no eres un invertido, ¿no? Porque si lo eres…

—Estaba investigando —dije enfáticamente mientras me esforzaba por mantener su paso—. Estaba buscando información para *sir* John.

—Investigando, ¿eh? Ese tipo con el que estabas hablando te investigará hasta lo que no te imaginas en cuanto le des una oportunidad. —Jimmie me miró con una mezcla de desaliento y desaprobación—. Jeremy, chavea, puede que hables como un caballero y que hayas leído todo lo hay escrito, pero a veces te comportas como un niño, en serio.

—¿Qué quieres decir? —pregunté indignado.

—Quiero decir que si valoras en algo tus posaderas, será mejor que no te dejes engatusar por el señor Ormond Neville cuando te invite a subir a su habitación.

—Bueno, yo…

No tenía respuesta para aquello, ya que, a decir verdad, no sabía muy bien a qué se refería. De todos modos, como evidentemente el consejo me lo había dado muy en serio, lo acepté sin ponerlo en duda y guardé silencio hasta que doblamos la esquina y salimos de Grub Street.

Cuando hubimos hecho esto, Jimmie Bunkins se puso muy serio y me hizo una pregunta:

—Jeremy, dime, por favor, ¿qué noticias hay sobre la pobre Moll Caulfield?

—La noticia que hay es que se le va a dar sepultura digna y cristianamente, como a ella le habría gustado, mañana en St. Paul a las once.

—¿Solo eso? ¿Y el pico qué dice? ¿No va a mandar a sus guardias a arrestar a esos rufianes de negro?

—Jimmie —le dije—, el juez no puede arrestar y llevar a juicio a alguien cuando no tiene pruebas en su contra. Cuando disponga de pruebas y de testigos que puedan prestar declaración, tomará medidas y las tomará sin demora.

—Pues te repito lo que te dije ayer. Moll es la prueba que necesitas. Me entregó una nota asustada y al día siguiente apareció muerta en una callejuela. Si eso no es una prueba, no sé qué puede serlo.

—Oh, no lo entiendes —exclamé dando evidentes muestras de exasperación.

—Y supongo que tú sí. Pues bien, escúchame, señor Sabelotodo. He hablado con los muchachos de Covent Garden. Anoche estuvimos unos cuantos en el incendio de Maiden Lane… Exacto, chavea, te vi allí con el pico. Pues bien, comentamos que sería una verdadera lástima si se declarara otro incendio en Half Moon Passage, aunque así aprenderían esos rufianes de negro, sobre todo si fijásemos las puertas con clavos para que no pudiesen salir.

De pronto se detuvo en medio de la acera y se plantó los puños sobre la cadera. Las personas que había cerca le maldijeron por obstruir el paso.

—Hay más personas en el sótano de esa casa, desdichados como Moll Caulfield —le dije.

—Ese es su problema. Que se las arreglen. —Hizo un firme gesto de asentimiento con la cabeza, tan firme que el sombrero de tres picos se le cayó sobre la nariz. Con expresión desafiante, se lo levantó y añadió—: Nos veremos mañana en la fiesta de despedida de Moll. Entonces podremos seguir hablando de ello.

Dicho aquello se alejó corriendo a toda velocidad, esquivando hábilmente a los viandantes.

Tenía mucho que contarle a *sir* John cuando llegué al número 4 de Bow Street, y eso fue lo que hice, con la puerta de su despacho cerrada. Él me escuchó de aquella manera peculiar que tenía: en silencio, reservándose los comentarios y las preguntas, con la cabeza inclinada hacia donde yo estaba pero impasible. Yo sabía que aquella era la actitud que adoptaba cuando prestaba toda su atención. Otras personas habrían pensado que estaba dormitando a causa de la cinta de seda negra que le tapaba los ojos.

Cuando hube terminado de relatarle mi conversación con Tom Cranford, hice una pausa y aguardé por si quisiera hablar, pero no tenía ninguna pregunta que hacer acerca del contenido y ningún comentario sobre su importancia. (A mí no me hacía falta ninguno).

Lo único que me dijo fue lo siguiente:

—Hiciste bien al pedirle que viniera a contármelo personalmente. ¿Va a venir?

—Oh sí. Estoy seguro. Esperaba poder estar aquí pasadas las seis.

—Muy bien, Jeremy, excelente.

—Tengo más cosas que contarle.

—¿Ah, sí? Continúa entonces, por favor.

Aunque me costó menos tiempo referirle mi encuentro con Ormond Neville, me aseguré de que supiera que él era el autor de la crónica y el panfleto sobre los asesinatos de Grub Street y que había intentado persuadirme de que le revelara el contenido de la conversación entre Tom y yo que había presenciado. Entonces llegué a lo más importante de todo: la pregunta que yo le había hecho a Neville acerca del paradero del manuscrito sobre la conversión de los judíos y la respuesta que este me había dado: el libro se encontraba en aquel mismo momento en poder de su editor, el señor Boyer.

—¿Boyer, dices? —preguntó *sir* John, dando por primera vez ciertas muestras de agitación tanto en el tono de su voz como en la actitud. Ahora estaba inclinado y había unido las manos como queriendo formar un gran puño.

—Eso es lo que me ha dicho, señor: que el señor Boyer no lo iba a publicar, pero que había accedido a imprimirlo por un determinado precio.

Sir John dio un sonoro golpe en la mesa con su puño doble.

—Por Dios, entonces tal vez haya una manera.

Estaba meditando, con la barbilla levantada, como si estuviese buscando inspiración en la luz que entraba por la gran ventana que tenía a la derecha. Me pregunté sobre la naturaleza de su ceguera. ¿Podía distinguir entre la luz y la oscuridad o eran estas lo mismo para él?

Aguardé, pero luego, con cierta timidez y muy en contra de mi voluntad, interrumpí sus pensamientos:

—*Sir* John —dije—, hay algo más que debo comunicarle.

—¿Más todavía? Jeremy, me abrumas, de veras.

Tras darle a entender que me había encontrado con Jimmie Bunkins en Grub Street por casualidad, ya que no deseaba informarle de lo ocurrido entre él y Ormond Neville, le hablé a *sir* John de su amenaza contra los Hermanos del Espíritu.

—Me ha dicho que se le ha ocurrido la idea de provocar un incendio en Half Moon Passage como el que vio ayer en Maiden Lane para ajustarles las cuentas a esos «rufianes de negro».

—Conque eso ha dicho, ¿eh?

Titubeé.

—Sí, *sir* John. Creo que es un buen muchacho. He intentando hacerle ver que usted está reuniendo pruebas, pruebas en contra de ellos, pero…, bueno, no me ha hecho mucho caso.

—No me importaría mucho que él y sus amigos provocaran el incendio y que el hermano Abraham y los suyos se achicharraran en él. Se lo tienen merecido esos «rufianes de negro». El problema es que entonces deberíamos arrestar a Bunkins, tú tendrías que declarar en su contra y lord Mansfield tendría que ordenar que lo ejecutaran. No podemos permitir que ocurra eso. Debes decirle que… —Vaciló—. Aunque lo más probable es que no atienda a razones por mucho que tú le digas.

¿Estoy en lo cierto?

—Sí, *sir* John, sí lo está.

—Entonces ya me ocupo yo de ello. ¿Te ha sugerido cuándo podéis veros de nuevo?

—En el entierro de Moll Caulfield.

—Pues que así sea.

Me levanté, creyendo que *sir* John iba a decirme que me retirara, cuando sonaron tres fuertes golpes en la puerta.

—¿Puedes ir a ver quién es, Jeremy?

Hice lo que me pedía y me encontré, tal como me esperaba, con el alguacil Fuller, quien, desentendiéndose de mí, se dirigió a *sir* John a gritos.

—*Sir* John, hay un extranjero con barba que dice que usted quiere verle.

—¿Se llama rabino Gershon?

—Algo así.

—Hazle pasar. —Y volviéndose hacia mí, añadió—: Puedes quedarte si quieres, Jeremy.

—Me quedo —dije, ya que consideraba al rabino Gershon uno de los hombres más curiosos y singulares de todos con los que me había topado. Era un hombre sabio, sin duda, pero de una manera para mí desconocida: era ingenuo y divertido, y no hacía alarde de su sabiduría como suelen hacerlo los predicadores. Era un hombre valiente por añadidura, porque solamente alguien de gran valentía habría vuelto a entrar en un edificio en llamas para rescatar… ¿qué? ¿Un pergamino? Debía de tener un gran valor, sin duda. Sin embargo arriesgar la vida por un rollo de pergamino a mí me parecía entonces un desatino.

Entró. Iba ataviado con un extraño atuendo, negro. La túnica que llevaba le cubría casi por completo, las botas que calzaba eran las de un campesino y en la cabeza tenía puesto uno de esos extraños sombreros de piel que al parecer gustaban a los hombres de su congregación. Su barba no era en absoluto tan larga e impresionante como antes, ya que buena parte de ella había sido chamuscada por las llamas con las que se había enfrentado. En la mejilla derecha llevaba un emplasto sujeto con una venda que cubría la parte que, tal como yo había podido observar la noche anterior, se le había puesto en carne viva debido a las quemaduras. Yo dudaba que volviera a crecerle la barba en aquel punto.

Sir John se levantó al sentir la llegada del rabino y le tendió la mano, que este aceptó y estrechó firmemente.

—Está usted en su casa, rabino Gershon. Hay unos cuantos asuntos de los que es preciso que hablemos, me parece. ¿Jeremy? Trae una silla para el rabino, por favor.

No hubo necesidad. Nuestro visitante tomó asiento en la silla que yo había dejado libre, y yo cogí una de la esquina para mí.

—Permítame que le pregunte en primer lugar por su estado —le dijo *sir* John.

—Oh, estoy bastante bien. He sufrido algunas quemaduras en las manos y en la

cara. Me ha atendido un médico de la comunidad judía. El señor Martínez me llevó de inmediato a verle.

Hasta aquel momento no me había fijado en sus manos, ya que se las tapaban las largas mangas de su túnica. Una la tenía vendada por completo; de la otra se veían solo los dedos.

—Mucho se arriesgó usted cuando regresó apresuradamente a aquel infierno tras poner a su familia a salvo.

—Más temo a las llamas del gehena.

—Fue una suerte que sobreviviera.

—Una bendición. Salí con el premio que buscaba.

—Tiene usted que hablarme de eso —dijo *sir* John—. Debe de tratarse de un objeto de gran valor para usted si es capaz de arriesgar la vida de tal manera.

El rabino Gershon movió la cabeza bruscamente en un gesto de asentimiento.

—Amén —dijo—. Se trata de un objeto de gran valor, en efecto.

—¿Es un pergamino antiguo?

—Tiene unos treinta años —respondió el rabino—. Cincuenta a lo sumo.

—¿Entonces es lo que lleva escrito lo que le da su valor?

—Son los libros de Moisés, los primeros cinco libros de la Biblia. Lo que nosotros llamamos el Torá.

—Y lo que nosotros a veces llamamos el Pentateuco, el libro de la ley —añadió *sir* John—. Pero seguramente podría haber comprado otro. ¿O es que son muy costosas esas ediciones en pergamino?

—Tiene usted razón, *sir* John —respondió el rabino—. Podríamos haber comprado otro. Por muy costoso que hubiera sido, la congregación lo habría pagado, ya que es necesario para nuestro culto. Lo leemos. Lo estudiamos. Tenemos discusiones interminables acerca de su significado. Si dos judíos discuten sobre una parte del Torá, puede tener la seguridad de que oirá tres opiniones diferentes. Tres al menos. No somos gente que tema estar en desacuerdo.

—Son gente conflictiva, según tengo entendido.

—En efecto, cabría llamarnos así. Pues bien, ¿por qué no me dije simplemente?: «Gershon, es triste que el Torá se pierda, pero ya comprará otro la congregación. Las palabras serán las mismas». De hecho fue algo así lo que me vino a la cabeza. Pero otra voz me dijo: «Gershon, dummkopf, no son las palabras de cualquiera. Son las palabras del todopoderoso. ¿No morirías por ellas?». De modo que regresé a la sinagoga. No tenía alternativa.

—Lo comprendo perfectamente, rabino. Y también comprendo que se mostrara poco dispuesto a señalar con un dedo acusatorio a aquellas personas que interrumpieron sus servicios religiosos hace unas noches. No obstante he de decirle que unas personas vieron a unos hombres vestidos de negro alejándose de los alrededores de su lugar de culto apenas unos minutos antes de que el fuego fuera descubierto.

—Yo voy vestido de negro, al igual que muchas personas.

—Esa es precisamente la respuesta que dio el hermano Abraham, el hombre que se dirigió a los miembros de su congregación la otra noche, cuando le pregunté acerca de esta circunstancia. En efecto, ambos sabíamos que ante un tribunal no cuenta mucho el hecho de haber visto fugazmente por la noche a unas personas cuyas caras y nombres no se pueden identificar. Al igual que usted, el hermano Abraham no es nada tonto. Sin embargo sabe que sospecho que fueron él y sus seguidores quienes provocaron el incendio. De ordinario esto contaría como una clara advertencia para un malhechor, pero al parecer el hermano Abraham se cree por encima de la ley o, en cualquier caso, se muestra indiferente a ella.

—Tales hombres existen —dijo el rabino—. Entre ellos se encuentran algunos de los villanos más grandes de la historia.

—Y algunos de sus santos más grandes —añadió *sir* John—. Pero esto no viene al caso. Quisiera pedirle ahora que trate de recordar lo que ocurrió aquella noche… la del viernes, ¿cierto?, cuando sus servicios religiosos fueron interrumpidos por el hermano Abraham y los miembros de su secta, que se llaman a sí mismos los Hermanos del Espíritu.

—¿Qué desea saber?

—En primer lugar, quiero confirmar algo. ¿Fueron usted, los miembros de su congregación o su sinagoga amenazados abiertamente en algún momento?

—No, todo ocurrió tal como se lo he contado. El hermano Abraham me dijo, a modo de aclaración, que quizá los papistas eran los que mejor sabían tratar a los judíos: a sangre y fuego.

—¿Solo fue eso? ¿Algo parecido a un comentario?

—Así es como lo recuerdo.

—¿No quiso amenazarle abiertamente al decirle eso?

—¿Amenazarme abiertamente? No. Quizá sea demasiado listo para hacer algo así.

—¿Mencionó en algún momento operaciones matemáticas o cálculos?

—No de forma directa. No dio pruebas claras. Lo que sí dijo, sin embargo, fue que, siguiendo las leyes de la ciencia y las matemáticas, se había llegado a la conclusión de que este gran acontecimiento, la conversión de los judíos, iba a tener lugar este siglo, y pronto además.

—Ese fue un acontecimiento sobre el que se discutió mucho el siglo pasado.

—Eso dijo él. Pero afirmó con gran seguridad que iba tener lugar en este. Según él, se había cometido un error y él lo había corregido.

—Rabino Gershon, ¿puedo hacerle una pregunta que tal vez le parezca ingenua o incluso impertinente?

—Puede usted hacerme cualquier pregunta, *sir* John, que yo le daré una respuesta seria.

—¿Es probable que los judíos lleguen a convertirse alguna vez?

—Ah, esa es una gran pregunta, ¿no cree? —respondió el rabino—. Aunque le he prometido que voy a darle una respuesta seria, si me permite voy a hacerlo mediante una historia. Le aseguro de todos modos que se trata de una historia seria.

—Hágalo, por favor —dijo *sir* John—. Me gustan sus historias.

—Hubo una vez un gran califa en Turquía que llevó a su harén a la mujer más bella de todo el imperio. Todo el mundo coincidía en que era la más bella. Sin embargo, él no ignoraba que también era la más inteligente. Ella sabía que una vez que él la hubiera probado y hubiese disfrutado de lo que ella tenía que ofrecer, sería desechada al igual que habían sido desechadas tantas otras antes que ella. Por consiguiente hizo lo que ninguna otra mujer había hecho hasta aquel momento. Lo rechazó. Y no solo lo rechazó, sino que mantuvo su apetito despierto hablándole de los indescriptibles gozos que a la larga experimentaría con ella. Escribió poemas y cantó canciones a la gloria del amor que sentirían el uno por el otro. Él se sentía incitado por ella. Su deseo era cada vez más grande. Le hacía requerimientos. La amenazaba «Naturalmente», le decía ella, «puedes forzarme. Yo me someteré. Pero lo que obtendrías de mí entonces sería solo una parte muy pequeña de los gozos que obtendrás cuando me entregue a ti por voluntad propia». Así pues no la forzó. Pero ella seguía rechazándole. Y él continuaba cortejándola con ahínco. De ese modo pasaron los años y el califa envejeció. Murió siendo su pretendiente, y ella murió virgen. Ya lo ve, *sir* John. Formamos parte de la profecía cristiana. Mientras queden judíos por convertir, la profecía no se cumplirá. Que nos cortejen, porque hacerlo a sangre y fuego no valdrá de nada.

—Estoy seguro de que el hermano Abraham no ha oído su historia —dijo *sir* John —. Me pregunto cómo reaccionaría.

—Es imposible entrar en la mente de una persona como él. No tiene conocimientos de otras lenguas o culturas. Recuerdo que le puse solo una objeción de tipo práctico. Le indiqué que un gran número de judíos, quizá la mayoría, viven dentro de la fronteras del imperio turco. «Y Tierra Santa», le dije, «donde tendrá lugar el triunfal regreso de su mesías, también está en poder de Turquía».

—¿Y qué respondió el hermano Abraham a eso?

—Creo que fue entonces cuando hizo el comentario acerca de la sangre y el fuego.

—Comprendo.

—*Sir* John —dijo el rabino Gershon—, me pregunto si usted podría aclararme una duda.

—Lo intentaré, por supuesto.

—Desde que llegamos a Inglaterra he oído decir en alguna ocasión de manera incidental que el siglo pasado hubo una gran discusión entre teólogos acerca de la conversión de los judíos. Usted mismo ha hecho mención a ella. Según ellos, ¿cuándo tenía que ocurrir?

—Oh, se dieron varias fechas, la mayoría de ellas muy específicas, si bien todas

caían a mediados del siglo. La conversión debía consumarse antes de que este acabara. Fue una época de gran confusión política.

—Como judío eso me resulta sumamente interesante, ya que a mediados del siglo pasado vino de Esmirna un rabino llamado Shabbatai Zevi que se proclamó a sí mismo el mesías, nuestro mesías. Miles y miles de judíos lo aceptaron y lo siguieron. Es el que ahora llamamos el falso mesías, el último de una larga serie, aunque también el más poderoso. Al final se convirtió a Mahoma. Esto, como he dicho, sucedió a mediados del siglo pasado, en un momento en el que aquí estaban discutiéndose fantasías parecidas con la mayor seriedad. Qué interesante que el diablo se ocupara de sembrar la confusión en ambas partes al mismo tiempo. ¿Por qué saco esto a colación? No estoy seguro, aunque he de decir que cuando pienso en el hermano Abraham me acuerdo de Shabbatai Zevi. A su manera, me parece otro falso mesías. ¿Surgen también entre los cristianos?

—Oh sí. Aparecen y desaparecen, aunque la mayoría se disfrazan de políticos. Lo que dice usted es interesante. Yo he dicho, o al menos he pensado, lo mismo del hermano Abraham.

—Entonces estamos de acuerdo. Qué interesante.

Sir John se levantó y le tendió la mano.

—Y desconcertante. No quiero entretenerle más, rabino. Toquémonos las manos simplemente —sugirió—. Me temo que antes le he apretado los dedos con demasiada fuerza.

Así lo hicieron. A continuación se despidieron, pero cuando el rabino Gershon se disponía ya a irse, *sir* John me dijo:

—Jeremy, ¿podrías acompañar al rabino hasta la salida?

Obedecí sin perder ni un segundo. Salí por la puerta con él y le acompañé por el largo pasillo.

—Te llamas Jeremy, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, señor.

—Bonito nombre. Es judío, y deriva del de un profeta, Jeremías. ¿Eres pariente de *sir* John? ¿Eres hijo suyo? ¿O sobrino?

—Oh, no, señor. Pero soy miembro de su casa —dije orgullosamente—. Digo que soy su ayudante, aunque no tengo tanta importancia. Trato de ayudarle, eso sí.

—Estoy seguro de que así es. Quiero que cuides de él, Jeremías, porque es un buen hombre: un hombre que vive tiempos difíciles, como todos los hombres buenos en todas las épocas pasadas. Para ayudarte a cuidar de él, me gustaría bendecirte. ¿Me permites que lo haga?

—Pues… sí, señor. ¿Qué debo hacer?

Habíamos llegado a la puerta. Él se detuvo y me miró con una sonrisa sumamente tranquilizadora.

—Nada —me dijo—. Solo quedarte ahí y guardar silencio.

Así, mientras yo permanecía quieto al lado de la puerta con cierto azoramiento, él

levantó su mano vendada y dijo unas palabras en el idioma más extraño que yo hubiera oído jamás. Aunque no tardó mucho en acabar, aquel acontecimiento tuvo en mí un efecto profundo y duradero.

Cuando hubo acabado, el rabino volvió a sonreír y se despidió de mí mientras yo le sostenía la puerta.

X

En el que Moll Caulfield recibe sepultura y se celebra una reunión

Cuando regresé, encontré la puerta de *sir* John cerrada. No tenía derecho a molestarle, así que tomé asiento en el banco que había al lado y aguardé. La experiencia me había enseñado que, a menos que el juez me hubiera despedido formalmente, lo mejor era permanecer cerca y disponible. Aunque no faltaba mucho para la hora de la cena, sospechaba que aún podrían quedar deberes que cumplir.

No estaba equivocado. Llevaba sentado apenas unos minutos cuando la puerta se abrió y Marsden salió mirando a uno y otro lado.

—Ah, ahí estás, Jeremy. *Sir* John me ha dictado una carta. Se trata de una citación.

—¿He de ir a entregarla, señor?

—Entra y habla con él. Creo que tiene que darte unas instrucciones especiales.

Entré y cerré la puerta.

—Jeremy —dijo *sir* John—, me temo que debo pedirte que vuelvas a Grub Street.

La carta que había mencionado el señor Marsden se hallaba sobre el escritorio, justo delante de él, y estaba sellada con lacre, con el cuño oficial estampado en el sobre. *Sir* John la empujó hacia donde yo estaba con el dedo índice y dijo:

—Quiero que se la entregues al señor Boyer, el editor. Personalmente.

—Entiendo, señor: personalmente.

Cogí la carta y, agarrándola con fuerza, me dispuse a irme.

—Pero espera. Eso no es todo. En primer lugar has de darte prisa, porque no sé cuándo cierra su establecimiento. Pronto, creo. Lo segundo tiene la misma importancia: procura evitar que te vea ese oficial, Isham Henry. Antes trabajaba para Ezequiel Crabb y ahora lo hace para Boyer.

—Pero cuando fui a visitar al señor Crabb, él no estaba en el establecimiento. Creo que había ido de viaje a alguna parte.

—No obstante es posible que ahora te conozca de vista. Haz caso de lo que te digo.

—Sí, *sir* John.

—Entonces ya puedes irte. Cuando vuelvas, espérame, porque es posible que tenga más encargos para ti. Ahora márchate.

—¡Como el viento!

Salí corriendo con la carta en la mano y el sombrero de tres picos encasquetado en la cabeza. En la calle esquivé al gentío corriendo por los adoquines situados al lado del bordillo, brincando a la acera para evitar que me pisotearan los caballos que

venían en dirección contraria y dando saltos para sortear sus excrementos. De aquel modo recorrí el camino casi tan velozmente como podría haberlo hecho Jimmie Bunkins. Aunque no sé a qué hora salí en dirección a Grub Street, todavía no habían dado las seis cuando llegué, de manera que gané mi carrera contra el reloj. Si Tom Cranford iba a salir del taller del señor Dodsley a las seis, seguramente la librería del señor Boyer permanecería abierta hasta las siete y este no se iría mientras pudiera ganarse dinero.

En aquella ocasión encontré el establecimiento enseguida y sin ninguna dificultad. Era el más amplio de la calle (el doble de grande que el número 4 de Bow Street) y se encontraba a cuatro números del Goose and Gander. Al ver que la librería estaba todavía llena de clientes, me detuve un momento delante de ella para recuperar el aliento. Parecía un buen lugar para comprar y aún mejor para mirar; había pilas de libros colocadas desordenadamente por el local, caballeros curioseando en ellas con satisfacción y dependientes ocupados ordenando estanterías y trabajando en otras cuestiones relacionadas con el establecimiento. Me gustó el ambiente de permisividad que se respiraba en el lugar y juré que los libros que había decidido no comprar en la librería del señor Dodsley los compraría en la del señor Boyer.

Entonces entré. Fui directamente al dependiente más cercano y le informé de que tenía una carta de *sir* John Fielding para el señor Boyer. Tras decirle que solo podía entregársela personalmente, se la mostré para que pudiera ver el sello oficial que llevaba. El joven me prometió que lo encontraría y me abandonó apresuradamente.

Para hacerme una idea de cómo eran, cogí un libro que había en la pila más cercana de la mesa más próxima y, a plena vista de otro dependiente, me puse a examinarlo con detenimiento. Nadie me lo arrebató de las manos. Lo hojeé y empecé a leerlo. No tardé en darme cuenta de que por casualidad había cogido un ejemplar de Venus y Vulcano, un romance en verso. Como había conocido a su autor aquel mismo día, el interés que sentí por el libro fue mayor que lo habitual.

Así pues, estaba con el libro ante mis ojos y la espalda encorvada cuando recibí un fortísimo empujón de alguien que al parecer no había advertido mi presencia. Alcé la vista indignado y vi a un hombre vestido de negro que se dirigía rápidamente hacia la puerta. Al girarse levemente para abrirla, observé que se trataba de Isham Henry nada menos, la persona que *sir* John me había pedido que evitara a toda costa. Bien, en rigor yo no lo había evitado, ya que él me había empujado. No obstante, ¿había llegado a verme? Creía que no. Esperaba que no. ¿Me habría reconocido si me hubiera mirado directamente a la cara? Probablemente no. Estaba satisfecho de haber cumplido la letra, aunque no el espíritu, de las instrucciones de *sir* John.

—Bien, vamos, a ver de qué se trata, muchacho.

El hombre que me estaba mirando con expresión de profunda impaciencia tenía más de sesenta años y una cara rubicunda y papuda. Parecía una de esas personas a las que no convenía tratar frívolamente. De todos modos, me dije a mí mismo, debía asegurarme de su identidad. La única vez que lo había visto había sido cuando me lo

habían señalado en Bow Street.

—¿Es usted el señor Boyer?

—Claro que lo soy. Dame la carta.

Fui tan torpe al entregársela que a punto estuvo de caérseme. Sin embargo él la cogió al vuelo y la abrió diríase que en el mismo movimiento. Sus ojos avanzaron rápidamente sobre la única hoja que contenía.

—¿Es esto urgente? —me preguntó apremiantemente.

Como no sabía qué decir, contesté:

—Es tal como *sir* John lo indica en la carta.

—¡Oh, porras! —Miró en torno y vio al dependiente que había ido a buscarlo—. Philip, sal a la calle ahora mismo y llama un coche de punto. Vamos, sé buen chico y hazlo. He de ir por mi sombrero y mi bastón.

Philip se dirigió a la puerta y el señor Boyer desapareció para reaparecer al cabo de unos segundos debidamente pertrechado para salir a la calle. Pasó a mi lado apresuradamente, prestándome tan poca atención como la que me había prestado Isham Henry poco antes. Yo le seguí y salí a la calle. Philip había cumplido su tarea. Un coche de punto aguardaba junto al bordillo.

—Vamos a ver, Philip —dijo el señor Boyer—. Si el señor Nicholson no regresa, debes echar a los clientes y cerrar la tienda. Es posible que vuelva a tiempo, aunque quién sabe…

Dicho aquello, subió al coche sin siquiera mirar hacia donde yo estaba y cerró la puerta. El coche se alejó. Yo esperaba que se hubiera ofrecido a llevarme a Bow Street.

Solo en la acera, abandonado por el dependiente, dejé escapar un profundo suspiro y eché a andar lentamente por donde había venido. Avanzando en medio del gentío, pronto aceleré el paso. Londres también me gustaba a aquella hora: el atardecer, el tiempo que pasa antes de que anochezca, cuando las calles están llenas y son seguras y la gente ha comenzado a recorrer con celeridad el camino que separa sus lugares de trabajo de aquellos que consideran sus casas. En el ambiente que se respiraba en la gran ciudad había una sensación de libertad y desahogo. Hombres y mujeres hablaban y reían juntos, y parecía como si el rumor de las calles fuera una promesa de futuro. Aquel era el Londres que yo me había imaginado en mis sueños de niño mientras trabajaba en la imprenta de mi padre.

Por tanto no se puede decir, en honor a la verdad, que me sintiera molesto por la descortesía del señor Boyer, sino más bien decepcionado. Hacía un tiempo cálido y agradable que invitaba a pasear y la primavera todavía se hacía notar en el ambiente. Además a medio camino tuve la gran alegría de vislumbrar delante de mí la figura de Tom Cranford. Eché a correr para alcanzarle. Él andaba con la cabeza gacha, con aspecto de estar un tanto preocupado.

Cuando le toqué el brazo para hacerle notar mi presencia, él se sobresaltó un poco, pero sonrió al ver que se trataba de mí. Sin embargo no parecía estar tan

animado como en otras ocasiones.

—Oh, Jeremy. Pero si eres tú de nuevo.

—Sí, soy yo —dije—. ¿Puedo acompañarle a Bow Street?

—Será un placer —contestó, pese a que la idea no parecía producirle ninguno. Continuamos andando en silencio durante un rato hasta que por fin habló y me reveló qué era lo que le preocupaba—: La conversación que hemos mantenido me ha causado un pequeño problema.

—Lo siento mucho, Tom. ¿Qué ha sucedido?

—Cuando he vuelto a la tienda, el señor Dodsley me ha reprendido severamente. Yo le he dicho en primer lugar que había salido en un momento de poca actividad y luego que la cita tenía que ver con el caso Crabb. Entonces él me ha exigido que le diga el contenido de la conversación, y yo me he negado, ya que sabía que a *sir* John Fielding no le gustaría que anunciara a los cuatro vientos lo que tú y yo hemos hablado. ¡Pues no te puedes imaginar cómo se ha puesto el viejo Dodsley! Me ha dicho que no iba a permitir que un empleado guardara secretos. «Pero señor», le he explicado. «Este es un asunto de la ley». ¿Sabes qué me ha respondido? Que la ley le da igual, que mi lealtad y obligación están ante todo con él y que no debo olvidar esto nunca en el futuro.

—¿Y luego no le ha despedido?

—No, no lo ha hecho. Pero me ha hecho una seria advertencia, y he de tenerla en cuenta, ya que tengo esposa e hijos. Ah, Jeremy, es difícil trabajar bajo semejante autoridad. Tal vez te haya dado una imagen equivocada del señor Crabb. Quizá fuera una persona conflictiva y un tanto agarrada con los chelines, pero permitía que trabajaras a un ritmo razonable, y si no había mucho trabajo, no consideraba un crimen que salieras un momento a beber una jarra de malta. Las cosas han cambiado, no cabe duda.

—Debe decirle todo esto a *sir* John —dije.

—No valdría de nada y podría causar muchos problemas.

Dicho aquello, volvió a guardar silencio, y yo, al no saber qué podía decirle para animarlo, me callé. De aquel modo llegamos finalmente a Bow Street. Conduje a Tom Cranford al despacho del juez. La puerta estaba cerrada, aunque yo podía oír dentro la voz del juez. Nos vimos obligados a esperar en el banco durante unos minutos, hasta que al final la puerta se abrió.

Era el señor Boyer. Su cara, que por lo que yo había podido ver era de un color rojizo y carnoso, había empalidecido hasta quedar prácticamente blanca. Sin reparar ni en mí ni en Tom Cranford, siguió andando con paso inseguro como si acarreara una pesada carga.

Tom y yo nos miramos el uno al otro con expresión de sorpresa y curiosidad. Entonces oí que el juez me llamaba por mi nombre desde el despacho. Fui a la puerta y dije:

—¿Sí, *sir* John?

—¿Está aquí tu amigo Tom Cranford?

—Sí, *sir* John.

—Dile que entre, por favor, y vete a cenar. Ya no vas a hacerme falta. Esta noche voy a cenar de nuevo con la señora Durham. Ruego a Dios que no vayan a buscarme de nuevo a causa de un incendio.

Fue un reducido grupo de personas el que a la mañana siguiente acompañó a Moll Caulfield de St. Paul al cementerio. Las personas que acarreábamos el sencillo ataúd de roble en el que iba su cuerpo éramos seis. Delante de mí iba el alguacil Cowley y detrás el alguacil Baker. Jimmie Bunkins, que se había sentido tan sorprendido como yo de que le llamaran para llevar el féretro, se encontraba al otro lado, a mi derecha. Delante de él iba nada menos que Bilbo el Pirata, quien antes del comienzo de la ceremonia me había insistido en que solo había ido para ver cómo se gastaba su dinero. Detrás de Bunkins estaba Benjamin Bailey, capitán de los guardias de Bow Street.

A continuación, ataviado con vestiduras de ceremonia y con el devocionario abierto, iba el joven vicario que había oficiado el breve servicio celebrado en el interior de la iglesia. Detrás de él, y en ningún orden concreto, avanzaban Katherine Durham, la amiga de Moll, Dotty, y unas cuantas ancianas más de Covent Garden. Debía de ser el cortejo fúnebre más humilde que había pasado por las puertas de St. Paul en muchos años.

En el extremo más lejano del cementerio se había cavado una fosa para Moll. La tumba, que yo había inspeccionado antes del servicio, se encontraba cerca de la superficie (apenas llegaba al metro y medio de profundidad), por lo que yo sospechaba que debajo habría alguien para hacerle compañía, quizá una monja perteneciente al antiguo convento que daba nombre al jardín pese a que este había sido destruido hacía ya mucho tiempo. De todos modos era a Moll a quien iba a pertenecer la lápida. El señor Bilbo lo había prometido.

Avanzábamos los seis a un paso lento y solemne, apropiado para la ocasión. El alguacil Cowley y Bilbo el Pirata indicaban el camino por los senderos que se cruzaban entre las tumbas, mientras detrás de nosotros el vicario recitaba las plegarias, de memoria a buen seguro, ya que yo no oía ningún susurro de páginas a mi espalda.

—El Señor es mi pastor —afirmó el vicario—. Nada temeré. —Y siguió recitando el conocido salmo, conocido incluso por mi escéptico padre. Sin embargo, cuando llegó a estas palabras: «Aunque camine por el valle de la muerte, no temeré ningún mal, porque Tú estás conmigo», supe que la pobre Moll había temido el mal que había percibido alrededor, ya que había enviado una nota a *sir* John para pedirle que la apartara de los Hermanos del Espíritu. Para cuando nos había llegado su petición, la desdichada ya estaba muerta. La responsabilidad de su muerte pesaba fuertemente

sobre mí. No le había dicho a Jimmie Bunkins que había sido yo quien la había puesto en manos del hermano Abraham. Jamás se lo diría. Me sentía profundamente avergonzado de ello.

Llegamos por fin a la tumba. La fosa la habían preparado colocando dos sólidas tablas al través, sobre las cuales iba a reposar el féretro. Allí lo pusimos los seis, tras lo cual retrocedimos rápidamente, colocándonos tres a cada lado. Los asistentes a la ceremonia nos rodearon y volvimos a escuchar al vicario. Qué sensación tan diferente había tenido en el interior de St. Paul aquella mañana con respecto a la anterior ocasión en que había estado allí. La gran nave había estado prácticamente abarrotada durante el entierro de *lady* Fielding. Aparte de todo Covent Garden, habían sido muchas las personas que habían acudido a rendirle el último homenaje y expresar a *sir* John el respeto que seguían teniendo por él. En cambio, la situación junto a la tumba no fue muy diferente a la que se había dado en el entierro de *lady* Fielding. Hacía mejor tiempo, y era poco probable que lloviera, pero la última plegaria fue la misma.

—Polvo eres, y en polvo te convertirás —dijo el vicario, tras lo cual prosiguió con voz firme hasta el final.

Luego hizo un gesto con la cabeza a los portadores del féretro, y nosotros empezamos a hacer lo que nos habían indicado. Mientras los otros cuatro mantenían el ataúd levantado a la altura precisa, Jimmie Bunkins y yo cogimos una tabla cada uno y las apartamos. A continuación, y de forma simultánea, dejamos correr lentamente las cuerdas y bajamos el ataúd a la fosa.

Cuando este tocó el fondo, el vicario nos invitó a todos los presentes a arrojar un poco de tierra sobre él en memoria de Moll Caulfield. Yo retrocedí, al igual que Bunkins. Él se había mantenido callado durante prácticamente todo el rato, y solo se había dirigido a mí antes de la ceremonia para decirme que más tarde hablaría conmigo de «venganza», ya que lo justo era que se hiciera algo en nombre de la pobre Moll. Yo esperaba aquella conversación con impaciencia y una profunda incertidumbre, pues me temía que no pudiera decirle nada para disuadirle. En aquel momento, él, que se encontraba al otro lado de la tumba, se agachó repentinamente y arrojó un puñado de tierra a la fosa. Mirándome fijamente, dibujó en sus labios una palabra dirigida a mí: «Venganza».

Mientras uno a uno repetíamos aquel lúgubre gesto, Bailey, que estaba colocado a un lado, y Cowley, que estaba al otro, sacaron de la fosa las cuerdas con las que habíamos bajado el ataúd.

Katherine Durham, que tal vez había acudido al entierro en nombre de *sir* John, arrojó un poco de tierra y me llevó aparte.

—Jeremy —musitó—. No te disgustes por lo que va a ocurrir. Ha sido *sir* John quien lo ha dispuesto todo.

—¿Pero qué…?

Entonces hizo un gesto con la cabeza a Benjamin Bailey, quien a su vez le hizo

otro a Bilbo el Pirata. Sin hacer más señales, los dos hombres se abalanzaron, fuertes como eran, sobre Jimmie Bunkins.

Su intención no era hacerle daño, sino atarle con la recia cuerda que el señor Bailey había sacado de la tumba. ¡Cómo se defendió Jimmie Bunkins! Les dio patadas y puñetazos, cuya dolorosa contundencia yo recordaba de mi primer encuentro con él. Pero poca resistencia podía ofrecer ante semejantes oponentes. Al final le ataron de arriba abajo con la cuerda y le inmovilizaron las manos.

Lo extraordinario fue que apenas emitió un sonido durante la breve pelea, excepto los gruñidos y jadeos que soltó junto con la lluvia de golpes y patadas que les propinó. Sin embargo, en cuanto se vio atado como un animal salvaje, se puso a gritar para pedir ayuda, movido seguramente por la frustración más que porque tuviera verdaderas esperanzas de obtenerla. Pero el señor Bilbo no estaba dispuesto a tolerar aquello: sacó un pañuelo de seda del bolsillo y se lo metió en la boca.

¿Quién podía ayudarle de todos modos? El vicario, quien al parecer ya había sido avisado, cerró de golpe su devocionario y se fue rápidamente a la iglesia. Dotty y las ancianas se quedaron boquiabiertas y luego se alejaron tímidamente. Baker y Cowley se pusieron los sombreros y echaron a andar. Entonces, mientras Bailey se echaba a Jimmie Bunkins al hombro como si fuera un saco de nabos, la señora Durham me dio un tirón de la manga.

—Vamos, Jeremy, tenemos que irnos.

—No, quiero decirle que…

Pero en aquel momento me di cuenta de que había sido la información que le había dado a *sir* John acerca de los planes de Jimmie Bunkins lo que había puesto al muchacho en aquel apuro y comprendí que no había mucho que pudiera decirle.

Por consiguiente me limité a mover la cabeza en un gesto de asentimiento y a seguir a la señora Durham por el sendero que conducía a la iglesia. A cierta distancia de la puerta por la que habíamos salido, me volví para ver qué había sido de Bunkins. Estaba a punto de desaparecer por la puerta que daba a la plaza a hombros del señor Bailey. Bilbo y los otros dos alguaciles les seguían de cerca.

—¿Adónde lo llevan? —pregunté a la señora Durham—. ¿A Bow Street? ¿Van a encerrarlo en el calabozo?

—No, Jeremy —contestó ella—. No ha hecho nada todavía. Se lo llevan solo para impedírselo. La única intención que tienen es hacerle entrar en razón.

Sir John Fielding había convocado la reunión para las seis y media, no mucho antes de la hora a la que los guardias de Bow Street tenían costumbre de reunirse para empezar sus rondas nocturnas u organizar batidas en las guaridas de los malhechores conocidos. Y es que aunque mantenían una tranquilizadora presencia en las calles, los guardias del juzgado eran conocidos ante todo por los rápidos ataques y contraataques que emprendían sobre los elementos delincuentes. Así era como el

primer juez de Bow Street, Henry Fielding, había concebido la doble misión de este benemérito grupo de hombres, y así la había mantenido *sir* John Fielding.

Aunque yo sospechaba, y con razón, que la reunión que había planeado *sir* John sería de esta naturaleza, no tenía idea de la magnitud y el alcance de la estrategia que tenía pensado poner en marcha, la cual pasaría a los anales de Bow Street como la maniobra más importante que los guardias hubieran acometido jamás. Pero ¿cómo iba a saberlo yo si cuando veía pasar el día tranquilamente tras el entierro de Moll Caulfield y la desaparición de Jimmie Bunkins fui enviado a casa del doctor Johnson con una invitación para que acudiera a Bow Street a las seis y media? En la actitud de *sir* John había tan poco apremio que pensé que quizá tuviera intención de salir a cenar con el conocido crítico. De hecho el juez se había mostrado notablemente tranquilo y animado por la tarde, tras la sesión del juzgado: había estado canturreando, andando de un lado a otro sin propósito fijo y cruzando chanzas con el señor Marsden. Me maravillaba la capacidad que tenía para sacudirse de encima la responsabilidad del cargo. Yo, por mi parte, estaba muy preocupado por el rapto de Bunkins y el papel que había desempeñado en él. Aunque sabía que había hecho lo correcto al informar a *sir* John de las intenciones incendiarias del muchacho, el recuerdo que guardaba de él atado e indefenso sobre los anchos hombros del señor Bailey me había perseguido todo el día. A decir verdad, me sentí aliviado de estos confusos remordimientos cuando recibí el encargo de ir a casa del doctor Samuel Johnson.

El primer indicio de que se planeaba algo excepcional me lo dio la respuesta del lexicógrafo a la invitación. Había salido a verme inmediatamente y parecía alterado.

—¿Traes una carta para mí, muchacho?

—No es una carta, señor —contesté—, sino una invitación. *Sir* John desea que pase por su despacho a las seis y media.

—Oh, allí estaré —dijo él—. Dile que iré, y que no se me ocurriría perderme la oportunidad de ver el fin de este espantoso asunto.

Aunque me quedé perplejo, le di las gracias y me giré para irme.

—Dile también —añadió el doctor Johnson— que el señor Boyer me ha informado adecuadamente y que he desempeñado bien mi papel durante la visita que esperábamos.

El asombro que sentía se transformó en confusión y curiosidad. ¿De qué le había informado el señor Boyer? ¿Quién era el esperado visitante?

Pero sabía cuál era mi lugar, de modo que me despedí sin hacer preguntas y volví a toda prisa a Bow Street con la esperanza de que *sir* John me daría alguna explicación.

Vana esperanza la mía. El juez recibió la respuesta del doctor Johnson sin hacer comentarios, y cuando le informé de lo que el lexicógrafo me había dicho al final, él se limitó a sonreír y hacer un gesto de asentimiento, tras lo cual empezó una vez más a canturrear la cancioncilla que había tenido en los labios la mayor parte de la tarde. Jamás le había visto comportarse de aquella manera.

—¿No tienes nada que hacer? —dijo entonces. La pregunta era tan general que me sorprendió—. ¿Ninguna tarea para la señora Gredge?

—Ninguna que yo sepa, *sir* John.

—Entonces te aconsejo que vayas a la cama y te eches una siesta —me dijo—. Esta noche vas a acostarte tarde, y hasta entonces quiero que te mantengas alerta. Si la señora Gredge protesta, dile que vas por orden mía. Pero asegúrate de que estás aquí también a las seis y media. Infórmale de ello a la señora Gredge. Dile que te despierte a tiempo. —Entonces hizo un rápido gesto para despedirme—. Ahora, haz lo que te he dicho: vete.

Hice lo que me pedía, pero pensando que todo resultaba ahora aún más incomprensible. No solo estaba perplejo por los interrogantes que me habían suscitado las palabras del doctor Johnson, sino que ahora me preguntaba por qué *sir* John deseaba que estuviera presente en su reunión con el lexicógrafo. ¿Iba a estar presente también John Clayton? ¿Tendría que fijarme nuevamente en la expresión de su cara? ¿Porque tenía que ser esto la causa de una noche larga y agotadora?

Sumido por tanto en la confusión, pedí a la señora Gredge que me despertara cuando dieran las seis y subí a mi habitación. Mirando por la ventana, dudé de que fuera capaz de dormir de día. Sin embargo, mientras miraba observé que el cielo estaba cambiando: una masa de nubarrones que se acercaba por el este estaba oscureciéndolo. Se había levantado viento de repente. Me acosté y cogí el libro con el que me había dormido hacía un par de noches. ¿Cuál sería? Recuerdo que en torno a aquella época intenté infructuosamente leer La anatomía de la melancolía de Burton, de modo que tal vez se tratara de este. Fuera cual fuese, el caso es que tuvo en mí más efecto que cualquier poción para dormir. Tras leer solo un par de páginas, me amodorré. Los ojos se me cerraron y pronto me quedé dormido.

Soñé, y el sueño que tuve fue sumamente confuso. En él aparecía un gran número de hombres vestidos de negro. Había fuego y los hombres de negro bailaban ante él, pero no por júbilo, como los judíos, sino de una manera salvaje y desenfrenada, como yo creía que bailaban los indios de piel roja. Había uno que me amenazaba con la mirada, que nos amenazaba a todos, ya que estaba acompañado por otras personas. Era el rostro del hermano Abraham, que pronunciaba palabras que parecían sacadas de la Biblia pero que en realidad eran una mezcla de amenazas y promesas. Entonces se producían grandes explosiones, lo cual parecía guardar lógica con el resto del sueño, puesto que si había fuego, era necesario hacer saltar por los aires los edificios circundantes con pólvora, tal como el capitán de artillería había propuesto. Las explosiones fueron haciéndose más frecuentes y estruendosas, y la más estruendosa de todas me despertó. Se trataba de un trueno. La lluvia caía con fuerza contra la ventana de mi buhardilla.

Escuchando la tormenta que arreciaba fuera, me levanté de la cama y advertí que el viento hacía dar golpes a mi ventana. Me puse los zapatos y la casaca y, sin olvidarme del sombrero, abandoné la seguridad de mi cuarto y bajé por las escaleras.

El reloj dio las seis en el momento en que entraba en la cocina, donde la señora Gredge se movía atareadamente alrededor de la mesa.

—Ah, ahí estás —exclamó—. Iba a buscarte. Te he preparado una tetera para que te despiertes como es debido. Pero espera un momento, que está reposando.

Le di las gracias y tomé asiento. Ella puso un plato delante de mí en el que había una gran rebanada de pan y un pedazo de ternera frío.

—Cómete eso —me dijo al tiempo que servía el té—. Vas a necesitarlo. En mi opinión, no está bien sacar de casa a un muchacho en una noche como esta, pero, en cualquier caso, más vale que vayas con algo en el estómago.

Incluso la señora Gredge parecía saber más que yo acerca de los planes que había para aquella noche. No obstante, en lugar de hacerle preguntas, me puse a la tarea de comer lo que tenía delante. Hasta que comencé no me di cuenta de lo hambriento que estaba, y solo cuando probé el té comprendí qué falta me hacía para despertarme. Comí en silencio, y cuando hube terminado, me levanté para fregar los pocos cacharros que había sucios.

—No —me dijo la señora Gredge—. Ya me ocupo yo de eso. Prepárate y ve a reunirte con todos los que han llegado.

Tras darle las buenas noches, bajé por las escaleras y vi que la mayoría de los guardias del juzgado ya estaban presentes, ataviados todavía con sus capas aguaderas porque acababan de llegar o bien quitándoselas. Estaban casi todos callados, aunque los que hablaban lo hacían en voz alta. No cabía duda de que aquella noche había en el ambiente algo más que la lluvia que estaba cayendo.

Al ver al señor Baker, lugarteniente de los guardias, algo apartado de los demás, me presenté ante él y le pregunté por *sir* John.

—Está en su despacho —me contestó—. Es ahí donde vamos a reunirnos todos. Me parece que quiere que vayas sin tardanza.

No era una habitación grande, y las sillas que se habían colocado a izquierda y derecha del escritorio la hacían todavía más pequeña. Detrás de este se encontraba *sir* John, andando lenta y cautelosamente de un lado a otro. Sin embargo, apenas hube entrado, se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Jeremy?

—Sí, *sir* John. Soy yo.

—Ah, bien. Quiero que hagas de mayordomo.

—¿Disculpe?

No creía que *sir* John quisiera que me pusiera una librea y me comportase con la misma afectación y vanidad que yo le había visto mostrar al mayordomo de la residencia Goodhope.

—No tienes que preocuparte. Con la noche que hace, nuestros invitados vendrán en carruajes y coches de punto. Aguarda en la puerta. Sal a su encuentro cuando lleguen, hazlos pasar por entre ese grupo de alborotadores que hay en el pasillo y condúcelos hasta aquí. ¿Entendido?

—Entendido, *sir* John.

—Estás descansado, ¿verdad? ¿Has comido un poco?

—Sí, *sir* John.

—Entonces ponte a ello. Deben de estar a punto de llegar.

El primero en llegar fue el doctor Samuel Johnson, como pude ver cuando abandoné de un salto mi refugio y abrí la puerta de su coche. Bajó de este con dificultad, pero desde el momento en que puso los pies sobre los adoquines, se movió con bastante desenvoltura. Entró en el edificio y me siguió mientras yo pedía a los guardias que nos dejaran pasar. Al final lo dejé ante la puerta del despacho de *sir* John, que estaba abierta.

El siguiente fue el señor William Boyer, quien esta vez no apareció en un vehículo público sino en un coche de dos caballos. Fui a abrirle la puerta, pero entonces un lacayo bajó a la calle y me apartó a un lado de un empujón. Llevaba bajo el brazo un paquete de poco tamaño tapado con una tela. Cuando por fin vi al señor Boyer, tuve la impresión de que estaba asustado, ya que, tras mirar a izquierda y derecha, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Están todos aquí? ¿Ha venido un grupo numeroso de guardias?

—Oh sí, señor. Acompáñeme.

Le conduje por entre la impaciente piña de alguaciles. No habría más de veinte reunidos en el largo pasillo, aunque a mí me parecían una multitud. Su presencia pareció tranquilizar también al señor Boyer. Era un hombre bajo (no mediría mucho más que yo), y el tamaño de los guardias pareció infundirle ánimo. En una ocasión en que me volví para asegurarme de que no se rezagaba, le vi mirando con admiración al señor Bailey, quien tenía una altura de casi dos metros. Entonces siguió andando apresuradamente, y pronto le dejé ante la puerta de *sir* John. Al hacerlo, observé que todavía quedaban dos sillas libres.

Volví a la entrada del número 4 de Bow Street y allí estuve esperando durante largo rato, medio cobijado de la lluvia, a la próxima persona que tenía que llegar. Pero el viento era más fuerte que la lluvia y me obligó a apretarme contra la puerta. En un par de ocasiones en que oí cascos de caballos y me asomé para mirar a izquierda y derecha, tuve que hacer fuerza para resistir el empuje del viento, tal como lo haría alguien al pelear con una presencia de carne y hueso.

Finalmente oí un triquitraque regular que me anunció que se acercaba un vehículo. Debía de ser un coche de punto, a juzgar por el ruido que hacía. Esperé, sin saber quién podía ser. Difícilmente podía imaginarme yo la identidad de la persona que salió en primer lugar del coche cuando corrí a abrir la puerta.

Fue un muchacho de mi edad aproximadamente, bien aseado y ataviado con ropa de calidad, quien saltó ágilmente sobre los adoquines. Hasta que se puso a mi altura y acercó su cara a la mía no lo reconocí. El joven e inesperado visitante era Jimmie Bunkins. Me miró, con una expresión de osadía y seguridad en sí mismo, y me guiñó el ojo expresivamente.

La siguiente persona en salir del coche fue Bilbo el Pirata. Arrojó dos monedas de plata al cochero y buscó rápidamente refugio en el portal en el que Bunkins y yo estábamos esperándole.

—Siento llegar tarde, Jeremy —dijo—, pero tenía que ocuparme de unos asuntos en mi establecimiento. ¿Ha comenzado ya la reunión?

—No, señor —contesté—. Creo que *sir* John está esperándole. —Luego, acordándome de que eran dos las sillas libres, añadí—: Y a su acompañante también. Por aquí, por favor.

El acompañante del señor Bilbo se sintió al parecer un tanto intimidado ante el grupo de alguaciles.

—Caramba —dijo a mis espaldas—. En mi vida había visto tantos guindillas a la morena y en el mismo lugar.

Pese a todo nos abrimos paso entre ellos. Los alguaciles prestaron más atención al señor Bilbo y a Jimmie Bunkins que a las otras dos personas que yo había hecho pasar entre ellos. Ambos les eran conocidos, aunque por motivos diferentes.

Cuando llegamos a la puerta de su despacho, *sir* John, advirtiendo nuestra presencia, interrumpió la conversación que estaba manteniendo con Johnson y Boyer y dijo:

—Señor Bilbo, ¿es usted?

—Sí, *sir* John. Le pido disculpas por mi tardanza.

—No importa. Vamos a tener que esperar un poco de todos modos. ¿Ha venido acompañado por el joven?

—Aquí está.

—Entonces siéntense en las dos sillas que quedan libres. ¿Y Jeremy?

—¿Sí, señor?

—Ve a decirle al señor Bailey que haga pasar a los guardias. Vamos a estar un poco apretados, pero todos han de estar presentes.

Y apretados estuvimos. En cuanto los alguaciles hubieron entrado, pareció como si cada centímetro del modesto espacio que tenía la habitación quedara ocupado. Habían formado filas contra tres de las cuatro paredes y en todas las esquinas. *Sir* John tenía sitio para moverse, pero prefirió no hacerlo. Tomó asiento en su silla y se arrimó a su escritorio. Desde la esquina en que yo me había colocado con el señor Bailey, solo podía verle de lado. No tenía importancia, pues en cuanto empezó a hablar la silenciosa y expectante habitación se llenó con su voz.

—Señor Boyer —dijo—, ¿le importaría levantarse y mostrarnos el contenido del paquete que ha traído esta noche?

El impresor hizo lo que el juez le había pedido y nos enseñó un gran fajo de papeles de casi cinco centímetros de grosor sujeto con recios pedazos de guita.

—¿Puede decirnos de qué se trata, señor Boyer?

—De un manuscrito —dijo—. Soy editor, y son muchos los que llegan a mi poder.

—¿Cómo ha llegado este a su poder?

—Me lo trajo hace poco un tal Isham Henry, un oficial de imprenta que he contratado recientemente. Se me plantearon algunos problemas para publicarlo, y al final rehusé hacerlo: no quería que saliera publicado bajo mi nombre. No obstante quedó acordado por mediación del señor Henry que nos ocuparíamos del trabajo de imprimirlo y encuadernarlo. Según el acuerdo, mi nombre no aparecería en él, pero por un determinado precio, un precio elevado, produciríamos quinientos ejemplares, impresos y encuadernados, y además guardaríamos las planchas durante dos años por si fuera necesario imprimir más ejemplares.

—Este tipo de acuerdo es común en su profesión, si no me equivoco.

—Lo es, en efecto, aunque no es una práctica a la que nos hayamos dedicado mucho últimamente. Pero, como ya he dicho, es un precio elevado el que hemos acordado.

—Tengo que hacerle algunas preguntas, señor Boyer. En primer lugar, ¿por qué rehusó publicar el libro bajo el nombre de su firma?

—Bueno, el libro no está mal escrito, aunque depende mucho de las matemáticas y los cálculos para probar lo que defiende.

—¿Son correctos los cálculos?

—No tengo manera de saberlo. Dios sabe que no tengo conocimiento de tales materias. Si hubiera accedido a publicarlo, se lo habría mostrado a una persona competente.

—¿Y qué defiende el libro? ¿Cuál es su contenido?

—Para mí este es el mayor problema —contestó el señor Boyer—. El tema no es de los que interesan a mis lectores. Trata de la llegada de la conversión de los judíos. En mi opinión, quinientos ejemplares es una tirada excesiva para el interés que tiene el libro. El tema fue discutido ampliamente por los teólogos hace muchos años; se decía que era una condición previa para que se produjera el segundo advenimiento… Está todo en la Biblia. Aun así el libro solo puede resultar interesante a teólogos. El momento que se predecía llegó y pasó el siglo pasado. La intención del autor es demostrar que los cálculos anteriores estaban equivocados y que todo va a ocurrir este siglo.

—¿Quién es el autor?

—Aunque el libro había de ser publicado anónimamente, el autor es en realidad un Hombre llamado Abraham Watt, el superior de una secta religiosa que se denomina a sí misma Hermanos del Espíritu.

—Una última pregunta: ¿cómo ha llegado a trabajar para usted Isham Henry, el hombre que le trajo el manuscrito?

—Antes trabajaba al servicio de Ezequiel Crabb, quien fue asesinado junto con su familia y aprendices en lo que comúnmente se conoce por la masacre de Grub Street. Como el señor Henry es un oficial, no vivía en el local y por tanto se libró de la suerte que corrieron los demás.

—¿Sabía usted que es miembro de esa secta?

—No, no lo sabía, aunque ahora tengo serias sospechas de que sí lo es.

—Esto es todo, señor Boyer. Pero antes de que se siente, muéstrenos el manuscrito una vez más.

Así lo hizo, levantándolo por encima de la cabeza y girándose hasta describir un círculo completo para que todas las personas que había en la habitación pudieran verlo. Luego se sentó en su silla.

—Esta es la causa de los seis asesinatos cometidos en Grub Street —dijo *sir* John —. Este mismo manuscrito había de publicarlo Ezequiel Crabb, hasta que… Dos testigos han prestado declaración a este respecto. Quizá deberían estar aquí para darles cuenta de ello, pero esto le habría resultado difícil a uno de ellos e imposible al otro. No obstante, las personas que los han interrogado se encuentran presentes, y son personas conocidas personalmente o de oídas por la mayor parte de ustedes. Jeremy Proctor, ¿te importa decirnos lo que te dijo Tom Cranford, el segundo oficial que trabajaba al servicio de Ezequiel Crabb?

Di un paso adelante, y en menos palabras que las que había utilizado el señor Boyer, repetí lo que Tom Cranford me había contado acerca de la discusión que había tenido lugar entre Ezequiel Crabb y el hermano Abraham cuando el editor había cometido la temeridad de poner en entredicho los cálculos del predicador y quedarse con el manuscrito. Luego conté que el señor Crabb había adoptado una actitud tan ofensiva y había ridiculizado al hermano Abraham hasta tal extremo que este había maldecido al editor. Para terminar añadí que el señor Crabb le había dicho al predicador que los judíos no se convertirían nunca porque eran demasiado listos. Cuando terminé de decir esto, resonaron en la habitación unas cuantas risas azoradas.

—Gracias, Jeremy —dijo *sir* John—. Bien contado. Puedo garantizar la veracidad de su declaración, ya que el señor Cranford me ha dicho que oyó esa misma conversación entre su antiguo patrón y el hermano Abraham. Desgraciadamente, el señor Cranford no ha podido estar esta noche con nosotros, debido a que su actual patrón ha insistido en que realice unos trabajos adicionales para compensar el tiempo que le costó contarle todo esto a Jeremy. Parece como si le hubieran castigado a quedarse en el aula después de clase. Sea como sea, tras ser informado de esto personalmente, cuál no habrá sido mi interés cuando esta mañana el doctor Johnson ha venido a verme para contarme una historia que, pese a ser de una fuente distinta, coincidía con la primera. Desde que John Clayton fue trasladado del Hospital de Santa María de Belén a la cárcel de Fleet, el doctor Johnson ha ido a visitarlo todos los días para animarle a recordar más detalles relacionados con la espantosa noche del crimen. Lo que me ha relatado esta mañana me parece bastante significativo a la luz de las declaraciones de Tom Cranford. Doctor Johnson, ¿podría repetirlo?

El doctor levantó la gran mole de su cuerpo, se puso firmemente en pie y habló como sigue:

—Puedo repetirlo y así voy a hacerlo, *sir* John. Como usted ha dicho, he visitado

a John Clayton a menudo, ya que estoy convencido de su inocencia en este asunto. Sin embargo, aunque hemos examinado sus recuerdos de aquella noche repetidas veces, a causa del… del estado en que se encontraba, poco ha podido decirme que *sir* John no oyera en el interrogatorio al que le sometió en este mismo despacho y en el que yo estuve presente. Sin embargo, ayer por la tarde, o quizá debiera decir a primera hora de la noche, me dijo algo que, en mi opinión, podía tener importancia. No se trataba de un recuerdo de la noche en cuestión, sino del día anterior. Durante la conversación que el señor Clayton mantuvo con el señor Crabb acerca de la publicación de su segundo libro de poemas, el editor le comentó que uno o dos días atrás se había enzarzado en una desagradable discusión con un autor debido a que había puesto en duda el contenido y las conclusiones del libro en cuestión. El autor se había ofendido tanto que había pedido a los cielos que castigaran al editor. «Me mandó literalmente al infierno», le dijo el señor Crabb a Clayton. Cuando Clayton preguntó al editor si se arrepentía de lo que había dicho, este dijo que sí, aunque no porque considerara que estaba equivocado, sino a causa de la imprevisible naturaleza del autor. «Quién sabe qué podría llegar a hacer ese individuo», le dijo el señor Crabb. «Es un predicador inexperto, y los predicadores inexpertos no siempre se detienen ante las vulgares leyes que rigen la conducta humana». A la pregunta de cuál era el tema del libro, el señor Crabb respondió que la conversión de los judíos, y añadió que este era también el título.

Dicho aquello, el doctor Johnson movió vehementemente su gran cabeza en un gesto de asentimiento.

—Este, *sir* John —dijo—, es el resumen más exacto que me es posible dar de lo que oí.

—Se lo agradezco, doctor. Siéntese, por favor. —Entonces, volviéndose hacia el conjunto de las personas que había en la habitación, dijo—: Bien, es posible que no den mucha importancia a lo que diga el señor Clayton, ya que, como es bien sabido, fue descubierto la noche de la que estamos hablando con un hacha en la mano, el arma con la que fue asesinada al menos una víctima. Pero detengámonos en este detalle por un momento. ¿Qué sabemos del hacha, señor Bailey? Usted la ha tomado prestada con el fin de poder examinarla y recordar mejor los detalles de su lugar de origen. ¿Qué puede decirnos al respecto, señor Bailey?

—No tanto como desearía, *sir* John —dijo Benjamin Bailey, abandonando el lugar que ocupaba a mi lado para que todos pudieran verle—. Pero sí puedo decir con cierta seguridad que es de manufactura colonial. Durante la última guerra con Francia vi ese mismo modelo a menudo.

De pronto la sacó. Ni yo ni los guardias nos sorprendimos, ya que sabíamos que la llevaba, pero el doctor Johnson, que era quien se hallaba más cerca de él, se sobresaltó. El mango era quizá algo más corto que el que uno podría encontrar en un hacha de manufactura corriente. Además estaba torcido, lo cual daba a entender que había sido cortado directamente de la rama de un árbol. De todos modos no era el

mango en lo que el señor Bailey deseaba que nos fijáramos.

—Esta hoja pertenece a la clase que prefieren utilizar en lugares como Pensilvania y Nueva York. Como se puede ver, por este lado es una hoja de hacha propiamente dicha; sin embargo, por el otro lado es puntiaguda y está afilada, como una lezna. Así pues, tenemos un hacha por delante y una lezna por detrás. Por lo que me ha dicho el señor Cowley, algunas heridas, en concreto las de las cabezas, tuvieron que ser causadas con la parte de la lezna, ya que eran orificios profundos.

—¿Es esto cierto, alguacil Cowley?

—Es cierto, *sir* John —contestó el joven alguacil.

—Debería haberlo indicado en su informe, o cuando menos habérmelo dicho a mí.

—Cometí un error, *sir* John.

—Continúe, señor Bailey. Creo que tiene algo que añadir.

—En efecto, *sir* John. En el oeste de Pensilvania, aunque lejos, en uno de los extremos, apartada de los enfrentamientos ocurridos en torno a Fort Pitt, un extraño grupo de colonos fundó hace tiempo una comunidad. Eran todos religiosos, según se decía. Yo no fui testigo de ello, pero cuentan que tras la caída de Fort Pitt y la masacre que se produjo a continuación, esta supuesta comunidad religiosa decidió dar una lección a los indios, de manera que fueron una noche al poblado más cercano y asesinaron a todos sus habitantes: hombres, mujeres y niños. El problema es que estos indios eran amistosos, por así decirlo, o neutrales quizá sea la palabra adecuada. Sin embargo, ellos lo hicieron digamos que como advertencia para el resto de los indios, y por lo que a esto se refiere, el asesinato tuvo el efecto deseado. Les dejaron en paz.

—¿Quiénes eran las personas que lo cometieron?

—Que yo recuerde, *sir* John, se llamaban a sí mismos los Hermanos.

—Por tanto, si fuera cierto que este grupo, que reconoce que procede de esa parte de la colonia, cometió el asesinato de Grub Street como venganza por lo que en su opinión fue un insulto a su superior o por cualquier otro extraño motivo, cabría pensar que no es la primera vez que hacen algo semejante.

—Eso diría yo, *sir* John. Creo que se trata del mismo grupo.

—Gracias, señor Bailey.

El capitán de los alguaciles hizo un vivo gesto de asentimiento y retrocedió un par de pasos para volver al lugar que ocupaba a mi lado.

—No piensen —dijo *sir* John— que estos hombres que se denominan a sí mismos los Hermanos o, como ellos prefieren, los Hermanos del Espíritu, se contentan con elaborar teorías acerca de la conversión de los judíos. Señor Bilbo, ¿le importaría contarnos la experiencia que tuvo cuando atrajo casualmente la atención de dos de ellos?

—No, *sir* John —contestó Bilbo el Pirata al tiempo que se levantaba de la silla.

A continuación relató lo que había declarado en el juzgado: cómo lo habían abordado, le habían tomado por judío a causa de su aspecto, le habían predicado y le

habían tirado de la barba. Lo contó sin embargo con menos contención que la vez anterior y hasta soltó alguna que otra maldición para dar más énfasis a su relato, de tal suerte que para cuando acabó, toda la habitación estaba riéndose. Al fin y al cabo, se trataba de una buena historia, y Bilbo el Pirata la había contado con miradas expresivas y vehementes movimientos de cabeza entre otros gestos, de ahí que su actuación hiciera las delicias del público. Hubo risas, vítores y aplausos.

De pronto la ocasión parecía haber perdido parte de su solemnidad, por lo que *sir* John dio un sonoro golpe en su escritorio con la palma de la mano para llamar al orden a los guardias de Bow Street tal como podría haberlo hecho con el alborotador público de un juicio.

—Basta, caballeros. Tengamos orden, por favor. No voy a tolerar que esta investigación sea motivo de risas. Siéntese, señor Bilbo.

—Lo siento, *sir* John —dijo este con extrema docilidad, al tiempo que se dejaba caer sobre su silla.

—No, este no es un asunto que pueda tomarse a risa —insistió el juez cuando se hubo hecho el silencio en la habitación—. Estos colonos que visten de negro y gustan de cantar himnos parecen, cuando menos, empeñados en alterar el frágil orden que mantenemos aquí. Justo después de insultar al señor Bilbo, delito que les costó caro, como ya saben, los Hermanos del Espíritu mantuvieron prisioneros a los miembros de una congregación judía durante la celebración de sus servicios religiosos del sábado y les obligaron a prestar atención mientras les predicaba sobre su conversión el hermano Abraham, el autor precisamente del manuscrito que el señor Boyer les ha descrito y mostrado. Cuando sus prédicas no obtuvieron el efecto deseado, la iglesia de los judíos, la sinagoga de Maiden Lane, fue incendiada. Todos ustedes están enterados de este suceso. Si nos libramos del horror de un incendio generalizado fue solo gracias a que aquella noche no soplaba viento. Alguacil Cowley, usted encontró dos testigos. ¿Qué le contaron?

El alguacil Cowley dio un paso adelante.

—Me contaron que habían visto a tres hombres alejarse del lugar justo antes de que comenzara el incendio, *sir* John. Según me dijeron, los tres hombres tenían mucha prisa.

—¿Y no le dijo uno de los testigos que iban vestidos igual que los hombres que predicaban en Covent Garden?

—Sí, *sir* John, así es.

—¿Y no podrían identificarlos?

—No, *sir* John. Solo los vieron por detrás.

—Cuando le informamos de esto, el hermano Abraham lo tomó por lo que es, un testimonio endeble e inútil, y nos dijo que nos fuéramos. Esto es todo, alguacil Cowley.

»Bien, hay aún otro delito que yo atribuyo a estos supuestos Hermanos —prosiguió *sir* John—: la muerte de Moll Caulfield, vendedora ambulante de Covent

Garden a la cual conocen casi todos los presentes. Moll Caulfield fue llevada al refugio de los Hermanos cuando no sabíamos nada de la villanía de estos, solo que daban alojamiento y comida a personas indigentes. Ella se había quedado sin techo ni dinero con el que mantenerse a causa del hundimiento del edificio de St. Martin's Lane en el que residía. Al cabo de unos días intentó ponerse en contacto con nosotros. Señor Bunkins, ¿podría levantarse y contárnoslo?

Bunkins vaciló y se volvió hacia el señor Bilbo en busca de consejo. Todo lo que obtuvo de este fue un enfático gesto de asentimiento. Se levantó con indecisión, y aunque en un principio fue incapaz de decir nada, al final, tras cierto titubeo, consiguió musitar unas palabras.

—Levante la voz, muchacho —dijo *sir* John—. No pueden oírle. Ni siquiera yo le oigo bien. Por favor, empiece de nuevo.

—Decía que conocía a esta vieja gachí, a esta anciana, Moll, desde hacía mucho tiempo —dijo Bunkins subiendo la voz aunque todavía con indecisión—. Muchas veces me ayudaba, dándome comida y otras cosas. Yo ya me había enterado de que había perdido su cueva a causa de un vendaval, por lo que no me sorprendí cuando la vi con ellos. Sí me sorprendí, en cambio, cuando me hizo señas para que me acercara y me dio una carta destinada al pico…, eh, a *sir* John. Pues bien, hasta el momento me las había arreglado para no conocer al caballero, pero como en una ocasión había visto a Jeremy con él, hablé con él y le dije que tenía una carta para su señor.

—Permítame aclarar algo, señor Bunkins —dijo *sir* John, interrumpiéndole—. ¿Es cierto que vieron a Moll Caulfield en el momento en que le entregaba a usted la carta? ¿Y también que a usted le persiguieron?

—Oh, totalmente cierto, jefe. Pero me escabullí y logré escapar.

—Y luego acudió a mí en compañía de Jeremy y me entregó la carta. Moll nos informaba en ella de que las cosas no le iban bien con los Hermanos del Espíritu y añadía que me contaría más si la sacábamos del lugar donde la estaban alojando. En consecuencia, al día siguiente fuimos a recogerla, y el hermano Abraham nos dijo una vez más que no la mantenían prisionera de ninguna de las maneras, y que de hecho ella los había abandonado por iniciativa propia la noche anterior. Yo no podía demostrar la falsedad de aquello, de ahí que les diera a todos ustedes orden de que estuviesen atentos por si pudieran verla. Jeremy también salió en su busca. Y usted, señor Bunkins, también la buscó, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y la encontró?

—Sí, la encontré entre los muertos que guarda el Recolector al lado del río. Iba a enterrarla en un lugar donde las fosas contienen tres o cuatro muertos.

—Y las tumbas no están marcadas.

—Fui a buscar a Jeremy y le enseñé el cadáver. El Recolector tenía miedo de haber hecho algo malo y nos dijo que la había recogido en una callejuela y, como no mostraba huellas en el cuerpo y era una gachí vieja, había pensado que habría muerto

de forma natural. Por eso no llamó a los guardias del pico.

—Es cierto que no mostraba huellas en el cuerpo, según me han informado —dijo *sir* John—. Una mujer, la señora Durham, la examinó de manera superficial y lo confirmó. Pero Moll Caulfield pudo ser envenenada o asfixiada. Fuera cual fuese el motivo, achaco su muerte a esos predicadores de negro. Es posible que Moll Caulfield llegara a enterarse de su culpabilidad en los terribles asesinatos cometido en la casa del señor Crabb o que ellos, con sus suspicacias y remordimientos, la consideraran una espía. ¿Quién sabe por qué creerían necesario deshacerse de una desdichada anciana como Moll Caulfield? Sin embargo, nada de esto puede probarse. No hay testigos, ni confesiones, ni pruebas inculpatorias. Lo mismo cabe decir de la gran matanza de Grub Street. El hecho de que el arma homicida, o una de ellas, sea con toda probabilidad de manufactura norteamericana y de que el señor Bailey pueda acordarse de una masacre ocurrida en la guerra en que participó que guarda parecido con esta que nosotros conocemos tan bien no valdría absolutamente de nada en el Tribunal Central de lo Criminal de Londres. Como tampoco el recuerdo que tiene el señor Cranford de la acalorada discusión que sostuvieron el señor Crabb y el hermano Abraham y los temores del señor Crabb sobre lo que pudiera hacer el mencionado hermano a raíz de dicha discusión. Nada de esto valdría de mucho en un tribunal de justicia. Finalmente tenemos el daño hecho a los judíos. El rabino de la congregación de Maiden Lane no ha querido presentar una denuncia, por lo que me ha sido imposible acusar a los Hermanos de otro delito que no sea alteración del orden público. Por lo que se refiere al incendio que ha acabado con la sinagoga, decir que se vio a tres hombres vestidos de negro abandonar la zona es como decir que se vio a tres hombres abandonar la zona: no hay identificaciones, ni pruebas, ni testimonios de ningún tipo que un tribunal pueda aceptar.

»Resolver este problema me corresponde exclusivamente a mí —prosiguió el juez —. Son gente perniciosa. Son capaces de asesinar y provocar incendios, y quién sabe de qué más. Sin embargo, nada de esto puede probarse. ¿Qué podemos hacer? ¿Quedarnos sentados y esperar a que se cometan más asesinatos y se provoquen nuevos incendios? ¿Confiar, mientras esperamos pacientemente, en que cometan un error? No, caballeros, no. Solo hay una cosa que podemos hacer para enfrentarnos con los Hermanos del Espíritu, y ya la hemos hecho. Caballeros, les hemos tendido una trampa.

XI

En el que salta la trampa y se desata un vendaval

Horas más tarde estábamos sentados en torno a una mesa del Goose and Gander. Éramos cinco: el señor Boyer, el doctor Johnson, el señor Bilbo, *sir* John y yo. Habíamos logrado meternos todos en el coche del señor Boyer y nos habíamos llegado allí juntos. Me consideraba afortunado por haber sido incluido en el grupo, pues, en mi opinión, estaba acompañado por personas muy distinguidas. Con la posible excepción del señor Bilbo, todos ellos habrían sido bien recibidos en cualquier comedor o salón de Londres. Y aún más importante: ser uno de ellos sin duda significaba que iba a desempeñar un determinado papel en el plan cuando llegase el momento, pese a que mi función todavía no estaba ni mucho menos tan bien definida como la de Jimmie Bunkins.

La clientela del Goose and Gander había sido obligada a irse hacía una hora aproximadamente. Según tenía entendido, esto se había llevado a cabo así, por las buenas. Dos alguaciles (no sé cuáles) habían entrado en el establecimiento y, aun habiendo tormenta, habían echado a las pocas personas que había en él diciéndoles que la taberna permanecería cerrada hasta nuevo aviso. A la *sir*vienta la habían mandado a casa. Dando muestras de una gran indignación, el tabernero había exigido saber por qué le cerraban el local, y uno de los alguaciles le había dicho que era orden de *sir* John Fielding, juez del juzgado de Bow Street, y que podría discutirlo con él cuando llegara. Y eso fue lo que hizo, larga y acaloradamente, cuando llegamos.

—Es un asunto de la ley —le había dicho *sir* John—. Solo tenemos que utilizar el local una noche. Va a servirme de puesto de mando.

—¿De veras? —había preguntado el tabernero, profundamente impresionado—. Entonces creo que es de justicia que me quede para asegurarme de que no se causa ningún daño, ni se rompen vasos ni se bebe nada sin mi permiso.

—Oh, quédese si es su deber —le había contestado *sir* John—. Supongo que es de justicia. Eso sí, guarde silencio y sepa que no podrá ni protestar ni irse repentinamente si oye disparos.

—¿Disparos?

—Eso he dicho, y como ya lo ha oído, ahora debe quedarse. Manténgase aparte, hágame el favor.

Y eso fue lo que hizo, ya que se ocultó tras la barra con una botella de ginebra para levantarse el ánimo en caso de que realmente hubiera un tiroteo. Así, además de nosotros cinco, que estábamos sentados en torno a una mesa, había una persona más en el Goose and Gander, una persona que de vez en cuando asomaba la cabeza por encima de la barra para preguntar si los caballeros deseaban alguna cosa. Al final, el

doctor Johnson bebió una considerable cantidad de cerveza durante la hora que permanecimos sentados aquella noche; el señor Bilbo se contentó con un vaso de ginebra, mientras que el resto de nosotros no bebimos nada.

Aunque la lluvia había amainado algo, el aire persistía. Es más, el fuerte viento del este soplaba ahora con más ímpetu. Estábamos sentados cerca de la puerta, la cual parecía crujir incesantemente. Todas las velas de la mesa habían sido apagadas con idea de presentar un local oscuro y presumiblemente vacío a cualquier transeúnte que pudiera asomarse al interior extrañado por la temprana hora de cierre. La única luz que había dentro era la de una lámpara de aceite que había suspendida sobre la barra, la cual permanecía encendida toda la noche por regla general, según nos había dicho el tabernero. Arrojaba una luz tenue y misteriosa sobre el lugar, y uno tenía la impresión de que las sombras se movían y de que los puntos más oscuros del establecimiento estaban sumidos en una oscuridad todavía más profunda. En semejante entorno, las personas sentadas a la mesa apenas hablábamos. Escuchábamos el viento, que rugía coléricamente al otro lado de la puerta, y oíamos las gotas de lluvia que estallaban sobre las ventanas. Poca gente habría aquella noche en Grub Street, si es que había alguien, lo cual resultaba conveniente para los planes de *sir* John. El juez preguntó la hora en un par de ocasiones; la segunda vez el señor Bilbo sacó su reloj de bolsillo, lo puso a la luz y dijo que faltaban cinco minutos para la media noche.

—No debe de faltar mucho —dijo *sir* John.

Tal vez la razón por la que apenas se hablara durante aquella última hora fuese lo mucho que se había hablado durante las anteriores. El plan, como requería la participación de los guardias de Bow Street, se lo había esbozado rápidamente *sir* John a estos en su despacho. Cada uno de ellos sabía el papel que tenía que desempeñar y, aún más importante, el horario según el cual iba a llevarse a cabo la operación. Los alguaciles habían salido de la habitación, cubiertos con sus capas aguaderas, y habían desaparecido en la noche en un abrir y cerrar de ojos, o así lo había parecido.

Sin embargo, apenas se hubieron marchado, Boyer y Johnson habían comenzado a discutir entre sí, y los dos juntos con *sir* John, acerca de los detalles del plan. ¿Realmente no podía llevarse a cabo con mayor celeridad? ¿Cómo iban a saber los guardias dónde tenían que apostarse? ¿Cabía fiarse del señor Nicholson? ¿Por qué no se encontraba presente…? Etcétera, etcétera.

Con idea de poner fin a tamaña disputa, *sir* John les había pedido a los dos que describieran en detalle el papel que había desempeñado cada uno en el desarrollo de aquel drama. Fue entonces, escuchándoles en compañía del señor Bilbo y Jimmie Bunkins (quien todavía estaba allí), cuando me enteré de las primeras maquinaciones del plan que había concebido *sir* John. En resumidas cuentas, supe cómo se había puesto el cebo en la trampa. Lo que sigue son las historias que contaron el señor Boyer y el doctor Johnson y lo que luego oí decir a *sir* John:

Cuando el juez había citado al señor Boyer la noche anterior y le había contado que el manuscrito acerca de la conversión de los judíos a cuya impresión se había comprometido había sido la causa de la masacre de Grub Street, el editor, como no podía ser de otra manera, se había puesto muy nervioso. Luego, al sugerirle *sir* John que se reuniera con el autor y le dijese que, tras leer detenidamente el manuscrito, le habían asaltado dudas acerca de su impresión, el señor Boyer se había puesto todavía más nervioso.

—Pero… —había dicho el editor—, puede reaccionar como lo hizo cuando el señor Crabb se negó a publicar el maldito manuscrito. ¡Puede mandar a sus hombres para que nos masacren a todos!

A lo cual *sir* John había respondido:

—¡Exacto!

Y a continuación le había dado un esbozo preliminar del plan.

A la mañana siguiente todo se había hecho tal como *sir* John sugiriera, incluidas las mejoras que se les habían ocurrido a los dos y el par que había improvisado el señor Boyer sobre el terreno. El hermano Abraham había sido llamado con el pretexto de una queja fundamentada en inexactitudes teológicas e indicios de herejía. El hermano Abraham le había recordado al señor Boyer que se había firmado un contrato. El editor había respondido a esto que (de ser posible) cumpliría el contrato, pero que temía a la Iglesia Anglicana, que era su cliente más importante. Entonces, al exigírsele la devolución del manuscrito, el señor Boyer había dicho que, como sinceramente deseaba cumplir el contrato, había enviado la obra a un hombre mucho más sabio que él para tener otra opinión sobre el asunto. Se la había enviado al doctor Johnson.

Cuando hoy medito sobre ello, pienso que fue este detalle lo que permitió que el plan funcionase. *Sir* John había ido a ver al doctor Johnson, le había descrito el plan y le había pedido que participara en él. El doctor Johnson, que justo un día antes se había enterado gracias a John Clayton de los temores expresados por Ezequiel Crabb acerca del autor del libro sobre la conversión de los judíos, se había mostrado más que dispuesto a tomar parte en la farsa. Si se daba el caso de que el hermano Abraham fuera a verle, él lo recibiría y le daría su opinión sobre un manuscrito que no había leído y probablemente nunca leería. Pese a ello, la opinión del doctor Johnson acerca de cualquier manuscrito tenía tanta autoridad que ni siquiera su autor se atrevería a juzgarla engañosa, como tampoco se atrevería a considerarla parte de una trama concebida para burlarle, encolerizarle y moverle por segunda vez a cometer una acción violenta para desquitarse. Sin la ayuda del doctor Johnson, toda la maniobra (la repentina renuencia del señor Boyer a imprimir el libro del hermano Abraham) habría podido parecerle a una persona tan inteligente como aquel tosco genio de las colonias (porque, a su perversa manera, eso es lo que era) una clara repetición de las circunstancias que se habían dado con anterioridad y, por tanto, un burdo intento de tenderle una trampa. De hecho, si no hubiera estado implicado nada

menos que el doctor Johnson, se habría producido una repetición de pesadilla aunque totalmente auténtica de unas condiciones ya dadas. De ahí que *sir* John, imaginándose la probable reacción del hermano Abraham, hubiera persuadido al doctor Johnson de que prestara su fama a la empresa a fin de conferirle un aire de autenticidad.

Tal como se había previsto, el hermano Abraham había salido de la oficina del señor Boyer en Grub Street y había ido directamente a la casa de Johnson, a quien había informado de que él era el autor del manuscrito que el señor Boyer le había enviado. El hermano Abraham, mostrándose un tanto intimidado en presencia de un personaje literario tan augusto, había preguntado al doctor Johnson qué opinión le merecía la obra tal como lo hubiera hecho un neófito de la escritura.

—Ha despertado mi interés —había reconocido el doctor Johnson con su habitual rigor—. Y algunas partes me han parecido muy bien escritas.

El hermano Abraham, encantado de oír esto, le había preguntado qué partes le había parecido que estaban mejor escritas.

—¿Cuáles van a ser? Las que tratan de los judíos, por supuesto. Son un pueblo fascinante.

—Pero, doctor Johnson, todas las partes tratan de los judíos.

—Sí, por supuesto. Lo que creo que ha hecho usted mejor es la historia. Las matemáticas, sin embargo, no las entiendo.

—Pero son importantes —había insistido el hermano Abraham.

—Sin duda, sin duda… —había respondido el doctor Johnson con tono desdeñoso—, pero el señor Boyer no me ha encargado que comente las matemáticas, algo que le agradezco, y tampoco ha solicitado mi opinión acerca de la calidad literaria de su manuscrito, aunque le he hecho comentarios favorables al respecto. Lo que me ha pedido es que preste atención por si hubiera herejías o algo que pueda resultar punible. Le seré franco: sé poco de herejías. Soy confesor y comulgante, pero ahí acaba todo. Son los teólogos y los obispos los que se ocupan de los asuntos más importantes. Yo, francamente, tengo poco interés en ellos. Eso sí, tengo cierto conocimiento de leyes, y aunque no soy abogado, hay ciertas cosas en su manuscrito que me han inquietado.

—¿Qué cosas?

—Señor mío, usted ha escrito cosas que los judíos pueden considerar ofensivas.

—¡Pues que las consideren! —había exclamado el hermano Abraham—. Fueron ellos quienes asesinaron a nuestro salvador.

—En rigor, fueron los romanos quienes lo hicieron.

—Pero Poncio Pilatos se limitó a ceder a las exigencias de los judíos.

—A las exigencias de unos determinados judíos que murieron hace muchos siglos.

—Dios maldijo a todo su pueblo por la insensibilidad mostrada por esos determinados judíos. Está en las Sagradas Escrituras, doctor Johnson. Lo afirma san

Pablo y lo sugiere Nuestro Señor.

—Aunque reconozco que no cabe discutir esa autoridad de la manera corriente, existen de todos modos posibilidades de interpretarla, tal como han probado los estudiosos y los teólogos a lo largo de los siglos. Si existe la posibilidad de una interpretación teológica, también puede haber ocasión para una interpretación legal, aunque reconozco que tal vez sea limitada.

—¡Eso no se ha hecho nunca!

—Lo cual no significa que no pueda hacerse nunca. En mi opinión, señor, sería un proceso legal sumamente interesante. De darse una sentencia de culpabilidad, usted tendría que pagar una indemnización, por supuesto, aunque no me atrevería a decir a quién ni a cuántas personas. Pero es posible que también tuviera que pagar la indemnización el señor Boyer, puesto que, en calidad de impresor, recae sobre él una cierta responsabilidad, aunque no tan grande como la que podría contraer como editor. Además, como es natural, la prevista conversión de los judíos, que usted defiende de modo tan convincente, sería considerada una idea discutible.

El hermano Abraham, agotado y frustrado por aquel breve debate con una de las grandes mentes de nuestra época, se había desanimado visiblemente en aquel momento (según el doctor Johnson) y se había limitado a pedir con voz queda la devolución del manuscrito.

—Por desgracia, no puedo satisfacer su deseo.

—Pero… pero ¿por qué no? —había preguntado el predicador, sumido ahora verdaderamente en la confusión.

—Porque apenas unos minutos antes de su llegada, señor, he enviado a una persona al establecimiento del señor Boyer con el mencionado manuscrito y una carta en la que le explico algunos puntos de esta conversación que estoy teniendo con usted, conversación, por cierto, muy estimulante que estoy disfrutando inmensamente, pero que debe, por desgracia, concluir. Lo más posible es que su manuscrito se encuentre ahora en poder del señor Boyer. Le agradezco nuevamente que me haya ofrecido la oportunidad de conocerle, señor, y le deseo un buen día.

Dicho aquello, el doctor Johnson se había ido de la habitación, dejando que una *sir*vienta acompañara al hermano Abraham a la salida.

Presa de la frustración y de una creciente cólera, el predicador había regresado rápidamente a Grub Street, irrumpido en la oficina del señor Boyer y exigido, sin más, la devolución de su manuscrito. El editor había hecho un gesto de desaprobación y, tras un momento de titubeo, había dicho que prefería no hacerlo.

—¿Y me puede decir por qué? —había exclamado el hermano Abraham, haciendo cierto esfuerzo por recuperar la compostura que había mostrado antes y hacerse cargo de la situación.

—Porque, siguiendo el consejo del doctor Johnson, debo mostrar su manuscrito a mi abogado. Luego, si sigo dudando acerca de su solvencia teológica, acudiré a un obispo que conozco y le preguntaré su opinión al respecto.

—¿Y por qué no se libra sencillamente de esa carga y me devuelve mi trabajo? —había preguntado el hermano Abraham.

—Usted me ha recordado antes que existe un contrato entre nosotros —había contestado el señor Boyer—. Ahora se lo recuerdo yo a usted.

—Anularía de buena gana el contrato si recuperase mi manuscrito.

—Prefiero que no se anule mientras su manuscrito no haya sido examinado por mi abogado y el obispo Baxley. Si es posible, desearía cumplir el contrato y ganar el dinero que la publicación del libro nos reportaría. Pero no voy a hacerlo si corro el riesgo de ir a juicio y ser censurado por la Iglesia. Recuerde, señor Watt… Es este su nombre, si no me equivoco, ¿verdad? Recuerde que es necesario el consentimiento de ambas partes para cancelar un contrato si se cumplen todas sus condiciones.

—¿Es esta su última palabra, pues?

—No, señor, la última palabra la diré cuando sepa la opinión del obispo y mi abogado.

—Entonces no puedo asumir la responsabilidad.

—¿Disculpe?

—Si le sucede ahora alguna desgracia, será culpa suya. «La venganza es mía», dijo el Señor.

—¿Está usted amenazándome?

El señor Boyer le había dicho a *sir* John que no había obtenido respuesta a aquella pregunta, ya que antes de que acabara de formularla, el hermano Abraham ya se había marchado de su oficina y estaba a punto de salir a Grub Street.

Los dos hombres, el doctor Johnson y el señor Boyer, habían contado sus respectivas historias a *sir* John con elocuencia y gusto. El lexicógrafo, consumado contertulio y estilista literario, había ofrecido sin lugar a dudas la mejor narración de las dos. Sin embargo, el golpe de efecto con el que el editor había terminado su relato («¿Está usted amenazándome?») nos había causado a los que estábamos escuchándole tal impresión que nos habíamos convencido, sin necesidad de consultarlo, de que mediante el plan concebido por *sir* John (que él había denominado «una trampa») conseguiríamos atraer a las ratas de negro que eran el objeto de nuestra persecución.

Sir John, que ciertamente reunía las condiciones necesarias para ser el «flautista de Londres», se había inclinado sobre la mesa con una sonrisa expectante en los labios y había empezado a dar golpecitos con los dedos de ambas manos como quien no tiene ni dudas ni preocupaciones.

Sin embargo, tanto Johnson como Boyer habían insistido en seguir discutiendo del asunto, haciendo cada uno críticas sobre la conducta del otro y preguntas a *sir* John acerca de algún detalle relacionado con una determinada parte del plan que aún hubiera que llevar a cabo. El señor Bilbo también había participado en la discusión planteando algunas preguntas. La situación se había prolongado de aquella manera hasta que *sir* John había alzado las manos en un gesto de exasperación y había

sugerido que nos trasladáramos todos, a pesar de la tormenta, a la modesta aunque respetable casa de comidas Shakespeare’s Head, que estaba cerca del juzgado. No obstante, había puesto como condición que no podría discutirse del plan, el cual ya estaba en marcha, una vez que hubiéramos abandonado el número cuatro de Bow Street. Todos habíamos mostrado nuestra conformidad y habíamos salido juntos.

La invitación, sin embargo, por general que fuera, no nos había incluido ni a Jimmie Bunkins ni a mí. Tal vez *sir* John hubiera creído que, pese a tratarse de un establecimiento popular entre los habitantes de Covent Garden y respetable según el criterio de aquellos hombres de mundo, el Shakespeare’s Head no era ni mucho menos un lugar conveniente para muchachos de nuestra edad. En mi caso no se había equivocado. En el de Jimmie Bunkins, en cambio, había subestimado el alcance de las experiencias censurables que había acumulado en sus trece o catorce años de vida. (Jimmie nunca estaba seguro de su edad exacta).

En cualquier caso, antes de salir, *sir* John me había llevado aparte y me había dicho en voz baja que condujera a mi joven amigo a la cocina para darle de comer. Yo me había alegrado de que se me ofreciera la oportunidad de hablar con él a solas, ya que tenía una gran curiosidad por saber qué había sucedido durante las horas transcurridas desde que había desaparecido del cementerio a hombros del señor Bailey atado como si fuera un cerdo vivo.

Así pues, le había llevado a la cocina, que estaba, afortunadamente, desierta. Una vela ardía todavía sobre la mesa, lo cual significaba que la señora Gredge no tardaría en regresar. Tras encontrar pan y carne de ternera y cortar sendos pedazos, había mirado en la tetera y había visto que todavía quedaba té suficiente para una taza. Mientras se la servía, Jimmie la había mirado con cierto desdén.

—¿No hay cerveza?

—No —le había contestado yo—. *Sir* John bebe una botella cuando acaba las sesiones. Se la traen todos los días. —Luego había añadido mojigatamente—: De todas formas no te haría ningún bien beber eso.

—El Pirata me da cerveza. Ese Pirata es un gran tipo.

Durante un rato Jimmie Bunkins no había dicho nada más, pues se había dedicado a devorar el pan y la carne a la manera canina, acompañándolo a regañadientes con tragos del té que yo le había servido. A continuación me había lanzado una mirada de pretendida severidad.

—Te has soplado de mí —me había dicho acusadoramente.

—¿Y qué esperabas? —le había respondido yo indignado—. Te jactaste de que ibas a provocar un incendio y dijiste que mientras lograras vengarte no te importaban los inocentes que pudieran morir en él. Claro que se lo he dicho a *sir* John, y volvería a hacerlo si se repitieran las circunstancias. Es mi señor, por lo que es él la primera persona a quien debo, y deberé siempre, lealtad.

Jimmie me había escuchado sin dejar de masticar, y cuando yo hube terminado de hablar, había seguido cavilando, como si el asunto le pareciera sumamente

importante.

—Esa es la explicación que me ha dado el Pirata —me había dicho finalmente. Luego me había guiñado el ojo para tranquilizarme y había añadido—: Estamos en paz. Has hecho bien.

—Al parecer el señor Bilbo te ha aconsejado con sabiduría.

—Me ha dicho que mi problema… —se había señalado a sí mismo— es que no tengo a nadie que me diga lo que debo hacer e impida que me pase de la raya. También me ha dicho que si sigo haciendo de las mías voy a acabar en la Academia Flotante de Duncan Campbell o con mayor probabilidad en Tuck’em Fair, que es algo que yo siempre he sabido por mucho que haya fingido lo contrario.

(La primera referencia que había hecho Jimmie Bunkins en su curiosa «jerga de los chaveas» aludía a un viejo barco que estaba amarrado en el Támesis de manera permanente y que servía de prisión para reos con penas de larga duración; «Tuck’em Fair» era Tyburn Hill, el lugar donde se llevaban a cabo las ejecuciones públicas).

—La última vez que te vi ibas colgado de los hombros del señor Bailey. ¿Qué ha sido de ti desde entonces?

Bunkins había empezado entonces el relato de su redención (o del comienzo de su redención) a manos de una persona que, según se decía, había sido pirata. El señor Bailey y el señor Bilbo habían tenido que separarse tras cruzar la puerta del cementerio. Después de transferir el cargamento, es decir, Jimmie Bunkins, de un recio par de hombros a otro recio par de hombros, el señor Bilbo lo había llevado en un coche de punto a su nueva residencia de St. James Street. (Yo la conocía bien, pues era la antigua casa de lord Richard Goodhope). Acababa de tomar posesión de ella, por lo que la vivienda estaba prácticamente vacía salvo por unos pocos muebles que el Pirata había sustraído de su casa de juegos. Tras arrojarle sobre una silla, desatarle y sacarle el pañuelo de la boca, el señor Bilbo había empezado a sermonearle.

El hecho de que el único mueble de la habitación fuera la silla en que había sentado a Bunkins había permitido al señor Bilbo andar libremente en torno a él y, al mismo tiempo, cerrarle el camino de salida. Pronto, sin embargo, se había hecho evidente que el muchacho no tenía intención de «guillarse», como él mismo dijera, ya que tanto la presencia y reputación de aquel hombre como el hecho de que buena parte del sermón fuera pronunciado en el «chamulle» le habían hecho sentir respeto. El señor Bilbo conocía la jerga que para Bunkins era la lengua materna. Quizá Bunkins hubiera oído el contenido del sermón de boca de otras personas (incluida la del propio *sir* John, aunque el suyo fuera un sermón más breve), pero jamás lo había oído en la lengua de Covent Garden. Por otra parte, ¿acaso no era este el hombre que según los rumores había hecho fortuna robando en alta mar? ¿Acaso su aspecto no le había parecido feroz e incluso aterrador mientras iba y venía por la habitación vacía con sus fuertes y cortas piernas? ¿No había obligado a Bunkins a prestarle atención al acercar bruscamente su cara barbuda y morena a la suya y decirle que le veía en el

futuro pudriéndose en la cárcel o colgado de una horca?

—Sin embargo —había proseguido Bilbo el Pirata—, aún puedes salvarte. Tienes talento para la supervivencia. Eso no lo puedo negar, ya que, pese a tus pocos años, has demostrado tener una gran audacia. Apuesto a que no sabes lo que es el mundo más allá de Covent Garden, aunque eso puede tener remedio. A tu edad yo no sabía todavía ni leer ni escribir. Voy a probar suerte contigo, Jimmie Bunkins. Te ofrezco un trabajo aquí y en mi casa de juegos. ¿Qué me respondes?

A Bunkins no le habían ofrecido un trabajo en su vida. Lo que conocía del mundo del trabajo no le atraía mucho. Sin embargo, trabajar para un hombre como aquel…

—¿Qué tendré que hacer en este trabajo? —había preguntado.

—¿Que qué tendrás que hacer? Harás todo lo que yo te diga que hagas. Seré tu señor, tu gachó. Si te digo que dejes de robar, y te aseguro que lo haré, tendrás que dejar de hacerlo. ¡Basta de fechorías! Si te digo que entregues cien guineas a un caballero, lo harás y no le sisarás ni una. Si te digo que aprendas a leer, por Dios que aprenderás a leer. Seré un gachó de chipé, maldita sea, y si no lo soy, tú podrás decírmelo, que yo te escucharé. Te pagaré lo que crea que te merezcas. La comida y la cama irán incluidas. ¿Qué me dices? ¿Sí o no?

Jimmie Bunkins había dicho sí, cogiendo la gran mano que se le tendía y estrechándola torpemente. Seguidamente se había bañado y se había vestido con el sencillo traje y el sombrero que le había llevado Nancy Plummer, una de las empleadas de la casa de juegos. Antiguamente había birlado «trapos» con ella en Covent Garden, por lo que se había alegrado al oírle decir que tenía buenas referencias del gachó. A decir verdad, no se había sentido tan contento en sus trece o catorce años de vida.

Esto lo había reconocido en nuestra cocina tras acabar lo que le quedaba del té frío y el pan y la carne que yo le había dado. Luego, a sugerencia mía, habíamos descendido a la planta baja para esperar a que regresaran *sir* John y los demás. Mientras esperábamos, habíamos visto fascinados la llegada de los guardias de Bow Street, que volvían empapados, solos o en parejas, de su primera ronda de la noche por las calles. La noche había comenzado como cualquier otra. Sin embargo, al regresar a Bow Street, el señor Baker los había armado a todos con una par de pistolas, un paquete de pólvora y balas, y un alfanje, tras lo cual habían vuelto a salir, solos o en parejas, y se habían dirigido a Grub Street por las calles menos transitadas, evitando, en la medida de lo posible, ser vistos por cualquier persona que hubiera podido salir en una noche de tormenta como aquella. De aquel modo, el establecimiento del señor Boyer quedaba discretamente guarnecido.

Entonces había regresado *sir* John con los demás, quejándose vivamente porque no había logrado evitar que el señor Boyer y el doctor Johnson siguieran hablando en la casa de comidas sobre la operación que se disponían a realizar. Pese a ello, se había mostrado satisfecho al saber que todo lo demás iba cumpliéndose conforme al plan.

—¿Han dado aviso al Recolector? —había preguntado al señor Baker.

—Sí, señor.

—¿Cuántos han pasado por aquí y han salido para Grub Street?

—Diez, *sir* John. Dentro de unos minutos estarán todos en camino.

—¿Jeremy?

—¿Sí, *sir* John?

—Vas a venir con nosotros en el coche del señor Boyer. ¿Señor Bunkins?

—¿Sí, jefe…? Eh… ¿Señor?

—Tengo una tarea especial para ti. Si no me equivoco, llevas fama de tener buenas piernas…

Así pues, nos encontrábamos en el Goose and Gander, esperando la llegada de Jimmie Bunkins. *Sir* John le había dicho que se apostara en un portal del cruce de Maiden Lane con Half Moon Passage, desde donde podía ver bien la casa de los Hermanos del Espíritu. Su tarea era vigilar atentamente su entrada. Si salían todos juntos, o incluso en grupos de dos o tres, tenía que calcular cuántos eran en total, alejarse sin ser visto y luego correr todo lo rápido que pudiera, usando su conocimiento de las calles y callejuelas poco frecuentadas, para informar a los que estaban esperándole en Grub Street de que los Hermanos se habían puesto en marcha.

De este modo, pensaba *Sir* John, los guardias que se habían escondido en diferentes puntos del establecimiento del señor Boyer estarían avisados con unos minutos de antelación, unos minutos que serían muy importantes. Los alguaciles se apostarían entonces en una actitud de silenciosa espera, de modo que, cuando llegara su presa, la emboscada estaría preparada y la trampa lista para saltar.

Y seguíamos esperando.

Yo, que era el más joven, creía tener el mejor oído de todos, por lo que cerré los ojos y me concentré en los múltiples sonidos de aquella tormentosa noche: la lluvia, el viento, el golpeteo de la puerta, la acompasada respiración de los que estábamos sentados en torno a la mesa…

De repente *sir* John dijo:

—Ya oigo al muchacho. Está acercándose.

Apenas había pasado un instante cuando yo también le oí: unos pasos regulares sobre los adoquines. Era Jimmie Bunkins. Tenía que ser él, corriendo a toda velocidad.

Me puse en pie de un salto y me dirigí a la puerta. Los demás ya estaban levantados.

Estaba cerrada con una gruesa tranca de madera. Tiré con fuerza de ella. Con el primer tirón no pude moverla, pero cuando me disponía a pedir ayuda, cedió finalmente y se deslizó por su bastidor. La puerta se abrió.

Salí de un brinco a la calle y vi a Jimmie Bunkins a unos quince metros de mí viniendo directamente hacia donde yo me encontraba. Como no se atrevía a gritar, le

hice una señal para que entrara en el Goose and Gander. No me vio al parecer, concentrado como estaba en mover sus piernas hasta el límite de sus fuerzas. Alcé los brazos para llamar su atención, preparándome para el choque. Entonces me vio. Hizo lo que pudo por frenarse, pero era como un proyectil y había perdido el control, de modo que se produjo la colisión. Sin embargo no fue tan fuerte como podría haberlo sido. Inclinándome para recibir el impacto, lo abracé y retrocedí cinco pasos con él. Inmediatamente me llamó la atención su forma de respirar, pues no era en absoluto natural. Era un profundo hipido. Yo no había oído unos resoplidos tan trabajosos desde que mi madre había dado su último aliento a causa del tifus.

El señor Bilbo también había salido a la calle. Nos separó y llevó a Bunkins al interior, musitándole lo bien que lo había hecho y lo orgulloso que estaba de él. Fui detrás de ellos rápidamente y cerré la puerta al entrar. Bunkins estaba tendido en el suelo, vomitando la carne y el pan que yo le había dado. *Sir* John estaba haciéndose reproches, diciendo que le había exigido demasiado. El doctor Johnson y el señor Boyer se encontraban bajo la tenue luz de la lámpara del bar, observando a Jimmie con gran preocupación. El señor Bilbo tenía una mano sobre el corazón del muchacho.

—Pronto estará bien —dijo—. El corazón ya empieza a calmársele un poco.

—Pero debemos… —comenzó *sir* John.

Entonces se calló, porque Bunkins estaba tratando de hablar. Sus palabras eran un murmullo casi inaudible. Pero el señor Bilbo había acercado el oído, y estaba escuchándole, asintiendo con la cabeza, esperando a que le musitara la siguiente frase. Luego le tocó los labios suavemente con los dedos para hacerle callar y dijo:

—Dice que son muchos, pero que estaban saliendo de dos en dos y ha tenido que esperar a ver cuántos eran. Ha contado más de diez, aunque seguían saliendo cuando ha echado a correr.

—Jeremy… —dijo *sir* John, pero una vez más fue interrumpido.

La puerta del Goose and Gander, que estaba sin atrancar, se abrió de pronto sin previo aviso. Levanté la vista aterrorizado, temiéndome que fuera uno de los hermanos con un hacha alzada sobre la cabeza. Pero se trataba de alguien diferente.

El individuo que había en el umbral de la puerta avanzó con paso inseguro y se puso a dar gritos con actitud beligerante.

—¡Tabernero! ¿Dónde estás? Estoy borracho y quiero emborracharme más.

Cuál no sería mi sorpresa cuando reconocí a la persona que había entrado en la taberna sin ser invitada: se trataba de Ormond Neville, poeta e historiador de la vida cotidiana.

—¡Maldita sea! ¿Por qué está tan oscuro? ¿Y quiénes son estos hombres? ¡¡Tabernero!! —Había dado tal grito para decir esta última palabra que me temí que pudieran oírle en Bow Street.

—¡Háganle callar! —musitó bruscamente *sir* John en tono apremiante. El doctor Johnson agarró al desdichado poeta y lo inmovilizó, con lo cual lo único que

consiguió fue que gritara más. Entonces Bilbo el Pirata se levantó del suelo y puso fin al ruido dando un puñetazo al señor Neville en la mandíbula que lo dejó sin sentido.

—Ruego a Dios que los Hermanos no se encuentren muy cerca y le hayan oído —dijo *sir* John—. Jeremy, vete a decir a los guardias que ya se han puesto en camino, que son muchos y que pueden llegar en cualquier momento. ¡Adelante, muchacho! ¡Vete!

Salí del Goose and Gander y miré a derecha e izquierda para asegurarme de que no había ningún hombre de negro ni a un lado ni a otro. Luego fui rápidamente al establecimiento del señor Boyer pegándome a los edificios que me separaban de él. La lluvia había cesado casi del todo. Sin embargo, ¡cómo soplaba el viento! Seguramente habría ahogado los gritos del señor Neville.

No me habían dicho si debía ir a la librería o al taller, pero el caso es que, sin saber por qué, cuando llegué al tramo de acera que rodeaba el edificio del editor, me agaché y me dirigí hacia la parte de atrás. Cuando estaba a punto de llegar a la parte trasera de la casa, advertí un ruido, y luego otro y otro más. Había sido algo metálico y después un resbalón y un gruñido… Los ruidos no se habían producido en el interior de la casa, sino justo delante de mí. Quizá en las caballerizas o en el terreno que había detrás. ¡Los Hermanos ya habían llegado!

Había entrado silenciosamente, y así fue como salí, avanzando apresuradamente de puntillas en dirección a la puerta principal. Llamé suave pero insistentemente a la ventana, vi que algo se movía detrás de ella y al cabo de un segundo la puerta de la librería Boyer se entreabrió y una mano me arrastró firmemente adentro. Entonces reconocí al señor Nicholson, el joven socio del señor Boyer que había visto durante la comparecencia de John Clayton en el juzgado. El señor Bailey se encontraba detrás de él.

—¡Están aquí! —musité—. En la parte de atrás; puede que todavía no hayan pasado de las caballerizas.

Sin decir ni una palabra, el señor Bailey se giró e hizo unas señales a los demás, a quienes yo no podía ver. Luego él, con sus casi dos metros de altura, desapareció igualmente de mi vista, dejándome solo con el señor Nicholson.

—Vamos —me dijo este en voz baja—. Debemos irnos de aquí.

Me condujo rápidamente a un cuarto situado en la parte trasera de la librería, ocupado casi completamente por un voluminoso escritorio. Se acuclilló detrás de él e, indicándome que hiciera lo mismo, abrió el cajón de abajo y sacó dos pistolas de duelo de pequeño calibre. Tras entregarme una, se llevó el dedo índice a los labios para pedirme silencio pese a que no era en absoluto necesario.

Aguzando el oído, aguardamos.

En Bow Street se había producido una breve discusión acerca de los lugares que debían ocupar los alguaciles en la casa del señor Boyer. El señor Bailey había abogado por enfrentarse a los Hermanos en la planta baja en cuanto entraran todos en el establecimiento. *Sir* John, en cambio, había insistido en que se les permitiera subir

arriba para que se pudiera demostrar que tenían intenciones asesinas. «Les tendrán atrapados en las escaleras —había dicho—. De ese modo, si se llega a la lucha, se encontrarán en una posición más favorable».

Como no podía ser de otra manera, había sido *sir* John quien se había impuesto. El señor Nicholson se había ocupado de situar a los guardias en los dormitorios desalojados después de que todos los habitantes de la casa se hubieran trasladado a una pensión situada a poca distancia, que era donde iban a pasar la noche. En la primera planta había una cocina y un gran salón que también servía de comedor; en la segunda estaban los dormitorios de la familia Boyer, el del matrimonio y los de las dos hijas solteras. En la última planta se encontraban las habitaciones asignadas a los aprendices y las dos *sir*vientas de la familia Boyer. (El señor Nicholson, así como el maestro impresor y los tres oficiales, no vivían en la casa). Según el plan, la mayor parte de los guardias debía apostarse en lo alto y al pie de las escaleras, con lo cual se forzaría a los Hermanos a bajar al tiempo que se les negaba cualquier posibilidad de escape.

En torno a nosotros, en diversos puntos de la planta baja, se habían ocultado seis guardias, entre los que se encontraba el señor Bailey. Todos ellos estaban tan bien escondidos que yo no tenía ni idea de dónde podían estar.

No tuvimos que esperar mucho tiempo para darnos cuenta de la presencia de los Hermanos en el interior de la casa. Una fría ráfaga de viento recorrió todo el lugar mientras la puerta de atrás permanecía abierta el tiempo suficiente para que desfilara por ella un buen número de gente. Entonces debió de cerrarse, ya que la corriente cesó y pude oír unos pasos que se acercaban con extrema suavidad. Un hombre adulto que calzara botas difícilmente habría podido moverse tan silenciosamente. Debieron de ser unos doce los que subieron por las escaleras. Tuve la impresión de que uno se quedaba abajo. Al parecer conocían bien la distribución de la casa, ya que enseguida dejaron atrás la primera planta para dirigirse a los dormitorios. Isham Henry había cumplido con su cometido como traidor. No solo había conseguido la llave de la puerta de atrás, sino que además había informado a sus compañeros de cuál era el lugar exacto donde encontrarían a sus posibles víctimas.

Sus movimientos eran tan lentos y silenciosos (apenas se oyeron unos pocos crujidos en las escaleras) que pareció costarles una eternidad llegar a los lugares indicados. Luego, durante un tiempo igual de largo, todo quedó sumido en un silencio sepulcral, que fue interrumpido únicamente por los crujidos que hacía la puerta a causa del viento. Yo podía oír mi propia respiración. Entonces el silencio fue roto, pero no por portazos, gritos o disparos, sino por la firme voz de Benjamin Bailey.

—Tienen la posibilidad de rendirse —dijo con una voz de autoridad que resonó por toda la casa—. Si resisten, no habrá cuartel.

Apenas se habían extinguido las últimas palabras del señor Bailey cuando se oyó otra voz que decía:

—¡Nos han traicionado!

Me levanté de detrás del escritorio justo a tiempo para ver, pese a la escasa luz, que uno de los Hermanos levantaba un hacha y se lanzaba sobre el señor Bailey. El alguacil lo mató de un disparo y el hombre de negro cayó a menos de tres metros del lugar desde el que yo le estaba mirando.

Entonces, como atendiendo a una señal, se oyeron disparos por toda la casa, en lo más alto y algo más abajo. Luego sonaron unos golpes sordos y unos forcejeos en las escaleras. Encima de nosotros no se dejaba de gritar.

En ese momento sentí que el señor Nicholson tiraba de mí.

—¡Baja, muchacho! ¿Quieres que te mate una bala perdida?

Entonces se oyó una gran estampida encima de nuestras cabezas y a uno de los guardias que daba un grito de socorro:

—¡Van a hacer resistencia en el salón!

—¡Vamos, muchachos! —gritó el señor Bailey—. ¡Arriba!

Dicho aquello, el alguacil abrió la marcha escaleras arriba, como si nunca hubiera dejado de ser un brigada. Los guardias le siguieron con las pistolas desenfundadas y los alfanjes en ristre.

Todo esto pude verlo asomándome por encima del escritorio. No obstante, al verles desaparecer, me di cuenta de que algo no encajaba: la vía de escape ya no estaba cerrada, por lo que salí como buenamente pude de detrás del escritorio.

—¿Adónde vas? —exclamó el señor Nicholson profundamente irritado.

—A vigilar la puerta —contesté.

Sin embargo, en el mismo momento en que tiraba del percusor de la pistola que tenía en la mano con la esperanza de que estuviera cargada y no tuviera que probarla para averiguarlo, la misma puerta que me proponía defender se abrió de par en par y Bilbo el Pirata entró por ella como un relámpago.

—¿Dónde está la pelea? —me gritó.

El tumulto que se oía arriba respondió a su pregunta. El Pirata alzó la mirada con los ojos desorbitados. Tenía un aspecto terrorífico.

—¡Necesito un arma!

Le señalé el hermano que había muerto. Estaba tendido en el suelo, y por debajo de su cuerpo asomaba su hacha. El Pirata la cogió y se dirigió a las escaleras. Sin embargo, en aquel momento dos figuras de aspecto aún más terrorífico que el suyo bajaron atropelladamente por ellas: iban de negro, pero tenían la ropa desgarrada y les sangraban la cara y las manos. De alguna manera habían conseguido huir. Uno de ellos llevaba un hacha; el otro iba desarmado. El señor Bilbo se lanzó sobre el primero, pero este reaccionó dándole un hachazo con una fuerza y habilidad tales que en el primer impacto estuvo a punto de arrancar el arma de las manos al antiguo pirata.

El hombre desarmado se apartó de ellos y se dirigió a donde yo estaba.

—¡Alto o disparo! —grité.

Pero antes de que pudiera levantar la pistola y apuntar debidamente, él ya me

había dejado atrás. Entonces, en el instante en que abría la puerta, vi que lo tenía a tiro y aproveché la ocasión. Cuando disparé, el humo salió por el cañón en tales cantidades que por un momento perdí mi blanco de vista. Al cabo de apenas unos segundos, cuando por fin se hubo disipado el humo, vi que el hombre había desaparecido. Había errado el tiro.

—¡Le ha dado, jovencito, le ha dado! —exclamó el señor Nicholson con gran entusiasmo, irguiéndose cuan largo era por detrás del escritorio que le había servido de escondite—. Le he visto tambalearse y llevarse la mano al hombro. ¡Bien hecho, jovencito!

—Pero se ha escapado —dije descorazonado—. ¿Señor, podría prestarme su pistola?

—Por supuesto. Voy a cargar la que usted acaba de disparar. Tome…

Cambiamos las pistolas y fui a buscar al señor Bilbo. Al parecer, había demostrado ser un alumno aventajado en el duelo con hacha, ya que cuando lo encontré al fondo de la imprenta con el hombre de negro, este estaba desarmado y encogido de miedo.

Entonces bajó el señor Bailey por las escaleras y anunció que habíamos obtenido una gran victoria.

Sir John, como luego se demostraría, no estaba tan seguro de ello. Uno de ellos había huido, y habría ido directamente a Half Moon Passage a avisar a los demás.

—Pero Jeremy lo ha herido —dijo el señor Bailey—, o eso dice el señor Nicholson. Es posible que no haya logrado llegar a Half Moon Passage.

—Y también es posible que sí lo haya logrado —dijo *sir* John—. Pongámonos rápidamente en camino.

Inmediatamente trajeron el coche del señor Boyer. Lo que *sir* John hizo entonces fue requisarlo, ya que persuadió al editor de que se quedara para examinar los daños que se habían producido en su establecimiento de manera que nos permitiese utilizar el vehículo. Y bien que lo utilizamos, ya que pese a tratarse de un coche de tamaño modesto, encima de él se apiñó todo un pelotón de alguaciles y en su interior nos apretujamos *sir* John, el doctor Johnson, el señor Bilbo, Jimmie Bunkins y yo. Cuando nos pusimos en camino, los caballos apenas podían tirar de la carga.

Esta se aligeró un poco cuando nos cruzamos por el camino con un coche de punto vacío, que, dada la noche de tormenta que hacía, seguramente sería el único que habría en Londres a aquella hora. *Sir* John dio un sonoro golpe en el techo de nuestro vehículo y ordenó al cochero que parase. Luego, con voz imperiosa, ordenó al doctor Johnson, el señor Bilbo y Bunkins que subieran al coche de punto.

El doctor Johnson no puso reparos. Antes de bajar del vehículo, soltó un suspiro y dijo que ya había oído bastantes disparos y visto suficientes muertos para el resto de su vida: tenía de sobra.

El señor Bilbo, en cambio, protestó con vehemencia, debido a que, en su opinión, éramos muy pocos para lanzar un ataque contra los Hermanos, que era lo que tendríamos que hacer si habíamos perdido la oportunidad de sorprenderlos.

—Me necesitan, *sir* John —dijo—. Tengo práctica en estos lances.

—Sean cuales sean sus experiencias previas, señor Bilbo, usted pertenece ahora al pueblo y somos nosotros quienes hemos de protegerle. Me ha irritado profundamente que haya entrado en el establecimiento del señor Boyer para participar en la pelea. Es usted una persona impetuosa, señor.

—Es mi temperamento.

—Es más —añadió el juez—, solo tenemos que cerrar la salida de los Hermanos y esperar la llegada de todas nuestras fuerzas. Váyase. El muchacho sigue todavía enfermo a causa de la tarea que le he encomendado. Ocúpese de sus obligaciones, que yo me ocuparé de las mías.

Dicho aquello, *sir* John giró la cabeza, dando a entender que no tenía nada más que decir.

De mala gana, el señor Bilbo bajó del vehículo, cogió a Jimmie Bunkins en brazos y, pese a las protestas de este, lo llevó al coche de punto.

Sir John volvió a golpear el techo con su bastón y ordenó al cochero que reanudara el viaje.

—¿Es ese el plan, señor? —preguntó Benjamin Bailey, que ahora iba a mi lado—. ¿Obligarles a permanecer dentro hasta que lleguen los muchachos para ayudarnos?

—Es un plan tan bueno como cualquier otro.

Y esto fue todo lo que se dijo hasta el final del trayecto. El viento seguía soplando en tonos que oscilaban entre el gutural y el estridente. Parecía como si se hubiera abierto alguna galería del infierno y estuviéramos obligados a oír el gran coro de los condenados. Al pasar bajo un farol de la calle crucé una mirada con el alguacil Rumford, quien, al igual que el señor Bailey, era un veterano de la guerra de Francia. Me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza que, estoy seguro, tenía por fin tranquilizarme; sin embargo, la expresión de preocupación que mostraba su rostro le restó parte del efecto que podría haber tenido.

Yo también estaba inquieto ante lo que nos aguardaba, aunque no se puede decir que tuviera miedo. Me daba ánimos el hecho de que me hubiera portado bien durante la refriega que acababa de terminar. No sabría decir qué me llevó a participar en ella: la necesidad, la emoción del momento, el deseo de comportarme como un hombre, o probablemente las tres cosas. Había disparado a un ser humano sin otro motivo que el de detenerlo. Y aunque no lo había detenido, me alegraba profundamente de no haberlo matado. Habría sido más de lo que mi joven conciencia hubiera podido soportar.

Todos los prisioneros estaban heridos excepto uno que había soltado el hacha y levantado las manos a la primera orden. Cuando me lo habían señalado, le había identificado como el hombrecillo de mirada triste que nos había abierto la puerta la

última noche que habíamos ido a visitar a los Hermanos del Espíritu. *Sir* John, guiado por la intuición, había ordenado que lo mantuvieran apartado de los otros cinco prisioneros.

Habían sufrido seis bajas, y nosotros dos heridos. Las heridas causadas por aquellas afiladas hachas, sin embargo, eran tan graves que requirieron la inmediata atención de un médico que vivía no muy lejos. Parecía probable que el alguacil Perkins perdiera un antebrazo.

Así pues, teniendo en cuenta a los heridos, al alguacil que había ido a acompañarlos al médico, al que se había quedado en Grub Street para ayudar al Recolector a levantar su cosecha, y a los tres que se habían llevado a los prisioneros a Bow Street, era evidente que los refuerzos que íbamos a recibir no serían muy numerosos. De ahí la preocupación del alguacil Rumford y mi inquietud.

Al llegar a Maiden Street, cuando pasamos al lado de la sinagoga incendiada, *sir* John dijo:

—Debemos de estar cerca.

El señor Bailey le informó de dónde estábamos; al oírle, *sir* John golpeó por última vez el techo del coche y ordenó al cochero que parase.

—Vamos a ir a pie el resto del camino.

En apenas unos segundos, nuestra pequeña tropa se había reunido sobre los adoquines y el coche había desaparecido en la oscuridad de la noche. *Sir* John se vio obligado a subir la voz a causa del viento:

—Dos delante y dos atrás. No duden en disparar si alguno intenta salir, aunque antes deberán dar un aviso. ¿Tienen las pistolas cargadas?

Todos respondieron afirmativamente.

—Entonces adelante. Señor Bailey, guíeme.

Parecía haberse olvidado de mí por completo. Aunque no había dicho ni una palabra y en el coche me había sentado lejos de él, estaba seguro de era consciente de mi presencia. ¿Podría olerme? ¿Advertiría que respiraba a un ritmo diferente que los demás? Fuera como fuese, durante el camino a Half Moon Passage no hice nada para llamar su atención y me limité a seguir a los demás.

Llegamos con toda rapidez al refugio de los Hermanos del Espíritu. Lo que vi entonces me dejó bastante sorprendido y confuso. La puerta principal de la casa estaba abierta. Parecía una mala señal. Cuando le informó de esto el señor Bailey, *sir* John tuvo la misma impresión. Nos agrupamos alrededor de él y, tratando de mantener la voz baja, nos dijo:

—No me gusta la pinta que tiene esto. Divídanse tal como les he dicho antes. Me temo de todos modos que el señor Bailey yo debemos entrar para comprobar si queda alguien dentro.

Se pusieron en marcha. *Sir* John y el señor Bailey aguardaron el tiempo necesario para que los dos hombres enviados a la parte de atrás pudieran llegar a sus puestos. Entonces avanzaron; yo los seguí de puntillas. Como no se me había dicho

expresamente que me quedara allí, había decidido acompañarles, si bien de manera un tanto subrepticia. Cuando vi al señor Bailey sacar la pistola, metí la mano en el bolsillo y agarré la mía por la culata, o la del señor Nicholson, que seguía cargada y en mi poder.

Pasé el umbral de la puerta e inmediatamente me di cuenta de que sucedía algo fuera de lo normal. Para empezar, un olor extraño se extendía por toda la casa. En segundo lugar se oía un espantoso fragor de crujidos en el interior del edificio, como si el viento lo estuviera sacudiendo. Me traían a la mente el siniestro ruido que había advertido en la vieja casa de madera de St. Martin's Lane en que vivía Moll Caulfield justo antes de que se hundiera. Por último, vi algo realmente peculiar iluminado por una vela que parecía estar situada allí precisamente con ese propósito. Había un par de piernas suspendidas del techo, balanceándose. Sus pies, que estaban calzados, estuvieron a punto de tocar en el hombro a *sir* John, quien se giraba de un lado a otro presa de la confusión. Aunque no alcanzaba a ver el resto del cuerpo, me acerqué cautelosamente a él movido por una morbosa curiosidad. Jamás había visto a un hombre ahorcado.

—No señor, no lo conozco —estaba diciendo el señor Bailey—. No conozco a ninguno de ellos; lo único que sé es que van vestidos de negro.

Me puse al lado de Bailey y alcé la mirada para ver el cuerpo. La cara era algo horroroso; estaba desencajada, y de su boca colgaba una lengua oscurecida. Aun así, pude reconocerlo.

—¿Quién está ahí? —preguntó *sir* John con tono de severidad—. ¿Eres tú, Jeremy?

—Sí, soy yo —respondí—. Pero el ahorcado es Isham Henry.

—Ah, el impresor. Lo habrán ahorcado por traidor. Al hermano Abraham le habrá resultado más fácil creer que tenían un judas en la hermandad que pensar que es a él a quien han engañado. —*Sir* John se volvió hacia donde yo estaba y, poniendo toda su atención en mí, dijo—: Gracias, Jeremy. Nos ha sido sumamente útil. Ahora vete.

—Pero *sir* John…

—Vete.

—Esta casa…

Antes de que yo pudiera avisarle y de que él pudiese mandarme una vez más que me fuera, oímos a cierta distancia una voz que captó toda nuestra atención.

—¡*Sir* John Fielding! ¡Acérquese!

Era la voz del hermano Abraham, estaba seguro.

Sin decirme ni una palabra más, *sir* John comenzó a andar en la dirección que le había indicado la voz. El señor Bailey y yo nos miramos, él con expresión de curiosidad y yo de alarma.

—¿A qué huele? —pregunté en voz baja.

—A aceite para lámparas —dijo Bailey—. Ahora vete. Ya has oído a *sir* John.

Entonces, como el leal soldado que era, fue corriendo tras su señor, que en aquel

preciso momento estaba pasando por una puerta abierta que había a mano izquierda. Seguramente era la que conducía al gran comedor de la casa de comidas que ocupara antiguamente el edificio y que los Hermanos habían transformado en su lugar de culto.

¡El edificio! A juzgar por los espantosos ruidos que oía tanto encima de mi cabeza como alrededor, estaba seguro de que iba a hundirse antes de que acabara la noche. A cada ráfaga de viento, la casa respondía con un fragor de crujidos. ¿Antes de que acabara la noche había dicho? Más bien parecía que el edificio fuera a caérsenos encima en cualquier momento. ¿Pero no se daban cuenta? ¿Estaba sordo el señor Bailey? Yo sabía que *sir* John no lo estaba. Quizá el problema fuera que, a menos que hubiera estado previamente en una situación parecida, uno no podía siquiera imaginarse que semejante catástrofe fuera a suceder realmente. ¿Cómo podía creer uno que el techo se encontrara al borde del hundimiento o que los muros estuvieran a punto de desplomarse? Pero este era el mensaje que yo estaba recibiendo de aquella pobre casa, y mi obligación era comunicárselo a *sir* John.

Me había dicho que a veces era preciso oponerse incluso a sus descargos. Pues bien, eso era lo que iba a hacer. Fui (aunque sin hacer el menor ruido) hasta la puerta por la que habían desaparecido *sir* John, y hacía apenas un momento, el señor Bailey. Indeciso, me detuve antes de llegar al umbral y me aplasté contra la pared preguntándome cómo podría convencerles de que salieran.

Se habían detenido en un punto situado aproximadamente a medio camino del fondo del salón. Allí, detrás del púlpito, se encontraba el hermano Abraham con una antorcha encendida en la mano.

—Acérquense —les dijo.

—No —respondió *sir* John—, ya nos hemos acercado bastante.

—¡No confía en mí! Es una lástima, aunque la desconfianza es mutua. Dígale a su alguacil que guarde esas pistolas que lleva en la mano. Si no lo hace dejaré caer esta antorcha aquí mismo y seremos todos pasto de las llamas. Está en mi poder hacerlo. Apocalipsis capítulo trece, versículo trece: «Obra grandes portentos, hasta hace bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra».

Obedeciendo a una señal de *sir* John, Bailey guardó las pistolas.

—Si no recuerdo mal, los versículos que acaba de citar se refieren a una de esas grandes bestias que pueblan las páginas de ese confuso libro. ¿De veras desea usted desempeñar semejante papel?

—Las grandes bestias tienen un papel importante en la profecía. El Apocalipsis no es un libro confuso si se dispone de la clave, y yo dispongo de ella.

—Oh, no dudo que así sea. De todos modos no he venido a discutir sobre las escrituras con usted. He venido a persuadirle de que se rinda.

—¿Rendirme a usted? Es usted un ciego viejo y tonto. Las tablas sobre las que usted se encuentra están empapadas de…

Las últimas palabras del hermano Abraham fueron ahogadas por un gran estrépito

procedente de arriba, el ruido de algo al resquebrajarse y caer. Tal vez se hubiera hundido parte del tejado, o quizá se había desplomado una chimenea. Fuera como fuese, gracias al olor que lo impregnaba todo y a la respuesta que me había dado el señor Bailey cuando le había preguntado al respecto, yo ya sabía qué era lo que empapaba las tablas.

—¿Dónde está el resto de los Hermanos? Ellos también deben rendirse.

—¿Pero no lo ha comprendido? Usted es hombre muerto, como su alguacil. Está tan muerto como su espía, al que hemos ahorcado minutos antes de que llegara. Nos ha traicionado, como trató de hacerlo la anciana. Todos los que se opongan a mí morirán y sufrirán la condena eterna. Está escrito en el libro. Yo, y solamente yo, tengo la clave.

—Ninguna de las personas que ha mencionado eran mis espías. No le ha traicionado Isham Henry, sino su vanidad. Usted, señor, ha sido el más tonto de todos.

—Pero… pero piense en los estragos que puede causar un incendio en una noche de vendaval como esta.

—Si soy, como usted dice, un hombre muerto, nada puedo hacer para impedirlo, excepto pedirle por última vez que se rinda.

—Y yo, también por última vez, desestimo su petición, y pido a los cielos que le maldigan.

—Señor Bailey —dijo *sir* John con un tono de inapelable autoridad—, saque su pistola y mate a ese hombre.

El hermano Abraham, que apenas podía dar crédito a sus oídos, arrojó la antorcha al suelo, y una llama débil pero constante empezó a arder: nada parecido al infierno que había anunciado.

Al mismo tiempo, comenzó a oírse un gran estruendo encima de nuestras cabezas. Eché a correr por el pasillo en dirección a *sir* John y el señor Bailey. Grandes cantidades de argamasa y escombros caían sobre mí. Agarré a los dos en el mismo momento en que el señor Bailey disparaba al hermano Abraham, quien corría presa del pánico hacia una puerta situada a la derecha del púlpito. El disparo salió desviado.

—¡Vámonos ahora mismo! —grité—. El techo está hundiéndose.

Como no estaba dispuesto a discutir, cogí a *sir* John por el brazo. En aquel mismo momento todo lo que teníamos encima empezó a caer en grandes pedazos. Las paredes temblaron y a continuación dieron una tremenda sacudida. Arrastré al juez hasta la puerta con todas mis fuerzas. El señor Bailey nos alcanzó y cogió su otro brazo. *Sir* John tenía las piernas lo bastante fuertes como para correr sin ningún problema; solo le hacía falta que le guiáramos.

Salimos de la sala y pasamos a todo correr al lado del cadáver de Isham Henry, que se balanceaba violentamente de la cuerda. Cuando pasé a su lado, sus pies me golpearon y tuve que apartarlos de un empujón.

De aquel modo salimos los tres de la casa, y aún recorrimos un buen trecho de

calle. Los alguaciles Kelly y Sheedy se abalanzaron sobre nosotros y empezaron a darnos palmadas y topetazos mientras daban gritos para felicitarnos por nuestra salvación.

Con un gran estruendo final, los muros se desplomaron. Cayeron todos hacia dentro excepto el que quedaba más cerca de nosotros, el cual, al recibir encima el peso de los demás, pareció desintegrarse ante nuestros ojos, escupiendo madera y cristal hacia la calle hasta el punto de que todos nos vimos obligados a retroceder aún más en dirección a la acera de enfrente.

Entonces se produjo algo parecido a un silencio, aunque no fue tal, ya que el viento seguía soplando. En el edificio no quedaba nada por caerse; era todo un montón de escombros y madera. En aquel momento me llegó al oído un sonido sumamente peculiar. Era una carcajada. Miré a mi derecha y me encontré a *sir* John desternillándose de risa. Por un momento me temí que el pobre hombre, abrumado por la experiencia, se hubiera vuelto histérico de repente.

—¿Qué sucede, señor? —pregunté—. ¿Está usted bien?

—Oh, perfectamente —respondió él todavía riéndose a carcajadas—. Estaba pensando en el pobre hermano Abraham.

—Se ha escapado.

—Oh, tal vez, pero lo dudo. De todos modos no me río por eso, sino porque, si bien es posible que tenga un gran conocimiento de las escrituras, desde luego no sabe nada de química. Me asombra su confianza en el aceite para lámparas.

—¿No arde?

—Oh, sí. Claro que arde. Supongo que habrás estado allí y habrás visto cómo se ha encendido.

—Eh… Sí, señor.

—El problema es que arde con lentitud y de forma constante. Esa es la ventaja que tiene. Arde toda la noche. Ese pobre idiota no lo sabía. Probablemente antes de venir a Londres no había estado nunca en una ciudad que tuviese farolas en todas las esquinas y calles. Debió de ver las de aquí con admiración y decirse para sus adentros: «Puedo provocar un incendio enorme con esto». Bueno, esta noche podría haberlo hecho si le hubiera dado tiempo para que prendiera, pero la casa se ha hundido y lo ha cortado de raíz. No se ve humo, ¿verdad?

—No, señor. Se ve polvo, pero no humo.

—Aun así hemos de despertar al señor alcalde y decirle que mande a los bomberos por si se aviva. —Entonces se calló y frunció el entrecejo—. Pero ¿o me equivoco o el viento está amainando?

No se equivocaba. Lo que antes había rugido ahora silbaba. Estábamos hablando con voz normal, mientras que apenas unos minutos antes habíamos tenido que gritar.

—Oh, Jeremy, Jeremy —dijo *sir* John sacudiendo la cabeza—. Que Dios nos guarde de las maldades que puedan cometer predicadores necios como el hermano Abraham.

Dicho aquello, el juez se quedó callado por un momento. Luego se echó a reír una vez más. Cuando por fin consiguió dominarse, dijo:

—Ahora que lo pienso, ya lo ha hecho.

XII

En el que se hace justicia y se llega a un acuerdo con lord Mansfield

El final de Abraham Watt, también conocido como hermano Abraham, resultó ser un tanto decepcionante. Tras desaparecer apresuradamente de la vista de Benjamin Bailey por miedo a que el disparo de la segunda pistola del alguacil fuera mejor dirigida que el de la primera, había corrido a reunirse con su pequeño grupo de seguidores, quienes se encontraban cerca de la puerta trasera, rezando por el temor que les causaban el ruido y las sacudidas de la casa. Tenían la sensación (mejor dicho, veían) de que el techo estaba hundiéndose sobre sus cabezas, pese a lo cual continuaban allí, tal como el hermano Abraham les había ordenado. Y es que aunque era en Dios en quien tenían fe, ellos sabían que el hermano Abraham era su profeta y obedecían sus órdenes sin dudarlo.

Al verle aparecer más asustado que ellos, los hermanos se habían quedado sumidos en la confusión. Él no se había detenido a exhortarles. Ni siquiera se había parado a decirles que le siguieran para ponerse a salvo. Simplemente se había lanzado sobre ellos y había apartado a empujones a todo aquel que se interpusiera en su camino hacia la puerta. Al llegar a esta, la había abierto y había salido huyendo. Los hermanos habían sentido pánico al verle hacer esto, por lo que habían empezado a forcejear y darse empujones los unos a los otros para poder seguirlo.

El alguacil Rumford, sorprendido por esta repentina salida, había aconsejado al joven alguacil Cowley que no se moviese de su sitio y luego había gritado al primer hermano en salir de la casa que se detuviera y rindiese. Pero el hermano Abraham no se había detenido, de modo que el alguacil había levantado su pistola y había disparado. Como era un antiguo soldado, solo sabía disparar a matar, y esto fue lo que hizo. Fue un disparo fácil a corta distancia, directo al corazón.

El efecto que esto había tenido en los hermanos había sido inmediato, y para el alguacil, desconcertante. Se habían detenido, en efecto. Sin embargo, mientras recargaba la pistola, el alguacil los había visto moverse sin propósito fijo alrededor de su difunto superior. En una ocasión, durante una batalla, había sido testigo de cómo una bala de cañón decapitaba a un soldado; el cuerpo del hombre había dado unos pasos sin objeto y luego se había caído al suelo. De igual manera, dijo el alguacil, se habían comportado los hermanos al moverse silenciosamente en torno a su superior.

Todo esto se lo contó el alguacil Rumford a *sir* John cuando él y el alguacil Cowley llevaron a los prisioneros a la parte de delante de la casa hundida. Pero para entonces *sir* John ya tenía un nuevo problema que resolver. Ahora que el viento había amainado y los vecinos que se habían despertado estaban mirando las ruinas con la

boca abierta, podían oírse gritos de socorro debajo de los escombros de la casa. Los pobres y los desahuciados habían sido encerrados en sus habitaciones del sótano, presumiblemente para que se abrasaran o ahogaran en el gran incendio que el hermano Abraham había planeado provocar. Los prisioneros recibieron orden de sacarlos. Solo uno quedó eximido de la tarea, debido a la herida de bala que tenía en el hombro derecho: el hombre al que yo había disparado. En cuanto se les dijo lo que tenían que hacer, trabajaron con gran diligencia y rescataron a aquellas pobres personas enseguida.

La unidad de bomberos apareció con su gran máquina al cabo de una hora y se sintió molesta por haber sido llamada sin que hubiera indicios de incendio. Su jefe no se calmó mucho cuando recibió la explicación de *sir* John, pero accedió a quedarse un rato y estar alerta por si hubiera peligro de un incendio incipiente. De todos modos no permanecieron mucho tiempo, y se fueron de mal humor.

Nosotros también acabamos abandonando aquel lugar en el que tantas desgracias y engaños se habían dado. *Sir* John dejó a un único alguacil de guardia (al señor Jaggers, que había llegado con los de Grub Street) y avisó a todos los presentes que tuvieran cuidado al volver a casa. Así regresamos finalmente a Bow Street y acabó aquella larga noche.

No sé ni a qué hora se acostó, ni a qué hora se levantó de la cama por la mañana. Me enteré, sin embargo, de que aquel día había ocupado su sitio en el tribunal y oído los testimonios en contra de los hermanos que habían sobrevivido a la batalla de la librería Boyer, incluido, por supuesto, el del hermano que yo había herido.

El hermano Elias, el que tenía la mirada triste y se había rendido inmediatamente, testificó en contra de sus compañeros acerca de la expedición asesina que habían hecho a la casa del señor Crabb. Confesó que había estado presente y había dado un golpe con su hacha, pero que se había sentido tan asqueado por lo que había hecho y por los gritos de agonía de las víctimas que había vomitado y soltado el hacha. Esto, por supuesto, explicaba que John Clayton la hubiera tenido en la mano cuando le habían detenido. El hermano Elias había sido castigado severamente por esto y obligado a acompañar a la banda asesina al establecimiento del señor Boyer para dar prueba de su valor. Tom Cranford prestó declaración, al igual que el señor Boyer. *Sir* John concluyó que el principal instigador de estos espantosos crímenes (a los cuales se añadieron los de Moll Caulfield e Isham Henry) había sido el difunto Abraham Watt. Todos los prisioneros fueron puestos a disposición del Tribunal Central de lo Criminal de Londres y enviados a New Gate excepto el hermano Elias, que fue enviado a la cárcel de Fleet.

De todo esto no fui testigo, sino que me enteré, ya que *sir* John dio órdenes estrictas de que se me permitiera dormir todo el día. Cuando con paso inseguro bajé de mi buhardilla, era casi hora de cenar, y la señora Dredge me obligó a esperar hasta entonces para comer. *Sir* John apareció cuando llegó la hora y me contó lo que había ocurrido durante sus atareadas sesiones en el tribunal. Sin embargo parecía algo

insatisfecho con la situación. Quedaba por resolver el problema de las personas que había tomado prisioneras el alguacil Rumford al derrumbarse la casa.

—Sabemos que uno de ellos participó en el ataque al establecimiento del señor Boyer —me dijo *sir* John—, ya que fue allí donde tú lo heriste. A propósito, preferiría que te alejaras de las armas de fuego, Jeremy. Hace tiempo te permití que cogieras una pistola, y fue una equivocación. Todavía tienes en tu poder la pistola que te pasó el señor Nicholson, ¿no es así? Por favor, devuélvela mañana.

—Sí, señor —respondí.

—En cuanto a los cinco restantes, al menos uno o dos debieron de participar en el ahorcamiento de Isham Henry. Ese hombre, el hermano Elias, ha dicho explícitamente que ninguno de ellos tuvo nada que ver con el ataque a la casa del señor Crabb. No sé cómo separar los culpables de los que han permanecido al margen en este asunto, ya que ninguno quiere testificar en contra de los demás. En lugar de presentar acusaciones contra ellos, les he dejado en el calabozo para que reflexionen: o juicio por asesinato o testimonio y libertad. Esto es lo que les ofrezco.

—Comprendo el problema, *sir* John —dije—. ¿No podría hablar con ellos y convencerles de que es una estupidez resistirse?

—Lo he intentado —me respondió—. Pero todos dicen lo mismo y tratan de confundirme de la misma manera. Me temo que el hermano Abraham todavía sigue vivo en ellos.

—¿Y no podría encerrarlos con el hermano Elias? Tal vez él pueda persuadirlos.

—Tal vez lo ahorquen.

Así hablamos en la cocina aquella noche, y continuamos hasta mucho tiempo después de que la señora Gredge nos hubiera dado las buenas noches y me hubiese dicho que no me olvidara de mis deberes domésticos.

Finalmente llegamos al tema que quizá había inducido al juez a comenzar aquella conversación conmigo.

—Hay un asunto pendiente entre nosotros —dijo.

—Sí, señor.

—Me desobedeciste.

—Es verdad, señor.

—Después de hacerme el favor de identificar a Isham Henry, te dije expresamente que te fueras. Pero no lo hiciste, ¿verdad?

—No, señor.

—¿No saliste del edificio y luego volviste a entrar?

—No, señor.

—Entonces no me obedeciste en absoluto. Tu primer impulso fue el de desobedecerme, y seguiste ese impulso hasta el final. ¿Fue simple curiosidad? ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

A decir verdad, no tenía ninguna respuesta preparada, pese a que sabía perfectamente que iba a darse aquella situación. Ahora que se había dado, todo lo que

podía hacer era hablar de corazón.

—Señor —dije—, aunque tenía curiosidad, como la que siempre tengo por la forma en que se ocupa usted de los asuntos de la ley, no fue esto lo que me hizo quedarme. Ayudar a Moll Caulfield durante el hundimiento del edificio que supuso la destrucción de su casa fue la experiencia más espantosa de mi vida. Sabía que siempre me acordaría de los crujidos que hicieron las maderas antes de desgajarse definitivamente. Esa noche, anoche, oí los mismos espantosos ruidos en la casa de los Hermanos del Espíritu. Traté de avisarle que faltaba poco para que se hundiera, pero estoy seguro de que usted estaba concentrado en el problema que tenía delante. Creí que, en aquel caso tan solo, me era más fácil a mí que a usted percibir el peligro. Por eso me quedé. Me dije que podría adivinar cuándo iba producirse el derrumbamiento definitivo; cuando esto ocurriera, correría y lo sacaría, por mucho que usted se resistiera. *Sir* John, eso es lo que hice. No le interrumpí para rogarle que saliera. No le presté atención, aunque reconozco que lo oí todo. Lo único que hice fue esperar hasta que ya no pude más. —Hice una pausa y luego añadí—: Me dijo…

—¿Crees que puedes…? —Se interrumpió—. No, prosigue. Quiero que digas todo lo que tengas que decir.

—Me dijo el rabino que tenía que cuidar de usted, y para ayudarme me bendijo.

El juez dio un golpe sobre la mesa con la palma de la mano.

—No voy a tolerar que cuide de mí ni un muchacho de trece años ni un rabino. No solo me has insultado a mí, sino también al señor Bailey. Puedo cuidar de mí mismo, y en aquellas ocasiones en que no pueda hacerlo, será el señor Bailey quien me proteja.

—Sí, señor.

El juez permaneció en silencio demasiado tiempo para mi gusto. Su rostro era inescrutable.

—No debes propasarte, Jeremy —dijo finalmente—. Recuerda la edad que tienes. Respétala. Disfruta de ella en la medida de lo posible. No es correcto que un muchacho de tu edad participe en peleas y dispare armas de fuego, como tampoco lo es que decida qué órdenes ha de obedecer y qué órdenes no. Aunque no te lo pareciera, tanto el señor Bailey como yo éramos conscientes del peligro que suponían los crujidos que hacían las maderas podridas de esa vieja casa. Tengo, como ya sabes, un oído muy fino. Pese a ello seguimos adelante. Fui yo quien decidió hacerlo. El señor Bailey no se opuso, aunque podría haberlo hecho. Asumimos el riesgo juntos. Por la naturaleza de nuestro trabajo, a veces no tenemos otro remedio que exponernos a tales riesgos, y el señor Bailey con más frecuencia que yo, que Dios lo bendiga. No obstante, sería injusto por mi parte si no tuviera en cuenta que en ambos casos, al disparar la pistola y desobedecer mis órdenes, tus acciones fueron bien intencionadas y tuvieron buen resultado.

—Gracias, señor —dije profundamente agradecido.

—De ahora en adelante, durante los próximos años, recuerda mis palabras, por

favor: no te sobrepases. No tengas prisa por ser un hombre.

Dicho aquello, dio una palmada para señalar el final de la conversación y se levantó de la mesa.

—Recuerda tus deberes para con la señora Gredge y haz todo lo demás que te haya encargado, Jeremy. Yo voy a acostarme. Espero dormir profundamente más horas de las que suelo hacerlo. Estoy verdaderamente agotado.

Al día siguiente, a última hora de la mañana, una vez que la señora Gredge me hubo dejado libre, regresé al establecimiento del señor Boyer en Grub Street para buscar al señor Nicholson y devolverle su pistola de duelo. Resulta embarazoso ir por las calles de Londres a la luz del día con una pistola en la mano, de modo que la metí lo mejor que pude en el bolsillo de mi casaca y le puse encima un pañuelo de hilo que me había dejado la señora Gredge a fin de tapar el verdadero contenido de mi bolsillo. Aun así, mantuve la mano metida bajo mi casaca en el camino a Grub Street para protegerme de los «birlatrapos» (una de las muchas palabras que había aprendido de Jimmie Bunkins).

Encontré el establecimiento del señor Boyer lleno de curiosos. Por todas partes se había difundido la noticia de lo ocurrido dos noches antes. Incluso se vendía una crónica en la calle (Capturados en una emboscada los asesinos de Grub Street), que sin duda habría sido escrita a toda prisa por Ormond Neville y publicada rápidamente por el señor Boyer. Gracias a ella habían acudido a la librería los clientes habituales para lanzar exclamaciones y hacer preguntas, así como muchas personas que nunca antes habían entrado en ella. Se vendieron muchos libros y, aunque también se robaron unos cuantos, el aumento de ventas compensó con creces los daños que había sufrido la casa durante el sometimiento de los Hermanos del Espíritu.

Me abrí paso como buenamente pude entre las muchas personas que había en la puerta y, al ver que el señor Nicholson no se encontraba detrás del escritorio que nos había servido de escondite, busqué al mismo dependiente que había dado aviso al señor Boyer de mi llegada hacía unos días y le pregunté por el socio de su patrón.

—Está en la imprenta. ¿Por qué quieres hablar con él?

—He de devolverle su pistola.

—¿Su pistola? Ah, ya sé quién eres. Eres el que trajo la carta de *sir* John Fielding que dio comienzo a todo. Y ahora deseas devolverle al señor Nicholson su pistola, ¿eh? Entonces estarías presente durante la gran batalla.

—Sí, así es —respondí con suma modestia.

—Dime la verdad. ¿Es realmente cierto que disparó e hirió a uno de esos diablos de negro?

Conteniendo el impulso de hacerle ver su error contesté:

—Oh sí, totalmente cierto.

—Bueno, que me aspen si lo entiendo… —exclamó—. ¡Quién iba a

imaginárselo! ¡Nuestro señor Nicholson! —Perplejo, hizo un gesto de negación con la cabeza y añadió—: Bueno, pasa y búscalo tú mismo. Estoy seguro de que se alegrará de verte. Al fin y al cabo, sois compañeros de armas, por así decirlo.

Le di las gracias y pasé por la puerta que conducía a la imprenta y al taller de encuadernación. El del señor Boyer era casi el doble de grande que el modesto taller del señor Crabb, y en él se respiraba el ambiente bullidor de un lugar en el que se trabaja con ahínco. Encontré al señor Nicholson inspeccionando la prueba de una portada y le saludé amistosamente. Sin embargo, tuve la impresión de que mi llegada le resultaba un tanto embarazosa. Me dio las gracias en voz baja, se interesó por mi salud y, quejándose de que se le había acumulado mucho trabajo, me pidió que le disculpara. Quizá temiera que fuese a ponerle en evidencia si permanecía con él más tiempo que los segundos que me había concedido.

Una lección, pensé, acerca de la fragilidad humana. Antes de salir, le eché un vistazo y advertí que se había metido la pistola en el cinturón como si fuera un bucanero del Caribe. Menuda traza tenía con ella.

—¡Jeremy! ¡Jeremy, muchacho!

Al oír que me llamaban, me giré y vi que Tom Cranford se acercaba a mí ataviado con un delantal. Qué extraño verle en aquel lugar. ¿Qué haría allí?, me pregunté. Me cogió de la mano y me la apretó con fuerza. Había recuperado todo su buen humor.

—Has salido bien librado de la gran batalla, ¿eh?

—Oh sí, bastante bien. —Entonces, sin ánimo de entrometerme, pero picado por la curiosidad, le pregunté—: Tom, permítame que le haga una pregunta: ¿qué hace usted aquí en la librería Boyer?

—¿Pues qué voy a hacer? Trabajar —me respondió—. Es mi primer día. El señor Boyer y yo fuimos ayer a declarar al tribunal de *sir* John. Cuando acabamos, se lo propuse: «Señor Boyer, ese traidor de Isham Henry se ha llevado su merecido y usted se ha quedado sin un oficial. Desearía solicitar su puesto. Valgo el doble que él como cajista».

—¿Y qué le contestó él?

—Pues me dijo: «Me gusta su actitud, joven, y además hoy ha prestado una buena declaración. Recuerdo que usted me solicitó trabajo a la vez que Henry cuando el señor Crabb fue asesinado y hubo que cerrar su establecimiento. Me incliné por Henry porque tenía más experiencia: había pasado a ser oficial cinco años antes que usted, si no recuerdo mal». Entonces me dijo que me presentara ante el maestro impresor, el señor Rees, por la mañana, es decir, hoy.

—¿Entonces el señor Dodsley pertenece ya a la historia?

—Por mí que se vaya al cuerno. Aquí van a irme bien las cosas —afirmó—. El señor Rees me ha dicho que permiten descansos de forma regular. De esa manera se trabaja mejor. Pero ahora no me toca, así que más vale que siga con lo mío. No podía dejar que te fueras sin saludarte.

—Aquí va a trabajar a gusto.

—Lo sé. Dale recuerdos a *sir* John. Es un gran hombre.

El hombre del que casi todo el mundo se había olvidado durante el tumulto que había supuesto la gran emboscada de la librería Boyer había sido nada menos que John Clayton, quien seguía pudriéndose en la cárcel de Fleet. *Sir* John no se había olvidado de él sin embargo. En la mañana en que fui a la librería del señor Boyer a devolver la pistola, el juez cogió un coche de punto en Bloomsbury Square y fue a ver a William Murray, conde de Mansfield y presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia, con el propósito de obtener los papeles necesarios para la liberación del señor Clayton. En realidad *sir* John tenía poderes para ponerlo en libertad él mismo, pero deseaba tener la firma del presidente por una cuestión de cortesía, ya que había sido él quien había mostrado tanta impaciencia por llevarlo a juicio. Pero esto había ocurrido antes de que se produjeran muchos arrestos y de que se publicara una determinada crónica. El presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia se mostraría seguramente dispuesto a colaborar, y de hecho así fue, aunque hasta cierto punto. Lord Mansfield pidió que el señor Clayton se presentara ante él para una breve entrevista en cuanto saliera de la cárcel de Fleet.

Aunque se trataba de una petición bastante modesta, *sir* John pensó que le ofrecía una oportunidad para demostrar algo acerca del señor Clayton. Así pues, dispuso que, a la mañana siguiente, en cuanto fuera puesto en libertad, el señor Clayton se reuniera con el doctor Johnson en la residencia de lord Mansfield. Yo sería el encargado de llevarlo de la cárcel al citado sitio. Todos estaríamos presentes en la entrevista.

—De este modo —dijo *sir* John—, demostraremos con la presencia del doctor Johnson la alta posición que tiene el poeta en los círculos literarios. Esta es una idea del doctor Johnson. Tiene intención de echar una mano a Clayton y le ha ofrecido su hospitalidad hasta que este asunto quede solucionado.

—¿Y yo qué demostraré con mi presencia? —pregunté con inocencia.

—Demostrarás que este antiguo internado de Bedlam y sospechoso de asesinato puede ser confiado sin miedo al cuidado de un muchacho de tu tierna edad… Doy por supuesto que esto no te da miedo.

Todo acabó ocurriendo tal como el juez lo había planeado. Al día siguiente a primera hora de la mañana, *sir* John me confió el dinero para pagar el coche de punto y me recordó que diera una propina al cochero, tras lo cual salí solo en dirección a la cárcel de Fleet. Al llegar, di orden al cochero de que me esperara y me presenté en primer lugar ante el portero y luego ante el director de la prisión. Le mostré los documentos para la liberación de John Clayton y él me dijo que no tardarían en traerlo.

—¿Quién va a acompañarlo? —preguntó el director de la prisión.

—Yo, señor.

—Mmm… —murmuró, y eso fue todo.

Aguardé en el despacho del director durante cierto tiempo y al final trajeron al señor Clayton. No tenía peor aspecto que la última vez que lo había visto en el despacho de *sir* John. De hecho lo tenía algo mejor. Estaba bien afeitado y debidamente aseado. En realidad, podría haberse presentado ante cualquiera, si no hubiera sido por la ropa que llevaba, que estaba sucia y además despedía un olor un tanto desagradable.

No pude evitar advertir la relativa decepción que mostró al ver que era yo, y nadie más que yo, quien le estaba aguardando.

—Creía que el doctor Johnson estaría aquí —dijo.

—Vamos a reunimos con él en la residencia del presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia.

No pude por menos de mirar al director de la cárcel, quien había tomado buena nota de nuestro destino. Entonces, cuando me incliné ante él para expresarle mi agradecimiento, se levantó y tendió la mano al señor Clayton, lo cual me dejó asombrado. Este también estaba asombrado, pero le estrechó la mano de todos modos.

—Bien —dijo el director—, espero que su estancia entre nosotros no haya sido demasiado desagradable, señor, eh… Clayton.

—No, aunque me alegro de irme.

—Oh, claro, claro. —Tras reírse forzadamente, añadió—: Puedo pedirle al portero que vaya por un coche de punto.

—Tenemos uno esperando —dije yo.

—Oh, ¿de veras?

—¿Señor Clayton?

Le señalé la puerta y salimos juntos.

Cuando el coche se puso en marcha, el señor Clayton empezó a mostrar un gran desasosiego. Cruzaba y separaba sus grandes manos, luego las extendía y se cogía las rodillas con fuerza. Yo temía que de algún modo estuviera escapándoseme. No deseaba ver aparecer a Eusebio, y aún menos a Pedro.

—¿Es el presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia a quien se debe mi liberación? —preguntó de repente.

—Oh no, señor. Ha sido *sir* John Fielding quien lo ha hecho todo. El presidente del tribunal no ha hecho más que acceder a ello.

—No se mostró muy amistoso conmigo cuando nos conocimos. ¿Con qué condiciones me han puesto en libertad?

—Con ninguna. Está usted completamente libre. ¿No se ha enterado de la noticia?

—Pues no —respondió él—. El doctor Johnson, que era mi fuente de información, no pudo visitarme ayer. ¿Qué tiene usted que decirme?

Mucho era lo que tenía que decirle, por lo que organicé mi relato de manera que durara hasta el final del trayecto. Le conté que lo que nos había dicho acerca del señor Crabb y el arisco predicador había sido confirmado por el testimonio de Tom

Cranford. Le hablé de la trampa que *sir* John había tendido en el establecimiento del señor Boyer. Le describí la gran batalla y también (pese a que a *sir* John le habría disgustado) la modesta parte que yo había tomado en ella. Luego, tras recordarle el gran vendaval que había soplado tres noches atrás, le dije que los Hermanos del Espíritu habían estado a punto de quedar sepultados bajo su propia casa y que su superior había recibido un disparo mientras hacía un desesperado intento por escapar.

Me sentí orgulloso de contárselo bien. A juzgar por su reacción, no podía habérselo contado de mejor manera. Desde el comienzo había estado pendiente de todas y cada una de mis palabras y ajeno por completo a sus inquietudes. Cuando acabé, dejó escapar un profundo suspiro que no denotaba pena alguna, sino un enorme alivio.

—¿Entonces fueron esos hombres los que asesinaron a todas los miembros de la casa del señor Crabb? ¿Fue a ellos a quien yo oí? ¿De veras?

—Sí, fueron ellos.

—¿Y han sido arrestados por esos espantosos asesinatos?

—Sí, señor, y puestos a disposición de la justicia.

—Aleluya entonces, y tres hurras por *sir* John Fielding. Estaba de mi parte al fin y al cabo.

—Puede usted estar seguro de eso —dije.

Entonces, miré por la ventana del coche y observé que nos estábamos acercando a Bloomsbury. Cuando nos detuvimos ante el grandioso palacio de lord Mansfield, acerté a ver al doctor Johnson delante de él andando impacientemente de un lado a otro.

—Tengo solo una pregunta más que hacerle —me dijo el señor Clayton—. Si estoy libre sin condiciones, ¿por qué debo reunirme ahora con el presidente del Tribunal?

—Eso no se lo puedo decir, señor. Este es su deseo, y *sir* John ha pensado que sería mejor satisfacérselo.

Pagué al cochero lo que me pidió y luego le di un chelín de propina, tal como *sir* John me había dicho, por habernos esperado ante la cárcel de Fleet. Mientras me ocupaba de ello, el señor Clayton corrió a reunirse con el doctor Johnson, quien le saludó cordialmente y le confirmó (según pude oír) que todo lo que yo le había dicho era cierto.

Llegué confiadamente hasta la puerta mientras los dos hombres continuaban hablando apasionadamente de los sucesos ocurridos durante los tres últimos días. Yo me había vestido esmeradamente con la mejor ropa que tenía, y a mis ojos al menos, tenía todo el aspecto de un joven respetable. Cómo me acordaba de que el mayordomo me había negado la entrada debido a mi traza de harapiento. Esta vez no volvería a ocurrir.

Llamé fuertemente a la puerta, y el mayordomo acudió de inmediato. No se sintió impresionado.

—¿Sí, muchacho? ¿Qué deseas?

—Él señor John Clayton, el doctor Samuel Johnson y el señor Jeremy Proctor vienen a ver a lord Mansfield por invitación suya —dije.

—Creía que tan solo se trataba del señor Clayton —suspiró—. Pero pasen.

Así pues entramos. Yo fui el último en hacerlo, lo cual me permitió tener una buena posición para observar el desdén con que el mayordomo miraba el atuendo del desdichado señor Clayton, el cual estaba más andrajoso y sucio que el mío en el peor de los casos. Alzó los ojos al cielo y arrugó la nariz a causa del olor, pese a lo cual mantuvo la corrección en todo momento.

—Por aquí, por favor.

Nos condujo a la biblioteca e hizo una reverencia para indicarnos que pasáramos. Lord Mansfield se levantó de su escritorio y nos tendió la mano a todos. Sin embargo se mantuvo en pie, dándonos a entender que nosotros también debíamos hacerlo. Iba a ser una entrevista breve.

—Bien, señor Clayton —dijo—. Ya ha salido, ¿no es así? Es usted un hombre libre.

—Así me lo ha dado a entender este joven, que ha sido quien ha presentado los documentos para mi liberación y me ha acompañado hasta aquí.

Señalándome, lord Mansfield exclamó sorprendido:

—¿Ha sido él quien le ha acompañado?

—Sí, señor. He sido yo —respondí por iniciativa propia.

—Bien —me dijo—, puedes decirle a *sir* John que ya me ha convencido. —Luego, volviéndose hacia el doctor Johnson, preguntó—. ¿Ya usted qué le trae por aquí? Hubiera dicho que tendría mejores cosas que hacer que aparecer en una ocasión como esta.

—Milord —dijo el doctor Johnson—. Vengo a responder por este hombre, John Clayton, por si fuera necesario, y para asegurarle que tiene talento poético y también capacidad para ganar dinero con él. Él me ha dicho que tiene la copia definitiva de todas los obras que van a integrar su segundo volumen de versos. Un editor de fama reconocida ha accedido a publicarlo con unas condiciones que le son beneficiosas. Es probable que lo venda mejor que su primer libro, el cual supuso unos notables beneficios… para el editor, el difunto señor Crabb.

—Comprendo. Dígame, señor Clayton, ¿dónde se encuentra la copia definitiva de su manuscrito?

—Pues… en Somerset, señor.

—Entonces hágame el favor de remitírselo al editor por correo. Esto es, señor Clayton, váyase allí y quédese. Ya tenemos bastante trabajo juzgando a quienes, como la mayoría de nosotros, afirman tener solo una naturaleza. La ley no está preparada para ocuparse de aquellas personas que, como usted (y esto lo digo aceptando lo que usted nos ha contado al respecto), sufren la maldición de tener más de una. No quiero que ni yo ni mis jueces tengamos que vernos jamás ante un

problema semejante. ¿Me he explicado con claridad?

Lo que estaba claro era que a Clayton le resultaba difícil aceptar aquella disposición.

—Bueno… yo… —dijo titubeante.

Johnson dio un paso adelante.

—Milord —dijo—, aunque es posible que lo que usted propone sea difícil para el señor Clayton, tal vez sea la mejor medicina que puede administrársele como poeta. Yo le he aconsejado que se quede en el campo, que es donde obtiene su inspiración y vive más cómodamente con menos medios. «Deje Londres a los escritorzuelos», le he dicho. Sin embargo, incluso para un poeta que vive en el campo puede resultar necesario viajar a Londres para asistir a la impresión de sus libros y ocuparse de los pormenores de la publicación.

—Eso lo comprendo, doctor Johnson, y lo acepto, siempre que el señor Clayton continúe residiendo fuera de Londres y sus visitas a la ciudad no sean más que eso: visitas.

Luego, volviéndose al señor Clayton, añadió:

—Para que le sea más leve la obligación que le impongo, le ofrezco esto. —Y sacó del gran bolsillo de su casaca una pequeña bolsa. Cuando la dejó caer sobre la mesa, se oyó un tintineo de plata—. Con la cantidad que hay ahí dentro espero poder compensarle, aunque solo sea en una pequeña medida, del tiempo que ha permanecido en Bedlam y en la cárcel de Fleet. Tiene suficiente para comprarse un traje nuevo, que es algo que necesita urgentemente, y pagar el coche que le lleve a casa. No voy a pedirle que firme ningún papel para aceptar la condición que le he impuesto, ya que semejante papel no sería válido. Solo le encarezco que acepte este dinero: el hecho de hacerlo será la garantía de que va a establecerse fuera de Londres. ¿Está conforme?

John Clayton asintió con la cabeza. Luego avanzó y cogió la bolsa de la mesa.

—¿Me da su palabra de caballero, señor Clayton?

—Sí, milord.

—Deme entonces la mano.

Se estrecharon la mano solemnemente. En aquel momento la puerta se abrió como por ensalmo y el mayordomo apareció para acompañarnos a la salida.

Cuando llegamos a la calle, John Clayton dijo en voz alta, dirigiéndose a sí mismo más que a nosotros:

—Ha sido la primera vez en mi vida que alguien me llama caballero. Y quien me lo ha llamado ha sido nada menos que el presidente de la sala de lo civil del Tribunal Superior de Justicia.

Lord Mansfield trató con mucha mayor severidad a los Hermanos del Espíritu. Tanto los que habían sido capturados en el establecimiento del señor Boyer como el herido

al que habían detenido en Half Moon Passage fueron condenados a la horca. La única excepción fue Elias Biggle, también conocido como el hermano Elias, quien testificó en contra de los demás, por lo que fue condenado a veinte años de deportación en la colonia de Virginia. A los cinco hermanos relacionados con el ahorcamiento de Isham Henry se les impuso una condena de deportación parecida. Fueron embarcados en la misma nave que el hermano Elias, quien, según se dice, se ahorcó a media travesía a causa de los remordimientos que sentía por haber traicionado a sus hermanos.

John Clayton cumplió su palabra y se quedó en Somerset. Su segundo libro de poemas fue un éxito cuando fue publicado por Boyer y Nicholson, gracias en parte a la desdichada fama que había adquirido por su arresto, hospitalización y encarcelamiento durante lo que a partir de aquel momento sería conocido como la masacre de Grub Street. El libro le reportó el dinero suficiente para casarse y comprarse una casa, donde continuó escribiendo. El hecho de que sus siguientes libros no fueran ni con mucho tan populares (ni, tan buenos, según el doctor Johnson) le llevó a la bebida. Pedro reapareció en unas cuantas ocasiones, lo cual le supuso nuevas estancias en la casa de locos del lugar. No todas fueron tan cortas como la primera. No obstante, tanto fuera como dentro del hospital siguió escribiendo, y al doctor Johnson le aseguraba (por carta) que la obra en la que estaba trabajando en aquel momento era la mejor de todas las que había escrito.

Sir John Fielding y Katherine Durham contrajeron matrimonio en el mes de septiembre en una ceremonia íntima celebrada en una capilla de la iglesia de St. Paul de Covent Garden. Se oyeron chismes acerca del corto espacio de tiempo que había pasado desde la muerte de su primera mujer. Pero a *sir* John no le importaban los chismes. Tras un breve viaje de novios a Bath, los dos, ahora marido y mujer, se pusieron a trabajar en una obra benéfica que les tendría ocupados durante años: la Casa de la Magdalena para Prostitutas Penitentes.



BRUCE ALEXANDER COOK, (7/4/1932, Chicago, EE. UU. - 8/11/2003, Hollywood, California, EE. UU.), fue un periodista y escritor estadounidense. Obtuvo una licenciatura en Literatura de la Loyola University (Chicago).

*Sir*vió como traductor en el Ejército de los EE. UU. en Frankfurt (Alemania), a finales de 1950 y también trabajó como relaciones públicas. Se incorporó a la redacción del *National Observer* en Washington, DC, en 1967. Trabajó como crítico literario y cinematográfico en varios periódicos, tales como el *Detroit Times* y *Los Ángeles Daily News*. También trabajó en el mundo editorial, siendo editor del semanal *Newsweek*. Mientras tanto, escribía como *free-lance*, vendiendo a publicaciones como el *National Catholic Reporter*.

Entusiasta lector de John Le Carré y Ross Macdonald, publicó varias novelas policiales, pero alcanzó el éxito con las investigaciones del juez ciego John Fielding, ambientadas en Londres durante el siglo XVIII.

Murió en noviembre de 2003, después de publicar el décimo título de esta serie, cuyo primer volumen se publicó en España en 1998 como *El juez ciego* y más tarde como Justicia ciega (*Blind justice*, 1994).

Aunque más conocido por sus novelas policíacas, escribió también libros de no ficción que firmó como **Bruce Cook**: La generación Beat (*The Beat generation*, 1971); *Listen to the Blues* (1973); *Brecht in exile* (1983); y *The town that country built: Welcome to Branson, Missouri*, (1993). Sus últimos libros fueron publicados póstumamente, *Young Will: The Confessions of William Shakespeare* y *Rules of*

engagement, por lo que su viuda y el escritor John Shannon pusieron los toques finales.

Notas

[1] Modestamente llamo la atención sobre mi librito *De Jure et Dementia*; solo su título es en latín. <<